MEMORIA
PARA ARMAR
DOS

¿Quién se portó mal?

MEMORIA
PARA ARMAR
DOS

¿Quién se portó mal?

Selección de testimonios coordinados por el
Taller de Género y Memoria - ex Presas Políticas

Editorial SENDA

Foto de portada: Nancy Urrutia
Diseño de portada: Beatriz Battione
Diseño y armado interior: Sonia Mosquera

memoriapararmar@hotmail.com
Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay – Printed in Uruguay
Primera edición: noviembre 2002 - 2.000 ejemplares

ISBN: 9974-39-460-0

NUESTRO RECONOCIMIENTO

a las que fueron capaces
de volver la mirada al pasado reciente,
a las que fueron capaces
de enfrentarse al dolor y la impotencia
con la firme voluntad de entregar a nuestra sociedad
trozos de historias personales y colectivas.

Nuestro homenaje
A las niñas, niños y jóvenes
Que aún sin entender lo que significaba
el horror autoritario,
Nos abrieron sus corazones infantiles
Para poder seguir aferrándonos a la vida junto a ellos

A las jóvenes y los jóvenes de hoy
que merecen construir sobre la verdad de lo vivido
y aunque reciben un mundo caótico, tantean soluciones
y buscan caminos de esperanza

Presentación

Este nuevo volumen de “Memoria para armar” continúa nuestro propósito de publicar los testimonios de respuesta a la convocatoria a mujeres sobre su vida durante la dictadura, iniciada por nosotras en el año 2000.

En el primer volumen la selección se orientó a ofrecer un amplio espectro de situaciones para presentar la variedad de historias que habíamos recibido.

Esta vez la selección de testimonios ha sido guiada por el deseo de mostrar cómo reaccionaban las distintas generaciones ante esa situación que las agredía… No todas sus integrantes individualmente fueron objeto de las iniciativas más violentas y atroces de la dictadura, pero siempre, cualquiera fueran sus vínculos con el quehacer político, fueron golpeadas por el poder dictatorial; tuvieron que educar en un marco de restricciones y peligros, debieron crecer en una realidad amenazante.

Como integrantes que somos de un taller de género, desde el principio hemos creído que es necesario oponer a la “verdad oficial” las múltiples verdades de las mujeres comunes en su propia versión, porque están silenciadas y enseñan y alertan.

Las madres, las que emergen de estas páginas, criaron a sus hijos –no sin conflictos y riesgos– en los valores de una cultura de personas libres. A veces cuentan su historia sencillamente, otras veces velan el dolor de una separación o el irreversible desencuentro de una madre y su hija con el pudor que impone la pena.

Las niñas y los niños, las que hablan y de quienes se habla aquí, exhiben su mundo imaginario quemado por el miedo, su ingenio para sobrevivir con un doble discurso en la brega diaria, su identificación con ideales que no comprenden íntegramente.

Aquí el exilio está presente con sus fracturas y desacomodos, con el nudo fuerte de la lengua, que hace y deshace y rehace identidades. Y

luego el retorno, esa realidad otra, que no siempre se puede asumir.

Acompañamos los testimonios con el enfoque técnico del valioso trabajo de nuestra compañera Gianella Peroni, que da a nuestra reflexión un giro en profundidad.

Con este libro quisimos contribuir una vez más al trabajo de la memoria, también objeto de actividad de otros talleres de ex presas políticas, ya enriquecido a su vez por aportes de variados actores.

Taller de Género y Memoria - ex-Presas Políticas

TESTIMONIOS DE MUJERES Y MEMORIA: UN ARMADO SINGULAR

Gianella Peroni*

Nuestro propósito es trasmitir algunas reflexiones surgidas a partir de la lectura de estos testimonios. Las mismas estarán teñidas por el lenguaje y la práctica de lo que me es más próximo y conocido: el campo de la salud mental.

Sin embargo, las páginas que siguen no son una producción puramente individual, sino también fruto de los intercambios y caminos compartidos con todas las integrantes del Taller de Género y Memoria.

Consideraciones previas

El período de dictadura cívico-militar dejó huellas profundas y difíciles de borrar en toda la sociedad uruguaya en su conjunto, y también en cada uno de sus integrantes; heridas individuales y colectivas, algunas de las cuales aún hoy, después de 30 años, siguen abiertas.

Así como sucede cuando nos lastimamos el cuerpo, para volver a usar la parte dañada es necesario curar, esperar la reparación del tejido, y cuando hay heridas muy hondas, irreparables, quedarán las cicatrices. Así también en la sociedad que ha sido dañada es necesaria la reparación y cicatrizar heridas para construir el futuro y mirar hacia adelante colectivamente.

En la experiencia individual, cuando el dolor y el sufrimiento han sido muy grandes, es imposible borrar las marcas. Esto implica que para superar una experiencia dolorosa nunca podremos borrarla, sólo podremos superar lo irreparable abriendo una nueva etapa de vida que integre ese pasado y cuyas cicatrices perdurarán: el futuro se construye en un presente que emerge del pasado. Es quizás la posibilidad de elaboración y resignificación de las experiencias dolorosas, lo que da a las personas que han pasado por ello esa doble faceta de fragilidad y fortaleza. Es esta misma sensación que nos invade frente a muchos de los

---

* Médica psiquiatra de niñas, niños y adolescentes, psicoterapeuta familiar.

relatos de estas mujeres: cuántas heridas profundas llevan adentro y simultáneamente qué fuerza de espíritu las acompaña.

Quisiéramos centrar estas reflexiones en torno a dos ejes que también han sido el hilo conductor del Taller de Género y Memoria, y motor impulsor de la convocatoria a las mujeres:

1) La necesidad imperiosa de la memoria colectiva para la construcción del futuro de nuestro país, necesidad que atraviesa lo político. lo social, lo psicológico, lo psicosocial.

2) La riqueza y singularidad de los testimonios de mujeres como parte del puzzle de la memoria a construir, y que cobran especial vigencia en el Uruguay actual.

En Uruguay, durante la dictadura de los años 70 y 80, y de alguna forma en los años previos, se instauró un régimen de terror político que actuó y se mantuvo mediante la tortura sistemática, la desaparición de personas y el exilio forzoso. Se ejerció así un terrorismo de Estado legitimado por una "legalidad" y una cultura basadas en la exclusión y aniquilación de los opositores al régimen, y el control, la regulación y subordinación de toda la población.

¿Qué efecto tuvo este régimen en las personas, los niños y las niñas de aquella época, en las familias, las comunidades, las instituciones, la sociedad toda?

La repercusión de experiencias traumáticas como la tortura, la prisión y el exilio en la vida psíquica y relacional de los individuos es un hecho demostrado y estudiado.

Pero los horrores cometidos en los regímenes totalitarios, el terrorismo de Estado y todas las formas de violencia política, implican no sólo una violación a los derechos humanos fundamentales, sino también la dimensión de subversión de los lazos sociales, la ruptura de los marcos referenciales de las personas y por lo tanto una enorme agresión a su identidad, a los procesos identificatorios y un sinnúmero de experiencias traumáticas para amplios sectores de la población. Este alto nivel de estrés significa un gran riesgo para el equilibrio psíquico y emocional de las personas, que se ven expuestas a agresiones múltiples, las cuales muchas veces determinan psicopatologías individuales y relacionales, pero fundamentalmente constituyen una "enfermedad"

de los vínculos sociales; es la sociedad toda que pierde la naturaleza "humana" de sus vínculos. En los años de dictadura en Uruguay, este aspecto fue uno de los daños más graves y que ha dejado huellas más duraderas en toda la población: el Estado, a través de sus agentes como policías y Fuerzas Armadas, que tienen la función de cuidar a los ciudadanos y mantener el orden, fueron quienes perpetraron diferentes tipos de violencia y de ataque a los derechos humanos de toda la población, de destrucción de individuos y de grupos. Pero además, esa transformación del carácter o naturaleza de la relación (que debía ser protectora) en violenta, ocurre en un contexto y un discurso que destruyen o falsean los significados y niegan esa transformación. El Estado despliega discursos e ideas que legitiman la violencia y la impunidad, métodos y acciones que imponen el miedo, la parálisis, la anestesia o la indiferencia en grandes sectores de la población.

Esa transformación de la naturaleza de la relación, de protectora a violenta, fue legitimada y naturalizada de diversas formas. Lo mismo que sucede en las familias donde ocurre violencia familiar, esa legitimación es la que permite la repetición y la perpetuación de la violencia ya que la invisibiliza. A su vez, también aquí, como en otras formas de violencia son tres polos los que intervienen: víctima, victimario y terceros. Si bien la responsabilidad no es la misma, son los tres polos que participan. Los terceros pueden ser los indiferentes, los cómplices, los temerosos, los dominados y amenazados. Esto nos remite a la pregunta de cómo fue afectado cada grupo, cada uno de los habitantes de este país, qué papel jugó cada quien; y también qué legado, qué herencia les dejamos a nuestros hijos e hijas. La legitimación de la violencia vivida sigue presente hoy, a través no sólo del ocultamiento de los hechos vividos, sino del ocultamiento de los efectos dañinos, y esto a través del silencio, el olvido impuesto y la impunidad.

En nuestro país esta dimensión colectiva del daño causado, y las consecuencias que esto ha tenido, no han sido suficientemente jerarquizados sino al contrario, expresamente borrados y camuflados por algunos sectores. En general ha reinado el silencio y oficialmente se ha promovido el olvido, o cuanto más se ha hablado de las "consecuencias" de aquella época desde la teoría de los "dos demonios": fueron dos bandos que estuvieron en guerra y sufrieron las consecuencias, el

resto permaneció indemne. A su vez, esta "teoría" aparece reforzada por algunos hechos: lo más visible como consecuencia de la dictadura son los síntomas o secuelas individuales en la salud mental o física; los reclamos y demandas particulares ante la justicia, los recordatorios y homenajes a las víctimas, etcétera. Todas éstas son acciones necesarias, pero parecen señalar, y algunos así lo afirman, que sólo existieron víctimas y victimarios, como si el resto no hubiera sido afectado o no hubiera participado del horror. Se borra y oculta, así, que fue la sociedad toda que se enfermó: es la sociedad toda que vio afectados sus vínculos y participó del proceso. Pasado el período, es también la sociedad toda quien tiene en sus manos dos opciones: mantener y perpetuar el daño, camuflando las secuelas, o a la inversa, promover el cambio que devuelva a la comunidad la posibilidad de reparación y de vínculos más sanos.

Nos interesa remarcar que desde diferentes ámbitos podemos contribuir inadvertidamente a ocultar la verdadera dimensión del daño causado, no ver cuál fue su alcance (toda la sociedad) y su naturaleza (relacional).

Por ejemplo, desde diferentes disciplinas podemos continuar aplicando la reducción del problema a víctimas y victimarios. En particular, a los profesionales de la salud mental nos cabe una gran responsabilidad ya que fácilmente nos quedamos en el diagnóstico y el tratamiento individual, como única variable y herramienta. A mi modo de ver, las etiquetas o diagnósticos psicopatológicos individuales, el uso abusivo de cuadros como el "síndrome de estrés postraumático", los especialistas y especialidades que surgen: torturólogos y victimólogos alimentan el riesgo de una visión reduccionista del problema y la simplificación de las secuelas, no ayudan a comprender ni a balancear en su justa medida la complejidad de la relación entre los procesos individuales y los colectivos, pero además desdibujan la responsabilidad y participación colectiva en la génesis y en la resolución de los problemas psicopatológicos. No ayudan tampoco a encontrar las soluciones válidas al problema en el presente. "En cada acto de violencia sufrimos todos y cada uno de nosotros, la especie humana", dice Antelme; la reparación también debe ser asumida por todos y cada uno de nosotros: es la sociedad en su conjunto que debe responsabilizarse de la reparación y el cambio necesarios, y cada uno desde su lugar puede favorecerlo o entorpecerlo.

Entonces, ¿cómo reparar el daño, cuál es el cambio o la cura a realizar?

Si fue el vínculo social el dañado, la naturaleza de la relación la pervertida, creemos que además de atender a los individuos afectados se trata de reconstruir los vínculos sociales dañados. Esto pasa por asumir colectivamente esa responsabilidad: saber lo que pasó, oír todas las voces, de los diferentes grupos, de quienes lo vivieron, desde diferentes lugares y darle significados a cada experiencia.

Los relatos testimoniales publicados en este libro, como otros, nos ofrecen la posibilidad de dar participación a varios protagonistas en el proceso de reparación: las que vivieron en aquella época y escriben, y los y las que leen ("escuchan"). Para dar un significado a lo que pasó esta dimensión de diálogo de ida y vuelta es fundamental: es importante contar, hablar, pero también y sobre todo ser escuchado, es "la escucha del otro lo que da un sentido al relato, la escucha es lo que permite la resignificación" (B Cyrulnik). Pero esta escucha no deberá quedar en la intimidad de los consultorios o de las familias, sino que requiere una dimensión social, pública.

Por eso también la publicación de estos relatos resulta útil: posibilita esa dimensión colectiva y pública, invita a cada uno a asumir la responsabilidad y el derecho que le corresponde.

Pero además este encuentro, este diálogo, posibilita también un lugar protagónico para las nuevas generaciones en la búsqueda de sus raíces, en el conocimiento del pasado, en el aprendizaje de errores y aciertos, en el rescate de algunos valores y cuestionamientos de otros, en el plano familiar, relacional cercano, y en el colectivo, político. En definitiva abre un puente generacional, un tránsito posible, saludable y necesario en ambos sentidos.

Es por ello que, desde el punto de vista de la salud mental, este aporte testimonial, con la calidad de los mensajes que trasmite y el intercambio que permite, se convierte en una propuesta de prevención y un eje potencial de trabajo futuro.

Prevenir significa conocer y comprender lo que sucedió para que no vuelva a repetirse. Prevenir significa ofrecer a los jóvenes las verdades sobre los hechos del pasado, y así darles la posibilidad de su participación protagónica en la construcción del futuro. Significa colocarlos y colocarnos en el lugar de sujetos y no de objetos en la construcción de la identidad y la memoria colectivas.

Así como en las familias se trasmiten legados, se construye y reafirma la identidad de generación en generación, en la colectividad de un pueblo a través de la cultura, la historia, la memoria, se construye la identidad colectiva y el sentido de pertenencia.

Es indudable que en estos procesos identificatorios la memoria, como instrumento de continuidad individual y colectiva, juega un papel fundamental. También es innegable la estrecha relación entre identidad, salud mental y memoria. Ni individualmente ni colectivamente una sociedad puede gozar de salud mental, de individuos y lazos sociales sanos, si no ejercita, si no accede a la memoria; mucho menos si se lo impide o prohíbe expresamente a través del silencio y el olvido.

La salud mental más que un estado individual es una dimensión de las relaciones entre las personas y los grupos. “La salud mental de un pueblo se encuentra en la existencia de relaciones ‘humanizantes’ en los lazos colectivos, a través de las cuales se afirma la personalidad e identidad de cada uno, donde no se le niega la realidad a nadie” (G Bibeau).

Nos referimos a la identidad como la suma de identificaciones pasadas y actuales, donde el sujeto se reconoce a sí mismo y es reconocido por los demás. El individuo busca sentirse confirmado continuamente, no sólo por sus identificaciones infantiles, sino también por la identificación difusa con la sociedad en la cual ha vivido, o vive, su cultura y su historia, es decir los marcos de referencia temporo-espaciales, afectivos, culturales y otros. De esta forma la identidad no es sólo un proceso básico en la construcción de la persona y de la condición humana, sino también, y por lo tanto, un derecho humano esencial. Proceso individual y colectivo básico para la salud mental, derecho humano fundamental, avasallado salvajemente, interrumpido y distorsionado en esos años de dictadura, proceso y derecho humano entorpecido y no respetado para algunos grupos e integrantes de la sociedad uruguaya, aún hoy en democracia.

Por todo eso los testimonios sobre el pasado reciente en nuestro país, en este caso testimonios de mujeres, actúan como remedio para las que escribieron: tienen un valor terapéutico, permitiendo la catarsis, el alivio, la elaboración y reafirmación de experiencias, relaciones e identidades. También sirven como antídoto para las y los que vivieron aquella época y para las generaciones más jóvenes: tienen un valor preventi-

vo, ya que permiten aprender y conocer del pasado reciente, pero sobre todo posibilitan la escucha y resignificación de lo vivido. En este sentido ofrecen la opción y posibilitan la participación protagónica de las y los jóvenes en esta tarea de construcción de la memoria colectiva, ya que al permitir el diálogo contribuyen a la reparación de los lazos sociales dañados.

Riqueza y singularidad de los testimonios de mujeres

Consideramos fundamental y específico el aporte de la memoria de las mujeres y el material de análisis que esto constituye desde una perspectiva de género.

En los testimonios reunidos en los dos libros de “Memoria para armar”, al valor común antes mencionado se agrega una particularidad que aumenta su riqueza y singularidad: se trata de relatos de mujeres, mujeres de diferentes edades: niñas, adultas y ancianas, y desde diferentes lugares: madres, abuelas, hermanas, hijas, militantes, trabajadoras, amas de casa, estudiantes.

En este segundo libro, además, gran parte de los textos nos muestran vivencias de niñas y adolescentes. Algunos fueron escritos en la oscuridad de aquellos años, aportando los documentos de sus diarios íntimos, sus dibujos, sus poemas, otros son realizados hoy por jóvenes que eran niñas en aquella época.

¿Cuáles son los aportes singulares de estos testimonios de mujeres? Por un lado nos ilustran sobre los efectos inmediatos y secuelas de la represión sobre niñas y adultas, también nos muestran cuáles fueron sus recursos propios.

Los relatos son ricos en la revelación de distintas formas de resistencia, supervivencia, recursos utilizados en proteger y preservar la integridad y la dignidad, los vínculos paterno y materno-filiales, las lealtades familiares y grupales.

También trasmiten los sufrimientos y los horrores vividos por niñas y adultas, las especificidades que tuvo la represión para este grupo.

Si para los adultos de ambos sexos muchas de las experiencias vividas fueron situaciones extremas, si para algunos niñas y niños las experiencias represivas provocaron un quiebre o una ruptura en su curso vital, para otras/os la agresión fue más insidiosa: el miedo, la censura,

la distorsión de mensajes y vínculos fue calando hondo en su mundo subjetivo y relacional.

A diferencia de los adultos, el niño y la niña no poseen el lenguaje ni la capacidad de pensamiento abstracto que les permitan entender la catástrofe represiva. Entonces su universo es invadido de preguntas, de dudas, de confusión. No hay certeza de nada y las explicaciones de los adultos "no cierran". Frente a esto el o la niña se puede inundar de sospechas y minar su autoestima, o refugiarse en la fantasía, o defenderse agresivamente y hacer rupturas con los seres queridos. Encontramos estas distintas respuestas en los relatos de las niñas, a veces vividas y contadas crudamente, otras más sutilmente .

Lo inexplicable irrumpió en la vida de estos niños y niñas, y lo que era coherente en su mundo estalló en mil pedazos: su identidad, sus objetos afectivos y su mundo relacional. Muchos pudieron sobrevivir a ello, dando muestras de resiliencia,* superando y fortaleciéndose a pesar de la debacle, otros quedaron con magullones, crecieron a los tropezones, algunos quedaron con heridas y marcas definitivas. Todos y todas fueron testigos de la oscura época que les tocó vivir.

En lo más cercano, íntimo, los vínculos familiares sufrieron pérdidas sorpresivas, separaciones abruptas y forzadas, niños o niñas ocupando posiciones y responsabilidades de adultos, padres y/o madres infantilizados, maltratados y denigrados delante de sus hijos.

Pero los testimonios de estas mujeres no sólo nos muestran lo que pasó, lo que vivieron, los sentimientos, sino cuáles fueron las estrategias de supervivencia, de cuidado y protección de las personas y de los vínculos. A pesar de las hostilidades del medio y los horrores vividos: ¿cómo hicieron los niños y niñas para seguir siéndolo mientras asumían responsabilidades, lugares y roles de adultos y vivían amenazas y agresiones directas e indirectas; cómo hicieron las madres para criar a sus hijos e hijas en ese clima adverso?; ¿cómo hicieron algunas mujeres, desafiando el legado cultural, para compatibilizar participación y militancia política, incluso riesgos y prisión con maternidad y crianza?

En esta dicotomía público-privado, con la valoración y la asignación

---

* Resiliencia: Capacidad humana para sobreponerse a las adversidades y construir sobre ellas (S Vanistendael).

que culturalmente se les otorga a hombres y mujeres en la misma, estos relatos confirman ampliamente cómo lo público se vuelve privado y lo privado público. En ese sentido, no sólo fueron protagonistas activas en la resistencia, en la lucha contra la dictadura y la ideología autoritaria las que militaron, fueron presas o tuvieron que partir al exilio, sino también las que criaron a los hijos siguiendo sus propias pautas, las que entradas en años pudieron, a pesar de ello, tomar conciencia y lograr cambios importantes en sus vidas, las que sirvieron de apoyo, sostén, conexión, tejieron lazos solidarios y organizaron verdaderas redes de protección y resistencia al autoritarismo y la opresión.

Las mujeres, con larga y vasta experiencia en la situación de oprimidas, estuvieron probablemente más entrenadas para responder a la opresión, utilizaron recursos propios, pero también expusieron sus puntos débiles, por ejemplo, los que hacen a su doble condición de mujer y madre, dualidad poco diferenciada en nuestra cultura.

Muchos de estos testimonios nos muestran esa habilidad particular para transformar debilidades en fortalezas, pero también los conflictos y tensiones de género (madre/hija militante, responsabilidad y funciones en la familia/compromiso y participación política) atravesados por las duras condiciones externas y explotados al máximo como fuente de hostigamiento personal y familiar por los carceleros, militares y autoridades institucionales.

Muchas de las respuestas dadas por las mujeres a las múltiples agresiones se dieron a partir de los condicionamientos de género. Algunas de las características "femeninas", adquiridas a partir de esas condicionantes jugaron un papel importante en los recursos de supervivencia y resistencia en las cárceles y en diferentes ámbitos.

Así por ejemplo, las mujeres supieron y pudieron tejer sólidos lazos, construir redes de sostén y solidaridad en medio del horror y del miedo. Con múltiples y creativas expresiones de afecto y de calor humano, desarrollaron estrategias de supervivencia, de cuidado y protección, y oposición al autoritarismo.

Las mujeres, caricaturizadas culturalmente como "sexo débil", a través de atributos estereotipados (debilidad física y emocional, dependencia) dieron muestras de ejemplar fortaleza. En condiciones de opresión y denigración, muchas de esas pequeñas-grandes cosas que ellas

realizan y crean cotidianamente se transformaron en una victoria o una prueba de dignidad.

Otra particularidad de estos testimonios es que aquí no hay mujeres destacadas ni tampoco anónimas, todas y cada una son importantes, la multiplicidad y diversidad es lo que cuenta, lo colectivo es lo esencial. En los libros en sí mismos, en la forma en que se gestó y se hizo la convocatoria, también en los actos de lanzamiento y presentación prima lo colectivo. Además, la forma de contar en la mayoría de los textos, más allá del estilo o valor literario, está atravesada por una gran dosis de autenticidad y entrega de lo íntimo: las vivencias, los sentimientos, revelando el alma y el corazón, sin o con vergüenzas pero sin tapujos.

Reconocemos aquí un estilo de actuar, de hacer y de vivir propio de las mujeres, "cualidades" moldeadas por los condicionamientos de género.

Algunas de ellas han sido definidas como "debilidades" o "defectos" femeninos, descalificando así a las mujeres y también a la esencia misma de esas características. Así sucede con algunos de los aspectos y rasgos psicológicos más desarrollados en las mujeres como lo son: emotividad, sensibilidad, capacidad de empatía, "intuición", dependencia afectiva. Sin embargo, pueden ser vistos como fortalezas, y así aparecen en algunas circunstancias. Estos rasgos surgen a partir de las funciones y roles que han entrenado a las mujeres a "desarrollarse en un contexto de vínculo y afiliación con los demás, a co-construir en la relación el sentido de la vida y a desarrollar mayor conciencia de la naturaleza esencialmente cooperativa de la existencia humana" (J B Miller).

Pensamos que este entrenamiento ha contribuido al mayor desarrollo de esas capacidades que fueron muy útiles a las mujeres en los años de dictadura, como la facilidad y creatividad para tender redes, lazos afectivos, para organizarse y producir colectivamente, etcétera. Como lo demuestran muchos de los testimonios aquí publicados, fueron algunas de esas "cualidades" las que permitieron a las mujeres resistir, sobrevivir, desarrollar estrategias y recursos propios frente al autoritarismo y la represión. Quizás estas mismas características explican también la forma en que se ha venido haciendo la recuperación de la memoria de las mujeres en el Uruguay de hoy.

Para terminar, pensamos que en la actualidad de nuestro país, con la crisis de valores que vivimos, inmersas e inmersos en sistemas que pro-

mueven la "cosificación" de las personas y la jerarquización de lo material, con resabios de autoritarismos y violencias de todo tipo, esas características "femeninas" trasmitidas y puestas en escena por la memoria de estas mujeres cobran especial vigencia. Quizás ellas puedan significar (resignificar) un mensaje para las y los jóvenes de hoy, reafirmando, reactualizando, la pertinencia de lo colectivo y de las formas cooperativas de relación para crear, producir, enfrentar, luchar, resistir.

Ojalá el mensaje también incluya, en su justa medida, la revalorización de la sensibilidad, la emotividad, la dependencia afectiva mutua, como parte fundamental, útil y necesaria en el desarrollo psicológico de hombres y mujeres.

Nos dicen…

Las versiones son fieles a los testimonios entregados por las autoras

Cuentos indelebles: el preguntador

Indeleble: que no se puede borrar o quitar. Aplícase, entre otros usos, al carácter que un sacramento imprime en el alma.
Diccionario de la Real Academia Española

Aquella tarde entre el ajetreo de preparar a mi nietito (un chiquito de apenas cuatro años): lavarlo, vestirlo, compartir su parloteo y excitación –justificada– porque volvía a sus padres, después de vacacionar con sus abuelos en la casa de la playa.

Tratando de no olvidar nada de sus cosas y cositas (medicamentos, juguetes, regalitos) no pude o no quise prestar atención a lo que trasmitía la radio, otro de esos terribles "comunicados": "¿subversivos, apresados, huyó, huyeron?...". La angustia ya estaba instalada en nosotros. Sabíamos ¿vivir? la cotidianidad del horror en silenciosa resistencia, aliviada en las noches por el grito de las caceroleadas.

Así estaban las cosas cuando por fin tomamos el ómnibus para la capital. Paramos en Maldonado, subió mucha gente y muy variada, como la que se da en verano en el departamento turístico por excelencia. Era entretenido, por ejemplo, observar el contraste entre los veraneantes, bullangueros, con sus divertidas vestimentas playeras, y los trabajadores, de aspecto uniforme, obreros zafrales, de seguro, cansados al fin de la jornada. Había de todo.

Ese todo y una tibia manito que se alojaba en la mía empezaban a distenderme cuando reanudamos la marcha que al poco rato sería abruptamente detenida. Los milicos asaltan, se adueñan del ómnibus. Uno de ellos al frente apuntándonos con la bayoneta, los otros requisan, revisan, preguntan, urgen, gritan, manosean, destratan, degradan, siembran el pánico. Bolsos, gente, materas, todo es igual. Humillado,

impotente, respirando un aire de acero que lo ahoga está el pasaje, cuando lo atraviesa una vocecita –mi nieto– con la pregunta: "¿Y quién se portó mal?".

La inocente intervención logró que las paralizadas, mudas víctimas del atropello aflojaran sus mandíbulas. Terminaba la inspección. Las Fuerzas Conjuntas abandonaron el ómnibus en la misma forma salvaje que lo tomaron. Libres ya, el viaje continuó, mientras nosotros nos recomponíamos, nos recuperábamos, mientras nuestras miradas se buscaban para reconocernos, identificarnos. Ellos nos habían igualado, unificado. ¡Y recién nomás éramos extraños!

El recorrido de rutina tocó a su fin. ¡Llegamos! Solo la pregunta persiste y persiste el silencio.

Entrerriana

Perspectivas

Ves, esa puerta de chapa da a la escalerita que lleva a la azotea, la llave está siempre puesta. Para ahí tuvo que disparar un compañero hace unos días porque justo había venido mi suegro a ver cómo andábamos y subió a ver a las nenas. No sabés los nervios que pasé, porque el viejo no se iba más. Y de repente miro para arriba y veo que salía humo por la rendija de la puerta: el boludo se había puesto a fumar, sentado en los escalones y yo temblando de pensar que mi suegro se fuera a dar cuenta y pensara que tengo otro tipo.

—Te armé un cama acá, es el mejor lugar. Tomá esta frazada. No, tenemos más, las nenas están abrigadas, además a veces se pasan con nosotros a la cama grande.

El otro día se quedó a dormir una señora amiga de mi papá en el piso del comedor. Mamá le hizo una cama chiquita con unas frazadas y yo quería dormir ahí y que ella durmiera en mi cama pero no me dejaron. Debe ser porque a veces me hago pichí en la cama, y esa cama no tiene nailon.

Son tan jóvenes, muchachitos lindos, gurisas que parece que no matan ni una mosca, yo las miro y a veces no puedo creer en lo que andan. No es que me parezca mal, aunque yo toda la vida voté a los colorados. Seré una vieja pero me doy cuenta de que las cosas no pueden seguir así, y lo que están haciendo estos milicos no tiene nombre, pero esos muchachos…

No es que los cuestione, si cuando escucho el informativo y dicen que hicieron una acción acá y que repartieron un camión de comida allá, o que secuestraron a algún hijo de puta más allá, me pongo contentísima. No es eso. Es que los miro y pienso que si los veo por la calle nunca diría que son tupamaros. Y pienso en las madres, qué haría yo si supiera que mi hijo anda por ahí arriesgándose como estos gurises a terminar muerto de un balazo. No sé si podría. Ya bastante me amargo por mi hija, que los esconde y a veces parece que no supiera lo que le

puede pasar si los descubren. Y me amargo por ellos, también, cuando salen en el diarios, requeridos o, peor, porque los agarraron, o los mataron.

Yo miro las fotos, trato de reconocerlos, de ver si era alguno de los que durmió acá. Una se encariña, sobre todo si se quedaron más de una noche. Y claro, algunos te caen más simpáticos, como la renguita, o como aquel flaquito, pobre, que no hablaba nada, pero que se comió tres platos de guiso, se le veía en la cara que estaba muertito de hambre y me decía “ta rico, doña, eh”.

Yo los busco en las fotos, pero no me doy cuenta. Bueno, tampoco se han quedado tantos. Una vez me pareció que era uno de ellos, pero no sé. Mi yerno escucha los nombres en la radio, pero a mí los nombres no me dicen nada. Yo necesito verles las caras.

Cuando me paro a pensar cómo llegamos hasta acá, te digo que no sé muy bien cómo pasó todo.

Al principio no nos cuestionábamos nada, era como tenía que ser, hacías lo que te parecía que estaba bien, y lo que estaba bien era ayudarlos, esconderlos, darles de comer. Primero eran los conocidos, de algunos te digo que nunca me hubiera imaginado, y después los conocidos traían a otros… Mirá que nosotros nunca nos afiliamos ni nada, pero estamos de acuerdo. Y me parece que en un primer momento fuimos medio inconscientes. Fijate que en realidad no la hemos quedado de suerte, porque si bien no hicimos nada, ha caído gente por mucho menos… Ahora empiezo a pensar y te juro que se me paran los pelos, ¡qué anormales! Cuando militábamos en el gremio del instituto y nos reuníamos en aquel boliche y discutíamos a los gritos, nos tenían re fichados. Luis se cansó de decirme que el mozo era tira, y era nomás, pero yo como una idiota, le decía que no, que era un perseguido. Y cuando le hicimos aquella pintada a la directora de la escuela “carnera senil, debe jubilarse”, en la puerta de la casa, sin ninguna precaución, era obvio que éramos nosotras.Y nos cagábamos de risa de todo. ¿Vos podés creer que yo les tomaba el pelo a los milicos que nos allanaron?, me hacía la tarada, les contestaba estupideces. Con una barriga hasta la boca como estaba, y la otra chiquita. Decí que aflojaron un poco, porque si me allanan ahora creo que ya no las tengo todas conmigo.

Y volviendo al tema, yo no los puedo dejar tirados,viste que ya nadie

los quiere esconder. La casa es bastante segura, la salida para la azotea es buena, se comunica con varias casas de la manzana, el único inconveniente es la vecina de al lado, que es flor de chusma y no se pierde detalle, para mí que fue ella la que nos denunció, cuando lo de los allanamientos, pero dentro de todo no está tan mal.

A la nena le decimos que son amigos, que hay visitas, y ella no pregunta mucho. Ya sé que es un peligro, no soy estúpida, yo también tengo miedo, y a cada uno que se queda me digo que es el último, pero después aflojo.

Hoy había visitas y yo no quería ir al jardín, pero mi papá me llevó igual y yo lloré mucho. Dice mi mamá que tengo que ir sin llorar porque soy grande y voy a cumplir cinco, y que los que lloran son los chiquitos como mi hermanita. Que los grandes tienen que trabajar y tienen cosas muy importantes que hacer, y que además las visitas ya se iban a trabajar.

De algunos no me acuerdo mucho, tratás de no saber demasiado, además, es mejor así. Pero con algunos te enganchás más. Con esa gurisa me pasó de entrada. Andá a saber por qué, a lo mejor porque somos más o menos de la misma edad, o por cómo trataba a las nenas, no sé. Charlamos bastante. De cualquier cosa. Tiene una enfermedad en la columna, algo de nacimiento, creo, y camina rengueando. La conozco por el alias, los compañeros le dicen la Petisa, y al final nosotros también la llamamos así.

Se tiraba en mi cama con un librito en la mano, empezaba a pasar las hojas, salteadas, mirando unos números de un papelito, y le iba diciendo al que siempre venía con ella, "cayó fulano"… "el contacto es a las cuatro y cuarto…", yo trataba de no escuchar pero a veces es inevitable, esto es tan chiquito.

Vino varias veces, a veces sola, a veces con otros, siempre de noche. La última vez fue el martes. Se fue bien temprano, la viché por la ventana, mientras se iba por la vereda de enfrente, tratando de caminar derecha para esconder el defecto de la pierna, que la hace tan identificable.

A una que vino la semana pasada me dieron ganas de decirle que comprara una tinta más oscura, que yo se la hacía. Ese pelo tan rubio, tan de loca, se ve a la legua que es teñido, llama más la atención que si se hubiera dejado el color de ella. O por lo menos, se hubiera hecho un color más discreto. Parecía una yira de las que paran acá en la esquina,

y que a veces corren para el zaguán de casa, cuando los milicos o algún cliente demasiado pesado las persigue (ahora que lo pienso, a todo el mundo le da por esconderse en esta casa). Pero al final me callé la boca. Me daba no sé qué meterme, la chiquilina podía pensar “a esta vieja qué le importan mis pelos”, y no es que me importen, yo por ella, pero bueno, al final le calenté unos fideos y me fui a dormir. Ellos quedaron hablando. Se debe haber ido tempranísimo, porque yo a las siete ya estoy tomando mate, y cuando me levanté ella ya no estaba.

Bajé a cerrar la puerta, y medio que me arrepentí de no haberle dicho lo del pelo. Parecía una chiquilina bien, era casi de la edad de mis hijas, no se lo iba a tomar a mal.

El otro días vino a mi casa una señora de pelo bien amarillo. A mí me gusta el pelo amarillo. Yo tengo pelo negro y mi mamá tiene el pelo medio marrón pero más claro. Dijo mi abuela que el pelo amarillo es feo.

No paran de caer, todos los días escuchamos la radio y cada vez son más.

Esta mañana mamá trajo el diario, y en la primera hoja nomás vi a la Petisa.

Estaba con el nombre verdadero y el alias que nosotros le conocimos. Se me apretó el pecho, me largué a llorar y no pude seguir leyendo más.

De los que durmieron en casa, es la tercera, que sepamos.

Hoy de mañana mi mamá se puso a leer el diario y empezó a llorar. A mí cuando mi mamá llora me dan ganas de llorar también, y me puse a llorar, y vino mi abuela con mi hermanita a upa y me agarró y me llevó a lavarme la cara, y me dio un pan con dulce y yo no lloré más.

A la grande la vamos a mandar con mamá unos días a lo de mi hermana. Ella se está recuperando recién de la fractura así que la excusa es buena: la madre la fue a ayudar unos días, y de paso se llevó a una nietita con ella. No sabíamos qué hacer con el jardín, pero al final resolvimos no mandarla, más por un tema de que no hay quien la lleve que por seguridad, aunque yo ya me estoy poniendo tan paranoica que no distingo lo razonable de lo exagerado.

Por fin la pude convencer, me voy con mi nieta, hasta que se sepa un poco qué vamos a hacer, hasta que pasen unos días.

Mi yerno dice que a la muchacha siempre la traían con los ojos vendados, que seguro que no puede reconocer la casa, pero uno nunca

sabe. La chiquita se queda con la madre, pero hay que salir cuanto antes de esta casa.

Dijo mi papá que me voy a ir a pasear unos días a lo de la tía con la abuela. Me va a llevar papá en el auto y dice que él me va a ir a ver todos los días pero de noche. Dice que no voy a ir al jardín, que son como vacaciones.

Me olvidé de preguntarle si mamá y mi hermanita también me van a ir a visitar de noche.

La extraño. Yo entiendo lo que me dicen, que la seguridad, que son unos días, que vamos a ver si nos podemos mudar rápido, que mamá la va a cuidar bien, todo lo que quieran, pero la extraño.

La tía se enojó con mi prima y conmigo porque estábamos diciendo malas palabrotas. Yo me escondí atrás de la cortina del comedor, pero la abuela me rezongó igual y a mí me dieron ganas de irme para mi casa. En mi casa no se pueden decir malas palabrotas pero está mi mamá. En el jardín la maestra no te deja decir malas palabrotas.

Esta noche le voy a contar a mi papá cuando me venga a ver. Mi papá viene todas las noches tardísimo a traerme un chocolate Colibrí. Lo parte con un cuchillo. La mitad para mí, la mitad para mi prima. En la casa de mi tía me dejan acostar bien tarde.

Ya pasaron varios días y por ahora no ha pasado nada. Me acuesto pensando que van a venir, me despiertan los ruidos. Anoche el gato de la de al lado me tiró una maceta en la azotea y casi me mata del susto.

No puedo dejar de pensar en ella. ¿Cómo estará? Arriba quedaron sus championes, torcidos, gastados, inconfundibles, y un buzo que no sé de quién es. Mamá dice que los tire, que por favor saque eso de la casa, que si vienen se van a dar cuenta, que sólo pueden ser de ella. Una especie de Cenicienta de championes chuecos.

Y me da miedo, mucho miedo, pero es más fuerte que yo, no puedo tirar esos championes. Es absurdo, ya sé, pero a veces pienso que ella puede venir a buscarlos, que tenerlos acá es una manera de protegerla, de cuidarla un poco. Ya los embolsé dos veces, y al final los dejo ahí.

Estamos buscando otra casa.

Dice mi papá que nos vamos a mudar a una casa más linda. Que vamos a tener un cuarto para mi hermana y para mí y que la abuela va a tener un cuarto también. Vamos a tener unas camas que son como una casita y yo voy a dormir arriba. Mi hermana va a dormir abajo porque es chiquita.

Pero a usted le parece, vecina, cómo me dejaron la casa, llena de porquerías. Se mandaron a mudar sin decir una palabra, que si usted no me avisa, yo ni me entero. No andaba errada la señora de al lado cuando me decía que eran gente rara, sospechosa. Mire un poco, esa cocina vieja, una tabla de planchar, y todas esas cajas, juguetes de las chiquilinas, parece que les sobrara, mire lo que es esto, cosas que ni sé lo que voy a hacer con ellas, porque ahora tengo que poner el aviso de nuevo, y para alquilar tiene que estar la casa vacía, me quiere decir qué hago yo con todo esto, si la mitad de las cosas están para tirar. Mire lo que son esos championes...

DUEÑO ALQUILA . Zona Lorenzo Fernández y Bulevar Artigas. En buen estado, 2 dorm, coc y baño, c/azotea.
Tel 23 02 65 (desocupada).

Benita

PARA USTEDES

Este relato me lo debo y se los debo a ustedes tres, queridos hijos. Se los debo también a las queridas compañeras con quienes hemos emprendido esta tarea de reconstruir la memoria colectiva.

No resulta fácil aún hoy, con la distancia del tiempo transcurrido, ya que recordar implica volver a sentir, a vivenciar, los fuertes sentimientos, emociones, dolores, por los que pasamos en aquella época. No resulta fácil tampoco darle un significado a todo lo que sucedió. Pero estas dos cosas son justamente las que me importa trasmitirles.

Por lo tanto creo que vale la pena intentarlo, así como valió la pena vivir todo lo que vivimos en esos años, porque si bien han sido grandes los sufrimientos y las pérdidas, grandes han sido también los aprendizajes.

Todos estos días, desde que empezamos a leer los testimonios, me acuesto y me levanto "escribiéndoles" a ustedes.

Para ustedes tres, queridos hijos, son, entonces, estas líneas: borrosas, entrecortadas, que van saliendo entre sonrisas y lágrimas, entre suspiros y pausas.

Es curioso cómo me ha acompañado todos estos años la convicción de no haberles ocultado nada y, simultáneamente, la sensación de zonas oscuras, relatos incompletos, implícitos, sobreentendidos. Mi constante preocupación en el exilio y luego aquí, en el desexilio, era hacerles saber no sólo el por qué y el para qué de la cárcel, el exilio, las pérdidas, sino también el amor, la solidaridad, la bronca, la impotencia; quiénes éramos y cómo llegamos hasta el presente. ¡Cuántas veces me he preguntado cómo y cuándo hablarles de esto! Y sin embargo, ¡qué difícil encontrar el momento y la forma de trasmitirlo!

Las palabras salen torpes y cuando salen lo que me falla es la memoria; ésa que queremos armar entre todas está en mí llena de olvidos, de lagunas, puntos oscuros.

Y a pesar de esto, hoy quiero contarles. Porque el relato tiene el po-

der no sólo de sanar heridas, sino que a través de él les puedo ofrecer ese pedacito de historia que es de ustedes también, que les corresponde. Este relato les pertenece no sólo porque es para ustedes sino porque ustedes tres, mis queridos, han sido parte en su creación, porque ha sido posible con y a través de ustedes.

Cuando tenía la edad tuya, Lolo, empezaba facultad y la militancia, y a la tuya Fefo, me llevaban presa, por tercera vez, que sería la más larga.

¿Quién era yo en ese entonces?

Era una más entre tantas y tantos que soñábamos con un país mejor, que teníamos la utopía del “hombre nuevo” (¿y la mujer?, acotaba yo, con mis semillas feministas germinando ya en aquel entonces). Eramos capaces de amar: con y por eso peleábamos, por amor no sólo a nuestros seres más cercanos sino a todos, queríamos un país que diera educación, trabajo y tierras a todos, que ofreciera oportunidades a todos y no a unos pocos. Tuve la suerte de transitar en mi juventud esos años tumultuosos pero muy enriquecedores que fueron los 70: todo era posible de cambiar, teníamos la fuerza y la energía del mundo. Queríamos hacer la revolución no sólo por fuera, con los cambios sociales, sino por dentro, en cada uno de nosotros.

Cuando llegué a Montevideo, con 17 años, tenía muchas interrogantes y desafíos; la medicina y ya en esa época la psiquiatría eran una fuerte motivación en mí: los misterios de la enfermedad mental me apasionaban, eran muchos los “cómo” y los “por qué”. Y había otras pasiones: las caminatas, el mar, el cine, la música y los amigos… los queridos y entrañables amigos y amigas siempre… La facultad me incentivó las ganas de conocer, entender, descubrir… fue todo un mundo nuevo… pero había explicaciones que no estaban en los textos. Con ganas de encontrar respuestas y cambiar las injusticias, empecé a militar: con la pasión y la energía de la gente joven y con la urgencia de tantos en aquella época.

Provenía de una familia de clase media y a los 18 años tuve que empezar a trabajar para costear mis estudios. Muy pronto la militancia sindical también ocupó mis días. Militaba en la facultad, en el banco donde trabajaba, y seguía con entusiasmo los estudios de medicina.

No fui una dirigente ni una militante destacada, fui una del montón, eso sí, con una gran convicción en los valores humanos, y confianza en la gente que me rodeaba, en la solidaridad, en la construcción colectiva,

en el amor por los demás y por lo que hacía. Aunque discutía mucho, no sabía decir grandes discursos, prefería hacer y me pasaba el día "haciendo": trabajando, estudiando, haciendo pegatinas, volanteadas, leyendo. También mucho cine, caminatas interminables, boliches y discusiones… intentábamos cambiar el mundo, el Uruguay, la pareja, nosotros mismos…

Ya en el 69 y 70 la represión empezó a golpear fuerte, se denunciaban torturas, detenían y requerían a mucha gente, en esos años fundamentalmente del MLN (Movimiento de Liberación Nacional), luego, en la medida que la lucha aumentaba y los movimientos políticos de izquierda crecían, la represión empezó a tocar a otros grupos además de la guerrilla.

En agosto del 72 llevan preso a mi hermano, vuestro tío A: lo detienen en el hall de la Universidad, donde él intentó rescatar a un compañero que habían detenido y lo llevaban, todo magullado (sujetado por dos milicos de particular y armados), a reconocer gente a la Facultad de Derecho. Mi hermano, al verlo así, se lanza a rescatarlo, junto a otro grupo de compañeros. Los milicos tiran balazos dentro de la Universidad y agarran a mi hermano.

Fue un golpe muy duro, varios días sin verlo, sin saber dónde estaba, si estaba herido o muerto, qué había sido de él (como era habitual en aquella época). Con mamá íbamos de cuartel en cuartel, de coronel a general, de diputado a senador tratando de averiguar algo. Por fin, como había sido tal el atropello, se llevó la denuncia al Senado y finalmente pudimos saber su paradero: el herido había sido el otro compañero (por suerte fue una herida leve en una pierna), mi hermano estaba sano pero… lo procesaron y quedaría dos años preso; el delito tipificado fue "tentativa de asociación para delinquir". Esos dos años, desde agosto del 72 a octubre del 74, cuando lo sueltan, no falté a las visitas. Junto con mi madre, recorrimos varios cuarteles del interior y el tristemente famoso Penal de Libertad. Los atropellos, los destratos y abusos que vivimos en carne propia o presencié con el resto de los familiares, así como en contrapartida la gran solidaridad que se iba generando entre nosotros, darían para escribir mucho, pero eso se los contaré en otro momento.

A los dos meses de salir mi hermano en libertad, me llevan presa a mí, el 4 de enero de 1975, yo acababa de cumplir 22 años. Me detienen

en Shangrilá. Yo iba en bicicleta con una amiga cuando vemos llegar un auto que para, salen dos tipos de particular, preguntan por mí, me agarran del brazo y me empujan adentro del auto; allí estaba mi madre, la tenían sentada en el asiento de atrás, uno de ellos sujetándola del brazo. Esa visión me desarma, su cara de susto y preocupación, lo único que me dice es que mi hermano está en casa con la Policía (mi hermano, recién salido del Penal, todavía "peladito", estaba "detenido" a domicilio, lo tenían de rehén hasta que me encontraran a mí) y la hacen callar; no podemos hablar más en todo el trayecto. El auto se dirige a Montevideo, no logro salir de mi asombro. Aunque sabía, por lo que vivía todo el país, que esto podía pasar, no me esperaba mi detención en ese momento: ya la represión había avanzado mucho y en ese momento el movimiento político donde militaba estaba bastante desmembrado, no teníamos funcionamiento orgánico. De todas maneras intuyo que la cosa viene fea, porque los individuos se comunican por radio con un cuartel: no es la Policía, es el Ejército, más exactamente la OCOA (Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas). Cuando llegamos a casa la bajan a mamá, sigo en el auto con ellos e inmediatamente me ponen una capucha, me empiezan a decir groserías y a burlarse. Me inunda la bronca, rabia, impotencia, miedo, todo junto, y las rodillas me tiemblan, ¡sólo las rodillas! Me indigno conmigo misma, ellos no pueden darse cuenta, si creen que tengo miedo estoy perdida, pero la verdad es que me muero de susto. Es que en el 75, las Fuerzas Conjuntas ya habían perfeccionado sus "métodos", el que caía preso era sometido a torturas sistemáticamente en manos de esos personajes siniestros y cobardes que vestían el uniforme del Ejército de nuestro país.

Yo no fui una excepción.

Los días de interrogatorio y tortura fueron muy duros, tanto que mi mente ha borrado gran parte de esos días (¿meses?). Sin embargo las huellas que tuve en el cuerpo tardaron en borrarse (¿se borraron?).

A pesar de tener toda la información se ensañaron igual: pasé por lo que pasaban casi todos los presos: picana, submarino, golpes, plantón; y también, como a otras mujeres, me desnudaron, me humillaron y desgarraron las partes más íntimas de mi cuerpo. Lo hicieron con un palo de escoba, mientras se burlaban a los gritos. Esto último, queridos míos, me ha costado y aún hoy me cuesta mucho decirlo, ponerle palabras,

tengo además los recuerdos confusos, borrosos, con lagunas de esos momentos, sólo sé que sentía que me moría, y que ni siquiera tenía muy claro lo que querían de mí, no buscaban ningún dato preciso: ya tenían toda la información de la organización donde yo militaba, ni siquiera puedo decir que me lo hacían y yo me mantenía firme, sin darles los nombres. ¿Cómo entenderlo? ¿Quiénes eran esas escorias humanas?

Durante mucho tiempo oculté esa parte, como si así me doliera menos o me preservara del daño. ¡Qué paradoja! Así como las niñas abusadas sexualmente sienten la vergüenza que debería sentir el abusador por el acto perpetrado, yo sentía vergüenza por lo que me habían hecho y… no lo contaba, sin darme cuenta que de esa manera los estaba protegiendo a ellos. A esos hombres cobardes e indignos que mancharon el uniforme del Ejército uruguayo con la sangre de muchos de los mejores hombres y mujeres de nuestro país.

Mi silencio, el haberme quedado con esto adentro durante tanto tiempo fue quizás su única victoria sobre mí, y eso me ha hecho mucho daño. El silencio no ha sido bueno para mí, el silencio no es bueno para nosotras ni para ustedes, queridos hijos, tenemos que contar lo que nos pasó a todos, por nosotros, por ustedes y por todos los que vendrán; para que cosas así no vuelvan a pasar, para que ustedes sepan también qué fue lo que nos ayudó a sobrevivir y sobreponernos a esas atrocidades.

Por suerte, a mí no me interrogaron mucho tiempo, fueron días, no sé muy bien cuántos. No me preguntaban nombres ni datos, ni locales, ya tenían toda la información. El 26 de Marzo, movimiento en el cual militaba, había sido legal hasta 1973 y por lo tanto no era difícil para ellos tener las informaciones. La única confesión que querían arrancarme era que yo pertenecía a dicha organización, y yo (porfiada y tozuda) como el 26 ya estaba desmantelado, repetía gritando "¡el 26 no existe más!".

Mientras mi cuerpo sufría todo eso, mi mente y mi alma seguirían enteras, en una suerte de disociación, quizás borrando, o desdibujando esa parte más dolorosa, y con la gran ayuda que fueron, que fuimos, las compañeras que estábamos allí muy juntas, pude salir íntegra por dentro: creo que más que mi formación (yo no era un "cuadro"), mis grandes sostenes fueron mis afectos, mis creencias y la confianza profunda en todos los seres cercanos y queridos que me rodeaban. Y no me equivoqué, ellos, mi familia (mamá, mi abuela, mi hermano y mi cuñada,

vuestra tía hoy), mis compañeros de trabajo, los amigos, amigas, el que luego sería vuestro padre me acompañaron de cerca esos dos años de prisión. Y también y fundamentalmente las compañeras…

En el 9° de Caballería, donde me interrogaron, permanecí incomunicada unos meses, no me acuerdo tampoco cuánto exactamente, tengo huecos en la memoria de esos interminables días. Estuve con otras compañeras (no sé bien cuántas) en un galpón, acostadas sobre colchones, vendadas y sin poder hablar. Pero allí nos ingeniábamos para darnos fuerza mutuamente: una palabra, tocarnos una mano, una tocecita eran de una fuerza y una calidez impresionantes. Luego vendría el encuentro con otras compañeras, primero en los cuarteles (5° de Artillería y la Brigada de Infantería del quilómetro 14, Camino Maldonado), más tarde en el Penal de Punta de Rieles. En el 5° de Artillería estuvimos cinco compañeras en una pieza, allí hice mis primeras incursiones en las "creaciones artísticas" con papel maché, dibujitos en papel cortado con alfileres, papel de cajas de cigarros que nos daba algún soldado. (Hubo soldados en ese cuartel que tuvieron gestos humanitarios con nosotras aunque simultáneamente seguían presenciando y colaborando en la tortura de otros compañeros; unos pocos, sin embargo, fueron más allá y terminaron arrestados y procesados.)

Vivíamos intensamente el día en ese cuartel, en esa pieza donde apenas cabían los cinco colchones tirados en el piso: íbamos al cine con los cuentos de una, viajábamos con los de otra, aprendíamos alguna destreza manual y nos convertíamos en artistas de "obras maestras" colectivas o individuales. La risa y el amor estaban presentes aun en esas circunstancias. Al lado de la incertidumbre, la amenaza, la muerte y el terror rondando en ese lugar, íbamos sobreviviendo, fortaleciéndonos y... creciendo como mujeres, como seres humanos.

En el Penal las condiciones fueron distintas, mucho más "organizadas" y "sofisticadas" las formas que ellos usaban intentando destruirnos, dividirnos, cosificarnos: todo lo utilizaban para eso. Pero también allí tuve la suerte de vivir, en contrapartida, la inmensa ayuda, valor, sostén, calidez en el encuentro con muchas compañeras, con quienes pudimos mantener la integridad, la dimensión humana, muy a pesar de ellos.

En aquel momento quizás no era totalmente consciente del valor de esto. Recién mucho más tarde, en el exilio, me daría cuenta de cuán

hondos e imborrables fueron eso lazos que tejimos juntas. Recién allá, tan lejos, pude empezar a poner palabras al dolor, pero también al crecimiento, al aprendizaje que tuve. Aprendí y crecí mucho esos años. Aprendí que no son los grandes hechos los que importan o hacen el valor de la vida, sino las pequeñas cosas lo que nos engrandece: el gesto solidario, la palabra cálida, el puente de una mano, la risa compartida. Que son esas pequeñas-grandes cosas las que nos hacían mucho más fuertes que sus rejas, sus armas, sus torturas. (Por lo menos eso vi en aquel período de prisión en la gran mayoría de las compañeras: sólo algunas pocas fueron ”quebradas”.)

Estuve dos años presa, y en el 78, un año después de haber salido, nuevas rupturas, pérdidas, desgarros.

Vuelven a reabrir los expedientes y buscar a mi hermano y a vuestro padre. Tuvimos que salir del país, primero a Brasil y luego la partida a Bélgica. Tengo la impresión que esta parte, las circunstancias de la salida de Uruguay, el terror, las angustias, para que se fueran ellos primero (Q y mi hermano A y su familia, este último con hepatitis, sin un peso); el miedo y la incertidumbre míos, quedando sola, con libertad vigilada; el allanamiento, las persecuciones, los tiras constantemente siguiéndome y luego, dos meses más tarde mi partida sola, sin despedidas… y por otro lado la abuela… todos desparramados, el reencuentro en Rio de Janeiro. Esta historia la conocen ustedes un poco más; los relatos y las anécdotas de la salida del país, la llegada a Bélgica, los primeros años de exilio, los han acompañado en la infancia, quizás mucho más a Fefo y Lolo, los belgas, mucho menos a ti, Bruno.

Los primeros años fueron los más duros. “El exilio, comparado con la cana no es tan duro”, oíamos decir a veces, como si se pudieran comparar. Son dolores diferentes, sufrimientos distintos, no se pueden comparar. Qué frío, qué vacío, qué solo te puedes sentir (a pesar de estar con tu pareja, o con parte de la familia) en un país extranjero. Todo te es extraño, tu nombre suena distinto, los olores, los sabores, los gestos son diferentes, ajenos, ya ni sabes quien eres. La pelea para que te acepten, te quieran, te reconozcan, es de vida o muerte. Es un contrasentido comparar el sufrimiento del exilio con el de la prisión, la tortura, etcétera, como si se pudiera medir el dolor, como si fueran medibles.

En la tortura tuve la sensación de muerte inminente, sentí que esta-

ba al límite, pero el sufrimiento iba junto con la rabia, pataleaba, gritaba, lloraba de rabia, la injusticia y sus responsables estaban allí, paradójicamente me daban fuerzas para protestar, gritar, vivir y resistir...

En el exilio el dolor lo sentí muy hondo, muy profundo, muy quieto; no se percibía tanto la injusticia de la situación, los responsables se esfumaban, no tenían cara ni eran tangibles. Y la confusión, la herida, tocaba también las fibras más profundas, el quién soy, cómo sigo siendo yo misma sin el entorno que me era habitual y que era parte de mí misma.

Por suerte, allá en el Norte también estaba la otra cara de la moneda; encontramos e hicimos amigas y amigos entrañables: uruguayos, belgas, latinoamericanos. Crecimos, vuestro padre y yo, la pareja creció y sobrevivió… y Bélgica también nos ofreció posibilidades de estudio, trabajo, nuevos lazos...

Luego llegaron ustedes: Fefo primero y Lolo tres años después.

¡Qué remanso, qué baño de felicidad fueron sus nacimientos!

Tú, Fefo, llegaste en Bélgica, pero ya te ibas gestando en mi panza en Brasil, con la radiante alegría de nuestro reencuentro. Teníamos muchas incertidumbres en ese momento, no sabíamos qué sería de nuestras vidas, ni a dónde iríamos, pero no queríamos demorar tu llegada, no podíamos en aquella época esperar “el momento adecuado”, más que el de la fuerza y el amor que sentíamos, queríamos tener un hijo, ¿qué más podíamos esperar? Recién supe que estabas conmigo unos meses después de llegar a Bruselas; desde ese momento, me ayudaste a volver las cosas a su lugar: todo lo gris, oscuro, extraño que me resultaban Bélgica y Europa empezó a teñirse de colores; ya en la panza, me ayudaste a mirar nuevamente hacia el futuro, todo recobraba sentido. Llegaste rodeado del amor no solo de tu padre, mío, de la abuela, los tíos, sino de muchos compañeros y compañeras que llegaron, como los Reyes Magos, de distintas partes de Europa: éramos los exiliados, una gran familia.

Cuando llegó Lolo ya habíamos andado un trecho, ya nos habíamos apropiado de muchas cosas en Bélgica, la felicidad fue más tranquila, lo disfrutamos con más calma. Junto con el crecimiento y los descubrimientos de ustedes dos, fui abriéndome más y conociendo más a fondo ese país y su gente, en donde luego dejaría tantos queridos amigos y amigas.

La vuelta fue otro desgarro: contradicciones, dudas, miedos de todo tipo; la decisión de retornar no era fácil. Habíamos construido y re-

construido muchas cosas en Bélgica, pero yo no me imaginaba a mis hijos haciéndose hombres en otra patria; por momentos me sentía egoísta, pero si seguían creciendo allá, la vuelta sería cada vez más difícil, y para ustedes quizás imposible. No quería que crecieran y se hicieran adultos en un país que me resultaba todavía extraño en algunos aspectos, en una sociedad que veía en decadencia, y quería fundamentalmente que conocieran de cerca nuestras raíces, nuestras motivaciones y nuestra tierra. Ya intuía que aquí sería más fácil esto que estamos haciendo ahora: reconstruir la memoria. Era vital para mí, y creí que también lo sería para ustedes.

Decidimos volver, así que otra vez: pérdidas, separaciones, dolores, pero cada vez más fortalecidos y con la bolsa de los afectos más llena y nuestro mundo conocido ensanchado.

Tu nacimiento, Bruno, ya aquí, en el paisito, ¡qué dicha! Fue como saldar una deuda pendiente: estábamos “en casa”, y tu nacías aquí, rodeado de todo lo nuestro.

No tengo grandes cosas para darles ni grandes verdades que enseñarles, mi único “tesoro” a dejarles sentí que debía ser éste: darles una partecita de lo que viví y sentí y lo que pude aprender de eso.

Todos esos años fueron muy difíciles: el dolor, el terror, las pérdidas fueron muy grandes, inimaginables. No es fácil sobreponerse, a veces tambaleamos, se nos oscurece el alma con la rabia, la bronca, la impotencia. Pero hoy, cuando miro para atrás y veo también cuánto amor continuó rodeándonos, reafirmo más que nunca que todo eso no ha sido en vano, y ustedes tres, queridos míos, son prueba viviente de ello. Ojalá en estas páginas incompletas, con recuerdos fragmentados, puedan entender y encontrarme un poquito más.

Lango

PINCELADAS SOBRE FONDO OSCURO

Repensando aquellos años, una se pregunta cómo se pudo mantener una pareja, tener y criar hijos, hacer vida de barrio, ir a trabajar, ir al cine, ir a la playa...

Una vida “normal” en un contexto anormal.

Y sin embargo...

Tuve la suerte de no ir presa, de que los “rastrillos” se pararan en la manzana anterior, que los milicos se equivocaran de número ante la denuncia de algún comedido vecino colaborador. Sí, tuve mucha suerte.

Por mucho menos otros amigos y amigas estaban presos, se habían tenido que ir precipitadamente y alguno ya había desaparecido.

Y sin embargo...

Crié a mis hijas dándoles el mayor ambiente de seguridad, de alegría, de disfrute de la vida en las pequeñas cosas: la playa y su hechizo tan uruguayo, los paseos por el Prado y aprender a nombrar cada árbol como papá me había enseñado cuando yo era como ellas, oír mucha buena música desde la cuna (gracias Sui Generis, Joan Manuel, Chico, Mateo, Canciones para no Dormir la Siesta, María Elena Walsh...), aprender a compartir con sus amiguit@s y aprender a amar la lectura, mucha lectura.

La casita del Buceo era diminuta, pero era mía y la convertí en un pequeño oasis de disfrute: lindos cuadros de nuestros pintores, buena biblioteca, buenas revistas, artesanías de todo el mundo, recuerdos de nuestros amig@s. Y el cuarto de las gurisas, el más importante de la casa, era todo color y alegría. El centro del barrio.

Mi callecita de dos cuadras, que terminaba en la rambla, estaba bordeada por unos maravillosos sauces llorones que le daban una especial frescura en el verano.

Los vecinos se quejaban de que los sauces metían sus raíces en los caños y los tapaban y un día decidieron cortarlos. El que comandaba la

operación era un militar, elemental, que se creía el comandante en jefe del barrio. Por supuesto no existía ninguna autoridad a quien recurrir para parar aquello.

Lo único que pude hacer fue instalarme al lado de "mi" sauce y negarme a que lo cortaran. También eran "mis" caños los que podían obstruirse. A partir de ese momento tuvimos el tronco de un sauce del vecino como banco en el frente de la casa para toda la gurisada que jugaba en la cuadra. Era el punto de reunión de la pandilla.

Esa gurisada no escapó al entorno autoritario que planeaba sobre el tranquilo transcurrir de la callecita, y el "comandante" se quejaba de que jugaran al fútbol en la calle o de que anduvieran en bicicleta por su vereda.

En esa época las plazas escaseaban en la ciudad y el barrio del Buceo no era una excepción: las hamacas de la placita que estaba enfrente del cuartel estaban intactas. Los ocasionales depredadores no se animaban ni a acercarse a la vista de los siempre presentes milicos de la puerta o las torretas.

Y allí llevaba yo a mis hijas al subibaja, al tobogán o a hamacarse. A pleno sol, a las tres o cuatro de la tarde yo me ponía de espaldas, entre las risas de mis hijas, el viento de la playa, el verde de los árboles, sintiendo la ominosa presencia de ese espacio cerrado donde había tantos hombres que eran torturados y vejados y que quizás a alguno yo conocía.

Siempre tuve la esperanza de que alguno pudiera ver que la vida seguía en nuestro país y los niños seguían creciendo y que las mujeres manteníamos el ciclo de la vida y la memoria de la alegría y de la solidaridad.

Ahora nos dicen que quizás algunos de los cuerpos de los desaparecidos fueron quemados en los hornos de la Intendencia de Montevideo. Y me viene aún hoy el recuerdo del espantoso olor cuando funcionaban los hornos del cementerio del Buceo y que pensábamos que simplemente reducían restos de las tumbas. Hoy me pregunto si los tiempos que se fijan para las reducciones podían habilitar ese nauseabundo fluido.

El jardín de infantes de Rivera y Comercio, enfrente de la entonces pujante y activa industria de Cristalerías, era de primera categoría. Buen local y excelentes docentes. Pero allí también se coló la discriminación política: la hija de unos izquierdosos no podía ser abanderada y las maestras empezaron a sufrir presiones.

La opción fue inmediata: preservar de intolerancias a la generación que venía. Y el refugio fue un colegio privado, religioso, donde se habían educado mis hermanos y sobrinos en otros tiempos y donde ahora eran varios los hijos de los presos.

Allí también hubo protección para esa generación de niñ@s con padres presos, proscritos, exiliados, desaparecidos. Y apoyo, mucho apoyo.

Lo peor es que no fue un período en que viviésemos sólo el miedo y el terror tratando de que no se trasmitiera a nuestras hijas. Fueron muchas etapas. La sorpresa terrible siempre estaba ahí. Que se llevaron a fulano, que desapareció mengano en Buenos Aires, que zutano no quiere irse y ya lo cantaron. Las dudas de los amigos y las propias, si exiliarse o no. Y mientras tanto, la vida seguía su rutina: llevar a las chiquilinas al colegio, ir a trabajar, ayudarlas a estudiar, llevarlas a disfrutar de una ciudad totalmente abandonada y semidestruida. Ibamos al Botánico de botas de lluvia por el barro, o a los jardines abandonados y cerrados de la quinta de Iriarte Borda o de Santos, y yo les hacía cuentos de fantasía en esos castillos del Uruguay de otrora y ellas se disfrazaban de princesas e inventaban sus propios juegos que incorporaron para siempre la matriz de una geografía ciudadana que hoy adoran.

Siempre agradeceré a las estrictas y conservadoras monjas, que acompañaron la ecléctica educación que me dieron mis talentosos padres, la disciplina que desarrollaron en mi personalidad. Soy mujer dura e impasible para las situaciones difíciles y muchas veces tuve que ejercitar esa frialdad externa que ciertamente no tenía mi pareja. Pero una vez me derrumbé: fue cuando me enteré que se le había muerto un hijo a una de mis más queridas compañeras de militancia barrial frenteamplista.

Manuel y Elena se habían ido a Buenos Aires con sus hijos chiquitos. Habíamos hecho la última barriada juntas, ya en la clandestinidad, para repartir bajo las puertas una tarjetita el día 13 de diciembre recordando al general que cumplía años en la cárcel.

La cosa se puso difícil en la Argentina y Manuel se fue a España para buscar trabajo y esperar con casa a Elena y los chiquilines. Y tuvo que enterarse por teléfono, solo, en el otro lado del mundo, que se le había muerto un hijo en esos días de separación de la familia. Y la desgracia de esa pareja no terminó ahí: Elena sobrevivía como podía en España

luchando en cualquier trabajo como lo hicieron tantas mujeres en el exilio. Su hija viva tuvo una terrible enfermedad y hubo que internarla mucho tiempo durante el tratamiento y Elena debía dejarla solita en el hospital porque debía seguir trabajando para mantener la familia.

Yo me sentía tan impotente por estas cosas que les pasaban a mis amigos más queridos, por no poder darles una mano, por estar tan lejos, por estar tan indemne... que hubo días que esperaba a estar sola para llorar y llorar.

Ahora, cuando me retan a recuperar la memoria, pienso en esa época en que tanto disfruté ver crecer a mis hijas (los mejores colores de mi vida) con ese tétrico ambiente del entorno (fondo profundamente oscuro).

Fue una apuesta a la vida, al avance de la historia y cuando veo el fruto en una generación crítica, democrática, solidaria, pienso que fuimos muchos y muchas los que hicimos esa apuesta y la ganamos.

Pintora

Maestras prontas de seguridad

Mi abuela tiene muy claro que los dichos no siempre funcionan. Ella es tan buena que trata de darme ánimo diciéndome que “los días se siguen y no se parecen”. Aunque se esfuerza en convencerme, no encuentro argumentos para creerle y conste que adoro a mi abuela. Su frase tiene un tono de resignación y de tristeza. Ella igual lo intenta, quiere que no pierda la esperanza, yo no quiero que los días se parezcan tanto.

Por la mañana salimos todos a distintas horas y en distintas direcciones. Mi padre es el primero en irse. Con una hermana menor, muy graciosa y divertida, vamos a la escuela del barrio. La escuela del barrio está cerca pero tiene cosas raras. A Fernanda le gusta. Mi hermana mayor, Patricia, va a otra y también le gusta. Siempre dice que es linda y que tiene muchos amigos varones. Se lleva bien con los varones, es fuerte, simpática y decidida. Yo creo que es la primera mujer que juega al fútbol en la calle y es buena golera. La vienen a buscar a casa los varones del barrio que a mí me gustan. Se gana todo, hasta los sorteos de las rifas que organizan las maestras de su escuela. En su escuela hacen muchos paseos y aprende canciones que a mí nunca me enseñan.

Mi hermano menor es muy tierno, es tan chico que no tiene por qué ir a la escuela. Pobre niño, no sabe lo que le espera. En la mayoría de los casos marcha con mi madre a su trabajo. Pero a él le gusta.

Todos los días debajo de la túnica me tengo que poner abrigo. Estoy apretada, no entiendo por qué no podemos ponernos abrigo arriba de la túnica. Eso a Fernanda no le importa.

Todos los días pasamos a buscar a una compañera de mi clase. Su casa está en el recorrido que hacemos para ir y venir de la escuela. Nunca está despierta, tenemos que esperar mucho para salir de su casa. Ella tiene que empezar el día igual que como lo habíamos hecho nosotros un rato antes. Demora bastante y Fernanda se enoja todos los días. A mí en realidad ir a buscar a Rita es lo único que me gusta.

Todos los días después de tres cuadras de charla llegamos al patio de la escuela a formar fila y “tomar distancia”, con el brazo derecho, hasta llegar al hombro de la compañera que está adelante. Yo tengo brazo largo y soy alta. Siempre estoy al final, sola y lejos. En la fila de al lado ya no hay varones. ¿ Por qué hay tan pocos varones?

La maestra, que ya está parada firme en la puerta, señala con el dedo índice, “las damas entran primero al salón en silencio y con orden”, “los varones después”; con un golpe nos encierra y comienzan los saludos de siempre, “buenos días”, “buenos díiiias” (repetimos todos al mismo tiempo). Parece un juego y por ahí nomás empieza la clase.

Si no repito, el próximo año me despido de esta escuela. No es que esta escuela sea fea. Yo siempre quiero ir al gimnasio, es el lugar que más me gusta, pero no se puede usar. Allí se hacen los actos patrios. Es grande y hay pelotas, colchonetas, red de vóleibol y tizas para las clases de danza. También hay un piano. Yo siempre propongo jugar, pero no, nunca nos dejan. Consigo entrar cuando bailo alguna de las danzas tradicionales. También es lindo el patio, es amplio, con hamacas, árboles y bebederos, ¡qué buen invento los bebederos! Son nuevos los bebederos, unos años atrás no estaban, ¿de quién habrá sido esta brillante idea? Si mi maestra llega a saber que tener bebederos en el patio nos ayuda a pasar mejor, es capaz de mandarlos clausurar.

No me gustan estas maestras. Las cambian mucho, empezás a encariñarte con una y después, no se sabe bien por qué, no la ves más. Con las últimas maestras nunca me pude encariñar. La escuela a veces tiene cosas raras. Mi maestra de quinto es mala, para mí que no nos quiere y eso que es el Año de la Orientalidad. Dicen que este año es un año muy importante, y que todo lo que ocurra será bueno para el país.

Es un día de invierno como todos, frío pero con sol. Pero eso no es necesario que se sepa. Todos los días en el cuaderno hay que escribir la fecha y la misma frase: “Año de la Orientalidad”. Las veces que me olvidé de escribir esta frase la maestra me devolvió el trabajo sin corregir. No entiendo bien por qué, de tanto repetirlo ya lo sabemos de memoria, ¿o no? Hoy algunos tenemos que exponer sobre un tema de biología. Somos un grupo grande de compañeros, siete en total. Preparamos muchas carteleras. Dibujamos y pegamos materiales para tener buenas notas. Yo nunca fui buena alumna pero no quiero tener malas

notas, estudio, me da vergüenza no saber. A veces prefiero faltar a clase para no quedar en evidencia. Nunca dejo de hacer los deberes y trato de ser prolija. Me cuesta estudiar, pero me ayudan mis padres. Sobre todo mi madre mientras cocina o lava la ropa. Yo leo y ella me enseña a pensar. A veces le toca a mi padre. Me siento intranquila y tengo miedo a muchas cosas si no cumplo todos los días con los "pienso, redacto, opero, estudio" y con las infaltables "planas". Son deberes largos pero tienen que hacerse todos, prolijos, sin errores, sin manchas, con linda letra, sin usar el color rojo, etcétera, etcétera.

Todas las mañanas son iguales, la clase tiene dos momentos bien claros. Al principio y hasta el recreo es puro trabajo. Después del recreo es para jugar a quién termina primero un ejercicio, a quién encuentra primero cómo terminar un trabalenguas, a quién logra primero hacer silencio, a quién quiere pasar primero para exponer el tema de estudio. Todos nos matamos por hacerlo. Corremos hacia la maestra para demostrar nuestra capacidad de rapidez. Nos reventamos con los bancos y entre nosotros. Es una experiencia maravillosa. Después de todo este alboroto la maestra nos grita: "¡a sentarse!", o la escuela toda encuentra una mejor solución; como por arte de magia se abre la puerta del salón y entra la directora, siempre lista en estas ocasiones. Entonces sí, todos de pie al lado del banco y en silencio. ¡Qué metodología pedagógica tan eficaz tiene esta educación que me toca en suerte !

Nosotros sabemos que tenemos que esperar hasta después del recreo para dar la clase. Nervios, ganas de seguir repasando, problemas en el grupo para que todo salga bien y que nadie se equivoque.

La maestra esta mañana arrancó con todo. Nos puso una redacción título: ¿"Qué puedo hacer por mi país?" y resulta que yo había estudiado ciencias naturales, tenía en la cabeza la definición de "cerebro: el que controla muchas funciones voluntarias y es la fuente de las sensaciones conscientes, del aprendizaje y de la memoria", trataba de memorizar los nombres difíciles de la estructura del cerebro: corteza cerebral, ventrículos, cerebelo, bulbo raquídeo, hipófisis, hipotálamo, tálamo. Lo que está bueno y lo aprendí con ganas es eso de que tiene dos mitades, dos hemisferios como el planeta, aunque por distintas causas. Me preparé para explicar en qué consiste cada una, dar ejemplos y proponernos usar el cerebro como una unidad. Pero con esta redacción estoy

frita, me desconcentro, seguro que voy a olvidarme de todo.

¡Y yo qué sé "qué puedo hacer por mi país"! ¿Qué país? ¿Este que tiene soldados en la calle que dan miedo porque ponen en la cárcel a muchas personas, este que obliga a la gente a que se vaya porque corre peligro su vida, este que deja a muchos sin trabajo por pensar diferente, este que en los actos callejeros reprime y balea personas (cosa que yo vi), este que da la orden a la maestra de que no me deje correr en el patio, este que me pone en penitencia contra la pared, este que me obliga a cantar con entonación el himno y otras canciones que no entiendo para las fiestas, este que dice que las nenas no pueden usar short ni jugar a la pelota, este que podó los árboles de mi cuadra con lo que me gustaba la sombra, este que tiene un cuco, un viejo de la bolsa al que hay que tenerle miedo porque se come a los niños, este que inventa álbumes para coleccionar figuritas de todos los tipos pero del que nunca encontrás la que te falta y por eso tenés todos los álbumes incompletos, este donde "todo lo que no está prohibido es obligatorio"? ¿Este, éste país? ¿Y yo qué puedo hacer por mi país? Yo por mi país no puedo hacer nada. La respuesta es lógica, porque se me ocurren cosas que no le van a gustar a la maestra. Anoto esta frase y que me ponga deficiente. Más que eso no va a pasar.

Esta vez espero bastante tiempo para entregar el trabajo. La maestra empieza a juntarlos, ya vamos a salir al recreo. No sólo no quiero ser la primera sino que prefiero entregar medio mezclada en algún montón apurado de trabajos. Total después del recreo vendrá la exposición, habremos cambiado de tema. La maestra descubrirá en su casa que no hice más que una oración. Mañana será otro día, uno de esos que según mi abuela no se parecen.

Qué ingrata sorpresa, en medio de mi exposición la maestra está leyendo los trabajos mientras nosotros explicamos funciones emocionales. Se fue del salón no sin antes mirarme fijo. Tiemblo de un modo indescriptible. Los compañeros no entienden qué pasa. La maestra me miró y se fue sin decir nada. Piensan que se sintió mal, y preguntan en voz alta ¿qué le pasó? Pero yo sabía que había leído mi redacción. Nervios, susto, miedo, y ahora ¿qué va a pasar ?

Al rato de estar solos, algunos repasando, otros charlando, otros jugando y yo esperando, llega la maestra y nos dice que sigamos con la

exposición. Al final de la clase apareció la excelente idea de la maestra vaya a saber en complicidad con quién. Deberes: "¿Qué puedo hacer por mi país?". Mis compañeros nada pudieron lograr diciendo que por qué otra vez lo mismo, que ya lo habíamos hecho, que era aburrido y que por qué. Entendí que seguramente la única redacción que corregiría sería la mía.

En este caso me ayudó papá a hacer los deberes, le conté todo. Yo en mi casa puedo decir la verdad. Estoy enojada porque en este país no me dejan hacer nada, entonces ¿cómo puedo hacer algo por mi país? No entiendo, si hacés algo por tu país, te matan, te ponen preso, te torturan, te asustan, etcétera, y si no hacés te mandan pensar qué podés hacer.

Mi padre es un tipo muy tranquilo y pensativo, con toda su serenidad me dijo ¿qué te parece si lo tomás por el lado de la higiene de la ciudad ? No tirar papeles en la calle, no tirar los chicles en cualquier lado, no comer bizcochos mientras caminás para no hacer miguitas en la vereda, no tirar semillas de naranja por el balcón cuando pasan los caballos montados de verde, no tirar la basura fuera del tacho del edificio y muchas cosas más.

Qué genio es mi padre, voy a tener una buena nota como siempre ocurre cuando mis padres me ayudan a pensar. Ahora me siento sumamente crítica de la situación de nuestras veredas. ¿Estaré buscando una ciudad, un país limpio?

Lo que no sé, pero tampoco me animo a preguntar, es cómo estuvo la exposición preparada con tanta dedicación y respeto. Bueno, después de todo no es un asunto importante. Tampoco sé qué contestaron mis compañeros en su redacción, no podemos hablar de eso.

Se hace de noche. Todas las noches son iguales. Todas mis noches empiezan y terminan igual. Mis noches también se siguen y se parecen. Me gusta mirar el cielo antes de dormir. Si esta noche veo un "plato volador" estaré paralizada por unos minutos, pero si veo una estrella fugaz voy a pedir tres deseos: que se termine esta dictadura, que dentro de unos años encuentre a mi maestra de quinto y que corrija esta historia y me enseñe desde su experiencia, desde su corazón, desde su conocimiento, desde su convicción, desde su responsabilidad.

Flaqui

LA PANDILLA DE LA SIRENA

En abril de 1974 empecé a aprender cerámica en el taller de “la Ñata”. Yo tenía cinco años recién cumplidos, ya me estaba volviendo insoportable para mi mamá, que no sabía qué hacer ante mis constantes demandas de atención y diversión, y la Ñata vivía y trabajaba en su taller de cerámica en la casa de al lado, una casa de ladrillos rojos frente al colegio de monjas de la calle Bogotá, a un par de cuadras de la playa. Era en la Villa del Cerro, donde la gente se arraiga desde los tiempos de los frigoríficos y las permanentes nuevas generaciones se conocen desde el nacimiento; las vecinas se hacen los mandados unas a las otras y dejan a sus niños en la casa de al lado cuando tienen que salir. Tal vez una de las últimas comunidades de verdad que aún quedan en la ciudad de Montevideo.

Mi mamá trabajaba en aquel entonces hasta las siete de la tarde, entonces la Ñata me iba a buscar a la escuela, y yo la traía casi corriendo, tironeándole de la manga para llegar a tiempo para el comienzo de Pibelandia. Ella me daba la leche en su comedor diario y yo me sentaba con los ojos fijos en la tele, y no conversábamos nada hasta que terminaban los dibujitos.

Ella era, a mis ojos de niña, un poco vieja, aunque no tanto como mis abuelas; tenía el pelo muy negro, una nariz pequeñita de donde había tomado su apodo y unas manos que acariciaban como las de mi mamá. Con esas manos me guiaba, cuando yo apagaba, saciada, la tele, hasta su taller de cerámica que era un enorme galpón en el fondo, para llegar al cual había que recorrer un caminito de piedra laja cercado de yuyos desprolijos. Ella vivía de eso; todos los días, a diferentes horas, señoras y niñas alborotaban el taller para aprender a modelar la arcilla de las formas que sus diferentes imaginaciones sugerían y que la Ñata ayudaba a pulir. Juntas pintaban los variados seres que de aquel trabajo surgían, los ponían en un horno enorme y al cabo de un rato salían

servilleteros, pisapapeles, miniaturas para la repisa, canastas para llenar de frutas, o simplemente muñecas para regalar. En una de las ocasiones en que estuve en el taller señalé inmediatamente después de entrar a una muñeca todavía en ciernes que estaba aparentemente toda sucia sobre la larguísima mesa de tabla sobre caballetes. Su cabeza llegaba a la altura de mis ojos, por lo que me pareció enorme, y todavía no tenía pelo ni rasgos, ni tampoco pies, ya que una especie de gruesa cola de novia prolongaba lo que parecía ser su pollera. Me cautivó su tamaño, sus movimientos ondulantes atrapados en la rigidez de la arcilla seca.

—¿Te gusta? Es de Nené, ¿vos la conocés a Nené, la que vive al lado del almacén, no? Es una sirena.

Yo no sabía lo que era una sirena. La Ñata me habló de esos seres mitad mujer mitad pez que vivían en el fondo del mar. Quedé extasiada. Esa noche soñé con un estanque y un ser ondulante de largos cabellos rubios y sonrisa transparente, como una princesa, que se alejaba de mí impulsándose delicadamente con su cola. Me obsesioné con ver terminada la sirena de Nené, para poder copiarla y hacer una para mi cuarto. Tanto insistí, que mi mamá habló con la Ñata, y dos sábados después comencé mis clases formales en el taller, donde yo era, desde luego, la mimada de todas las señoras cincuentonas y niñas preadolescentes que concurrían a mi turno. La Ñata me enseñó a moldear la arcilla, y mi primera obra de arte fue un nido lleno de pollitos que todavía está en algún estante olvidado. Pero yo quería ver acabada la sirena. Casualmente, Nené se había tenido que operar y hacía tres semanas que no venía. La sirena seguía todavía esbozada, sin rostro, sin pelo, sin la punta de su cola para poder nadar, pero los movimientos insinuados de sus brazos y cintura eran de una delicadeza de bailarina.

Una mañana, cuando todavía el sol no iluminaba por completo mi ventana, me desperté por un movimiento inusual en la casa. Con el pretexto de ir al baño, me puse las pantuflas y salí a investigar. Crucé el comedor francés, con su vitrina de espejos, y al acercarme al living me di cuenta de que mi mamá estaba con alguien sentada en el sofá. Mis chinelas eran blandas y podían pisar como un gato. Me escondí detrás de la puerta. La otra persona era la Ñata. Estaba llorando.

—¡Pobre Hugo! –decía la Ñata– nunca estuvo en Buenos Aires, cómo se las irá a arreglar...

Hugo era el hijo de la Ñata. Yo no lo conocía mucho, más que de lejos. Yo tenía sólo cinco años, y él veinte. Sabía que era muy bueno, sobre todo porque cuando me veía en el jardín del frente de mi casa siempre me dejaba algún caramelo. Sabía que era muy estudioso; en casa era novedad frecuente que Hugo hubiera salvado un nuevo examen en la facultad. Sabía que tenía el pelo negro y lacio, como la Ñata, que era flaco y alto, y usaba normalmente un blazer azul marino, que no se me olvidó jamás.

—¡Se escapó por un pelo! –seguía diciendo la Ñata– ¿Escuchaste los golpes? Casi me tiran la puerta abajo. Venían a llevárselo. Vestidos de guerra, todos de verde camuflado. Yo les dije que ya no vivía conmigo, que no tenía idea. Me dieron vuelta la casa, destrozaron todo. Como si fuera un criminal peligroso el Hugo, si no mataba una mosca, venirlo a buscar así, vestidos de guerra...

—¿Y pudiste ver en qué vinieron?, una chanchita*... un ropero... –preguntó mamá.

—No –respondió la Ñata sonándose la nariz–, me parece que no están usando las chanchitas y los roperos para llevarse a la gente, ahora venían con un camello, como cuando se llevaron a los primeros compañeros del Hugo, todos en camello... A las seis salía el "vapor de la carrera", a las seis y media yo me estaba haciendo un mate y me pareció escuchar la sirena, pero muy de lejos, y después nada. Pero eran ellos, eran nomás. Por un pelo se escapó.

—¿Y venían con la sirena? ¿No se cuidan de llegar en silencio?

—Había mucho viento, la debe de haber traído el viento...

—El viento, sí, el viento...

Mi mamá la abrazaba y la Ñata repetía: "Por un pelo se escapó el Hugo, por un pelo. Cómo se las arreglará en Buenos Aires...".

Yo me quedé agazapada, esperando que se dijera más, pero sólo oí que mi mamá se ofrecía a hacer un té, y yo corrí de puntillas a meterme en la cama. Generalmente no me castigaban, pero no sabía por qué en ese momento sentía temblarme el pecho, como si me hubiera enterado de un secreto que podría dañarme. Tal vez eso era lo mismo que paralizaba a los mayores y sellaba sus labios. Ese mismo miedo.

---

* "Chanchita, ropero, camello". Formas que teníamos los ciudadanos de nombrar popularmente a los distintos vehículos militares utilizados para la represión.

Nunca más volví a oír hablar del asunto en mi casa, ni en el taller de la Ñata. Seguramente se cuidaban de no mencionarlo en mi presencia. Tampoco en la escuela la maestra enseñó nunca que en una ciudad pudiera haber una invasión de sirenas que se llevaran a la gente. Ni en el informativo lo decían, porque mi abuelo siempre lo escuchaba, y si hubieran anunciado algo tan especial me lo habría contado todo. El silencio rodeó de murallas mi imaginación, y al no animarme a escapar por medio de preguntas, mis fantasías se hicieron autárquicas y creé un mundo de seres mitológicos que no entendía y me fascinaba.

En el taller de cerámica, Nené no volvió para terminar la sirena, al menos por ese año. Y ante mi insistencia la Ñata la finalizó para mí. La trabajaba despacito, un día le pintaba las escamas verdes y doradas de la cola con un pincelito delicado, otro día le pegaba tiras de cabellos como fideos largos. En una ocasión me preguntó si yo quería pintarle la cara, pues ya estaba casi pronta.

—No –le contesté–, hacela vos, una cara bien de mala. Yo voy a hacer su pandilla, para ponerlos todos juntos.

Modelé, como pude, con toda la destreza que mis dedos cortitos de uñas comidas me lo permitieron, un prisma, dos animalitos gordos y redondos, y un bicho enorme que quedó todo chueco pero con dos claras protuberancias en el lomo. Cuando la sirena estuvo lista, justo antes del baño anterior al horno, la Ñata le amasó una base y yo coloqué mis creaciones rodeándola. También le pedí que dibujara nubes en el piso.

La Ñata se mostró muy interesada.

—Así que la pandilla de la sirena, ¿eh? ¿Y quiénes son? ¿Se puede saber?

—Es la pandilla roba-gente. Se visten como los soldados que van a la guerra y se llevan a las personas. La sirena es la jefa, y la ayudan las chanchitas con un ropero donde esconden a la gente, o a veces traen a un camello, como los de los Reyes Magos, y a los que atrapan se los llevan sentados en las jorobas. Viajan rapidísimo, muy pocos se pueden escapar de la pandilla de la sirena, porque los trae el viento.

Muchos años más tarde, mientras ordenaba mi cuarto, la pandilla de la sirena se me cayó de la repisa y se hizo añicos. Por suerte. Eso fue mucho tiempo después de enterarme de que los Reyes Magos eran los padres, lo cual fue un alivio, ya que no tuve que pelear más con mi

mamá, que todos los años insistía en que debía dejarles agua y pasto, y yo me negaba rotundamente.

El Hugo vivió el resto de su vida en la Argentina. Supe que se recibió de médico, que formó una familia y que le iba bien. Del fallecimiento de su mamá, apenas unos meses después de su partida, sólo se enteró por la página necrológica de un diario montevideano que compraba en Buenos Aires. También él falleció, hace un par de años, antes de cumplir los cincuenta. Me consuela pensar que, seguramente, ya se habrán encontrado.

Hiedra

Matrices

I

En la puerta del liceo nos esperaban un adscripto y un policía. Uno verificaba el pertenecer y el otro el parecer. Teníamos que tener el pelo corto –varones el pelo no podía tocar la nuca, mujeres recogido–. Insignia, primer botón de la camisa abotonado, largo de la pollera adecuado (pasando la rodilla). Claro, después, en el baño, las de cuarto se lo subían con cinta adhesiva para entrar a clase.

II

No recuerdo exactamente la edad, rondaba los ocho o nueve. Los fines de semana jugábamos una barra como de seis o siete en el baldío que estaba pegado a casa. Pescábamos renacuajos, sacábamos arañas con jabón o, como aquel día, me rescataban del transparente encantado –castillo– . Recuerdo que después de jugar nos sentamos todos a discutir qué iba a votar cada uno. Estábamos todos de acuerdo que había que decir "No". (Reforma de la Constitución, año 1980.)

III

Papá era de los tantos que viajaron en aquel período a hacer un peso afuera. Aquella tarde, mamá, mi hermano y yo habíamos ido a cobrar el giro. A cada uno de nosotros nos tocaba 10 dólares para gastar en cualquier cosa. Recuerdo que la hicimos caminar a mamá cuatro veces desde Río Negro hasta el Gaucho. De una punta a la otra y de una hora a otra, el dólar subía de 10,13 a 10,24 pesos. Nosotros queríamos "allá, que está mas alto".

Enero 1983 después de la tablita.

IV

Clase de educación moral y cívica. Profesor: un coronel de "inteligencia". Era un gordo, gordo lleno de medallitas. Con la pedantería y el paso que sólo le daba su situación de privilegio.

Llegaba en general conversando con la directora. Muy solícita ella.

Entrábamos. En el aire se podía respirar la densidad del silencio. No se podía hablar ni una sola palabra. Él se ubicaba en el escritorio, abría el libro azul que empezaba con "La familia es la unidad...". No volaba una mosca. Éramos treinta y pico y no se oía más que el ruido de la calle. Un día habló de los regímenes totalitarios. Nos explicó detalladamente cómo era el asunto de que en Rusia había dictadura. Habló pestes.

A mi lado, Miguel empezó a discutir con él. Estaba atónita, con pánico porque a Miguel lo iba a dejar repetidor. Miguel decía, cada vez más rojo y cada vez más alto: "Usted sabe que no es así, que acá no es una democracia". Cara roja, yugular al mango, se enfrentó al gordo con un coraje que pocos entendíamos pero que todos agradecíamos.

V

Ahora también me viene a la memoria la directora de la escuela. Cada vez que entraba a clase te tenías que parar con la cabeza alta y las manos atrás. La inspección la hacía fila por fila. Con Pirulo. El perro. Más valía que todo estuviera bien. Si no era así, ay. Te esperaba la dirección. Nunca fui. Pero todos contaban que "la gorda esa me tiró las orejas" (te quedaban rojas), te pellizcaba y te zarandeaba.

Pasábamos muy bien. Sin embargo, siempre estaba ahí la dirección.

VI

Mi escuela fue la Nº 153 de Toledo Chico. Queda a dos quilómetros aproximadamente de la Escuela Militar. Militares con medallitas de todo tipo se sentaban en la primera fila de todas las fiestas patrias. Todo era correcto. La formación, el plantón de una hora cantando el himno, canción de la bandera, Artigas, baile de cada año si correspondía, poesía de algún compañero... El sol te calentaba la cabeza de pelo tirante por las

colitas con la escarapela nacional. Pero estaba prohibido relajarse. A veces, si ocurría un problema con el micrófono, nos decían: “Descansen”.

Pilar

Nací en 1970…

Nací en 1970, transité mi niñez y parte de mi adolescencia en dictadura. A los 12 años de edad, una tía me obsequió un pequeño diario íntimo. Desde ese momento se convirtió en mi confidente.

Me pareció que lo mejor, para expresar lo que sentía en ese momento de mi vida, era seleccionar algún día de ese pequeño diario y transcribirlo tal cual el original.

Elegí el 25 y 26 de agosto de 1983 a mis 13 años; uno de mis primeros contactos con la complicidad popular para manifestar su aversión a la represión militar que se vivía.

La "L"

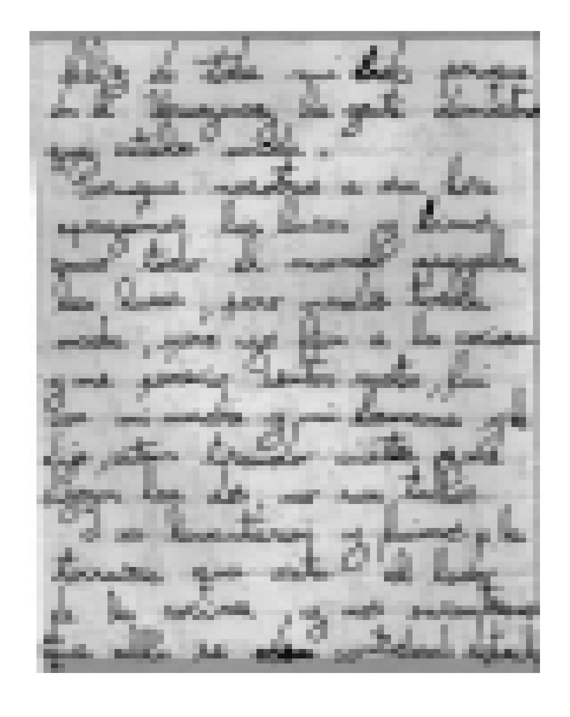
Jueves 25 de agosto 1983

Hoy es un día muy especial es el día de nuestra independencia hoy fue día feriado, y no tuve que ir al acto.

En estos tiempos hay mucho problema con los milicos y se a hecho muchas cosas para poder salir de esta situación

Y hoy por ser el día de nuestra independ. se dijo por todos los centros de información que a las 20.00 horas todo el mundo apagara las luces y salieran afuera y se pusieran a tocar los techos, las cacerolas, por que a esa hora iban a hablar los milicos.

Y este día me parece el más



y mi madre tomó unas toallas
y empezó a tirar, pero yo
tenía miedo y le decía que dejara
de tirar, después me dejaron tirar
los restos y yo decía me estoy
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[redacted] [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] muy contenta [illegible]

afuera, todo otra vuelta y no
lo pasé a [redacted] golpeado ya
tenía mucho miedo.
A mí me dijo que, en la otra
casa que estaba muy cerca de
la nuestra se murió [illegible]
con un [illegible] que [illegible]
muy muy fuerte.
Pero después que pasó
bastante empezó a parar el
viento.
Y prendimos la luz, la tele y
yo aquí estoy escribiendo
así que ahora quedó en
la historia del Uruguay.

La memoria de lo incompleto

Llovía, Montevideo llovía, yo sentía el frío corriendo por mis muslos, el vaquero pegado a la piel y la carpeta abrazada sobre mi pecho, protegida del agua, golpeada por los latidos de mi corazón.

Ya casi llegaba a la esquina, bar Casal, General Flores y Garibaldi. Retenía en mi mente las palabras del teléfono, andá sola, no lo comentes con nadie, nos vemos, hasta luego.

El amigo de mi padre había venido clandestinamente de Buenos Aires, me traía una carta y me había pedido boletines estudiantiles, material que anduviera por ahí, me dijo. Eso llevaba en mi carpeta roja, llena de fotos de Joan Manuel Serrat pegadas por todos lados, en el centro la de la barba, la tapa del disco de Miguel Hernández. Cuando escuché por primera vez: “Yo quiero ser llorando el hortelano, de la tierra que ocupas y estercolas...” sentí que esa canción no me abandonaría nunca, y así fue. Aún hoy a casi 30 años de aquel día sigo tarareándola de vez en cuando.

Luego eso me llevó a leer con voracidad todo lo que encontré de Miguel Hernández, pero sobre todo su vida, su pobre vida arrancada pétalo a pétalo.

Y aun en su desgarro, escribir una canción de cuna: “Las nanas de la cebolla”.

Acompañaron los sueños de mis hijas.

Ese disco, en especial, me cautivó desde la tapa blanca y negra, con un Serrat barbudo y de mirada perdida. Cuando iba al Anglo, pasaba por la Galería Yaguarón y en una disquería, al fondo, sobre el vidrio de la puerta, el afiche del disco me atraía de tal forma que me quedaba mirándolo como estúpida buen rato, imaginando también, como muchas a mi edad, que aquel hombre de ojos dulces y tristes nos miraba.

Tantas veces pasé y pasé que el empleado un día me dijo, haciéndome una seña para que entrara, que cuando lo quitara de la puerta me lo regalaba... y me lo regaló casi dos meses después.

Me sentía tan importante con aquel afiche arrollado prolijamente por el inolvidable empleado, que llegué a mi casa con una ansiedad que no podría describir. Prendí el tocadiscos. Sonaba:"Para la libertad sangro, lucho, pervivo, para la libertad mis ojos y mis manos...". Me paré arriba del escritorio, despegué cuidadosamente a John Lennon; descolgué las golondrinas regalo de mi amigo Luis y centré el afiche lo mejor que pude; estaba tan contenta que pegué flores de papel glacé de colores unidas con plasticina como pegamento (no encontré otro) y un trozo de lana desde el centro, a la punta de la lana nuevamente plasticina y en puntas de pie las fui pegando en el techo.

Mi hermana entró cuando yo soplaba las flores para que se movieran. Recuerdo que su carita se iluminó frente a la escena. Le hice una seña para que se acostara a mi lado y le dije: ves, las planté en el techo para tener un jardín en el cuarto; se rió divertida y señaló el afiche. ¿Quién es? Haciendo un gesto de silencio con mi dedo en la boca, ¡ssshh, es mi novio!

Volvió a mirar la foto. ¡Qué viejo! Y sopló las flores.

Una semana mas tarde, cuando venía del liceo, a mediodía, mi abuela quemaba hojas de otoño en el cordón de la vereda. Pude ver que quemaba algo más. Me acerqué, ya no le quedaba casi barba, ¡comunista!, me dijo, ¡cómo vas a tener la foto de ese tipo en casa! Pensó que era el Che. Mi hermanita lloriqueaba en el portón y repetía: "Yo no le dije nada, debe haber sido la Pocha, que te vio con él...".

Me dediqué varias semanas a buscar por los quioscos alguna revista o diario con la misma foto, hasta que encontré una "Radiolandia" que tenía una foto parecida de Serrat con barba y la pegué en mi carpeta forrada de rojo. Pegué además todas las que encontré en mi búsqueda en todos mis libros y cuadernos. ¿No querés sopa?, ¡dos platos! Pobre mi abuela, ni idea tenía quién era Joan Manuel Serrat; no podía distinguir a Sandro de Leonardo Favio, para ella la música era ruido molesto y cualquier barbudo, comunista. Con el tiempo... no la perdoné, como tampoco le perdoné que me gritara sos igual a tu padre, como si yo supiera cómo era.

El amigo de mi padre demoraba y yo me cagaba de frío; me temblaban las rodillas y cada auto me parecía un Ford Falcon y cada chofer un tira.

Por ahí vi acercarse a un tipo con pinta de extranjero, pelado, a la puerta del bar y lo miré con insistencia. El hombre, visiblemente molesto, dio la vuelta y caminó rumbo al Palacio Legislativo.

De pronto, una mano me agarró del brazo y casi grité. Hola, soy el amigo de tu papá –tendría alrededor de 20 años–, flaco, chiquito, peludo. Desconfié... No te pongas nerviosa, vení, vamos a tomar un café. Yo estaba muda; nos sentamos, me sacó los lentes y los limpió con una servilleta de papel, ahora sí, dijo, me podés ver, estás empapada. Tomá, esta carta es de tu viejo y este casete para que nos cuentes algo de la situación de los estudiantes. El domingo me vuelvo y paso antes por tu casa a buscarlo, a las cuatro de la tarde.

¿Te acordaste de los boletines? Asentí sin hablar aún, abrí la carpeta, con un gesto de su mano retuvo la tapa. ¡Te gusta el catalán! Escuchalo mientras puedas, que en cualquier momento lo prohíben también.

Bueno, tomate el café que me tengo que ir. Nos vemos el domingo. Tu papá está bien y nos habla mucho de vos, pero dice que sos muy charlatana. Bueno, vamos, gurisa.

Ya no llovía pero hacía frío. Caminé rápido, casi corrí; la carpeta en una mano y la otra en el bolsillo de la campera apretando el casete.

Tenía un compañero de clase que tenía el padre preso y siempre estaba muy clarito cuando hablaba, me gustaban sus manos y su sonrisa tímida. Le pediría a él que me ayudara. Tenía tres días.

Esa tarde me encerré en mi cuarto a leer la carta de mi padre. Me contaba lo difícil que era sobrevivir en la Argentina, pero que tenía muchos amigos que lo ayudaban.

Escuché a Viglietti: "Los ríos son como venas de un cuerpo entero extendido y es el color de la tierra la sangre de los caídos...".

Cuando llegué al liceo había asamblea en el patio central, era un tumulto de estudiantes; en la puerta había dos Ford Falcon, los vi antes de entrar. Busqué a mis compañeros de clase, el grupo estaba disperso. El de la sonrisa tímida no estaba por ningún lado.

La asamblea estaba informando de una jornada con corte de tránsito y clase abierta en el cantero de Centenario.

Formamos brigadas para armar las "pichungas" (cajas de cartón con viruta, pedazos de goma y aceite quemado). Recorrimos estaciones de servicio y descartamos los "Pamperos" más gastados como donación para nuestro heroico episodio.

Averigüé que el de la sonrisa tímida estaba engripado y también supe su dirección. Me dijeron que su padre era uno de los "pesados"

del MLN. Yo aún no entendía la dimensión de aquellas palabras, pero la afirmación solemne del compañero que me lo dijo me hizo reafirmar que él era el indicado para hablar en el grabador.

Llegué a su casa y ya en su cuarto le expliqué lo que necesitaba. Habló poco y claro, como siempre.

Cuando volvía a mi casa se escuchaba desde el portón la musiquita del comunicado de las Fuerzas Conjuntas, me ponía frente al televisor y esperaba siempre ver la cara de mi padre; mi pobre abuela se aterrorizaba con aquellos rostros según ella de delincuentes peligrosos, y cerraba bien las puertas y ventanas.

A veces me desesperaba por que ella entendiera lo que estaba pasando, pero era inútil, no quería escuchar, como muchos no quería saber; su mundo se limitaba a retener en sus pupilas esos rostros sin que dejaran en ella más que horror y pena.

Me encerré en mi cuarto y esperé la hora oportuna para sacar la caja de cartón de abajo del escritorio. Comencé a llenarla de viruta, papel, goma, aceite... viruta, papel, goma, aceite; sin hacer mucho ruido la envolví cuidadosamente en papel embalaje azul, la até con prolijidad y me dormí escuchando a Numa Moraes: “Miras un niño y otro y luego muchos más, sus bocas nada dicen, sus ojos piden pan...”. Lo había visto en vivo en el teatro Zaisloski, estaba lleno de gente; mi padre me había presentado ese día a un escritor que se llamaba Julio Garateguy. Me regaló un libro pequeño, con tapa roja y negra, “Para golpear silencios”. Me lo autografió y puso: “A la nueva flor, a la savia fuerte del mañana... Julio”.

Lo conservé mucho tiempo. Después quedó en Argentina con mi pequeña biblioteca, nunca más la recuperé ni a ella ni a mi frescura de aquellos días donde cada minuto era irrepetible.

Me levanté muy temprano, noche aún, me lavé y vestí corriendo, armando en mi cabeza las estrategias necesarias para explicar a mi abuela el porqué de aquella caja. ¿Y si alguien en la calle me preguntaba algo? Con una lapicera y temblando escribí en un papel: Encomienda, Frágil. Rodó 534, Florida. Era la dirección de mi madre, como hacía meses que no sabía nada de ella, de pronto la pensé, la imaginé al pie de la escalera esperándome para despedirme. Mañana le escribo, pensé, ojalá siga viviendo allí, ojalá me conteste, ojalá sea pronto, ojalá me quiera. Pie-

dra, papel o tijera, con este simple juego infantil definía y si salía piedra no se acordaba de mí, papel, me escribía, tijera abría su corazón y me escuchaba.

Tomé la caja y bajé despacio. Iba con pollera corta y las rodillas me parecían de otro, heladas ¿No vas a tomar la leche? No, me duele el estómago. ¿Qué es eso? Una caja para un experimento de física –dije– hasta luego, hasta luego.

Cuando salí apenas aclaraba, después de cruzar la calle pegué el papel con la dirección en el costado de la caja. Por la vereda de enfrente venía un jeep del Ejército. En la otra cuadra, en cada esquina, milicos verdes; pude ver cruzando Monte Caseros un ropero. Por Dios, pensé, me están vigilando, se preparan para agarrarnos a todos en la jornada del liceo.

Respiré profundo, la cabeza escondida en la capucha del montgomery. Es una encomienda para mi mamá, que vive en el interior –me repetía– el padre de un compañero que es chofer de ONDA la pasa a buscar por el liceo –me aprendía mi coartada– tendría que pasar muy cerca de ellos, ahora sí me dolía el estómago, comencé a transpirar, el piolín que ataba la caja me lastimaba los dedos.

Casi golpeo la rodilla del milico con la caja, casi le digo “disculpe”. Imposible esquivar, me iban a agarrar, pensé en mi hermana, me revolvería todos los cajones, se enteraría de todos mis secretos leyendo mi diario.

El milico se corrió para dejarme pasar, la metralleta casi en mi cara, me entreparé, me dolían los dedos, apreté más.

Había zafado, casi reí, casi lloré. La alfombra de hojas del Parque Central crujía fuerte con mi paso apurado.

Cuando llegué al liceo todo era normal, sólo que en cada salón podían verse al lado de los bancos o contra la pared cajas parecidas a la mía. Los profesores habían largado un comunicado de apoyo a las movilizaciones estudiantiles. El aumento del boleto de más de un 26% había sido el detonante, más enfrentamientos, más paros, cantábamos “obreros y estudiantes unidos y adelante”.

Llegó la hora, corrimos a Centenario; la primera antorcha se encendió. Ardían las cajas, las llamas ascendían y un humo negro nos lastimaba los ojos. Luego los gases nos hacían saltar lagrimones como pedregullos.

Corríamos, gritábamos, puteábamos...

Ese día al llegar a casa me enteré del operativo "Niboplast", ésa era la razón del hormiguero de milicos en la mañana. Seguían por todos lados, allanaron nuestra casa, mi abuela temblaba cuando entraron. Había escasez de papa y esa mañana no se había animado a hacer la cola en Subsistencias, después me enteré, no comimos papas por unos días.

Yo buscaba respuestas, muchas las encontré en la historia. El mundo empezó a desplegarse frente a mis ojos, cada hecho histórico tenía un porqué, un desarrollo y una síntesis de la realidad, que íbamos elaborando poco a poco.

Esos años fueron para mi generación como una sucesión de imprevisiones que nos iban forjando en la idea de que podíamos de verdad cambiar el mundo, así lo creíamos. Teníamos héroes, la Revolución Cubana nos mantenía en la certeza de que todo era posible.

La imagen del MLN estimulaba nuestras fantasías.

Hasta que empezó a hacerse la noche y de pronto nos sentimos acorralados y vencidos, con los puños apretados y una canción de Sui Generis que nos llenaba el alma.

Peleamos por creer, sostuvimos la esperanza con los ojos abiertos y alertas a la solidaridad que nos demostraba que el silencio hablaba desde los cuerpos malheridos y las bocas maniatadas.

Inventamos en nuestra inmensa defensa por la vida un sinfín de estrategias que fuimos aprendiendo para sobrevivir al dolor.

Todos los jóvenes de esa época tendimos redes, y nos ayudaron a sostener la alegría a pesar de todo.

Qué pasó después es material para ser interpretado por la historia. En qué costado del camino se fue perdiendo la utopía, es tal vez la gran pregunta a la que mi generación no encuentra respuesta.

La memoria colectiva irá hilvanando los hechos para que en algún momento podamos, con mucha cautela y humildad, reconocer que todo lo vivido, más allá de los análisis políticos que puedan hacerse, nos encuentra hoy entreverados en este alocado viaje hacia la agonía de los ideales. Más allá de que queramos o no verlo, existió y existe un pasado que nos marcó profundamente, una historia que nos obligó a perseguir la verdad y a construir partiendo de esa base.

María Manuela

Caras en las ventanas

> “Es lindo recordar, inventar otra vez con los recuerdos… no todos los recuerdos son verdad. A veces cuando somos chicos vivimos cosas que cuando somos adultos les quitamos o… o pasamos de costado, o rozamos cosas que nos parecen que son verdades y son verdades, porque son recuerdos…”
>
> El Sabalero

Un poco con este espíritu es que podría testimoniar, desde mis 35 años, lo que fue la dictadura para mí.

Fue prácticamente mi vida. Nací en 1966 y desde que puedo tener memoria se vivía en un constante estado de miedo.

Con los cuentos familiares, con lo que fui leyendo después, con imágenes y sensaciones muy fuertes de esa época , puedo ir reconstruyendo algunas cosas. No sé si son “verdades”, pero son las verdades que hacen que yo sea quien soy hoy.

En el año 1968 fue la huelga bancaria. Mi padre era bancario y estaba en ella. Yo no lo recuerdo, pero supe después que por un tiempo él no se quedaba en casa, que los milicos venían a buscarlo, y allí estábamos mi madre, mi hermano Alejandro de cuatro años y yo. Me enteré de más grande, revisando el ropero de mis padres, que había estado preso, porque encontré unas cartitas que le habíamos hecho Alejandro y yo, para mandárselas a un cuartel en Colonia. Lo mío eran dibujitos, con la letra de mi madre escribiendo lo que yo quería decir, o algo así. Nunca dije nada de ese encuentro (hasta hoy que lo escribo), porque era reconocer que revolvía todo buscando algo, no sé qué…Yo sabía que algo pasaba y buscaba. Pero pregunté. Me acuerdo que lo que más me impactó y me indignó fue que le sacaran el cinturón y los cordones de

los zapatos; ¡me enfurecía! Después como cuentagotas se fue armando la historia, que hasta hoy sigo preguntando. Este verano me contó mi viejo cómo fue que los agarraron en una escuela de Villa García, y hace unos días me dijo que fue en junio del 68.

También recuerdo el entierro de Líber Arce, que nos llevaron a mi hermano y a mí, pero no me acuerdo del hecho mismo. Esto sí es una sensación que me quedó: la felicidad de sentir que mi padre llegaba a casa. Ese día volvió después que nosotros del entierro, y tanta fue la alegría que, saltando en unas ruedas de auto viejas, me caí y me corté la boca, me tuvieron que coser, y fue una marca que llevé durante años, y siempre el cuento era…"porque cuando vinimos del entierro de Líber Arce…" Yo no sabía quién era, pero ese nombre convivió conmigo y con mi cicatriz durante años, y por eso algún día pregunté.

A lo que me refiero con esa sensación es que evidentemente yo sentía el miedo de que mi padre no volviera.

Yo recuerdo a los milicos yendo a casa prepotentes, allanando, revisando, pisándonos los juguetes…Y quizás para vencer ese miedo nosotros jugábamos a eso, con cascos verdes de plástico, con metralletas que le hacías girar una perillita al costado y hacían un ruido infernal, con cananas, con revólveres.

Son esas vivencias a las que no les puedo poner fecha, pero todavía me generan los mismos o diferentes sentimientos… Correr "flameando" de la mano de mis padres, con mi hermano y otro en la barriga de mi madre, con los cascos de los caballos que nos alcanzaban y dale a correr y a no quejarse, hasta llegar a la rambla a un apartamento donde vivía mi tía, a esperar a que pasara el caos.

Los golpes en la puerta del garage de mi casa cuando venían a allanar, y sabíamos que no debían llegar a donde estaban los discos y los libros.

Los ruidos de las sirenas. El pánico que se creaba cuando paraban cerca de casa.

Ver gente que detenían en la calle y "no mirar".

El "olor a milico": mi padre, cuando pasábamos por el arroyo Carrasco (donde en una época revisaban los autos), o por el Pantanoso, nos decía : "tápense la nariz que hay olor a milico", y me quedó tan incorporado eso que me llevó años descubrir la metáfora (igual se lo digo a mis hijos ahora…).

También tengo recuerdos lindos: la música que escuchábamos bajito en el tocadiscos, tirados en el piso para escuchar mejor… el Sabalero, Los Olimareños, Viglietti, Violeta Parra, Quilapayún… La Cantata de Santa María de Iquique… ¡cómo nos gustaba! Era una sensación de bronca que no nos dejaran escucharlo, pero a la vez era un desafío hacerlo, ¡y eso estaba bueno!

También tengo imágenes de la campaña para las elecciones del 71. Me encantaba ir a los actos, que me dieran banderitas, juntar volantes del piso.

Me moría de envidia de unos primos míos que tenían una caja enorme llena de escarapelas de Wilson… ¡divinas!, pero mi padre nos había prohibido que aceptáramos ni una de regalo. Y el día de las elecciones, mirar por la ventana cómo la gente iba a votar a ese "cuarto oscuro", que vaya a saber uno cómo sería. La espera de los resultados y el bajón de haber perdido (esto me pasa todavía, siempre voto a los que pierden…).

En el año 72 ya empecé a vivir un miedo más real, más tangible. Entré en primer año de escuela, en la escuela Austria, en Abacú y Avenida Italia, pegadito a la casa del milico Gravina. Yo no sabía quién era, pero sabía que algún milico importante había allí, porque al entrar a la escuela mirábamos las metralletas que desde el balcón y el techo apuntaban hacia la vereda, hacia nosotros.

Hasta que un día se metieron en la escuela. Después supe que el tiroteo fue entre milicos, pero mi recuerdo es que a los niños de jardinera y de primero, las maestras nos llevaron al salón de actos y nos hicieron tirar al piso. Había un ventanal de vidrio, por donde veíamos todo. Todavía me impacta recordar a los niños llorando y pidiendo por la mamá, y yo durita contra el suelo, porque qué mamá ni mamá… no te muevas y pegate al piso, Gabriela, y aguantate el susto… ¿ y mi hermano?, ¿dónde se habría escondido? La maestra me decía que debajo de los bancos, y yo lo que quería era cruzar ese patio y ver que era cierto, que estaba bien. Vi caer del techo algún milico, y después no recuerdo más. Seguramente, muerta de miedo, cerré los ojos y esperé a que todo pasara… y me fui a buscar a Alejandro.

Mi madre no nos creyó cuando le contamos lo que había pasado. Dice que en la prensa nunca salió porque fue un error de ellos; pero al otro día se enteró en la escuela que nuestra imaginación no era tan ge-

nial. Todo el barrio hablaba de eso, la gente tenía miedo de mandar a los niños a la escuela.

Un año después de esto nos fuimos por primera vez de campamento Alejandro y yo. Fuimos con un grupo de AEBU, en tren, no sé bien a dónde. Yo con el grupo de los chicos, mi hermano con el de los grandes. Todo iba de maravilla hasta que hicimos una acampada y nos hicieron hacer guardias cada dos horas en la noche, por las dudas de nunca supe qué. Yo, aterrorizada, tomaba café (cosa de grandes) y miraba la oscuridad esperando que algo terrible pasara. Pero cumplí con mis dos horas sin decir nada, me amargué la acampada y después… feliz de volver al campamento. Dormíamos en una barraca grande, llena de cuchetas. Y cuando estábamos acostados… ¡zaz!, se prendieron las luces y entraron a los gritos y corriendo los líderes disfrazados de indios. Yo tuve la misma reacción que en el tiroteo de la escuela, pero sola, sin maestra. Me metí sin que nadie me viera en el cuartito de los líderes, tranqué la puerta, me tiré debajo de una cucheta bien contra la pared y esperé…

No lograron que volviera con mi grupo, ni siquiera en el viaje en tren, porque pedí para irme con mi hermano.

Ese verano Alejandro murió de meningitis, y eso fue lo más terrible que tuve que enfrentar en mi vida. Con ocho años.

Frente a la muerte real, perdí el miedo hacia lo demás. Y esa actitud de rebeldía, de “no importa”, de “yo puedo”, me acompañó más tarde cuando empecé a militar “activamente” en 1980 para la campaña del “No”, con catorce años.

Entonces, yo recuerdo flashes, situaciones que me acompañaron en la vida, porque era así y no podía ser de otra manera, y esa permanente rebelión hacia la “normalidad” me fue formando.

La música de los comunicados de las Fuerzas Conjuntas, mis viejos mirando las fotos de la gente requerida o detenida, para ver si era alguien conocido. El exilio… Las idas a despedir amigos al aeropuerto, y saludar desde la terraza mientras caminaban por la pista hasta el avión, pensando que nunca más los vieras.

Las cárceles… Pasaba por Punta Carretas o Libertad (después) y mis padres me contaban quién estaba allí y por qué, y yo trataba (¡imposible!) de ver caras en las ventanas, de personificar a esos tales “presos políticos”, o “subversivos”, depende dónde lo escuchara.

Y yo crecí y ellos seguían estando allí, y yo seguía intentando ponerles vida, historias, nombres. Para eso leía lo que pescaba, hablaba con gente que tuviera algún contacto con esa realidad. En definitiva, me pasé la vida buscando, y buscando Vida. Eso se lo agradezco a mis viejos, que me contaban cosas, que me decían que lo que aprendía en la escuela sobre historia no era del todo verdad. Que no me importaran las fechas (que era lo que más se enseñaba) , sino que buscara los contenidos de la historia, que relacionara los hechos, que nada sucede porque sí. Y para eso leía libros que no se podían llevar a la escuela, ni al liceo después. ¡Hasta Traversoni estaba prohibido!

Lo mismo me decían de la geografía. Que no eran importantes los “mapas mudos”, o los nombres de las capitales… Había que saber cómo eran los pueblos, qué cultura tenían, qué religión, qué medios de producción… y eso me apasionaba.

Entonces viví la escuela y el liceo con esa doble formación, que fue muy rica en definitiva. En la escuela repetía lo que las maestras querían escuchar y me sacaba buenas notas, y en casa buscaba lo demás, lo que yo quería saber.

En algunas cosas se me hacía difícil. En segundo año de escuela, en 1973, a fin de año, hicieron la entrega de carnés en la fiesta final, y a mí no me lo dieron por haber “hecho la huelga general”. Tuvieron que ir mis padres otro día a buscarlo. Entonces las reglas de juego me iban quedando claras desde el principio.

Yo no participaba de las fiestas patrias en la escuela, porque mis padres no querían que fuéramos donde había milicos (y en esa época se festejaban muchísimo esas fechas).

Una vez me eligieron para leer algo en una fiesta (cuarto año). Me hacían practicar, leer en voz alta en la clase, y se iba acercando la fecha y yo me iba quedando afónica. Me quedé totalmente sin voz y tuvieron que elegir a otro de apuro. Por las notas me tocaba ser abanderada, y renuncié diciendo directamente que yo a las fiestas no iba a ir (ponían doble falta).

Otra cosa que viví en ese doble discurso fue el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979. En la tele eran guerrilleros que derrocaban al presidente, y mi madre me hacía el “ subtitulado” para que entendiera por qué cosas luchaban.

Uno de los primeros libros que me compré yo misma, en la feria de

Tristán Narvaja, fue "Sandino, general de hombres libres", y fue como el motor que me hizo entrar y apasionar con ese tipo de lectura que nunca más abandoné.

Viví buscando… información, formación, cosas para hacer, lugares donde insertarme. Me acuerdo que un tiempo llegué a repartir unos poemas que salían de la cárcel de Libertad, que los conseguía y los escondía dentro de mi casa para que mis viejos no supieran. Conseguía libros que también escondía. Leía las revistas "Marcha". El problema fue que una vez mi madre se asustó cuando nos mudamos a la casa que había sido de mis abuelos (1981) y vio todo lo que había permanecido allí por años, y quemó libros y discos en la estufa de leña, y yo no lo podía creer. Los discos me los daban con un plazo de días para que los escuchara, y después, ¡a quemarlos! El que más recuerdo el dolor de verlo deshacerse en el fuego fue el del discurso del Che cuando vino a la Universidad. En ese caos, mudanza mediante, algunas cositas me las guardé bien escondidas.

Y el mayor tesoro fue cuando, casi al final de la dictadura, mi padre se apareció con una pilita de libros atados con un piolín y me los dio para que los leyera y los conservara. Los había escondido en el banco donde trabajaba, ¡por todos esos años!

Ya en esa época yo había tomado mi camino de militancia. En el 80 con la campaña del "No", en el 82 la del "voto en blanco" (aunque yo no votaba todavía). En el año 83 se formó el gremio en el liceo y me metí en eso desde las primeras reuniones que hacíamos en una parroquia. Fue cómico el cómo nos juntamos. Ese año, por primera vez en muchos años, se hizo un acto del 1º de Mayo. Hubo un sol espectacular. Al otro día en el liceo, éramos cuatro en la clase que teníamos la cara colorada. Nos miramos y todos supimos dónde habíamos estado. Ese año fue movilizante. Yo tenía 17 años y quería hacer muchas cosas.

Siempre pienso que exoneré francés en el liceo gracias a una manifestación a la que no me animé a ir. No recuerdo la fecha, fue cerca de fin de año. Yo quería ir aunque sabía (todos lo sabían) que iba a haber una gran represión. Pero no era eso lo que me hacía dudar. Mis padres me prohibieron ir, tenían miedo, y mi dilema era " …si me llevan en cana, ¿ a quién llamo?". En realidad es como el dicho de " si te ahogás te mato!", porque igual me iban a ayudar. Pero no sabía qué hacer. Fui a

hacer la prueba de francés y tenía que decidir en ese rato si me iba con mis compañeras o no. Me pasé la hora llorando en silencio, peleando con mis ganas y mi razón (y con mi ignorancia del francés). No fui. No me animé. Pero la profesora se conmovió con tantas lágrimas y me ayudó con el escrito, y por lo menos zafé del examen. Igualmente me sentí horrible, cobarde, traidora, me había fallado a mí misma.

En esa época se vivieron hechos que fueron dándole forma a muchas cosas que había en mí.

El 1º de Mayo, la marcha de los estudiantes en el 83, que la gente desde las casas nos mojaba con mangueras por el sol rajante que había, la liberación de Seregni tan festejada, donde me impactaron las lágrimas de emoción de tanta gente que volvía a tener esperanzas.

En 1984 entré a la facultad. Manifestaciones, otra vez aquel ruido del casco de los caballos, pero ahora corriendo sola, de la mano de nadie y para ningún lado.

Recién en agosto fundamos el gremio. Todo el año viendo con quién juntarnos, conociéndonos… la excusa fue una cooperativa de apuntes.

Empezó a volver gente del exilio. Recuperé amigos de mi infancia. La vuelta de Viglietti, con aquel recital maravilloso en el Franzini… Zitarrosa, el Sabalero, Los Olimareños… Todas las voces que yo conocía, con las que había crecido y nunca los había visto. Eso sí, no eran como en las fotos de los discos… eran más gordos, más viejos. Pero eran… al fin estaban.

Después, la muerte de Wasem Alaniz fue como otra vuelta de tuerca en mí. Volví a sentir dolor, angustia, impotencia. Me iba sola al Hospital Militar cuando se juntaba gente para pedir su liberación. También allí miraba para las ventanas del fondo buscando caras… pero no…

Y cuando me enteré de su muerte, también me fui sola al velorio, y hasta el cementerio del Norte caminando, a ese lugar horrible donde lo enterraron, mugriento y lleno de moscas. El no se merecía eso, pero no importa, porque la gente que lo acompañó dejó bien claro lo que Wasem significaba, y hasta hubo quien, en la marcha al cementerio, puso a media asta la bandera uruguaya en el monumento de los milicos… ¡Tomá!

Y así fui conociendo gente con la que me volví a encontrar por ahí, muchas veces más.

En marzo del 85 cerré una deuda de mi vida. Cuando supe que libe-

raban de Cárcel Central a los últimos presos, me tomé el ómnibus y fui a esperarlos. Y esperé… horas, hasta que en la noche salieron. A todo lo que daban esos "roperos" infames, sin importar que la gente ocupaba toda la calle.

¿Y por qué digo que cerré una deuda? Porque me colgué de un camión que salió y los vi… vi las caras en las ventanas, que desde chiquita buscaba y buscaba. Pero esta vez eran caras felices, desconcertados, pelados, flacos, ojos grandes, todos iguales… yo no sabía quiénes eran, pero había pasado la vida esperando que los liberaran.

Esa época fue feliz, de mucha esperanza, de mucho empuje y ganas de hacer cosas. Hasta que vino la ley de impunidad. Pero no nos paró, juntamos firmas para el plebiscito. Con la gente de la facultad nos íbamos todos los fines de semana al interior, a donde hiciera falta. Hasta que perdimos el plebiscito. Creo que ahí se me acabó la esperanza de que mi generación pudiera hacer algo.

Sucedieron muchas cosas, yo seguía cada vez más metida y la política me apasionaba y me sigue apasionando. Buscaba qué hacer, busqué un lugar. Empecé a militar en un partido político. Hice una opción dentro de las "ofertas" que había en ese momento. Creí en eso, pero me duró poco. Yo era muy "desalineada", según me decían. Si no había estado en la discusión de un tema no aceptaba la resolución de votarlo. Aceptaba las mayorías, pero "lineazos" ¡no! Yo votaba lo que a mí me parecía. Había leído muchas cosas que hicieron que me acercara a ese partido, pero cuando conocí a sus dirigentes y su funcionamiento real, me desencanté, no me conmovía, y me di cuenta que mi lugar no estaba allí. No sé cuál era mi lugar, no sé si lo encontré. Por eso sigo buscando. Siempre digo: "no me caso con nadie hasta que me enamore" (sólo mi marido lo logró), y en los partidos políticos todavía no encontré eso, entonces busco por otros lados, por el trabajo social, o político también, pero por ahí…

Y llegó algo que me marcó mucho. Sendic, sus propuestas y después su muerte. El velorio con los fogones en Tristán Narvaja y en el Movimiento por la Tierra. Fui con una amiga, porque en los grupos donde yo estaba no había "quórum" para eso. En un momento mi amiga fue al baño y no volvió más. Yo me quedé allí sola toda la noche, con el pánico de que algo le hubiese pasado. Nadie sabía de ella, nadie la

había visto. Terminé en un campamento de UTAA donde me invitaron a comer, dormí allí al lado del fueguito, y al otro día fui con ellos y con un grupo de Melo (que después seguí manteniendo contacto) hasta el cementerio de La Teja. Eso me marcó la vida para bien. ¿En qué otra oportunidad yo los podría haber conocido?, ¡qué gente! Y pensar que uno de aquellos libros que mi viejo había guardado en el banco y yo había leído con una avidez total era “La rebelión de los cañeros”. Al fin los conocí.

Cuando llegamos al cementerio, después de tantos años, lloré otra muerte, me sentía otra vez sin dónde apoyarme. Sendic me había marcado mucho, y empecé a buscar, a leer, a ir al Movimiento por la Tierra, a informarme con las mismas ganas de cuando era chica.

¡Ah!… y mi amiga, ella sí militante del MLN, apareció al otro día en el cementerio de La Teja, en un taxi, bañadita y bien acompañada. Pero yo igual la quiero…

Y seguí militando, en la FEUU, después en ADUR (gremio de docentes de la Universidad), pero cada vez viendo más lejos la posibilidad de un cambio.

Mi familia no me acompañó mucho en esta etapa. Yo no sé si no compartían mis opciones (o sí lo sé…) o si les daba miedo verme hacer cosas con tanta pasión. Pero no estuvieron. Fue totalmente opuesto al apoyo que me dieron de chica, para que entendiera lo que vivía, que las ideas de Artigas estaban vigentes y que había que luchar por ellas. Tanto hablar de la reforma agraria y de que los más infelices fueran los más privilegiados, ¿ y ahora qué?… ningún motivo para conversar.

Y bueno… yo seguí.

Ahora estoy en Crysol, una ONG de ex presos políticos. ¿Por qué estoy allí?… ¡gran pregunta! Llegué allí por un amigo que me dijo que se había formado este grupo, y que de repente como psicóloga yo podría aportar algo… No sé qué aporto, pero sí sé que recibo mucho. Muchas experiencias de vida y mucho afecto. Quizás eso buscaba… Y de alguna forma es como un reencuentro con mi infancia, con mi militancia de otros años.

Siempre me quedó grabada la imagen de un viejito, que en el acto del Obelisco en el 83 estaba solo (como estoy yo muchas veces), con un cartelito hecho por él. Decía: “Abran las jaulas de nuestros hermanos”.

Y yo encontré en Crysol (después de tantos años) a algunos de mis hermanos…

Me pregunto por qué escribí todo esto. Es como una catarsis, algo que me arma mi historia y desentierra fantasmas. Pero tengo clarísimo que es muy racional. Lo estoy escribiendo desde mis 35 años, pasado por el tamiz de la crítica, el tiempo y el olvido, cuando en realidad yo lo viví bastante "normalmente". Me tocó vivir en ese tiempo, en esa realidad; no conocía otra.

Mi infancia fue buena, fue linda a pesar de tantas cosas. Tenía amigos, jugaba en la vereda en un barrio lleno de niños (y de conventillos que tenían muchísimos niños), me iba de campamento (pese a la primera experiencia), miraba en la tele (y jugaba) a los Titanes en el Ring, Batman, Daktari, Kimba, El amor tiene cara de mujer, las Aventuras de Cousteau, Cacho Bochinche, Tierra de Gigantes… Escuchaba además de " los prohibidos", a Palito Ortega, el Club del Clan, Bee Gees; me enamoré de John Travolta y todas esas cosas que cualquiera a mi edad vivió.

Convivía con ese estado de terror y con la felicidad propia de cualquier niño.

Sabía qué tenía que decir y qué no, de acuerdo a con quién y dónde estuviera.

Cuidaba mucho a mis hermanos (tengo tres más, todos varones), al punto de agarrar a las piñas o amenazar niños en la escuela por sacarles una goma o un lápiz (era patotera). Para mí, ellos no tenían que sufrir. Al quedar de hermana mayor fue la carga más pesada que asumí. Y hasta hoy la vivo. El "¿comiste?" cuando vienen a mi casa, no falta nunca. No me gusta verlos jugar al fútbol porque no soporto que les peguen, y bueno… Serán hilachas de mi historia que quedaron colgando.

Historia que ahora les cuento a mis hijos, Carolina de cinco años y un mes y Santiago, de seis años y once meses.

Quizás es la tarea militante más difícil que me tocó hasta ahora: educar a mis hijos.

Los llevo a marchas, actos; los llevé a recibir a los cañeros que vinieron de Bella Unión el año pasado.

Se conmueven con Viglietti sobre todo, y preguntan por qué dice cada cosa. No sé qué captan ellos de todo lo que les digo o les muestro,

o les hago vivir. A veces me lo cuestiono, y me han cuestionado otros (muchos) , de preocuparlos con algo que ya pasó.

Ayer Santiago, como al pasar, y como adivinando lo que yo estaba escribiendo me dijo algo que me desarmó, me llenó de orgullo y me dio miedo: "yo cuando sea grande, si hay una lucha en Uruguay, me voy a poner en la lucha. Y si muero… voy a estar feliz porque fue para ayudar a mi mami y a toda mi familia".

Siento que para ellos puedo testimoniar. Los hijos nos continúan, y dan continuidad a la vida, a la historia.

Es como una espiral. Ellos para ser necesitan recorrer de alguna manera su pasado, pero no pueden pasar por el mismo lugar, ven las cosas desde otro lugar, las resignifican, las cuestionan y siguen haciendo. Tomo la imagen de la espiral porque es algo que no se puede cortar nunca, y porque hay que ir para atrás para poder avanzar, saber por qué estamos donde nos toca o elegimos estar.

Y yo tuve y tengo muchos sueños, pero mi mayor sueño es que mis hijos sean buena gente, justos, solidarios, afectivos, y que logren vivir en una sociedad mucho mejor que la que nos tocó a nosotros.

Sueño con que mis hijos puedan realizar los sueños inconclusos de sus abuelos.

Y que no se conformen con lo que la vida les presenta. Que busquen más y más, pero mucho más.

Que busquen, aunque parezca que no se pueden ver… que busquen las caras en las ventanas.

Ania

Le pedí a Carolina y Santiago, mis hijos, que me ayudaran con este trabajo, entonces nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina con un grabador y éstas son algunas partes de la conversación:

—¿Qué les conté yo de cuando era chica?

Caro —No se podía escuchar ni Zitarrosa, ni Viglietti… porque no dejaban los milicos… porque si no se llevaban presos… a los padres.

—¿Tú a quién conocés que se hayan llevado preso?

Caro —A María Eugenia, a Jorge, a Mauricio, a Memo, a Paula, a Cristo… y ¿a quién más?…

—¿Por qué se los llevaban presos?

Caro —Porque eran tan buenos…

Santi —…y querían que todos tuvieran la misma plata.

Caro —No, querían que… sacaron algunos de un súper comida, y sin pagar!, y después se lo regalaban a los niños pobres.

—Santi, ¿qué más les conté que tú te acuerdes?

Santi —Me acuerdo que en la época de la dictadura a algunas escuelas les entraban milicos para pelearse entre ellos…

Caro —Yo sigo, yo te ayudo que yo me acuerdo de todo… y tiraban bombas, y revólver y pistolas, y los niños se acurrucaban para que no caiga una bomba en la cabeza. Y peleaban en la azotea y en el patio…

Santi —…todos los que estaban en la cárcel se escaparon por agujeros… y Mauricio de tan bueno que era se fue a la otra punta a hacer relajo… para que los milicos vayan para allá y dejen a los de la cárcel escaparse. Hicieron los agujeros con unas cuchillitas en las paredes y después se fueron para abajo por los caños y se escaparon… por los caños de caca, pichí y todas esas cosas…

Una primavera

Corría la primavera, esa primavera en que a los pájaros les habían cortado las alas y los habían enjaulado.

Esa primavera en que los árboles no florecían igual; las mariposas no encontraban flores y hasta el sol temía salir –el aire estaba tenso.

En esa primavera la escuela de mi hija se había preparado para festejarla; como todas las escuelas.

Como todas las fechas patrias, con desfiles opulentos, largas cuadras de caballos y tanques, con marchas militares por radio y televisión, comunicados sembrando el terror.

Acudí a la fiesta; mi hija mayor estaba en jardinera y los dos más chicos fueron conmigo.

Ellos eran conscientes de lo que pasaba. Se habían llevado al tío, los habían enjaulado, vivíamos la desesperación de tener una noticia, de ver a la abuela llorar sin entender demasiado.

La escuela estaba llena de flores artificiales hechas por los niños.

Formados en línea comienza el himno nacional, ese himno nacional que ya desde las primeras estrofas acentuábamos quienes estábamos sufriendo lo mismo.

Inmediatamente entra la orquesta de la banda de la Fuerza Aérea. Comienza a formar con sus instrumentos y mi hijo de apenas cuatro años comienza a apretarse contra mí y con un grito de terror dice: “Mamá, ¿trajiste la cébola?”.

Muchas miradas se cruzaron con la mía, compenetradas en aquel grito del niño.

Era la época en que la cédula era más que comer, que respirar y él, con sus cuatro años, supo que esa gente uniformada que se llevaban todo por delante eran nuestros enemigos.

Allí conocí cuánto era capaz de registrar el miedo.

Estábamos allí porque mi hija estaba festejando la primavera desde

sus casi seis años; estaba allí porque quería que, entre todos, los pájaros volvieran a tener alas, salieran de sus jaulas; florecieran las flores con aroma de libertad y el sol no pidiera permiso para salir.

Pasaron muchos años y muchas primaveras, no es todo igual.

Seguimos esperando la verdad; perdimos niños, recuperamos algunos, pocos; perdimos compañeros, años de cárcel, de exilio y seguimos usando cédula. Y… esperando que las margaritas puedan completar sus pétalos.

Luciérnaga

MÁS VALE TARDE QUE…

Me enteré que había pasado la mitad de mi vida viviendo en una dictadura cuando ésta empezó a resquebrajarse frente al embate de una creciente ola que pugnaba por derribarla, y sobre la que un día me encontré surfeando casi sin haberlo decidido racionalmente, sino a instancias de algún instinto que me señaló indefectiblemente a qué bando pertenecía.

Mis primeros recuerdos sobre la etapa democrática previa están vinculados a alguna acalorada discusión de mi madre con algún pariente cercano, sobre las oscuras intenciones del comunismo internacional que estaba tratando de capturar en sus garras a nuestro indefenso país. En realidad yo tenía una butaca privilegiada para observar una parte, al menos, de la agitación social de aquellas épocas: vivíamos frente al liceo del Cerro, y muchas mañanas me despertaba al coro de “huelga, huelga”, alguna vez escuché comentar a mi hermano mayor, a la sazón liceal, que en realidad ese día no había ningún motivo especial para convocar a la huelga, sólo que cuatro o cinco vivos que no querían entrar a clase habían empezado a cantar “huelga”, y los demás los habían seguido.

Mi padre más de una vez también llegaba protestando por los contratiempos que le causaban a su trabajo de taxista la suma de los ya conocidos pozos en las calles a los desvíos varios que había que tomar frente a piquetes organizados para interrumpir el tránsito, marchas, etcétera. Muchas veces no era fácil entrar al Cerro porque se cortaba la entrada sobre el Pantanoso, y aun llegando hasta la cuadra de casa tenía que pedirle permiso a algún imberbe para que le dejara entrar el auto hasta su propio garaje porque la cuadra del liceo se cortaba con troncos atravesados de vereda a vereda.

De las elecciones del 71 me queda el recuerdo del constante barullo callejero de los parlantes instalados en los diferentes clubes políticos o

los noveles comité de base, los miles de volantes tapizando las calles y de haber acompañado a mi madre en una soleada mañana de domingo en la cola para votar.

Fue la última vez que mis padres votaron a Pacheco, al menos directamente. Sacarlos de las garras de su ideología foránea fue mi objetivo (y creo que una contribución a sus vidas) muchos años más tarde.

De ahí mis recuerdos saltan a una asamblea informativa para padres, creo que realizada a raíz de la suspensión de cursos en el 73... no estoy segura. Sé que otra vez acompañando a mi madre entré por primera y última vez al local de la otrora poderosa Federación Autónoma de la Carne. Guardo sólo la sensación de caos de aquella sala con forma de teatro y cuya única iluminación se centraba en el escenario, había muchísima gente, mucha confusión (al menos para mí) y no creo que ningún adulto me haya traducido qué estaba pasando, ni siquiera tengo recuerdo de haber contabilizado las vacaciones extra, imperdonable.

Cuando uno es chico tiende a aceptar la realidad tal como viene, pero creo que además mi falta de comprensión y apasionamiento frente a los sucesos políticos y sociales del país derivan de que nunca llegaron a ser tema central en casa, y menos aun, nadie se tomó el tiempo de explicarme lo que estaba pasando. Ante aquella inmensidad de sucesos entrelazados, superpuestos, demasiado estridentes para mi gusto, opté por la indiferencia. Pasé mi infancia leyendo “Mujercitas”, “Heidi”, “El llamado de la selva”... que sin duda también realizaron su contribución para que me mantuviera separada de lo que sucedía a mi alrededor.

Ya en primer año de liceo, una compañera de un curso superior, a quien ni siquiera conocía, me pidió que pasara la bola de que no había que cantar el himno en un acto celebratorio de alguna fecha patria. No me explicó por qué, y por supuesto no le hice caso, seguía sin enterarme de qué pasaba.

Mientras yo había estado en la escuela era costumbre que uno volviera a saludar a su maestra de sexto ya convertido en liceal, realizando una especie de tributo al cascarón recién abandonado. Quise disfrutar mi oportunidad de desempeñar aquel rol estelar, pero no tuve suerte, mi maestra me explicó que la escuela ya no era la de antes, que el director que yo había conocido, y que alguna vez había tratado de averiguar los motivos de mi solemnidad, había sido sustituido y, antes de que

entendiera nada, ya estaba otra vez en la vereda. Desilusionada y confundida con tanta frialdad cerré para siempre mi etapa escolar.

Durante mucho tiempo supe sumar al aburrimiento de los informativos el de los comunicados de la Fuerzas Armadas, la consabida marchita militar, el desfile de caras en blanco y negro de “requeridos”, “sediciosos”, acusados de “asociación ilícita para…” sin que lograran penetrarme más que los noticiarios, o sea, nada.

Según fueron pasando los años comencé a sentir, al igual que mis compañeros de liceo, el peso de unas reglamentaciones liceales demasiado rígidas para quienes al fin y al cabo eran adolescentes por más dictadura que hubiese.

El uniforme estricto desde el calzado, rigurosamente negro, hasta el pelo, dos centímetros por encima del cuello de la camisa en los muchachos, atado para nosotras, bajo la excusa de vivir en una eterna epidemia de piojos que había que combatir. Muchas veces alguno de los varoncitos tocaba timbre en casa para pedirnos una tijera con la cual literalmente achurarse la nuca y poder entrar a clase.

Por supuesto esta reglamentación sobre el uso del cabello no alcanzaba al personal, y nos resultaba particularmente irritante tener a una directora ya cincuentona (al menos eso me parecía en esa época) con una larga melena entera hasta la mitad de la espalda poblada de mechitas y, por supuesto, suelta. Era una “mojada de oreja adicional” que sufrir, sumada a la imposibilidad de desplegar nuestros encantos.

Por otra parte, y gracias a un gesto de extrema comprensión por parte de las autoridades de secundaria a las mujeres se nos permitía concurrir de pantalones en invierno, realizados en la misma sarga azul o gris de las polleras (vaqueros jamás), y con la condición de cubrir perfectamente las caderas con un abrigo lo suficientemente largo (el buzo de lana no era suficiente) y que por supuesto también debía ser azul marino. Estas condiciones eran absolutamente impracticables ya desde el punto de vista económico para el 99% de las alumnas del liceo, y por supuesto era un atentado a nuestra belleza adolescente.

Semejante grado de aridez en la reglamentación sólo podía generar lo que generó: una creatividad extrema aplicada a burlarla día tras día y detalle tras detalle, como forma de nuestra incipiente e inocente resistencia. Puede encontrarse aquí entonces mi primera y gloriosa partici-

pación en la resistencia: llegué a entrar bajo las narices de la propia directora de pantalones y una camperita de piel sintética a la cintura, apoyada por la solidaridad de al menos seis compañeras más, que entraron rodeándome cual muro protector. Una hazaña tal, era en aquellos días y en mi entorno social motivo de orgullo por un buen tiempo.

También comencé a participar en los rumores y comentarios denostando a los profesores y adscriptos más recalcitrantes. La profesora de educación moral y cívica era milica, un adscripto gordo, petiso, de bigotes y lentes negros, también, la propia directora era acusada de esposa o amante de milico. No sé si era cierto o no, pero era evidente que en nuestra imaginería la asociación entre la falta de popularidad entre el alumnado y la supuesta vinculación a las Fuerzas Armadas iban de la mano. Por el contrario, profesores que alcanzaron un alto grado de popularidad entre los educandos fueron rápidamente eliminados. Concretamente recuerdo que tuvimos un profesor de historia en tercer año que en pocos meses logró captar nuestra atención para una materia con tan poco rating, utilizaba métodos más abiertos y participativos, nos instaba a tomar iniciativa sobre los temas a tratar. Creo que no llegó al segundo semestre, desapareció de un día para el otro y fue sustituido por una profesora que a pesar de que creo era buena docente, y realizó un gran esfuerzo por ganarse nuestra confianza, le costó mucho remontar la imagen de nuestro profesor defenestrado. No hubo ningún tipo de explicación oficial, nuevamente los rumores señalaban a los mismos culpables, esos “ellos” autoridades, milicos. Hasta alguien tan desinformado como yo podía respirar en el ambiente que las cosas no estaban bien.

Para cuando llegué a cuarto año adquirí como mejores amigas a un par de importaciones del liceo de La Teja; una de ellas, Liliana, tenía mucha más idea que yo de lo que estaba pasando. Recién tres o cuatro años después me enteré que su papá era destituido de OSE por pertenecer al Partido Comunista y que su mamá había sido siempre una votante de izquierda. Mi asociación con ellas, y los años que pasaban, claro, me iban madurando, me abrieron las puertas a nuevas dimensiones. Pasé de escuchar CX 32 Radiomundo, y la 50, Radio Independencia, a experiencias bastante más profundas como Meridiano Juvenil en el SODRE, y el Diario Oral de CX 30; empecé a escuchar a Germán Araújo

todos los días después del almuerzo. Si bien en las primeras épocas creo que sus comentarios no se referían en forma directa a la realidad nacional, obviamente fueron un empujón espectacular en mi formación política, empecé a visualizar que el mundo era un poquitín diferente al que había leído en Louise May Alcott, y creo que muy incipientemente comenzaba a relacionar que las cosas que percibía como imposiciones injustas en mi vida diaria traían detrás otras injusticias, desigualdades y abusos mucho más vastos.

Similar al aprendizaje de matemáticas, en que uno no puede explicar bien por qué, pero percibe que aumenta su capacidad de razonamiento lógico, de la misma forma el contacto con mi amiga, su familia y su modo de vida, las arengas de Germán Araújo, empezaron a descorrer el velo sobre esa realidad política que vivía todos los días pero nunca había logrado interesarme.

Llegó el plebiscito del 80, y si bien no existe comparación con el punto de saturación al que puede llegar una campaña política en democracia, se llegaron a escuchar discusiones en la radio o la tele que literalmente daban vuelta todo lo que hubiera visto u oído hasta ese entonces. La presentación de Pons Echeverry en un debate televisivo fue (al menos para mí) el punto más gozoso de toda la campaña.

No llegué a votar porque me faltaba un mes para llegar a los 18. Doble rabieta, porque no pude votar por escaso margen y encima todos en casa votaron por el Sí, ya a estas alturas no porque apoyaran al régimen sino porque opinaban que la única salida para que los milicos se fueran era darles todo lo que ellos querían. Una variante más del miedo que se imponía en nuestras vidas.

Entré a Facultad de Ciencias Económicas en el 81, luego de sortear el examen de ingreso que fue dejando por el camino a otros compañeros o amigos que por esa época no lograron vencer el primer escollo en la carrera. Ya por esa época los primeros indicios del CECEA organizaron cursos de apoyo para el examen de ingreso, primera mano tendida entre estudiantes que en vez de vernos como futuros competidores en el mercado de trabajo sentían que era injusto que nos hicieran pasar por un filtro adicional. Debo decir que luego de este gesto solidario inicial me fue muy difícil adivinar nada parecido en el funcionamiento de esa facultad totalmente masificada, yendo a clases en cines y teatros. Más

parecido a una guerra de trincheras que a una experiencia formativa.

En el 82 empecé a trabajar en OSE, gracias a un extraño llamado abierto a estudiantes universitarios para realizar un censo con contrato a término. Certifiqué en la comisaría mi "fe democrática" y comencé mi ya dilatada carrera de empleada pública.

Se hicieron las elecciones internas en los partidos políticos, en los que ejercí por primera vez en mi vida el derecho al voto. Voté en blanco no respondiendo a la convocatoria soterrada del FA, que casi no me llegó, sino porque sencillamente ninguna de las ofertas disponibles terminaba de convencerme.

Con mi amiga Liliana fuimos al primer 1º de Mayo organizado por el Plenario Intersindical de Trabajadores, comenzando creo allí con una pequeña carrera delictiva respecto a mis padres, a los que oculté, tergiversé, u omití detalles sobre mi participación en este tipo de actos, que se fue haciendo cada vez mayor. Cualquier actividad que fuera mínimamente adversa al gobierno era vista como un delito, la presencia de las fuerzas del orden en la calle era ostensible, y ni en mil años me hubieran permitido ir a ese acto si lo hubieran sabido. Era efectivamente peligroso, si hubiéramos ido un par de cientos de personas seguro que marchábamos presos, pero no, fuimos muchos miles, y las condiciones políticas ya no daban para barrer con una manifestación que contara con miles de personas.

Llegué caminando hasta la casa de mi amiga en La Teja y desde allí fuimos en marcha con más gente hasta el Palacio Legislativo, cada vez más y más gente. Es difícil de describir ese sentimiento de terror y de triunfo de ir contra el orden impuesto, de tener miedo pero de sobreponerse, de mirar para el costado y ver que somos muchos locos juntos plantando la bandera de ese pequeño coraje de salir a la calle a reivindicar el 1º de Mayo.

Había "observadores" en la azotea del Palacio, se corrieron rumores de todo tipo: que eran desde francotiradores a camarógrafos fichándonos a todos, pero no nos fuimos. El segundo gran descubrimiento de aquella tarde me esperaba en la consigna del estrado: "Por Salario, Libertad y Amnistía".

¡¿Amnistía?! Mi única relación con aquella palabra databa de los reclames de la Intendencia ofreciendo amnistía tributaria a los deudores,

¿cómo se les podía ocurrir reivindicar semejante tontera en la consigna central del acto?

Otra vez a lo largo de los días y los meses me fui enterando de que existían presos políticos y de lo que aquello significaba. Sabía que había presos, había asumido que si habían llegado ahí era por haber participado en algún robo o asesinato en el marco del movimiento tupamaro, y no había profundizado más.

Primero me enteré que había mucha gente presa sólo por pensar diferente al gobierno de turno, después supe que existían torturas, terribles torturas, luego que había gente desaparecida, niños desaparecidos, los rehenes sobreviviendo en pozos o lugares similares durante años y años. Era como ir cayendo en una pesadilla, con el alma cada vez más descompuesta aquella realidad me conmovió profundamente y, como muchos jóvenes de entonces, no pude hacer zapping. Muchos no necesitamos haber sentido ese dolor en algún amigo o pariente cercano para hacerlo propio, sencillamente la imagen de aquella gente encerrada, o muerta, los ojos de Mariana se te metían adentro y te aseguraban que la única forma de poder conformarte, al menos, con toda aquella barbarie era si se hacía justicia. Justicia.

Merced a mi calidad de estudiante de ciencias económicas conseguí un contrato normal en OSE. Pasé no sin ciertos traumas de mi grupo de estudiantes a las estructuras de la burocracia osiana.

Se empezaron a tejer los primeros hilos de la Coordinadora Pro-FFOSE (Federación de Funcionarios de OSE). Algunos pocos compañeros, seguramente menos de diez, comenzaron a tantear poco a poco el terreno tras la pista de los dispuestos a aportar su granito para terminar con la dictadura. Se iba conversando la gente de uno en uno, se iban reconociendo por ciertas actitudes de vida: si uno no estaba para el simple "hacé la tuya" entonces era buen candidato a que le cayeran. También estaban los ilustres compañeros categoría B, no tan malos como los C a ojos de la dictadura, que ya habían sido destituidos, pero sí lo suficientemente malos para haber quedado suspendidos en algún limbo administrativo sin ninguna posibilidad de seguir avanzando por el escalafón. Sumando de a uno en uno se fue tejiendo una red neuronal capaz de organizar actos mínimos de protesta con los que se empezó a demostrar la oposición a un gobierno que no había elegido nadie.

Las primeras medidas fueron las jornadas de silencio, se trataba simplemente de continuar en su puesto habitual de trabajo pero sin emitir el más mínimo sonido. Fueron medidas con gran nivel de aceptación, sólo alguno muy recalcitrante se resistía y trataba de producir el ruido que no hacían cien personas. Era un placer ver al personal de Seguridad y Vigilancia (una suerte de brazo armado del directorio) recorriendo los pasillos, enfurecidos, sin poder hacer nada, no existía acto ilícito alguno, y lo del fichaje de subversivos no funcionaba, sencillamente éramos todos. Más adelante vinieron jornadas de ruido, herederas directas de las caceroleadas y apagones que se practicaban a nivel hogareño. En casa, mi madre y yo atacábamos furiosamente con tapas, cucharas, cacerolas, al principio todos los vecinos escondidos cada uno en el fondo de su casa, tratando de adivinar cuáles estaban participando y cuáles no. Finalmente un fin de año la caceroleada se hizo en plena vereda y pudimos vernos las caras y reconocernos en la misma causa.

También en facultad se hizo tradición al menos una vez al año la organización de "chorizadas", en el 81 sólo fue una oportunidad de pasar un rato juntos y la organización de algunos juegos, ya la de dos años más tarde contó con la participación de las murgas de facultad criticando en el mejor estilo todo lo que había de criticable en facultad. En general puede decirse que se había avanzado de un ambiente de pituquería soportable al conspirativo. Todos conspirábamos, como dijera Benedetti.

Tuve más bien poca participación en las actividades organizadas desde el ambiente universitario, creo que ya de por sí el relacionamiento en facultad era bastante frío, y cuando traté de integrarme a alguna reunión me encontraba con el fuego cruzado de las distintas agrupaciones que me reducían a un papel de triste observador que se da cuenta de que pasa más de lo que se dice, pero no llega a saber qué.

A nivel laboral, en cambio, la Coordinadora Pro-FFOSE, si bien tenía agrupaciones funcionando según me fui enterando con el tiempo, era todavía en aquellos primeros tiempos un lugar posible para la militancia independiente. Las reivindicaciones, por cierto, al pasar por aspectos económicos eran nítidamente claras para todos los implicados. Teníamos en ese entonces un solo ajuste salarial al año (igual que ahora, vaya mueca del destino) y una distribución de la masa salarial tremenda-

mente injusta. A los compañeros de los escalafones peor retribuidos se les notaba en la forma de vestir, en la falta de dientes, en que los últimos días del mes no iban a trabajar porque ya no podían pagar el boleto, que habían sido reducidos a condiciones de vida de mendigos a pesar de que en los hechos eran todavía trabajadores. Podría decirse que las condiciones objetivas daban como para que ni hiciera falta una chispa para encender el fuego, pero no fue así.

El primer intento de plegarnos a un paro general (paro cívico, como se llamó en aquellos días) fue para el 18 de enero del 84. La jornada previa al paro fue un agotador proceso de asamblea tras asamblea, en el edificio Cordón (sede administrativa central de OSE). Se discutió a nivel parcial, por pisos, por departamento, se votaba, salía afirmativa la participación en el paro, al rato surgía una ola de inestabilidad en el ambiente, que si se había tenido en cuenta esto o aquello otro, y vuelta a convocar a asamblea para aclarar dudas, para votar de nuevo, y vernos las caras otras vez diciendo que sí. La última asamblea se hizo en la vereda por Roxlo, a la salida del trabajo, ya teníamos milicos rodeando el edificio como medida especial intimidatoria para la jornada del día siguiente, se votó por última vez, salió afirmativo, pero lamentablemente sentí una compañera al lado mío que mientras levantaba el brazo para votar que sí, le decía a otra que pensaba venir. A la postre esa compañera resultó representativa del sentir general, mal que nos pesara a los que estábamos más comprometidos en la reorganización de la FFOSE, la gente no estaba pronta para una medida en la que había que quedar expuesto a ser identificado. Luego de la asamblea en la vereda, alguna gente que todavía había quedado trabajando en OSE comenzó a hacer correr bolazos sobre todas las terribles consecuencias de participar en el paro, comenzaron a llamar a la casa a los que ya se habían ido, en el correr de la tarde se había vuelto a deshacer el débil entramado que sostenía la medida.

Por mi parte yo me había ido a Parque del Plata, donde mis padres estaban de vacaciones, dispuesta a pasar un día de paro playero. Cerca de la medianoche del 17 apareció una compañera de mi oficina, una de las buenas, a avisarme de lo que había sucedido. Había conseguido que un cura de la parroquia del barrio la llevara en auto hasta Parque del Plata, porque para esas horas ya no había ómnibus, y con las pocas

señas que podía tener de mis cuentos de donde habíamos alquilado casa, dio conmigo.

Vuelta a Montevideo, pasé la noche en casa de mi compañera revolviéndome en la bronca por la cobardía de la gente y de última porque yo también me dejaba arrastrar. Supongo que allí empezaron a gestarse mis primeros cálculos biliares.

La jornada del 18 resultó en un día bien amargo; como no había transporte el directorio admitió que cada cual se presentara en la sede de OSE más cercana a su domicilio. Esto, más el angustioso sentimiento de sentirse carnero, hizo que en los hechos fuera una suerte de paro con concurrencia, nadie trabajó. Nos pasamos masticando la bronca, algunos incluso con los ojos hinchados de llorar.

Sólo dos compañeros en siete mil hicieron el paro, no perdieron el trabajo ni nadie los mató, vaya la lección contra todas las “cosas razonables” de este mundo.

Llevó su tiempo levantar cabeza después del fracaso del 18, pero como todo, fue pasando, y además estábamos insertos en una realidad social en la que todos los días pasaban cosas, se avanzaba en un punto más, salía otra declaración, cada vez se reunía más y más gente en cada marcha.

Por el lado de ASCEEP se organizó una brillante semana del estudiante en primavera, la jornada de recolección de firmas para FUCVAM contra el pasaje del cooperativismo por ayuda mutua al sistema de propiedad horizontal, el acto en el Obelisco, la lucha por la liberación de los presos políticos, las concentraciones de los viernes de noche en plaza Libertad con los Familiares de Presos y Detenidos Desaparecidos. Se presentaban los artistas que habían estado proscritos y en algunos casos exiliados, venían artistas extranjeros que hasta ese momento habían estado prohibidos. En Cinemateca pasaban las películas que hasta entonces no se habían podido ver.

En la calle, en las marchas, en los actos, en las peñas estudiantiles se hicieron marca identificatoria del movimiento antidictadura el olor a torta frita, las boinas negras con alguna escarapela, la matera al hombro y tomar mate en todos lados. Hasta en esos detalles tan simples se separaban aguas, aunque usted no lo crea, como decía un programa de la tele, tomar mate estaba mal visto por las autoridades y era una costumbre reprimida en oficinas públicas o centros de enseñanza. Tomar té o café

era considerado mucho más apropiado para el sostén de los valores democráticos.

La ebullición era total, cada día me encontraba con más cosas para hacer, me sentía en el compromiso de estar en algo más, eran reuniones y más reuniones. Fui delegada de base por el Departamento Financiero, ayudaba en la comisión de finanzas, después fui reclutada para participar en una comisión para estudiar la reforma de los estatutos de la FFOSE.

Entre paréntesis, tiempo después me enteré que el responsable de la comisión me había usado como "carnada" para conseguir la participación de otro compañero que a la sazón estaba muy concentrado en buscar novia. Fea maniobra que le terminó costando caro: hoy día estamos esperando nuestro cuarto hijo.

Esta escalada de actividad por el lado de las fuerzas antidictadura no se vio libre de respuesta por parte de aquella fiera que se resistía a dar la rendición final (de hecho creo que hasta ahora no la ha dado). En los meses finales antes de las elecciones se dieron el sangriento lujo de llevarse presos a un puñado de militantes de la UJC, entre ellos a uno de mis ex compañeros de contrato a término en OSE. Fue una experiencia amarga saber que a jóvenes como nosotros los estaban torturando y no poder hacer nada, nada más allá de lo que veníamos haciendo, con más miedo y sintiendo mucho más en carne propia las barbaridades de que eran capaces. Poco tiempo después fueron liberados sin que aquella mueca hubiera modificado sustancialmente el proceso que se estaba viviendo. Llegamos a intercambiar alguna carta con mi compañero preso y también recibí una cigarrera artesanal a través de la cual supongo que él intentaba superar, como tantos presos antes, la angustia de lo que estaba pasando.

Ojalá pudiera decir que esa ebullición fue in crescendo hasta que el 1º de marzo del 85 le dimos la patada final a la dictadura y los desalojamos del poder, pero no fue así. En algún momento del 84 existió un punto de inflexión en que aquel movimiento antidictatorial cerril y romántico, con amplia participación de las bases, comenzó a ser manejado por "cupuleos". Quizá fue la instalación de las negociaciones en el Club Naval, quizá fue antes, en nuestro entorno sindical les habíamos dado la bienvenida a los compañeros destituidos, cuya restitución figu-

raba en nuestra plataforma reivindicativa, cualquiera de ellos nos daba veinte vueltas en táctica y estrategia sindical, y naturalmente comenzaron a ocupar cargos en el secretariado ejecutivo provisorio. Terminaron siendo nuestra maldición de Malinche, el comienzo de la pendiente hacia los sindicatos pura cáscara sin contenido.

Pero esa historia ya pertenece a los bajones que trajo consigo la democracia, que en aquellos momentos pensábamos que iba a traer la cura para todo. No fue así, aún hoy quedan muchas cuentas pendientes, muchas heridas por restañar.

No obstante, como experiencia de vida no me arrepiento en lo más mínimo de haber dado tanto de mi tiempo y de mi esfuerzo por derrotar a aquel gobierno. Un compañero me explicó una vez, y la lección me quedó para siempre, que en realidad no estaba gastando sino invirtiendo mi tiempo: hacerlo le dio un sentido a mi vida. Cumplir con el compromiso de dejar el mundo sólo un poquito mejor de lo que lo encontré, y por añadidura en ese intento encontrar a mis mejores amigos hasta el día de hoy.

A través de mi historia, al igual que la historia de todos los jóvenes que fuimos saliendo de la nada (o casi) como fuerza opositora a la dictadura, queda el testimonio de esperanza en nosotros mismos, de que siempre queda un resto de dignidad entre la gente.

Un testimonio de que, aunque parezca imposible, quizá quede por ahí una rendija por la cual algún día nos escabullamos y empecemos a hacer las cosas bien en este mundo, ¿o no?

Sol

El barco pirata

A Nacho, Lucía y Mathías, que aunque no vivieron esos duros años, los incorporan cada uno a su manera como pedacitos de cuentos de mamá, hermana y… madrina.
Nacho: mi padre, tu abuelo, cuando yo era muy chiquita todas las noches antes de dormir me cantaba una canción con la guitarra, sentado a los pies de mi cama. Las mismas que yo hoy te canto a vos, él las hizo para Mauricio y para mí. El “Sapito escarlata” y la “Mamá capincho”durmieron conmigo durante años y todavía siguen adentro de la guitarra.
Cuando seas un hombre y leas todos estos recuerdos desordenados que trato de escribir y que pelean para salir de mi cabeza todos a la vez, acordate de que tu abuelo fue un gran hombre, el mejor del mundo.

Paso de los Toros

Esta primera parte de la historia, de la larguísima historia de 12 años que por supuesto ninguno de nosotros imaginábamos iríamos a vivir, la reconstruí con algunos recuerdos, imágenes puntuales e imborrables que guardo en mi memoria y seguramente con detalles que me han contado mi madre, mi familia, mis parientes lejanos, mi padre.

Éramos muy chicos Mauricio y yo: vivíamos en una especie de casita improvisada en la parte de atrás de la tienda de mi abuelo paterno, en Paso de los Toros. Tengo muy pocos recuerdos de esa época, pero sí sé que éramos una familia feliz, papá y mamá jugaban con nosotros, papá nos hacía canciones que todas las noches nos cantaba con la guitarra.

Dormíamos los cuatro en la misma habitación; papá y mamá, después que nos dormíamos se hacían una escapadita a la casa de arriba dónde vivían mis abuelos, a mirar televisión, que en ese tiempo era toda una novedad, recién estaban apareciendo los primeros televisores en Paso de los Toros.

No recuerdo cómo fue el día que se llevaron a papá, ahora que lo estoy escribiendo me doy cuenta de que tampoco me acuerdo si alguna

vez se lo pregunté a alguien. Lo que sí sé es que él sabía que vendrían a buscarlo, creo que mi madre también sabía.

Del cuartel recuerdo poco, salvo el edificio que está todavía en el mismo lugar y casi idéntico a como era en aquella época.

Ibamos a pie con mamá, juntando piedritas por el camino. Yo no entendía bien por qué mi padre no estaba más con nosotros, por qué estaba en aquel lugar con tanta gente que iba y venía y que nos observaba todo el tiempo.

La mudanza

No me acuerdo del viaje. Sé que vinimos en el tren de Paso de los Toros a Montevideo. Mi madre tenía sólo 24 años y nosotros dos, Mauricio con tres años y yo con cinco, no parábamos de preguntar. Montevideo era enorme para nuestros ojos.

A papá lo habían trasladado al Penal de Libertad y nos vinimos a vivir con tía Benita a la calle Juan Paullier.

Mauricio y yo estábamos fascinados con los ómnibus y los semáforos. Tía Benita nos había esperado con una sopa de cabellos de ángel en platos de plástico de colores que a mí me encantaron.

La casa apenas se limitaba a una pieza y una cocinita que daban a un patio. Nosotros dos dormíamos con mamá en un altillo donde había dos camas chicas, en una dormía yo y en la otra mamá con Mauricio. Estaba pintado de celeste descolorido por la humedad y en invierno se llovía por todos lados.

Tía Benita nos prendía un primus con un ladrillo encima para calentarnos, nos llamaba de mañana "arriba, mis pichones" y nos traía las tazas de cocoa caliente que yo siempre terminaba volcando en la cama y me ligaba un zapatillazo.

Mi madre

Ni siquiera hoy, después de tantos años, puedo imaginarme todas las cosas que pasaron por la cabeza de mamá, tan joven y vieja al mismo tiempo, en aquellos días. Tantas veces se reiría llorando por dentro, fingiendo que todo estaba en orden. Las tantas noches sin dormir, los destratos y humillaciones que habrá tenido que pasar para llenarnos la panza.

La jubilación de tía Benita apenas alcanzaba para el alquiler y mamá

trabajó en casas de familia, fábricas, cuidando enfermos, en casas de salud. Todos los días se iba de madrugada y volvía de noche. Algunas veces venía con los dedos cortados de la fábrica de cartón. Nos leía cuentos, nos llevaba al parque y siempre nos hablaba de papá.

Cuando se acercaba la hora en que ella venía de trabajar, salíamos a esperarla a la vereda porque sabíamos que ella siempre nos traía algún recorte de cuero o de cartón de la fábrica para jugar.

Cuando demoraba mucho en llegar, yo me escondía en la cocina y lloraba bajito para que mi hermano no se asustara.

El Penal

Mamá iba cada 15 días; nosotros sólo podíamos visitarlo una vez al mes hasta cumplir los 13 años en que pasábamos a ser “mayores”.

Cuando la “Cita” (así le llamábamos al ómnibus en que íbamos) se desviaba de la ruta, tomaba por un camino y ya desde la entrada podíamos leer: “EMR Nº 1”. Eran letras grises, gigantescas, inscritas en una especie de arcada de piedra (por lo menos yo lo veía así). Yo ni idea tenía del significado de aquellas letras, creo que tampoco me interesaba mucho.

Años más tarde supe que quería decir: “Establecimiento Militar de Reclusión Nº 1”.

Cuando el ómnibus pasaba el enorme portal después de cruzar un portón de hierro custodiado por dos guardias con armas, se detenía y nos bajábamos. Seguíamos el recorrido a pie; después de “pasarnos lista” y tenernos allí esperando un buen rato (nunca supe el significado de aquella espera) nos autorizaban a seguir camino hacia otra sección que estaba a unos 500 metros de la primera. Todavía siento el viento helado en la cara, ese frío insoportable que se nos metía en los huesos en invierno y verano.

De una sección a otra siempre debíamos cruzar portales de rejas con aquellos señores luciendo sus hermosas ametralladoras que tanto le fascinaban a Mauricio. Los ojitos le brillaban mirando y tocando siempre lo que no debía, creía que estaba en una película que después les contaba a sus amigos y que por supuesto no le creían ni media palabra. Un día, antes de entrar a la visita, corriendo rompió un ladrillo de uno de los muros y nos quedamos sin visita.

El barco pirata

Sin duda fue uno de los regalos más importantes que tuvo Mauricio. Le había pedido a papá que le hiciera uno como los de verdad; lo esperó con tantas ganas que no lo podía creer cuando lo tuvo en las manos y pudo jugar con él.

Mi padre, con lo meticuloso y detallista que es para todo, le dedicó muchísimas horas de trabajo a aquel juguete, que más que un simple juguete, era una verdadera obra de arte. Era una belleza; como todas las manualidades que nos había hecho papá, lo recibimos con algunas piezas de menos, nos llegó con los cañoncitos despegados y alguna que otra banderita quebrada.

Pero igualmente era hermoso; mamá lo arregló, no le faltaba nada para ser como los de los piratas de las películas. Hasta tenía nombre: “Manicho”.

Así le decía papá a Mauricio cuando era chico.

Las visitas

Por lo menos cinco veces intenté comenzar a escribir este espacio tratando de relatar el protocolo y la burocracia de las visitas sin caer en la descripción aburrida de aquellas largas horas de espera, colas, revisaciones absurdas, más esperas, fríos, mojaduras.

Podría llenar un libro entero contando solamente cómo se desarrollaban las visitas, que, dicho sea de paso, el rato de estar con papá era el más corto.

Todo estaba inteligentemente calculado como si hubiese sido escrito para el guión de una película.

Nos íbamos de aquel lugar con un gusto amargo en la boca (así me parecía).

Estaba tan bien pensado todo que el momento de ver a mi padre, de poder tocarlo, besarlo y abrazarlo quedaba escondido tras aquella avalancha de órdenes, miradas de desprecio (y asco), manos que escrutaban nuestra ropa, nuestros zapatos, nuestro cuerpo.

Hierro, cemento, vidrio. El frío se metía tan adentro que ni los guisos de Lela (mi abuela) podían contra él.

Me viene a la cabeza la imagen de Amanda, la temible Amanda. Se-

guramente todos los que vivimos de cerca aquellos días, sobre todo los niños, la recuerdan perfectamente. Tenía la increíble virtud de decirnos solamente con mirarnos: “Si estás acá y no jugando como los demás niños es por culpa de tu padre, jorobarse”.

Cuando terminaba la visita y nos íbamos camino al ómnibus que nos traía de regreso, de lejos podíamos ver a papá cuando lo llevaban junto con los demás nuevamente a la celda; podíamos diferenciarlo a él perfectamente de los demás por la altura y el modo de caminar. Como no les permitían hablar ni mirar hacia los costados, mucho menos saludar (tenían que caminar con las manos para atrás), él y nosotros nos inventamos un saludo, nos pasábamos una mano por la cabeza, así sabíamos de lejos que papá nos había visto y nos estaba diciendo “los quiero mucho”.

Historias y cuentos

Las visitas de los niños eran diferentes a las de los mayores; los de menos de 13 años podían estar con el padre en contacto directo, tocarlo, jugar con él.

Mauricio siempre quería jugar; subirse a caballito a la espalda de papá y luchar. Entonces él nos decía: “Primero charlamos un ratito y después chiveamos, ¿ta?

Mauricio casi siempre se distraía mientras papá nos contaba cosas, o se entretenía haciendo sufrir a algún pobre bicho que anduviera por el pasto, cortándole una pata, o poniendo ramitas y piedritas alrededor para no dejarlo caminar.

Papá trataba de mezclar cosas reales dentro de algún cuento o historia de aventuras para que pudiéramos entenderlo mejor.

Le hacíamos miles de preguntas de todo tipo; él siempre sabía todas las respuestas. Hablábamos de historia, de animales, de música, de sexo, de amigos, de las cosas que pasaban.

Nos gustaba pasarle la mano por la cabeza para adelante y para atrás porque con el pelo cortado al ras parecía un cepillo.

Después papá se paraba, se ponía a mi hermano a caballito y caminábamos hasta un espacio donde había un poco de arena para jugar.

Me encantaba observar cómo caminaba papá; era altísimo, cada paso de él eran casi cuatro de los míos. Iba despacio con la espalda un poco encorvada.

Cuando alguien gritaba: “¡438! ¡Terminó la visita!”, ellos tenían que quedarse parados en el lugar y a los niños todos en fila nos sacaban del patio; debíamos caminar en silencio, no podíamos correr y hasta llegar al salón donde nos esperaban las madres teníamos que mantener la fila en perfecto orden. No había ni una sola visita en que Mauricio no se llevara un rezongo por parte de Amanda, o la que estuviese a cargo nuestro en la fila.

El teléfono

Después de la visita de los niños les tocaba el turno a los mayores. Cuando yo cumplí los 13 tuve que pasar a formar parte del grupo de los mayores y ver a mi padre a través de un vidrio y el único contacto que había era un teléfono de cada lado para comunicarnos.

Mi padre me parecía cada vez más un ser desconocido, no, no era eso lo que yo sentía, más bien yo me sentía una extraña para él.

Me costaba mantener una conversación con él, contarle mis cosas de todos los días, lo cotidiano, como hablaría cualquier hija con su padre.

Me pregunté mil veces qué sería lo que él esperaba de mí, pensaba que tal vez mis temas lo aburrían, realmente no sabía cómo encarar aquel momento de estar a solas con él frente a frente. Nunca se lo dije. Me esforzaba para que no se diera cuenta de que en verdad lo que yo quería era salir corriendo de allí y no volver nunca más.

Doce años

Seguramente que si a papá le hubiesen dicho el día que fueron a buscarlo que regresaría después de 12 años, se habría reído tanto que en todo Paso de los Toros se escucharían sus carcajadas.

Seguramente cuando le avisaron a mi madre que se iban a separar durante todo ese tiempo, que era mucho más que el tiempo que hacía que se conocían, pensaría que se trataba de un mal chiste.

Para Mauricio y para mí, que aquellos 12 años eran más del doble de lo que habíamos vivido, la idea se hacía directamente inimaginable.

Pero los vivimos; los sufrimos, los lloramos y los reímos; nos pasaron los 12 por encima, uno por uno como una implacable mole de granito que se va haciendo día a día más pesada y lenta.

Cada uno de esos años fueron reales y dolorosos. Fueron duramente verdad, nuestra verdad.

Y ahora están tan allá lejos, tan olvidados y absurdos que se transformaron en un sueño, un sueño oscuro y congelado, un personaje de historia, o mejor dicho de película de esas que te dan escalofríos y que permanece encerrado para que no se escape en una caja chiquita de metal escondida muy adentro de cada una de nuestras cuatro cabezas.

Lucía

Mi querida Lucía, mi hermana del alma, mi hermanita menor.

Cuando vos llegaste al mundo y a nuestras vidas, había quedado atrás todo aquello. Ya formaba parte de nuestros recuerdos, de nuestra historia.

Cómo explicarte; cómo podrías entender que a la edad que vos tenés ahora, yo, cada 15 días y unos pocos minutos me sentaba en un banco de hormigón frente a un vidrio para poder hablar con el que todas las noches, desde que naciste, te lleva un vaso de agua a la cama y te rasca la espalda antes de dormir.

Vos ya conocés parte de la historia y la tenés, construida de retazos y a los tropezones, dentro de tu cabeza de mujercita de 12 años.

Imagino que más de un millón de veces te habrás preguntado y habrás preguntado: ¿por qué? Y más de un millón de veces papá, o mamá, o Mauricio, o yo, te habremos tratado de explicar buscando palabras tibias, imágenes tal vez con un poco de dolor.

Si hoy me preguntás, te contestaría: papá luchó; luchó como tantos otros por ideas, por justicia, por igualdades, pero antes y primero que nada, por nosotros. Y en esa lucha no estuvo solo jamás. Tuvo y tiene la mejor compañera del mundo, la más mujer, la más madre, la más amante; la que estuvo para él y junto a él en la lucha silenciosa y permanente de hacer de nosotros tres el hombre y las mujeres que hoy somos y de construir esto tan fuerte que nos une, que no tiene límites y que destruye y arrasa cualquier frontera.

Luciana

PICHINANGO

Llegó desde el centro del país, de “Las Marías”. Pueblito perdido en la campaña de Florida.

Sus tíos hacía años que estaban presos. El en el Penal de Libertad. Ella en el de Punta de Rieles.

Como muchos compañeros del interior, no tenían visita. Venían de familias muy pobres, de campo, campo.

Recoba había ganado fama por haber sido el domador invicto del “Paleta Quemada”.

—Fue por el premio, hermano, teníamos un hambre bárbara –contaba junto con su hazaña.

Célica era fuerte, petisita, aindiada, dura y tierna, sufrida. Aprendió a escribir en la cárcel, con las compañeras.

Cuando la circunstancia se dio, empezamos a pensar cómo llegar a su familia, y ésta a ella. Fue así que nuestros familiares llegaron a “Las Marías”.

Eran muchos en la familia Rosano. Se conversó quién iría a Montevideo; los adultos imposible, el trabajo no dejaba. Los más chiquitos tampoco. Así que eligieron a Pichinango.

Tendría entonces alrededor de diez años. Diez años de niño de campo en los años 70. Nunca había estado en Montevideo, y creo recordar que tampoco conocía la capital departamental.

Pichinango tomó importancia en el pueblo de la noche a la mañana. El iba a ser el emisario de la familia, de “Las Marías”, en una misión importante en la capital: llevar y traer noticias. De improviso sobre su niñez cayó una responsabilidad más y distinta, casi una aventura.

Lo supimos un sábado por otro familiar, en 15 días, el domingo tal llegaba Pichinango. Era mejor que el elegido fuera un niño grande, le tocaría la visita con otros niños, en el patio del recreo, en forma directa.

De nuestro lado comenzaron los aprontes. Pichinango debía volver con

pequeños regalos, manualidades de presas. Había que hablar con los otros pibes de la visita, pensar bien los mensajes que llevaría nuestro visitante gaucho. Porque eso era Pichinango, un gauchito a carta cabal.

Lo vimos venir aquel domingo en la mañana, empilchado, botas y bombacha, serio, adulto, absolutamente consustanciado de su misión.

Voló el horario de la visita. Después lo vimos perderse en el camino con los otros familiares, cargado con nuestras manualidades.

Esa tarde conoció Montevideo y por la noche volvió a su pago.

No supe más de él. A veces pienso que sería bueno encontrarlo y completar la otra cara de esta historia.

Puebla

Identidades

Una mirada cada tanto al carné recién estrenado le producía una sensación de seguridad como pocas veces había sentido.

No importaba que la imagen de la foto con el pelo mucho más largo y la mirada más penetrante se pareciera cada vez menos a la de la cédula. Se viera como se viera era él, tres años después del trámite de aquella mañana en que había sacado su primera documentación –nada menos que en el Ministerio del Interior– a los 14 años.

La foto, el nombre al costado y el logo de la Asociación Cristiana volvían ahora a darle la confirmación de su existencia.

Ya no más nombres ni nacionalidades inventadas. Él, el mismo Juan que año tras año escolar en México esperaba aterrorizado que llegara el pedido de la Dirección de la escuela a su clase, para que la maestra –siempre lo mismo, no importaba si era Teresa, Lourdes o Lupita– repitiera (fiel al engranaje) el temido: "Niños, mañana deben traer su acta de nacimiento".

Llegando de la escuela nada aliviaba su tensión. Ni su madre asegurando que no hay problema con esto –con cierto acento de inseguridad que Juan le espiaba en cada gesto– cuando salía a conseguir la actualización del papelito salvador que diría que no sólo él, sino también Elsa, su hermana, no tenían los correspondientes documentos (¡ni siquiera el acta! ¿verdaderamente existían?) porque sus padres eran perseguidos políticos.

Y así llegaba cuidadosamente el papel, que ponía cuidadosamente junto a la mochila para que no se arrugue, no se manche, pero agarradito de una punta para que tampoco se vuele. Y, a la mañana siguiente, se despertaba más temprano que de costumbre; con el cuerpo tenso, sin ganas de desayunar, con una inquietud repartida entre las ganas de llegar cuanto antes a entregar el maldito papel y las ganas de volverse a la cama para hacer de cuenta, con los ojos cerrados, de que en verdad no existía (aunque quizás alguien, su madre o su hermana, volvieran a

decir su nombre y él aparecería de nuevo como una aparición o quién sabe qué).

Total, ahora volviendo a mirar el carné se burlaba de sus miedos de niño.

Recordaba aquella época, ¡qué inconsciente, Elsa! Su hermana no parecía recordar más que lo que sucedía después, cuando al recoger las actas la maestra se detenía un tanto asombrada por la explicación del papelito (no recordaba si llevaba o no su foto) y volvía a levantar los ojos para mirarlo asombrada… cómplice, y él queriendo que lo tragara la tierra porque lo que menos deseaba era que lo mirara así, diferenciándolo de los otros, pareciendo perdonarle quién sabe qué culpa y empezando a tratarlo con otra consideración, asombrada de sus buenas notas, de su conducta correcta, espiándolo siempre a partir de ese momento, esperando encontrarle algo diferente.

Pero ahí estaba su nuevo carné con su foto, reconfortándolo hasta del pasaje por Ezeiza, donde la maestra fue sustituida por los uniformados de la aduana. Claro que ahí estaba junto a sus padres, y su nombre ya no aparecía junto al de su hermana porque cada uno tenía un papel más importante que volvía a repetir lo de la falta del acta y de la persecución política, pero tenía además su foto con cara de un poquito de susto, el pelo corto y la mirada desconfiada.

Allí, la situación fue más complicada que en la escuela (¿quién estaba decidiendo si era él o no lo era?) y se sintió más expuesto, a pesar de la mirada de comprensión de los funcionarios para ellos tres, porque ahora sí traían a Gonzalo, otro hermano más chico, muerto de risa, él, claro, qué le iba a preocupar, si él tenía un acta que atestiguaba que sí existía y todavía no había pasado por la escuela para saber lo que era sentir el cuerpo tenso y el corazón golpeteando.

El trance fue más largo y hubo muchos más cabildeos. Entre nebulosas recordaba que por los malditos papeles debieron esperar en un cuartito la decisión de su traslado al otro aeropuerto (adonde fue el resto de la gente que iba rumbo a Montevideo) o el embarcarlos en un avión desde ahí mismo. Como resultó al final, en que Varig lo trajo a este Montevideo que hoy le estaba dando su segunda identificación, para ahora sí, si quería, moverse hacia cualquier lado convencido de que es él mismo; porque sí, no por la ONU, ni por su madre consiguiendo

testigos, ni por quién sabe qué autoridad que lo reconoce, sino porque ahora sí, es Juan para todos y ya nunca dejará de serlo.

Anahí

SOBREVIVENCIAS

No era ni natural ni espontáneo. Era un esfuerzo consciente, una lucha cotidiana, tenaz, por conservar lo que creía expresión por excelencia de mi identidad: la lengua uruguaya. Cada palabra pronunciada, cada frase, cada acento, pronunciación y modismo lo pensaba… acechaban los otros, los de los países que me acogieron.

Era 1971, Bolivia con sus múltiples lenguas, todas dulces, parsimoniosas como las quenas y las zampoñas del altiplano inmenso, vacío, silenciado. En agosto, el general Banzer dio un golpe de Estado, el primero vivido por mí, uno más de los cientos vividos por ese pueblo, destacado por tener más golpes de Estado que años de independencia. Las voces fueron sustituidas por la furia de los tanques, aviones, metrallas, sirenas... silencios ensordecedores.

Luego fue Chile, las voces chillonas, las palabras parecían burlarse de la bella lengua de Cervantes, bailando en las bocas de los chilenos a ritmo de cueca; los modismos llenos de ingeniosas picardías, mezcla pintoresca, colorida, vital, que resultaba seductora y peligrosamente contagiosa. Tuve que redoblar mi esfuerzo y atención por no sucumbir a la pérdida de mi lengua/identidad/uruguaya.

Los acentos cambiaron, el horror fue el mismo y volvió a golpear, también las voces fueron acalladas y sustituidas por el sonido del dolor y la muerte, esta vez fue Pinochet.

Aquel 11 de setiembre de 1973 amaneció fresco y límpido el cielo de Santiago, lo que contrastaba con la pesadumbre y el aire enrarecido que en las últimas semanas abrumaba todo Chile.

Vivíamos a escasos 600 metros de La Moneda, el Palacio de Gobierno desde donde el presidente Salvador Allende intentó resistir el golpe de Estado. Nuestro apartamento se encontraba en el último piso de uno de los pocos edificios de la zona. Muy temprano nos despertaron los vuelos rasantes de los aviones de la fuerza aérea chilena.

A medida que transcurrían las horas de aquella mañana, aumentaban los decibeles del concierto macabro de tanques y aviones bombardeando La Moneda. Las bocanadas de humo negro y hollín borraron aquel cielo límpido del centro de Santiago augurando el comienzo de una larga noche sin estrellas.

A media mañana pudimos escuchar el último discurso de Allende, nunca olvidaré el impacto de sus últimas palabras: "...Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor...".

Fue un día terrible, difícil de contar, difícil de volver a pasar por el corazón. Como autómatas acomodamos los colchones en las ventanas para prevenirnos de posibles proyectiles que no dejaban de silbarnos en los oídos. Rompimos y quemamos gran parte de papeles, libros, documentos, libretas con nombres y direcciones... Empezamos a prepararnos para "recibir la visita" de los militares, no había otra, pero el tiempo no fue suficiente.

El 12 de setiembre, en la noche, irrumpieron en casa.

Eran muchos, armados a guerra, sus rostros reflejaban horror, odio, miedo. Recuerdo sus olores ácidos, los gritos sin palabras, salvo la del capitán. Sabíamos que vendrían, pero nunca pensamos que tan luego...

Dos días antes del golpe de Estado, un amigo compatriota, escritor, vino a visitarnos. "Te traigo una primicia", me dijo, era la primera publicación de "Actas tupamaras", que aún no había salido de la imprenta.

Ese 12 de setiembre, antes de quemarlo, decidí leerlo, en eso estaba cuando llegaron los militares. Sin tiempo de pensar en nada, mi reflejo fue sentarme sobre el libro, e intentar deslizarlo bajo el almohadón. Me quedé sentada, tenía miedo y al mismo tiempo sentía una suerte de tranquilidad, había llegado el momento, todo estaba jugado.

Ellos gritaban, insultaban, golpeaban, amenazaban, exigían datos. Yo también gritaba, también los amenazaba con las "autoridades de mi embajada", también "exigía" que revisaran mis documentos, en regla. Siempre sentada. Sabía que en cualquier instante todo podía terminar y no sé cómo ni de dónde fluyó una desconocida capacidad histriónica y actué. La confusión era total, aquello era un caos, rompían todo a culatazos, golpeaban techos y paredes, daban vuelta muebles y robaron las

pocas cosas de valor que encontraron: un anillo, un reloj y tres pulseras, únicos recuerdos de mi madre muerta.

En determinado momento uno de ellos sacó el cajón de un mueble, en el que habían quedado papeles y documentos comprometedores... atiné a gritarle: "No tire eso, son mis apuntes de química". El hombre me miró desconcertado, agarró unas hojas, las ojeó y las tiró al piso... increíblemente ¡eran apuntes de química!

Encontraron otras cosas que fueron suficientes... para echar por tierra todo el esfuerzo por zafar.

No sé cuánto tiempo duró el operativo, recuerdo que de repente cesaron sus gritos, empezaron a salir en silencio… con ellos llevaban a mi compañero.

Quise salir tras ellos, pretendía ir con él, pero en el umbral de la puerta estaba el capitán, apuntándome con su ametralladora, insultándome y exigiendo que le dijera dónde estaban los demás, dónde estaban las armas que no habían encontrado. Repetía que si no hablaba matarían a mi compañero.

El capitán parecía estallar de furia... yo no dejaba de gritar. Se había terminado la actuación, estaba desesperada, agotada y sentía que me iba a matar. En determinado momento, lo miré fijo y le dije: "Ojalá que cuando esto se dé vuelta, no sea tu mujer, tu madre o tu hija la que se encuentre en mi lugar".

Mientras lo decía, no podía creer que lo estaba haciendo. El capitán se puso pálido, no dejó de mirarme a los ojos, bajó el arma y gritó: traigan al boliviano.

Quedamos bajo arresto domiciliario. Afuera se sentían gritos, llantos, disparos. Una vecina, envuelta en una bandera chilena y con una copa en la mano, gritaba: "Viva Chile, maten a esos comunistas".

A nosotros nos dejaron, también a las tres muchachas brasileñas que vivían en el piso de abajo con sus compañeros, ellos no corrieron la misma suerte, hoy se encuentran en las listas de los desaparecidos. El tratamiento para con las mujeres fue distinto, a los hombres los mataban, a las mujeres las sometían a todo tipo de vejámenes, el poder patriarcal se manifestaba en su estado más puro.

A los tres días vinieron a buscarnos, nos llevaron a un cuartel; el mismo capitán que había dirigido el operativo en casa nos volvió a in-

terrogar. Parecía otro, no llevaba la gorra ni empuñaba su arma, ¿se sentiría menos poderoso? Nos devolvió los documentos y dijo: “Tuvieron suerte, pensé que a la señora –ya no era la yegua de mierda– le iba a dar algo, váyanse cuanto antes de este país”.

Bélgica o Belgium o Belgie, el pequeño gran país tan grande como Tacuarembó, fue el tercero en acogerme. Allí conviven tres culturas, lo que explica que existan tres idiomas oficiales: francés, flamenco y alemán. Esta vez mi “batalla” dejó de ser la de conservar mi lengua/identidad/uruguaya, para transformarse en la de aprender otro idioma, otros códigos, otra estructura de pensamiento, otra cultura, ¡ésta sí que era otra!

Los primeros años los viví en Leuven o Louvain, “la veuve”, territorio flamenco, en el que hasta finales de la década del 70, en que estallan severos conflictos entre flamencos y francófonos, se hablaba también francés, idioma que elegí como segunda lengua, a secas.

Fueron años difíciles: soledad, extrañeza, ajenidad y “cucarachez” eran los sentimientos dominantes al principio. Todo significaba un gran esfuerzo, todo, hasta las cosas más triviales de la vida cotidiana. A la situación real de tremendos cambios se le sumaba el pesado equipaje con el que habíamos llegado y que nuestras espaldas veinteañeras no lograban acomodar.

Habíamos vivido demasiadas cosas fuertes en muy poco tiempo, y sin el tiempo de masticarlas, digerirlas, quedarnos con los nutrientes y evacuar los desechos.

Muchos habían quedado por el camino, presos, torturados, muertos, desaparecidos. Yo estaba viva, era una privilegiada. Lo vivido por mí parecía juego de niños al lado de lo que vivieron tantos/as otros/as. Sentía el alivio, la alegría de haber zafado y a la vez me invadían sentimientos de culpa por ello.

Las redes solidarias surgían espontáneamente entre los latinoamericanos, a pesar de las diferencias, las discrepancias, los avatares, que fueron muchos. Nos cuidábamos, acompañábamos y sosteníamos con todo lo que podíamos, aunque no nos conociéramos. Fuimos construyendo vínculos reparadores de tantas pérdidas y sustitutivos de tantas ausencias. Vínculos entrañables, forjados y templados en el fuego de las situaciones límites, las que dejan al desnudo lo mejor y lo peor de cada uno/a. Tal vez por eso sean lazos inquebrantables, poderosos.

Poco a poco fuimos adaptándonos a la nueva realidad, con muchas resistencias, con muchos sentimientos encontrados, pensábamos y discutíamos cada decisión: aprender el idioma, estudiar, integrarnos o no a los belgas.

Vivíamos pendientes de lo que pasaba en nuestros países, de las noticias, cartas y cuanta cosa llegara: un paquete con yerba, una artesanía, un buzo tejido a mano, un casete de música, una receta de pan casero o de ravioles...

Gran parte de la vida giraba en torno a la solidaridad y lucha contra las dictaduras. Reunir información sobre lo que estaba pasando, difundirla, darla a conocer, buscar apoyos de la gente, de los gobiernos, de las organizaciones humanitarias.

Pasábamos mucho tiempo juntos, toda excusa era buena para reunirnos: cumpleaños, recibir a algún compañero/a que venía llegando, ir a visitar a los/as que estaban en otras ciudades, una fecha patria, un nacimiento, un examen salvado o perdido, una guitarreada para levantar los ánimos, una comida típica...

Nos cuestionábamos mucho, todo. Uno de los temas recurrentes era cómo educar a los hijos que iban naciendo o que habían llegado chiquitos, qué trasmitirles, cómo conservar y reproducir nuestras, sus (¿?) identidades...

Cometimos aciertos, también muchos errores con ellos. Pasábamos tratando de inculcarles todo lo nuestro, hablándoles de nuestro país, de nuestras familias, de nuestra historia. Hubo una época en que todos los sábados organizábamos actividades que reforzaran esto, a través de juegos, canciones, bailes típicos, cerámica, artesanías, cocina, pintura, historia, geografía.

Fueron los propios chiquilines los que nos hicieron ver el disparate que estabamos haciendo. Ellos nos ayudaron a mirar de frente la realidad, nos dieron muchas lecciones.

Recuerdo que en una de esas tantas reuniones el hijo de unos compañeros les dijo a sus padres: “Me tienen podrido con el Uruguay, no quiero que me hablen más del Uruguay”, tenía seis años.

Nos costó lágrimas, sudor y sangre asumir que si bien parte de sus historias tenía que ver con las nuestras, la de ellos era otra, distinta. Nuestros miedos, sufrimientos, esperanzas, proyectos, amores y odios los depositábamos en ellos sin darnos cuenta.

En 1978, luego de muchos avatares y tenacidad, nació Pablo Rodrigo. Rotunda alegría, ¡la primera en muchos años! Fue en julio, pude elegir el día de la cesárea: no había cómo perderse, el 18. Nació en tierra flamenca, recibió sangre flamenca, la primera lengua escuchada por él fue el flamenco...

Poco después volví a retomar mis actividades: la universidad, las changas de trabajo, la participación social. Pablo Rodrigo empezó a ir a una sala cuna. La vida cotidiana transcurría sin mayores sobresaltos.

Una noche cenábamos con un amigo flamenco, solidario y comprometido con la causa de los latinoamericanos, al punto de haber aprendido perfectamente el español. Pablo marcaba presencia emitiendo graciosos sonidos guturales, típicos de todo niño de un año y medio. Nuestro amigo interrumpió la conversación para preguntarme por qué no respondía al pedido de Pablo. ¿Responder a qué? ¿No se trataba de balbuceos? No, había empezado a decir sus primeras palabras en flamenco. No nos habíamos dado cuenta. Fue un shock, sentí algo así como que lo perderíamos, que se lo tragaría este otro mundo, que se abría un abismo entre nosotros y él.

Decidimos mudarnos a territorio francófono y enviar a Pablo a una guardería de habla francesa, lengua que sí dominábamos. Qué alivio, pronto empezó a hablar en español y francés.

En 1980 nació Martín, mismos avatares, misma tenacidad, otra rotunda alegría.

Lo diferente fue que su segunda –¿o primera?– lengua fue el francés.

También lo diferente fue que él se negaba a hablar en español, aunque lo entendía perfectamente. Decidí insistir en que lo aprendiera, era parte de su (¿su?) identidad cultural. Cada vez que él decía algo en francés, yo traducía: “En español se dice así, Martín”. Tanto insistí en cómo era en español que terminó por hablarlo, pero interponiendo entre cada palabra que decía, “pañol”, como una especie de jeringoso: “Mamá pañol, vení pañol, conmigo pañol”.

Otro shock. El profundo deseo de que mis hijos fueran tan uruguayos como yo, cimentaba mi resistencia a asumir que no lo eran, que solamente algún día podrían elegir serlo... En aquel momento, esa realidad la vivía como otra batalla perdida, otro triunfo de la dictadura. De alguna manera fue así.

Las identidades no son una entelequia, son en gran medida cosas concretas y tangibles a través de las cuales nos reconocen y nos reconocemos... Nosotros las teníamos, ¿pero nuestros hijos? Las dictaduras uruguaya y boliviana les negaron, para empezar, su derecho a la nacionalidad. Los belgas sólo reconocían como tales a los hijos de padre belga. Fueron entonces, apátridas.

Recuerdo un día que íbamos en un ómnibus con Pablo y Martín, detrás nuestro iba un hombre mayor que se puso a conversar con ellos. Luego de pocas palabras de intercambio, les preguntó: "¿Son argentinos?". "No" –respondieron. "¿De dónde son?" Martín me miró desconcertado sin saber qué decir: "¿De dónde somos, mamá?".

Muchas veces les expliqué la historia de su nacionalidad, no era sencillo.

Durante años, cuando alguien les preguntaba su nacionalidad respondían: "Belgas de nacimiento, uruguayos por madre, bolivianos por padre e italianos por abuelo".

También durante años hablaron conmigo y los uruguayos en uruguayo, con su padre y los bolivianos en boliviano y, mientras vivimos en Bélgica, con los belgas en francés.

Pasaron los años, cayó la dictadura, podía y elegía volver.

El regreso fue tantas veces soñado, preparado, sentido... tan cercano y lejano a la vez. Nunca lo había imaginado como algo difícil, mucho menos pensé que me dolería partir, que echaría tanto de menos lo que casi a pesar mío y sin darme cuenta había construido: parte de mi vida, de mi identidad, de mis afectos.

Habían pasado demasiados años para una vida aún tan corta. Cuando me fui era una adolescente, cuando volví una mujer, profesional, con dos hijos, separada. Había cambiado, pensaba y veía la realidad de otra manera. El país también era otro, todo y todos/as habíamos cambiado, más allá de algunas fijaciones en el tiempo.

El reencuentro fue intenso, eso sí, como lo había imaginado. Muchos abrazos, muchas lágrimas, risas... pocas palabras.

Después volví a sentir la sensación de extrañeza, de ajenidad. Me sentía extranjera en mi propia tierra, uno de los sentimientos más absurdos y dolorosos. Hablábamos la misma lengua, pero distintos idiomas, mirábamos al mismo país pero lo veíamos diferente... Buscába-

mos las piezas de un rompecabezas desarmado a prepo muchos años atrás, nos faltaron algunas, otras no encajaron.

La dictadura había terminado, sus secuelas recién empezaban.

Las heridas habían sido demasiadas a todo nivel para todos. Los encuentros y desencuentros nos siguieron lastimando. Fue una etapa tremenda, cargada de contradicciones, desconfianza y recelos. Cada uno/a traía experiencias distintas, lo que llevó años poder, de alguna manera, conjugar, potenciar y capitalizar.

Cada día vivido dejó su impronta: en la memoria, en el alma, en la retina, en el cuerpo.

De alguna manera nos fuimos transformando en ciudadanos del mundo, siempre tan ancho, quizás un poco menos ajeno.

Hoy seguimos peleándole a la vida, no dejamos de crecer.

Pablo tiene 22 años, vive conmigo y mi compañero. ¡Dicen sus amigos que es el más uruguayo de la barra!

No aprendió el himno nacional ni el himno "A mi bandera". Sí descubrió universos, conjugó amores, logró armar su propio rompecabezas. Encontró su lugar en el mundo, por el que pelea y al que defiende a brazo partido: hoy, su Uruguay.

Martín tiene 20, hace cuatro años vive en Bolivia. Burlamos la distancia con aviones y gracias a la maravillosa tecnología: chateos y e-mails.

Sus sentimientos y vivencias se parecen mucho a los que por otras razones, circunstancias y opciones supe sentir:

"Hoy me despido con lágrimas. En realidad, me despiden con lágrimas… 'La ciudad te llora…' me dijo mi madre cuando íbamos para el aeropuerto rebuscando calles que me llevasen a otros destinos, a otro mundo, a otro país. Pienso que sí, que la ciudad llora, pero me pregunto si será por mí o por el simple hecho –entendible– de que le duele el cuerpo y el alma. De alegría no es... eso lo sé, lo sé porque el color es gris y las gotas caen sin consuelo. Lo sé porque las cosas del país no están como para reír."

"…Desde que lo dejé me encuentro con él dos veces por año. Bendito país; y ojo que lo de bendito no lo digo con un doble sentido, sino por el contrario, lo digo con el cariño y respeto que se merece. Todos miran a mi país como un paisito. Pero mi país es grande y es inmensamente grande por todo lo que tiene, y lo que tiene es: mi gente.

Tal vez no quiere que me vaya. Tal vez éste sea mi lugar. Tal vez por eso llueve y tal vez por eso las calles inundadas no permiten mi llegada al aeropuerto. Pero al final llegué. Bendito país."

"... Cada vez que me toca retornar a alguno de mis países me invade el miedo de no saber con quién me voy a encontrar. Más viejos, más altos, pelos distintos, cambios de voz, olores... carácter, sueños, humor, dolores, tristezas, alegrías, angustias... parejas, peleas, soledades. Cada vez que me toca el retorno, revivo anécdotas y me encuentro con historias; y miro, imagino y siento lo que ellos sintieron..."

A todo esto, mi lengua/identidad/uruguaya fue y vino conmigo a todas partes, sin duda mejorada con otros acentos y también silencios.

Hay palabras que en el transcurso de esos y de estos años empezaron a pronunciarse igual. Igual de fuerte, igual de claras, igual de intensas: en uruguayo, en chileno, en boliviano, en argentino, en francés, en flamenco: son las que nombran los valores rescatados; las que califican lo más entrañable que tiene la vida. Pablo y Martín las hicieron suyas, además las enriquecieron con su música.

Me olvidaba mencionar que hace tres años, Diego, el hijo de mi compañero, me trajo de regalo un perro... "Casualmente" es un pastor belga. Entre todos decidimos llamarlo Inti.

Laura*

---

* Laura/Paloma Raggio Odizzio, amiga/hermana presente siempre, viva en la memoria. Fue asesinada en Montevideo por militares uruguayos en abril de 1974. Tenía 19 años.

Mi exilio

En noviembre de 1972 el Ejército uruguayo lleva preso a mi padre. Yo, con cuatro años, no me daba cuenta de lo que pasaba, sabía que papá no estaba y que mamá podía "no estar" en cualquier momento, porque ella misma nos lo decía a mis hermanos y a mí. Mi padre estuvo detenido 45 días y lo que más recuerdo de esa época es su vuelta a casa. Me acuerdo que lo vi lastimado, con las manos cortadas y la cara lastimada y le pregunté por qué estaba así, él me miró y no me pudo contestar nada. Mamá me dijo: "Papá se cayó", y a él se le llenaron los ojos de lágrimas.

La salida de Uruguay fue en 1975. Después de estar preso papá perdió el trabajo en Secundaria como profesor de historia. Después se dedicó al campo pero no le fue bien. En febrero de 1975 nos fuimos a Buenos Aires. Mi reacción inmediata a Buenos Aires fue de deslumbramiento. Estaba encantada con el hecho de que teníamos auto y teléfono en casa. Pero allí empezó el miedo familiar. Papá y mamá nos decían que no podíamos contarle a nadie que papá había estado preso, no podíamos repetir afuera las cosas que se decían en casa. A su vez, cada uno en la familia se metió en su propio exilio y en su propia cueva. Me acuerdo que mis padres trabajaban mucho y estaban poco en casa. Mis hermanos y yo pasábamos mucho tiempo juntos. En esa época yo no tenía conciencia de ser exiliada política y fui adaptándome sin conflictos de identidad a Buenos Aires. A los pocos años me creía una porteña más.

A los cinco años de estar en Argentina, mis padres decidieron emprender otro exilio y nos fuimos a Los Angeles, California. Acá la historia fue diferente. Yo tenía 12 años y empezaba a salir con mis amigas de la escuela. El shock cultural fue drástico y eso hizo que cada miembro familiar se aislara más en su cueva interna. Mis padres, principalmente mi padre, nos exigió una resistencia cultural a los Estados Unidos: no podíamos hablar inglés en casa, ni afuera de casa entre los miembros familiares, no podíamos estar de acuerdo con nada que fuera gringo, ni

hacernos amigos de gringos porque eran todos ignorantes e imperialistas. No podíamos escuchar música en inglés, lo único que era aceptado por mis padres era la música latina (podía ser folclore de protesta o música tropical). Tenía una nostalgia aprendida (no era necesariamente mía) por el Río de la Plata e incluso me empecé a identificar más con Uruguay que con Argentina porque mis padres hablaban más de Uruguay.

En esa época empecé a tener conciencia de lo que nos había pasado. Creo que en muchos momentos culpé a mi padre porque "por su culpa" me habían arrancado de mis raíces. Tenía unos deseos enormes de vivir en Argentina o en Uruguay, eso duró hasta mis 28 años. No quería estar en Estados Unidos, en esa época nunca tuve amigos norteamericanos. Nunca en mis 33 años tuve un novio gringo. La época escolar fue muy difícil, no me adaptaba con nadie, no quería estar ahí y me convertí en un outcast total. A pesar de que el inglés lo aprendí rápido y sin acento, durante los recreos me escondía para que la gente no viniera a hablar conmigo. Me sentaba lejos de donde estaban los demás niños, porque tenía miedo de que me vieran sola y no quería figurar en ningún ambiente, igual en la secundaria.

Mi primer viaje a Uruguay fue en 1988, no fui a Buenos Aires, no quería ir. En Uruguay mis primos me recibieron muy bien y pasé un verano espectacular. Me enamoré de la gente, del país. Recuerdo que durante los primeros años en Estados Unidos (no pudimos salir por ocho años porque éramos ilegales) soñaba que iba a una tienda o a un supermercado y hablaba en español y pensaba: "Al fin estoy en Uruguay y no tengo que hablar inglés". Cuando despertaba me sentía triste, decepcionada y pensaba que tal vez nunca más podría hablar español (a lo rioplatense) en una tienda. Tampoco me identificaba mucho con otros grupos latinos de Los Angeles, como los chicanos u otros latinoamericanos. Pensaba que Uruguay era particularmente diferente, mejor, más mío. No cabía la posibilidad de adaptarme a otro sistema. Esto duró muchísimos años, fue muy difícil vivir de esa forma, no existía espacio para mí en Estados Unidos, no lo creía ni lo quería. Tenía miedo de convertirme en una gringa más, tenía miedo de nunca volver a vivir en Uruguay o Argentina. En 1992, finalmente, volví a Buenos Aires. Volví al departamento donde viví mis cinco años de exilio en esa

ciudad y no pude creer lo negro que me pareció todo. No sentía ningún cariño por el barrio ni por el departamento. Quise irme enseguida porque me sentía alejada y extraña en ese entorno.

La paz interior y el balance cultural lo encontré después de tres años de una terapia intensa en la cual trabajé mi rechazo por la cultura gringa y me desprendí de una necesidad ajena de pertenecer a Uruguay y Argentina. Ahí me di cuenta que después de 18 años de vivir en Estados Unidos yo era en gran parte gringa. Finalmente pude conectarme con ese lado mío que se identifica con la celebración del Día de Acción de Gracias, los veranos en junio y empecé a disfrutar de hablar inglés y quise aprender más sobre esa cultura, a leer en inglés y a ser parte de un país que me pertenece mucho más que aquel donde nací o donde viví cinco años de mi vida infantil. Me hice amigos gringos y ahora creo que tengo un 50 por ciento de amigos gringos y un 50 por ciento de amigos latinos. Me casé con un peruano porque mi formación de base me hace identificarme más íntimamente con "lo latino" ya no "lo uruguayo o argentino". Mi idioma natal y de crianza es el español, por eso mis poemas los escribo en español y no en inglés. Mi comunicación es mucho más fluida y rica en español que en inglés. Pero éste cada vez más se convierte en una gran parte mía.

Muchas veces me pregunté cómo hubiera sido mi vida si no hubiera emigrado de Uruguay o incluso de Argentina. Fantaseé mucho con la idea, quería tener recuerdos de la adolescencia allá y no acá. Muchos años viví dentro de la fantasía de que no vivía en Estados Unidos, sino en Uruguay, quería caminar por 18 de Julio mientras caminaba por Wilshire Boulevard. Quería manejar hasta Cabo Polonio mientras manejaba por la 405 hacia la Universidad de California en Westwood. Quería comer un chivito al plato en La Pasiva mientras comía una veggie burger en North Campus (UCLA). Un viaje que hice a Uruguay en 1997 fue muy importante para resolver mi fantasía. Fui a entrevistar a ex presas políticas. Ahí me di cuenta que lo que había pasado durante la dictadura militar en los años 70 y 80 no era directamente mi historia. Era la historia de mis padres. Mi historia de adulta empezaba en los 90, y en esos cálidos encuentros con las compañeras me di cuenta de que ellas hablaban de una época que yo no conocía y que nunca había conocido. Nunca sentí el terror de mis padres por la dictadura, ni la cárcel

de mi padre en carne propia; aunque tuvo sus secuelas en mí, nunca fue mi historia. Las ex presas, sin saberlo, me enseñaron que los 90 eran otra época y que, así como ellas habían vivido sus historias de militancia política, habían sufrido la cárcel, la tortura, el exilio y luego se habían adaptado a un nuevo mundo y a nuevos códigos políticos y sociales, yo más que nadie tenía el deber de hacerlo porque pertenezco a esta última etapa del mundo y allí, hace cuatro años (la edad que tenía cuando mi padre fue preso), empezó mi verdadera historia.

Sigo siendo una persona de izquierda porque me identifico con la justicia y con la igualdad –a pesar de que estoy convencida de que la especie humana no es capaz de tal cosa en términos globales– y rechazo el capitalismo salvaje. Contradictoriamente, vivo en Nueva York, y soy, en gran forma, parte de este sistema, me identifico con él en muchos sentidos. Tengo claro que mi lucha está en este país y no en Uruguay o Argentina. Y mi lucha, sobre todo, empezó conmigo misma en la búsqueda de mi lugar en el mundo sin sentir que "traicionaba" a nadie. Y es en esta nueva lucha que ahora puedo sentirme en paz por haber encontrado un espacio balanceado que me permite vivir mi propia realidad.

Catuta

NO SE ME OCURRIÓ PREGUNTARTE SI QUERÍAS VOLVER

Ni se me pasó por la cabeza. Es que cuando nos fuimos, yo te prometí –me prometí– que volverías. Eras un montoncito de trapo, un rebozo sobre otro... tan chiquitita, dos quilos apenas... y sin embargo eras tan poderosa: el centro, el núcleo de la fuerza que nos sostenía a tu papá y a mí.

Por eso, mientras subía la escalerilla del avión te iba dando cuentas: " ... no te preocupes, ya vas a ver, vamos a volver. No nos pueden ganar, no se van a salir con la suya". Es que ya llevaban mucho tiempo saliéndose con la suya.

Desde aquella noche que Tata entró a mi cuarto hablando bajito, como para que no le salieran esas palabras, que vaya a saber durante cuánto tiempo había tenido miedo de decir: "Hay unos hombres en la puerta. Son de la Jefatura y preguntan por vos".

Y a mí se me secó la garganta y la lengua se me pegó a la boca. Y ahí me di cuenta de que el miedo es algo físico, que el pecho duele y te pesa como si alguien se te hubiera sentado arriba, que se hace difícil respirar. Mi papá dijo: "Yo la acompaño". Y lo debe haber dicho con tanta convicción que subió a la camioneta conmigo. Claro que cuando llegamos a la puerta del garaje de la calle San José le dijeron que se bajara, que hasta ahí nomás. En realidad era un alivio que se quedara en aquel otro mundo que se me acababa, el mundo tibio y seguro donde cada cosa estaba en su lugar. En la oscuridad que venía, él no tenía lugar.

Pero no siempre se salen con la suya, sabés, no todo es oscuro. Hay que ser porfiada y la luz va apareciendo... Qué lindas las compañeras... cuando llegué a Cabildo ya tenía una cucheta esperándome, un poncho hecho con una "morita"* y una tarea para hacer.

---

* Las "moritas" son una frazadas hechas de lana apelmazada, sin trama y urdimbre, que estaban en la cárceles y en los cuarteles. Se les hacía un agujero en el medio y un cuello tejido y se transformaban en el abrigo ideal: frazada en la cama y poncho en el patio.

No sabés cuántas cosas se aprenden trabajando con las manos; se aprende a hablar y a escuchar, a compartir y a construir. Se aprende a hacer "canaletas".* Por eso cuando me fui me regalaron una, para que guardara allí, todo lo que iba a encontrar afuera.

Volver a la otra luz, a la de antes, intuyendo que me iba a sentir un poco ajena, un poco extraña. Pero puse mucho empeño. Lo pusimos lo dos, tu papá y yo. Habíamos estado juntos, aunque estuviéramos separados durante tanto tiempo, y juntos sentimos la misma extrañeza: todo era medido y controlado, todo era disimulo.

Habrá sido la extrañeza que se nos traslucía en la cara lo que hizo que otra vez nos "fueran a buscar". Pero ahora, no era sólo de nuestros miedos de lo que nos teníamos que cuidar, estaba el tuyo. Y tú no podías sufrirlo, tan chiquitita que todavía no habías nacido.

Es así que, de la noche a la mañana, otra vez estábamos "adentro". En un "adentro" que era el umbral del "largo paréntesis del exilio", que hay frases hechas que son muy acertadas. La Embajada de México nos protegió hasta que tú naciste y después nos puso en el avión rumbo a España, con un simple pasaporte en el que decía que se te autorizaba a viajar sólo a ese país y por única vez. Y tú eras apenas una foto chiquitita en el pasaporte, esa era tu única identidad. Y se supone que nos íbamos para vivir en libertad, en paz. Pero nosotros sentíamos que nos echaban, que nos sacaban de en medio y por porfiados no lo podíamos aceptar.

Y los años pasaban, y tú crecías y nacieron tus hermanas. Y tenías amigas y escuela, y una vida que era tuya, y que era nuestra también. Aunque estuviéramos siempre pendientes de lo que estaba pasando aquí. Cada carta amorosa, cada casete con las voces queridas, cada recorte de diario que alguien llevaba, era una mano que nos sujetaba la cara, para que no dejáramos de mirar hacia lo que aquí crecía, a pesar

* "Canaleta" es una palabra con muchos significados. Era el tejido o labor artesanal que se estuviera confeccionando, también era la bolsa, generalmente hecha de arpillera, que cada una de nosotras tenía para guardar su trabajo. Canaleta es una zanja, un rayón ancho y profundo, como las "rayas", los recuerdos y los miedos, las locuras, en fin, con las que cada una de nosotras tenía que convivir. Y en esa bolsita debían ser guardadas, para que no nos pesaran en lo cotidiano, para alivianarnos esa vida que todas sentíamos como transitoria, aunque el tránsito fuera largo e incierto.

de todo. Que crecía sin nosotros, porque sentíamos que no estábamos donde y cuando se nos necesitaba.

Pero cosas para hacer hay en todos lados. En todos lados hay enseñanzas para recibir y experiencias para trasmitir, en todos lados hay pobreza, injusticia y desconcierto, y en todos lados hay gente solidaria y que busca las mismas salidas que nosotros buscábamos. Por eso, a veces siento que debería haber tenido los ojos más abiertos, el espíritu y la mente más dispuestos para haber apreciado en su momento todo lo que se nos brindó en los lugares en que vivimos.

Como todas las cosas, ser porfiada tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Hay que ser porfiado para ser constante y no olvidarse de aquello en lo que uno cree, y buscar la forma de alcanzarlo. Pero hay que ser flexible para vivir plenamente cada día, que eso es en sí una victoria cotidiana. Que no se te escape nada de lo que pasa a tu alrededor, que no dejes de dar nada de todo lo que tenés para dar.

Quizás por esa razón, por ser porfiados de más, es que ni siquiera pensamos en preguntarte si querías volver.

No sé si hubiese podido responder, si esa pregunta hubiese salido de ustedes en ese momento. No entendía por qué querían volver a ese lugar que los hacía llorar, que los había alejado de todo y de todos. Aunque creo que la razón era dejar de ser los extranjeros, dejar de ser los alejados, y para siempre ser los exiliados.

Volver al barrio, a la familia , a los amigos. Los que estaban y a los recuerdos de los que no estaban.

¿Retorno? Y si mi nacionalidad no fue estable desde un principio. Mis padres, como otros muchos, tuvieron que irse y con ellos yo y otros tantos.

En el 86 mi papá volvió al Uruguay para ver si había laburo y llegó muy encachilado; en mi casa todo era alegría, sueños que empezaban a tener forma y, especialmente, esperanza. Yo tenía siete años, mucho no entendía. Mi vida se basaba en el colegio, el ballet y mis amigas, especialmente una, Mariella.

Poco a poco se fueron vendiendo las cosas, la casa estaba quedando vacía hasta que llegó el día. El 17 de enero de 1987 empezaba una nueva etapa: “ El retorno “. Conocer mi paisito, encontrar mi lugar.

Al día siguiente, mejor dicho a la mañana siguiente, pisaba por primera vez suelo uruguayo, llantos, risas, abrazos y besos fue lo primero que recibí de

mucha gente que no conocía. En un principio yo creía que eran vacaciones, que iba a volver al Ecuador; pero no fue así.

Ahora, pensándolo en frío, creo que cuando realmente me sentí uruguaya fue un largo tiempo después, cuando había encontrado mi lugar, cuando conocí qué era el Uruguay. A veces aún me siento rara. No puedo disimularlo, sí, soy exiliada.

Con respecto a lo escrito en el principio no puedo recriminar el hecho que no me hayan preguntado, cumplían una promesa.

Yo creo que la paz que vi en los ojos de mi papá y de mi mamá, esa noche en el avión, me confirmaba que la decisión de volver era también por mí. Creo que dejaron una estabilidad tanto social como económica por darme, y por no parecer tan egoísta, por darnos a mí y a mis hermanas, la posibilidad de volver.

Se los veía felices, fue la primera vez que para mí un aeropuerto no significaba una despedida, sino que esa vez las lágrimas eran de alegría.

Es esto lo que yo veo ahora después de quince años. Y sólo me resta decirles una cosa: Gracias.

Catalina y su mamá

Comienzo a recordar

Comienzo a recordar: era un 7 de enero del año 1975... El día más triste que nos tocó vivir, me llamó a casa un compañero del banco (lugar donde trabajaba mi hija) y me dijo que habían venido a buscar a Graciela. Fue como una puñalada directa al corazón; le hablé a mi esposo a su trabajo y se vino corriendo. A partir de ese momento empecé a averiguar dónde la habían llevado. Nadie sabía decirme y comencé por ir a los cuarteles y uno a uno contestaban que en ese lugar no estaba. Así pasaron cerca de dos meses y un familiar, comentando lo que estábamos pasando a un conocido, a los pocos días nos trajo la noticia que estaba en el Camino Maldonado, quilómetro 14 (Brigada Nº1), porque él tenía a su hija en el mismo y se había enterado que Graciela había venido del cuartel 9º de Caballería.

Así empezó la tortura de los familiares. Fuimos a la primera visita con mucha angustia y al mismo tiempo con alegría como si nos fueran a regalar algo. Cuando llegó el momento de vernos con distancia de dos mesas por medio, las lágrimas y la emoción casi no nos permitían hablar. Rodeados de milicos armados, escuchando todo y ante cualquier cosa que les parecía mal nos amenazaban que la próxima nos dejaban sin la tan ansiada visita, por lo cual nos cuidábamos mucho.

Graciela estaba por cumplir un año de casada el 20 de febrero. Al esposo lo habían trasladado en su trabajo del banco a la ciudad de Artigas, solamente por unas semanas. Después nos enteramos que lo fueron a buscar a Artigas y también lo llevaron a él.

A nosotros, padre, madre y hermano nos permitían visitarla los domingos mientras estuvo en el cuartel. Entrábamos de a uno y unos minutos. Yo podía ver a mi yerno cada quince días en el Penal de Libertad, pero no era así con mi hija, ya que la suegra no la podía visitar.

Demoraron seis meses en procesarlos, después cambiaron el mínimo de la pena y finalmente le dieron cinco años y medio a Graciela y cuatro y medio al esposo.

Cada semana mientras estuvo en el cuartel le llevábamos lo que nos permitían para comer. Casi a los dos años la trasladaron para Punta de Rieles. En ese lugar las visitas eran cada 15 días y había que caminar cerca de dos quilómetros desde donde nos dejaba el ómnibus. Con calor o mal tiempo, no había nada para refugiarse, era el castigo a los familiares luego de pasar esos 15 días pensando siempre si la encontraríamos bien.

A los familiares nos trataban con desprecio y muchas veces la comida y fruta que nos permitían llevar no se la daban, la dejaban al sol y después la tenían que tirar o alguna vez también se la comían los milicos.

Cuando había visita de extranjeros o de integrantes de derechos humanos el comandante Barrabino, que era el encargado de las detenidas en Punta de Rieles, ponía carteles en la pared con el menú que les daban a ellas, que jamás se lo daban. En una oportunidad, unas madres tuvimos que hablar con ese comandante porque llevábamos libros autorizados por ellos pero se los teníamos que entregar a él. En ese momento salía una detenida que había cumplido con su sentencia, pasó al lado de nosotras y le preguntamos si se iba en liberad. Nos contestó que sí y ese comandante aprovechó para comentarnos que si fuera por él “las ametrallaba a todas por el camino”. ¿Qué especie de ser humano es ése? Yo no lo reconozco.

Cuando iba a la cárcel de Libertad a ver a mi yerno nos revisaba una milica llamada Amanda. Era odiada por todos los familiares, no tenía ningún rasgo de humanidad, ni siquiera con personas mayores. Cada vez, a las seis de la mañana tomábamos el ómnibus para llegar a las siete a Libertad.

En la época que íbamos al cuartel, una de las compañeras de mi hija, que estaba embarazada cuando la detuvieron, dio a luz un bebe. Durante los primeros meses le permitieron estar junto a su mamá y como todo recién nacido a veces lloraba. Un milico que pasaba en ese momento dijo: “a este comunista había que matarlo al nacer”. Si con un ser que recién llegaba al mundo tenía estos sentimientos, qué podíamos esperar de su actitud con respecto a nuestros hijos.

Por cualquier problema, por pequeño que fuera, a las detenidas las llevaban al calabozo, aisladas. Las encargadas de trasladarlas eran milicas mujeres. A los hombres detenidos en Libertad, los metían en un pozo para castigarlos.

Cuando íbamos de visita a Punta de Rieles nos dejaban parados en un patio abierto con tremendo frío y así fue como a mi esposo, luego que vino el invierno, de regreso a nuestra casa le dio un infarto con paro cardíaco. Estuvo cinco meses enfermo, sin poder salir a la calle pero gracias a la rapidez con que actué llamando a dos médicos lo sacaron del paso en el primer momento. Después no pudo ir a visitar a la hija por mucho tiempo.

En cuanto a la defensa de los detenidos se elegía si se podía pagar un abogado particular o si no tenía que aceptar un militar, que no hacían nada. A mi yerno le correspondió el coronel Ramírez y a mi hija un tal Barbé, tipo duro e irónico, no era militar, pero no se sabía a quién defendía, si al preso (que es lo que debería) o a los militares. Cuando íbamos a preguntar si tenía alguna novedad nos contestaba que no, sin darnos ninguna esperanza de que le bajaran la condena y además agregaba que estaba todo bien, así no se metían más en problemas. Para este "defensor", el problema no era la dictadura en que estábamos obligados a vivir, sino que los problemas radicaban en quienes la resistían. Muchas veces en ese tiempo tuve que ir a hablar con el coronel Ramírez. Me atendió como un ser humano que quiere a sus semejantes, me inspiró confianza. Fue un largo y triste recorrido, en esos años de tanta amargura para todos los familiares y también para los presos, porque en ese trayecto muchos quedaron en el camino. No sé si los militares de ese tiempo podrán dormir con la conciencia tranquila, allá ellos. Yo nunca me olvidaré.

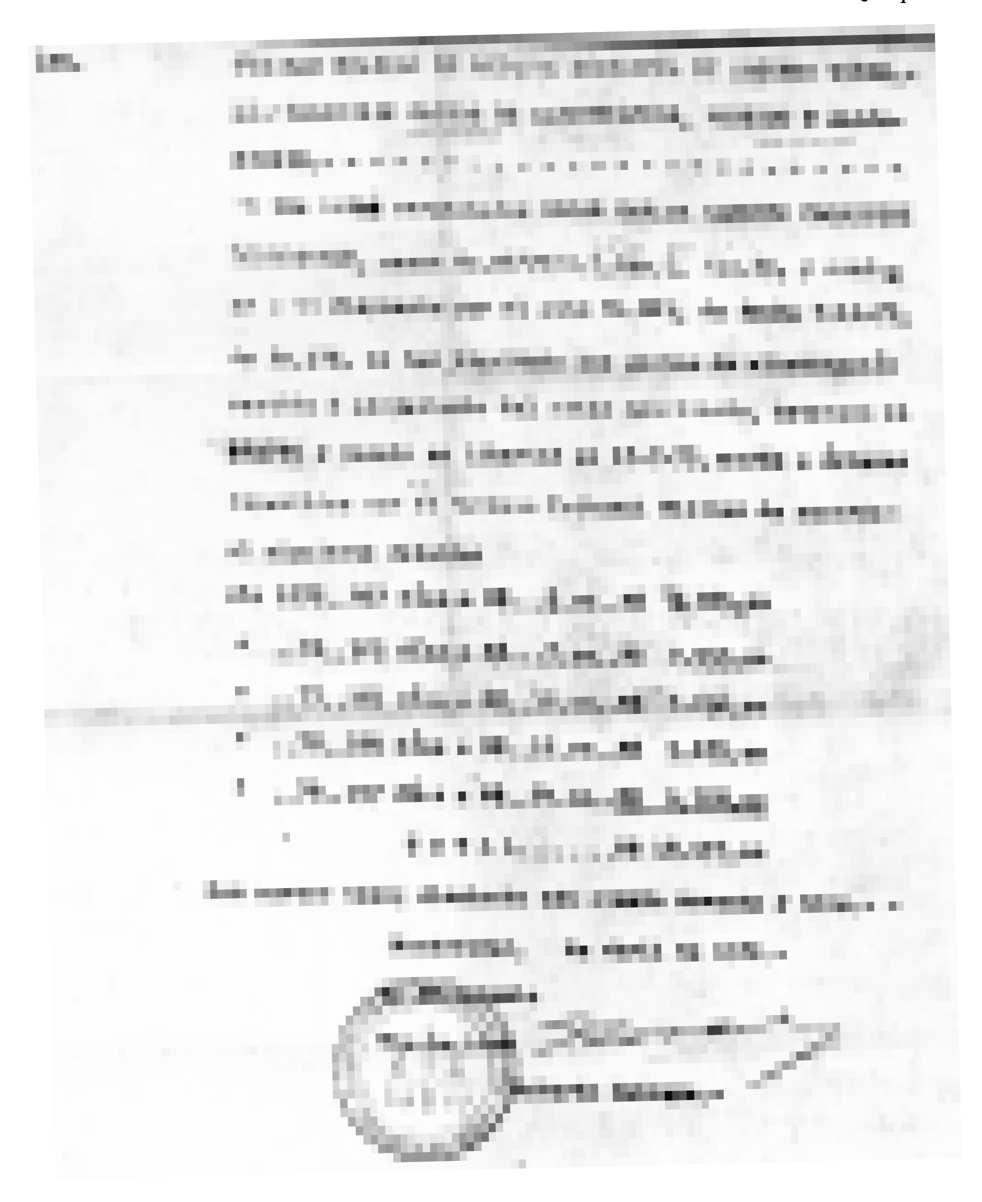
Estas son las memorias de una de las tantas madres, que vivió el "horror" de conocer las atrocidades que cometieron con todos los detenidos y psicológicamente también con los familiares que hoy podemos contar.

No hay lugar para olvido y perdón

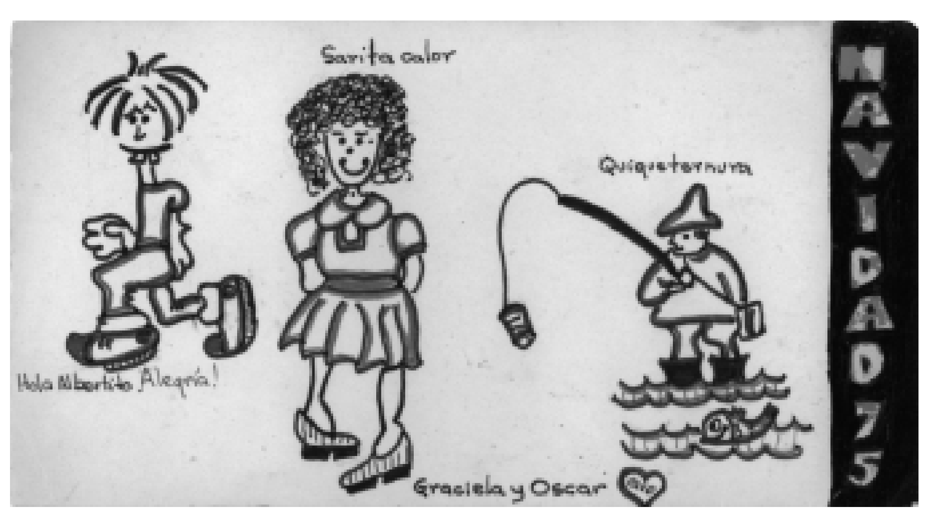
Estoy incluyendo una fotocopia de la soberbia liquidación de gastos de "alimentación, vestido y alojamiento" que les pretendían cobrar a todos los presos y en el caso de no pagarlos quedaban embargados. (En este caso es el de mi yerno.) Es muy suave decir que era el colmo de la dictadura tener que pagar por estar obligados a vivir en ella, en una de las peores condiciones. Quizás sí se puedan llevar el premio a la creatividad diabólica.

Como final quiero ofrecerles una forma de comunicación que eligió mi hija en oportunidad de su primera Navidad lejos de casa, que aunque muy sencilla nos llegaba hondo, nos traía un poco de su aire y en definitiva un poco de fuerza del que la está peleando con mucha riqueza de afectos adentro, que nos acercaba, nos unía.

Quique




Solo para gente linda
NAVIDAD 75


Sarita calor
Quiquiternura
NAVIDAD 75
Graciela y Oscar

Del penal adentro
(Fragmento)

Enciclopedia de Punta de Rieles en 85 tomos - tomo 3
Visita de niños

1976 – El patio de recreo

El espacio del recreo se conformaba con sendas partes de dos de las propias paredes de la planta en “Y” del penal, abiertas en un ángulo de unos 130 grados, justo allí donde en el edificio original era la escalinata de entrada al seminario y su capilla, y se cerraba por los otros lados por un tejido de malla ortogonal y un negro portón de hierro, a cuyo lado había una piedra inmensa.

Del otro lado del tejido, en el campo extenso donde estaban las torres de vigilancia y otros alambrados, un camino llegaba hasta el portón y por él llegaban los niños a la visita, una vez hechas las consabidas constataciones y requisas para autorizar su ingreso.

Por ahí mismo, serpenteando, llegaban los llantos de quienes no eran autorizados a ingresar y de quienes lo estaban logrando tardíamente luego de un fuerte temor de no poder hacerlo, agravado por el sentimiento de culpa que la guardia les generaba haciéndolos sentir responsables de la situación.

Llantos de gritos y ahogos, de bocas totalmente abiertas, de caras empapadas y cuerpos fríos y temblorosos.

En el rellano superior de la breve escalera de ingreso, parado, el oficial con sombrero concebido para mirar de arriba hacia abajo, podía anunciar que en acto magnánimo iba a permitir la entrada de algún pequeño de tres o cuatro años dejando, “por esta vez”, de lado que había olvidado traer sus documentos, o “pese a que” se había opuesto a que le sacaran la ropa para revisarlo.

Las madres y hermanas abajo, en el patio, peinados nuestros cortos cabellos con tanto esmero como para una fiesta, con uniforme gris y con perfume, con ancho pantalón de brin y medias cuidadosamente seleccionadas asomando, inmersas en la informe casaca numerada pero calculado igualmente el color del buzo que se mostraba por la V del

escote, teníamos siempre el cartel identificatorio babeado y desgarrado por furiosos mordiscones.

Un dedito orgulloso dibujaba en el pedregullo de la pequeña senda perimetral su recién adquirido conocimiento sobre conjuntos.

Un puño cerrado mostraba triunfante al abrirse el pequeño auto azul que había logrado burlar la requisa de la entrada.

Un caracol llegado en un paquete con la fruta, se convertía para ellos en un regalo que luego iría a vivir, sagrado trofeo, en la maceta del gomero de la abuela.

En las conversaciones con ellos mostrábamos que las torres tenían caños de metralla, tratábamos de explicarlo todo, porque pensábamos que les era importante saber que el estar en el penal no era una opción nuestra, porque estábamos convencidas de que solo la verdad hacia ellos nos permitiría seguir siendo nosotras, nosotras y ellos, nosotras con ellos y a ellos; ellos en definitiva.

Sentados a horcajadas sobre las caderas de la madre, cara frente a cara y con la madre caminando, se decían frases complejas aprendidas de memoria: “Dice papá que fue al juzgado pero que a él no lo incumbe”, seguida por : “Mamá ¿qué cosa es incumbe?”.

Ante las reiteradas explicaciones que buscaban hacer comprender lo que sí había sido nuestra opción, podían oírse respuestas sin respuestas: “Y a mí qué me importan los nenes pobres”.

Enojadas con las expresiones represivas de la dictadura, infinitamente solidarias con nosotras y con ellas mismas, en definitiva, paradas sobre uno de los dos bancos de plaza existentes en el lugar, estas pequeñas personas serias lanzaban, susurrantes, planes de fuga,* lucha y venganza, como grandes desafíos.

El árido rectángulo de la cancha de vóleibol, la senda entre la cancha y los muros y la cancha y el alambrado, la escalinata y las altas ventanas, el alambrado, el portón, las piletas de lavar ropa, una piedra grande, dos bancos, nada más.

---

* Plan de fuga versión Silvia: “Mamá yo te traigo un palo y vos salís de noche, y entonces, como vos también tenés palo, te vas para casa y te metés debajo de mi cama” . Versión Juancho: “Yo vengo por el camino de acá atrás en bicicleta, vos corrés y te trepás, y yo te llevo”.

1979 – La pradera grande

(“Dicen que viene la Cruz Roja, dicen que este año entra”, anunciaron los hijos.)

Un lago, patos, carpinchos, una nutria, ciervos, los chivos, el Ji Jaus la mula amiga, las llamas que se comieron la media de Francesca y la vomitaron entre espuma verde, las víboras.

Decían que Barrabino –director del penal entonces– era amigo del dueño de un circo brasilero que sería el que le habría regalado varios de estos animales, y también ese látigo tan largo y con punta metálica con el que, montado en su caballo y lanzando un grito, acertaba el golpe en el piso justo al lado del pie de alguna de nosotras durante la realización de trabajos en la quinta.

Los ciervos machos con sus astas.

Los chivos con sus cuernos.

Los carpinchos con su suciedad y su mole.

Hamacas, subibajas.

Nuestra duda de si esto era imagen o dispersión organizada, o ambas cosas a la vez.

La sanción colectiva porque Lorena se atrevió a caerse justo en medio del solemne toque de bandera y la atendimos.

De lejos, desde “la barrera”, lugar donde se presentaban los documentos y se efectuaban las requisas previas a toda visita y donde esperaban los familiares adultos a los niños, no se llegaba a percibir que las soldados perseguían cada diálogo, ni que insultaban, destrataban, amenazaban.

“La barrera” al alcance de los ojos, del gesto y del grito, cuando estaba en etapas incipientes nuestra posterior concepción de no autorreprimirnos, daba en resultante saludos apenas esbozados.

El terror cebándose en los hijos, que no pueden entender de lógicas de omnipotencia y arbitrariedad, y peleándose en el pecho nuestro.

1983 – La pradera chica

Pequeño jardín ondulado, estrechos senderos con flores a los lados, el lago de orillas curvilíneas y precisas con grandes peces rojos y una rana inmensa.

Espacio cuidadosamente proyectado que no permitía eludir la vigilancia de las soldados, permanentes invasoras de los espacios personales.

Expresión culta, amanerada y for export de escenografía para el marketing internacional, complementaria de la TV color y del "trabajo recreativo", tan obligatorio como aquélla y tan improductivo como el que tanto antes denunciara Dostoyevsky como medio de búsqueda de la destrucción psicológica.

Complementaria, también, de la puesta en venta de la imagen del penal como marco administrativo que nos llevó como comparsas a su representación de cambio de encargado de reclusas con oficiales de traje y corbata, con apretón de manos y un "suerte, Emilio" en final de obra.

Las necesidades de una dictadura agónica.

Esa era también la época de "sacadas" a cuarteles en régimen de total incomunicación, en los mismos estertores que mataron a Roslik.

El fascismo uniendo, por definición, terror y demagogia.

Los hijos tal vez no supieran aún qué cosa quería decir incumbencia, pero sabían ya susurrar, rápido y mientras hablaban de los deberes de la escuela, que "dicen los tíos que hay que votar en blanco". Claves de enigmas que trataríamos de descifrar en las "ratonas",* resultantes de razonamientos en que desconocíamos la mayoría de los datos del problema y los intentaríamos deducir a partir del resultado… con confianza en las coherencias de lógicas de dentro y fuera.

Ya muchos tenían en el entorno de los 10 y 11 años y hablaban de la solidaridad internacional, intercambiaban experiencias con los que llegaban del exterior en una breve visita, debatían de igual a igual propuestas de irse con un familiar que estaba en el exilio, hacían sus opciones según sus arraigos, juzgaban duramente todo lo que de alguna manera no estuviera de nuestro lado en forma incondicional, se sentían en obligación de protegernos.

De la pradera chica a la entrada de adultos a la visita no había demasiada distancia. Y ya los gritos surgían claros y decididos de nuestras bocas, ya nuestro canto vibraba en las ventanas tras los opacos acrílicos blancos, ya la verdad ignoraba la amenaza –y no por ausencia de mie-

---

* Ratona. Durante los últimos años; cajón puesto a modo de mesa baja en el espacio inter cucheta dentro de cada celda colectiva en torno al cual nos sentábamos sobre almohadones, tronquitos o pequeños bancos y manualidades en mano los miércoles de mañana, para tratar de conformar nuestro propio "esquema conceptual referencial y operativo" de respuesta a los permanentes planteos que explícita o implícitamente nos hacía la dictadura. Por extensión, "ratona" nominaba a las propias reuniones.

do– sino por convicción de que ejercer nuestra libertad sin autorreprimirnos era nuestra mejor defensa ante los planes de desestructuración psíquica a los que estábamos enfrentadas.

En el otro extremo de la familia, los padres con hijas sancionadas en calabozo se acercaban a la barrera en los días y horas de visitas de niños sólo para oírnos. Porque sabían que sabíamos, fruto de noches de vigilia empecinada, de frío atrás de alguno de los "vichaderos", sus márgenes de vida: si el calabozo era más o menos duro, si había recreos, si podía lavarse la ropa, si podía cambiarse, cuántas veces iba al baño, si podía bañarse, si debía estar pasando demasiado frío, si le tiraban agua por la banderola, si la guardia nocturna hacía ruidos con sus toletes contra las rejas y desparramaba insultos y amenazas, o dejaba dormir.

Si realmente estaba allí, necesaria definición primera: de la vida, tantas cosas.

Enciclopedia de Punta de Rieles en 85 tomos - Tomo 4

Operación Shangrilá

Al sector D llegaron tres de las víctimas de la provocación.

De noche, con nuestras celdas ya cerradas.

Mientras esperaban que les abriesen para entrar, lloraban mirándose paradas ante las respectivas rejas.

Y ya adentro, callándose en uso de su propio derecho, no contaban.

Luego empezamos a saber:

Sara tenía un hijo, María Inés tenía tres, Asilú no los tenía.

Con la primera visita supimos más.

Los padres de Sara no tenían a Simón (que fue cuando supieron los abuelos que Sara no lo tenía).

El abuelo viajó muchas veces. Esperanzado. Amenazado. Cercado.

Los caminos vacíos.

Sara contaba que el padre de Simón un día, de vuelta a la casa, le había comprado una gorra que le quedaba grande.

El abuelo seguía buscando...

Esa no era época de entrada de extranjeros al penal, eran los años más negros.

Pero vino el embajador inglés, recorriendo con Barrabino, con Echeverría, la comandancia en pleno entre gritos de: "¡Atención!".

En medio del silencio total y la quietud nuestra, se oía clara la voz del comandante describiendo nuestros “crímenes”.

Imprevistamente, de entre las cuchetas, se adelantó Sara con su figura pequeña frente al alto embajador, al corpulento comandante, al joven teniente torturador.

Habló sobre el rapto de Simón con voz fuerte y serena, con frases precisas de denuncia, al embajador de su majestad británica.

Creo que era aún en 1976. Simón tendría ocho o nueve meses.

La otra niñez desaparecida

Karina, con sus cinco años, no tenía claro qué era eso de que su padre estaba desaparecido. Una idea demasiado abstracta e imprecisa.

Su madre también había “desaparecido” por más de un año, hasta que apareció presa en Fusileros.

En cambio Gabriel, adolescente, solo y a escondidas de sus familiares, fue por las calles y las casas preguntando:

—¿Lo vieron? ¿Cuándo lo vieron? ¿Cómo lo vieron? ¿Qué día? ¿Usted vio? ¿Quién lo vio? ¿Vieron cuando lo llevaban arrastrando? ¿Cuántos eran? ¿A qué hora? ¿Cuántos autos? –buscando rastros…

Victoria casi no había conocido a su padre. Cuando él desapareció ella tenía un año.

Alejo y Fernanda sabían que los salvó de desaparecer su madre en el momento en que la desaparecían, entregándolos a una vecina que encontró el camino de los abuelos.

Marquitos visitaba a la tía buscando la imagen de la madre propia.

Niños buscando padres en las visitas de niños del penal...

Así se criaron y crecieron todos. Estos y los otros, los que iban de Punta de Rieles a Libertad y de Libertad a Punta de Rieles, indagando entre incertidumbres tras padres presentes pero difíciles de hallar.

Cuentan mis hijas que en el primer día de estar de nuevo juntas, para medirme, me pidieron un chicle, el que yo también midiéndolas recuerdo que negué, y que por días se escondían en el baño a comentar qué les iba pareciendo esta madre.

De Adentro

El sótano

Nos vinieron a buscar “ellos”, una madrugada de setiembre de 1976. Nos llevaron al “Infierno”, o sea el “300 Carlos”. Ahí pasamos unos días brutales como tantas compañeras y compañeros.

Les cuento: cuando una cae con la hija, se sufre más por la hija que por una misma.

Después fuimos al cuartel y ahí estábamos en el “sótano”. Había también compañeros, de noche hacíamos nuestras necesidades en un tacho.

Un día pedí y me sacaron afuera y cuando volví me empujaron escaleras abajo, para no caerme levanté la venda, fue terrible el cuadro que vi.

Pasaron muchos años, creo que nunca lo olvidaré. Lo que vi lo tengo grabado en mi mente a fuego: cuatro figuras acurrucadas, desarticuladas, oscuras, casi como muertas, todas junto a una pared gris casi negra. Un frío helado me golpeó el pecho, me paralicé y otro empujón: “Bajá perra” –me grita el guardia. Y ahí, entre esas personas estaba mi hija.

Había un compañero a mi lado, se llamaba Alcides, él me dijo su nombre despacito, pues no nos podíamos hablar, estábamos todos incomunicados.

Alcides siempre se comía mi comida porque yo no podía. Una noche sentí que mi hija cantaba muy despacito “Palabras para Julia”. Lloré mucho en ese sótano. Casi nunca dormía, algunas veces sacaban a un compañero afuera para golpearlo y después lo tiraban de vuelta casi sin sentido.

Bueno, casi un mes después nos llevaron al “14”, a mí a calabozo, a mi hija a un pasillo, yo siempre encapuchada, un día vi por un agujero a una compañera, dentro del calabozo yo estaba sin la capucha. Vi a esa compañera, estaba barriendo pero con venda, me fijé bien en su perfil para no olvidarla.

Después de unos días nos pasaron a enfermería, que era ahí mismo en el 14, nos levantantaron la incomunicación, lo primero que vi fue a

mi hija, ella no me reconoció. ¡Cómo estaría yo! Después vi a la compañera que vi por el agujero de mi calabozo.

Entramos a charlar, a preguntarnos cosas, nos preguntó dónde habíamos estado y le contamos lo del sótano y de los compañeros que allí había. Yo le dije que había uno que se llamaba Alcides, ¡el grito que dio la compañera! Un grito de alegría al saber de Alcides, pues era el compañero de ella. ¡Qué feliz estaba al saberlo vivo y bastante bien! La compañera se llama Beartiz. Vean ustedes que en las cosas malas siempre hay algo bueno.

Después fuimos al Penal de Punta de Rieles cuatro años, se sufre también.

Pero las compañeras son algo sin igual, solidarias, cariñosas y tan queridas, allí había algo que a veces no encontrás afuera, esa comprensión, ese saber que están en el momento que las necesitás, por eso cuando me fui, ¡cómo las extrañé! Me pareció todo tan distinto sin ellas. ¡Te encontrás con un mundo tan hostil afuera! Y pensar que siempre seguirás con ellas en la memoria, te ayudan los recuerdos de las vivencias tan gratas con ellas.

Cuando yo salí estaba más fuerte que nunca, más firme en mis ideas, ideas que nadie podrá quebrar, nunca jamás.

Pase lo que pase, siempre estaré presente en todo.

Las personas en su justa libertad están preparadas para enfrentar el porvenir plenamente y con toda la fuerza.

Nené

LA PALOMA QUE DIBUJABA

Era de tarde y en casa estábamos los cuatro, por eso debe haber sido un domingo, pues papá estaba trabajando en el ómnibus; mamá como siempre estaba cosiendo y mi hermana y yo estábamos preparando trabajos, ella para la facultad, y yo dibujaba una paloma para la clase de dibujo para el liceo. Papá estaba solo en el dormitorio y nosotras tres en el otro cuarto. Hacia frío, mamá y Graciela hablaban y hablaban, mamá trataba de convencerla para que se disculpara con papá. Habían discutido, y ahora que soy madre entiendo cómo nos cuestionan los hijos. Pero entre ellas había preocupación. Graciela a pesar de todo me ayudó en temas de estudios. A la madrugada, me desperté de pronto y sentí a mamá gritar y llamar a papá, diciendo "las Fuerzas Conjuntas". Entraron al dormitorio de nosotras, tres oficiales gritándonos: "¡Vístanse, que nos tienen que acompañar!". Y mi hermana dijo: "¡ A ella no, déjenla, es chica!". Ella me lleva cinco años y siempre me protegió y hoy lo sigue haciendo. Se las llevaron y nos quedamos solos, papá y yo, con la impotencia, con desesperación, con el miedo. Solitos en casa, las perras quedaron ladrando, siempre me pregunté qué raro que no las mataron, porque no paraban de ladrar. Papá trataba de consolarme. Salimos afuera, ya se las habían llevado. Así empezó otro período en nuestra familia, divididos, pero más unidos que siempre.

Papá y yo seguimos adelante, manteniendo nuestra casa. Acostumbrándonos a ir a la visita. Nunca voy a olvidar a mi hermana con aquel uniforme de presa, su cabello castaño claro, cortito, parecía más chiquita. Es que era muy jovencita, casi cuatro años estuvo presa, y siempre mantiene esa fuerza, ese dinamismo. Estuve en total 11 años separada de ella, primero la cárcel, luego el exilio, pero cuando ella o yo nos sentimos mal, nos abrazamos y ese abrazo nos ayuda, nos sentimos hermanas. A mamá la extrañaba mucho, quizás buscaba en una vecina ese cariño de madre que se necesita a los 14 años, pero era muy poquito.

En la visita había que demostrar todo el amor que se podía. Primero fue una visita de contacto directo durante media hora, pero eso fue poco, porque a los dos meses cumplí 15 y pasé a visitas de mayores, primero a través de una reja, después a través de un vidrio, por teléfono.

Papá siempre me dijo y me dice que hay que seguir adelante, adaptarse a todas las situaciones que se nos presentan en la vida. Nosotros lo hicimos a nuestra manera, él trabajando, haciendo un poco de madre, escuchándome, y yo estudiando y aguantando. Pero ellas, cómo me dolía verlas presas.

En las visitas hicimos muchos compañeros, padres, madres, esposos, hijos y hermanos de presas.

Me acuerdo de un muchacho que iba a ver a su hermana, era muy divertido, él silbaba canciones por el camino a la visita, y en el camino estaban las presas trabajando la tierra, las hacían ponerse de espalda para que no nos vieran, pero ellas bien que conocían esos silbidos, y qué alegres se ponían. Lo hacían callar los soldados, pero él al rato seguía.

Tuvimos formas de saludarnos en la distancia, presos y familiares, tocarse el pelo era como decir adiós, como un abrazo, como un beso. Esos besos y abrazos que es tan lindo dárselos cuando uno puede.

Pero, como todo pasa...

Primero llegó a casa mi hermana, linda, joven, sufrida, pero alegre. Luego llegó mi madre, y de ahí hasta ahora juntos, porque a pesar de todo lo que trataron de hacer a nuestra familia, siempre estuvo unida.

Siempre me pregunto, mamá, ¿cuánto debés haber sufrido al ver sufrir a tu hija junto a vos?

Yo hoy soy madre de tres hijos y debe ser muy grande ese dolor. ¡Qué gran madre! ¡Qué gran abuela! Por eso te quiero tanto, al igual que a todas esas madres, hijas, abuelas que a pesar de sufrir tanto, hoy siguen adelante.

Cris

VICTORIA

I

Te llamaron Victoria
no por cierta
eso seguro
sino por la impoluta
esperanza
que traías

Tu madre recorrió
contigo
todos los corredores
del peligro
en su vientre anduviste
toda la bronca
de ver caer uno a uno
cada brote de lucidez
adolescente y tierna
hacia el abismo

Después vino la noche
nunca llegó el día
que anunciabas
y la noche fue un tajo
que las separó
para siempre
aunque ella aún te espera

porque nunca hubo niña más amada
ella te espera, Victoria
no por cierta
eso seguro
sino por el día
que anunciabas

Clara

A Mariana
mi hija perdida

La cunita de Mariana estaba de mi lado, mi mano tibia apagaba sus llantos nocturnos.

Tenía 14 meses, ojos negros y grandes que se llenaban de luz cuando Jorge, su papá, mi compañero, ella y yo estábamos juntos.

Vivíamos en una piecita alquilada, pero éramos inmensamente dichosos, a pesar del entorno gris, de persecuciones, de informativos con marchas, de la proximidad del dolor.

La piecita era nuestro recinto, la cuidábamos tratando de eternizar cada momento, como si haciendo eso expulsáramos los malos espíritus, los alejáramos, protegiendo así nuestra integridad.

Esa noche nos despertaron con luces enceguecedoras. Mariana, tú seguiste durmiendo, tu expresión era de paz.

Ellos quisieron levantarte de tu cuna con órdenes amenazadoras, dichas en voz alta.

En ese momento, hija, crecí enormemente, los empujé, te tomé de la cuna arropándote, te apreté contra mí, caminamos nuestro último camino y te dejé en manos de tu abuela.

Desgarro, vacío, dolor inmenso, infinito.

No hubo, hija, en el transcurso de los días, nada que nos hicieran a papá y a mí que superara en grados de dolor la herida honda y profunda de tu pérdida.

Hoy, hija, sos una mujer que no tuvo padres, salvo en las atormentadas visitas en las que nunca entendiste nuestra separación.

No podía tu sufrida expresión disimular el dolor de vernos y no tenernos.

Hija: cada día de cárcel, cada día de vida en esos ocho años los viví para ti, sé que te fue difícil desde el principio, durante y al final y aun después aceptar esa realidad. Pero, Mariana, lo más rescatable es que te concebimos con dicha, con profundo amor.

Así, hija, concebimos la vida misma, sin egoísmos, con tierna contemplación, dándote vida y dando nuestra vida por modificar una realidad que te incluía.

Por siempre
Mamá

Lucía

Guisito de lenteja y dedales

Mayo 1973

¡Qué frío hace! Está lloviendo...

Pensar que tengo que llevar las nenas a la guardería para irme a trabajar. ¡Suerte que pude hacer el guisito de lenteja y dedales que tanto les gusta! Así no van a sentir tanto frío. Roxana me mira desde su sillita de comer y manotea el plato, Federica en su banquito me mira correr de la olla al mármol sirviendo la comida. ¡Qué rico quedó! A las nenas les gusta y sé que están bien alimentadas. Bueno, coman todo, mis pichoncitas, que tenemos que salir para la escuelita en un rato...

Roxana todavía no sabe hablar, tiene nueve meses, se sonríe y sigue jugando con sus manitas mientras le doy de comer, Federica nos mira con ojos tristes, ella habla, pero casi nunca lo hace, es muy callada...

¿Timbre? ¿Quién será a esta hora? ¿Quién es? Una voz ronca contesta: señora, es la Policía. Quedé paralizada. ¿Qué hago con las nenas? ¿Nos van a hacer lo mismo a nosotras?

El guisito de lenteja y dedales quedó servido...

Diciembre 1972

Hoy Federica cumple dos añitos. Espero que Roberto llegue para estar con nosotras. Hace días que no sé de él. Pero estoy segura de que hoy va a venir. Llegó la noche... ¿le habrá pasado algo? ¿Por qué no se comunica conmigo? ¿Por qué nadie me dice nada? Bueno, seguramente está atendiendo su trabajo... Es de madrugada y no puedo dormir pensando en Roberto, esto de no venir el día del cumpleaños de la nena no va con él. ¿Le habrá pasado algo?

Ya pasaron muchos días y sigo sola con las nenas, ya no me queda plata para la comida, ya no tengo pecho para darle a Roxana. Suerte que son chiquitas y no se dan cuenta de nada.

Algunos meses después

Señora, vengo a decirle algo, siéntese y quédese tranquila. Yo me desmoroné en la silla y mis ojos imploraron un no. Y aunque dije no, no, una y mil veces, y mis lágrimas me dejaron ciega, no necesité oír lo que era ese algo que venían a decir. Y en ese mismo instante comprendí que habíamos perdido a Roberto para siempre, que ya no lo veríamos llegar a casa con su alegría y risa. Y el puñal de la palabra huérfanas se clavó en mi pecho para siempre.

Mayo 1973

Abrí la puerta y entraron en manada. Arrancaron el cable del teléfono, ¡nunca me sentí tan sola!... Las bebas me esperaban en la cocina, con sus platitos de guiso de lenteja y dedales...

¿Dónde está? ¿Cuándo se fue? –gritaban. Deme todas las fotos, las de casamiento también, mientras abrían todas las puertas que existen en una casa y violaban con sus manos grotescas lo más puro e íntimo de mi vida. Las bebas ya estaban en mis brazos, bien acurrucadas. ¿Ellos preguntaban dónde está? ¡Mejor que yo lo sabían ellos! Me llevaron con ellos. Exigí dejar las bebas en la guardería. Allí llegamos. La maestra las abrazó muy fuerte y se quedó mirándome con los ojos marchitos...

Marzo 2001

¡Qué calor hizo este verano! Suerte que ya estamos en marzo y comienza el otoño. Ayer Martina y Lorena empezaron la escuelita. ¡Estaban tan lindas con sus túnicas bordadas! Roxana y Fernando compartieron el primer día de clase con sus hijitas. Hoy su tía Federica vino a casa para ir conmigo y con Carlos a sacarles una foto. Federica está soltera y ve por los ojos de sus sobrinas.

Carlos ya está por llegar del trabajo y enseguida nos vamos los tres juntos. Carlos, mi querido esposo, mi compañero, el padre que tuvieron mis hijas, ahora somos abuelos, hemos recorrido un largo camino, 28 años... sin querer comer guisito de lenteja y dedales.

Y aquí estoy... con mi dolor...

Dora

SITUACIÓN LÍMITE

Era poco más del mediodía cuando un estruendo terrible hizo temblar los cristales de la casa. Yo estaba ordenando el comedor luego del almuerzo y corrí hacia el dormitorio donde Carlos, mi esposo, ya se había acostado, para entregarse a su consabida siesta. Con voz demudada le pregunté si había oído, pero en esa pregunta iba algo más; en los momentos tremendos que estábamos viviendo, ya ni siquiera dentro del ámbito familiar éramos muy explícitos. Por la expresión de los ojos comprendí que sí, había oído y temía algo.

—Voy a encender el televisor –comenté– para ver si aparece algún informe. El acotó:

—Con la locura que estamos viviendo, tanto puede ser una bomba como un neumático que estalló en la calle, todo nos sobresalta.

Al momento anuncian que en la Facultad de Ingeniería, muy próxima a donde vivimos, había explotado una bomba y que los bomberos se dirigían al lugar.

A poco se les veía llegar corriendo y los camarógrafos filmando algo dantesco: el laboratorio prácticamente incrustado en el techo; luego supimos que también el cuerpo del estudiante que la manipulaba había volado hecho pedazos.

Poco después se cortó la trasmisión, comenzó a oírse una marcha militar y un comunicado. Las Fuerzas Conjuntas acaban de intervenir la Universidad. ¿Qué significaba aquello? Me volví hacia mi marido que simuló dormir. Como a la media hora llama el teléfono y mi esposo atiende. A través de sus monosílabos nada me deja entrever; cuando corta, ante mi mirada interrogante, explica:

—Era el coronel González, su hijo Enrique estaba en la facultad, lo llevaron en averiguación junto con todos los compañeros que allí se encontraban.

—¿Y él no piensa hacer nada? –pregunté.

—No, todos sabemos que su hijo está muy comprometido con “la causa” y tú sabes que no podemos intervenir, únicamente que estemos convencidos de su inocencia.

—Pero es su hijo –grité–. ¡¿Cómo va a permitir que lo torturen?!

—Sólo van a interrogarlo –contestó.

De pronto, como alucinada, recuerdo que también nuestra hija, Sara, está en la Facultad de Química; al parecer tenía que controlar un curso de recuperación que se hacía los sábados y cubrir la falta del otro ayudante de cátedra que estaba enfermo. Cuando se fue, le recordé que hoy era el cumpleaños de la tía Elvira y ella me contestó que la clase terminaba a las tres, así que a más tardar a las cuatro estaría de regreso.

Miro el reloj y son las dos de la tarde. ¿Cuánto demorarán en ocupar las facultades? Intento llamar por teléfono pero, como es de suponer, la línea está cortada; sólo me resta esperar... y rezar.

Tomo el tejido para tener las manos ocupadas, mientras mi mente divaga en mil conjeturas que me angustian cada vez más, a medida que pasa el tiempo.

Sobre las cinco ya no aguanto más, vuelvo al dormitorio, donde mi esposo continúa simulando dormir, pero sus sienes pulsan acusando su nerviosismo. Yo lo sacudí y casi gritando exclamé:

—Por favor, vamos a buscarla.

El entonces me miró, como si viniera de otro mundo, era evidente su lucha interior, también temía lo que estuviera pasando.

—Tú sabes que yo no puedo ir, no debo ir –me contestó.

—¡No! –le repliqué– yo sé que tienes que ir, que sí puedes hacer algo por Sara; ella sólo simpatiza con la causa, pero no está metida en nada, tú lo sabes y también sabes que a ti te la van a entregar, porque a ti te respetan; todavía hay algo que no se atreven a ignorar y es la línea de conducta de quien realmente sabe servir a la patria. Por favor te pido, ponte el uniforme y vamos a buscarla.

Como lo veía remiso, continué:

—De lo contrario voy yo sola, sé con quien tengo que hablar, sé muy bien lo que le voy a decir y verás cómo la rescato.

Sin decir palabra se vistió y salimos camino a la facultad. En determinado momento me dijo:

—Esto con seguridad me va a costar la carrera.

—Me alegro –contesté– así comprenderás que toda esta mística es una farsa; a la hora de la verdad, en nombre de la patria y la bandera se comete cualquier canallada.

Tres cuadras antes de llegar ya todo era un manicomio: camionetas, “chanchitas” cruzadas, barreras desviando el tránsito. Mi esposo continuó la marcha lentamente, nadie lo detuvo; al reconocerlo se cuadraban firmes y él saludaba. Al llegar frente al edificio detuvo el coche y me dijo:

—Espérame aquí.

Y con paso firme se dirigió hacia la entrada, desapareciendo. A mí me corrían las lágrimas por las mejillas, sin llorar, creo que no tenía fuerzas sino para rezar, pero era tal mi angustia que me equivocaba y sólo balbuceaba: “Santa María, madre de Dios, Dios… Dios… Padre nuestro que… Dios… Dios… devuélveme a mi hija sana y salva”.

Como quince minutos más tarde veo salir a mi esposo, solo pero sonriente, trayendo en sus manos unos libros. Cuando llegó al coche me dijo:

—Tranquila, todo está bien, Sarita a esta hora debe estar en casa. Tuvimos una gran suerte, el que estaba al mando del operativo era Luis Gilberti, te acuerdas, aquel teniente que estuvo en Canadá con una beca cuando yo estuve destinado allá, que nos visitaba con su señora frecuentemente y que se habían hecho muy amigos de nuestras hijas; bueno, ahora es comandante. Por supuesto se reconocieron; le preguntó qué estaba haciendo allí, ella explicó el trabajo que estaban realizando y, contra la opinión del capitán ayudante, los dejó ir a todos. Sólo les retuvo el material en que estaban trabajando; por eso traigo estos libros, le hice comprender que para ella eran muy valiosos y sin duda se iban a extraviar. Fue todo un caballero; espero no le cueste caro.

Sarita acababa de ordenar el trabajo cuando oyó el silbido de las sirenas. Se asomó a la ventana y lo que vio la dejó petrificada: los tanques, camiones y jeeps llenos de soldados rodeaban el edificio. Sus pensamientos giraban a una velocidad supersónica. ¿Qué hacer? ¿Huir?, imposible, estaban rodeados. Sobreponiéndose al pánico que la situación le provocaba, logró razonar: no estaba haciendo nada más que su trabajo; el asunto era si le daban tiempo para explicarse y si le creerían. Simulando una gran calma se dirigió a la clase que nada había advertido.

—Por favor muchachos, escuchen con tranquilidad y obren con cordura, es lo único que puede salvarnos; las Fuerzas Conjuntas nos tienen rodeados, en un momento tendremos los soldados aquí queriendo saber lo que hacemos, es indispensable que continúen trabajando como si no pasara nada.

Ella, caminando se dirigió hacia la puerta y llegó en el preciso momento que ésta se abría; la sorpresa de ella y el comandante fue mayúscula, al reconocerse ambos. El era Luis, con el que tan buenos momentos habían pasado en Canadá y que sin duda no pensaba encontrarle allí, a juzgar por la expresión sorprendida de su rostro. Ella reaccionó primero y tratando de mostrarse lo más natural posible, le saluda:

—Hola, qué alegría verte –y le estampa un beso en la mejilla.

El, reaccionando, le devuelve el saludo y volviéndose al capitán que le acompaña los presenta.

—¿La conoces?, es la hija del coronel López; –éste, ofuscado, murmura:

—¡Si ya comenzamos así, no veo cómo vamos a proceder!

Luis le pregunta qué está haciendo allí y ella, comprendiendo que se ha hecho dueña de la situación contesta:

—Yo, cumpliendo con mi trabajo, pues soy ayudante de cátedra y lo más lógico es que esté aquí, pero ustedes, ¿qué es lo que hacen?, porque esto no tiene carácter de una visita de cortesía.

—¿Desde qué hora esta aquí?, –le pregunta Luis.

—Desde las ocho de la mañana –contesta.

—Entonces no estás enterada que han intervenido la Universidad.

—¿Y ustedes van a comunicárnoslo?

El capitán carraspea y Luis contesta:

—La orden es detención, pero como te conozco y sé muy bien cómo es tu padre, no dudo un instante de tu palabra; te puedes ir, en realidad pueden irse todos, sólo les pido dejen el material con el que estaban trabajando como testimonio de mi procedimiento.

—Bien Luis, te agradezco tu confianza, dale cariños a tu esposa y aunque sea en estas circunstancias me alegro de verte, en realidad me alegro doblemente; buenas tardes, capitán –y salió con una sonrisa y paso elástico, pero al llegar al café de la esquina se desplomó en una silla, porque las piernas ya no la sostenían.

Cuando llegó a su casa le extrañó no encontrar a sus padres. Fue

directo a su cuarto, se tiró en la cama y se cubrió el rostro con las manos; no quería recordar, le hacía mal volver sobre el pánico que la había embargado, ella que se creía tan fuerte, había tomado conciencia de lo que eran las situaciones límites.

Oyó abrir la puerta y sintió que yo, su madre, la abrazaba llorando, ahora sí con sollozos profundos; era el desahogo de las horas vividas. El padre desde la puerta las observaba, luego dejó los libros sobre el escritorio al tiempo que murmuraba:

—A la verdad que fue muy extraño que tuvieras que ir tú hoy a dar clase, cuando nunca lo haces los sábados.

Por supuesto que esta historia no termina aquí. Al comandante Luis Gilberti lo transfirieron a la frontera, a la represión del contrabando, nunca más supimos de él; en cuanto a mi esposo lo pasaron a situación de retiro, cosa que no pudo soportar.

Angustias

Los que estuvieron afuera

Los que estuvieron afuera asistieron también, en torno a los predios carcelarios, a escenas que quedaron en sus memorias como testimonios indelebles de hasta dónde llegan los confines de la injusticia, de lo arbitrario y del amor como eterno resistente. Desde mi condición de mujer joven y fuerte, yendo a visitar a una madre joven y fuerte, recuerdo con algo que naufraga entre el repudio y el orgullo algunas escenas del largo camino que debíamos recorrer antes de llegar al predio del Penal de Punta de Rieles.

Desde la parada del ómnibus hasta el penal un larguísimo camino descampado se presentaba como la primera prueba que el visitante debía vencer para, quizás, ver a su familiar preso, o para, sencillamente alcanzarle el tesoro sagrado de medio quilo de queso, medio de dulce y tres de fruta. Quien no haya estado en esa situación no pueda quizás comprender hasta qué punto medio quilo de dulce de membrillo puede convertirse en un mensajero de solidaridad, en un abrazo de amor, en un gesto de resistencia. Ese camino por el cual podría, perfectamente, haber transitado un micro compasivo, o aun uno caro y prepotente (si la intención no hubiese sido la purita crueldad) era no sólo muy largo sino increíblemente inhóspito: carente en absoluto de sombra en verano y del más mínimo reparo en invierno. Sortearlo implicaba, a veces, un verdadero acto de coraje. Para algunos lo era en cada visita.

Recuerdo a una pareja de seguramente más de 70 años cada uno. Visitaban a su única hija, eran del interior, es decir que cuando comenzaban la caminata llevaban ya horas de viaje y cansancio. Flaquitos, humildes, derechos. La bolsa con lo que se permitía alcanzarle a la presa colgaba entre ambos, cada uno llevaba un asa como si ninguno quisiera renunciar al gesto de cargarla. Así iban, sábado a sábado, tomados de la mano a través de la bolsa que como se comprenderá se transformaba en un símbolo de inexpresables profundidades.

La dignidad con que aquellos cuerpos viejos sortearon los vientos, los fríos, las lluvias y los soles, sin faltar, sin quejarse, es una de esas lecciones que no se olvida. No me resulta nada difícil imaginar con cuánto amor y silencio habrán sufrido penurias económicas.

Una de las veces en que les fue vedada la visita (por alguna de esas faltas "imperdonables" que las presas solían cometer y que las dejaban a ellas encerradas y a los visitantes en un desconcierto vacío y sin recursos) el sentimiento de indignación quemaba el aire y la dimensión de la insensibilidad se hizo corpórea: ver aquellos dos viejos tomarse nuevamente de la mano a través de la bolsa y emprender serios, solos, sin pedir ni replicar, el camino de vuelta, daba tanta pena y vergüenza...

Al sábado siguiente allí estaban, nuevamente sorteando las pruebas con que se intentaba quebrarlos, sin saber si podrían ver a su hija o si algún castigo lo impediría.

Humildes, viejos, inquebrantables, allí estaban dando lecciones de resistencia. Aun sabiendo (porque así me lo habían dicho) que ellos no comprendían del todo las ideas políticas de su hija, no resultaba nada difícil adivinar de dónde había aprendido ella a resistir la injusticia y a defenderla con dignidad.

1973

Abriendo cajas*

El día que las Fuerzas Armadas detuvieron a Mabel saqué la caja.

Hasta ese día mi relación con Mabel había sido casual. Si es que las casualidades existen.

Aquel día, inusualmente, en lugar de Mabel vino el papá de Jacqueline y de Marcel a traerlos al colegio, en el cual debutábamos la niña y yo en clase de jardinera, alumna y maestra.

No entendí la confusa explicación de por qué la mamá no los había acompañado como de costumbre, pero sí que vendrían los abuelos a recogerlos a la salida.

Comprendí lo sucedido cuando, durante el recreo, un muy alborozado Marcel contó que los milicos, con unas metralletas así de grandes, los habían sacado de la cama y se los habían llevado a los cuatro en un camión enorme. Papá y mamá encapuchados. Y que después a él y a su hermana los habían dejado en casa de los abuelos.

Era mayo de 1972. En aquellos momentos, a veces podía ocurrir que se discriminara quién estaba realmente requerido o no.

Probablemente eso hizo posible la liberación del esposo de Mabel, a la mañana siguiente.

Tal como estaba convenido, de tardecita, vinieron a retirar a los niños sus abuelos, que con el silencio desamparado en la mirada gritaban su dolor.

En un impulso incontenible los abracé muy fuerte y les dije que podían contar conmigo para lo que fuera.

Esa misma noche, saqué la caja. Caja que mi padre había construido y tallado en el penal de Alicante... o en el de Elche... ¿o fue en el de Badajoz?

Por esos días de mayo se cumplían 31 años de su muerte en la prisión de Almendralejo, donde había ido a parar en un largo itinerario

---

* Mi agradecimiento a Maria Inés Obaldía, que me impulsó a hacerlo.

desde su detención al final de la guerra de España.

Y en esa caja estaba mi padre desde entonces, y con él los testimonios de sus agónicos años de cárcel franquista.

Me quedé mirando la caja largamente. Pero no me atreví a abrirla.

Recuerdo que recorrí sus relieves con mis dedos, tratando de descubrir el calor de las manos de mi padre, sus sentimientos al grabar las palmeras, el castillo, el barco, el mar, la casa...

Cuando cumplí los 18 años, una de mis tías, la mayor de las hermanas de mamá, me había entregado la caja junto con un rollo de hojas amarillentas atadas con una descolorida cinta roja, diciéndome:

—Esto era de tu padre, su diario de la cárcel y las pocas cartas que nos pudo mandar. El diario nunca llegue a leerlo. Aquella noche de diciembre madrileño había helado y nevaba tan intensamente que el tranvía no podía circular y tuve que hacer a pie el trayecto desde el metro de las Ventas hasta el barrio San Blas. Yo recuerdo bien que llevaba el rollo apretado contra mi pecho, bajo el abrigo... Pero cuando llegué a mi casa no lo tenía. Jamás lo recuperé. ... la caja no la abrí entonces. Tampoco me la traje, tres años más tarde, en 1961, cuando me vine a vivir a Montevideo con otra hermana de mi madre.

Esta tía era la única de la familia que había escapado de España y su terrible posguerra, trepándose por las maromas al último barco que salió de Alicante, cuando entraban las tropas vencedoras. Las mismas que pocos días después fueron a buscar a mamá al Hospital de Sangre donde ella era enfermera y papá convalecía de sus heridas de guerra.

Mamá consiguió unos minutos para sacarse el uniforme y cambiarse, que aprovechó para comunicarse con su compañero.

—Que me llevan a declarar, han dicho.

Es casi inasible el fugaz instante en que se produce la vida o la muerte. Con la claridad y la celeridad del relámpago lo captó el hombre, y en un abrazo único e irrepetible se derramó sobre la mujer, inundándola. Y en esa torrentada me deslicé yo hasta la protección del arca en que toda mujer aloja y salva la vida.

—Que me llevan a declarar, te he dicho.

Pasaría largos meses en el Reformatorio de Adultos de Alicante, convertido en cárcel de mujeres “rojas”, enemigas de Dios y de la patria. Y ahí nací yo, nueve meses más tarde.

A poca distancia, existe aún hoy el Fuerte de San Fernando, donde iría a parar mi padre pocos días después.

Pero volvamos a Montevideo y a la caja, pues en ella estaban los pedazos de mi historia.

Yo había venido a Uruguay en busca de aire para respirar, para escapar de la atmósfera asfixiante que había sufrido en mi país durante 21 años. Y ahora la volví a sentir ante la visión de Mabel encapuchada.

Durante mi infancia había aprendido a hablar en voz baja reteniendo el aliento –en las casas de los republicanos siempre se temía que las paredes tuviesen oídos.

Nosotros vivíamos muy cerca del cementerio de la Almudena, y al pie de sus tapias iban todos los días nuestras gentes, cuando se acallaban los fogonazos, a reconocer los cuerpos de los ajusticiados al alba.

Nadie decía nada. Se grababan todos los rostros, los mínimos detalles y se sabía a quién y cómo comunicarlos.

Cuando cumplí siete años, mi familia, atea y anticlerical, no tuvo otra que bautizarme para poder inscribirme en la escuela. Y yo me aferré a la religión, a sus ritos, a sus sofocantes normas, para mejor mimetizarme con los demás niños y así hacerme perdonar, o al menos camuflar, mi estigma de hija de un "rojo" muerto en la prisión.

Mamá y yo, ahogando nuestros sentimientos nunca nos atrevimos a hablar abiertamente sobre papá, del cual solo conocí datos cronológicos y algunas anécdotas.

Solíamos mirar, calladas, unas pocas fotos, pequeñas, en blanco y negro, papá y mamá sonriendo jovencísimos y felices. El con su uniforme de miliciano. Mamá con su capa y su gorro de enfermera.

Mamá y yo a los tres años de edad, a lomos de un burro, yendo hacia el pueblo de mi padre, en el norte de Córdoba.

Ni tíos, ni abuelos paternos...

Sin embargo, esperándome para decirme cuánto me amaron, ellos estaban ahí, en la caja.

Me la había traído mi madre en 1971 en uno de los varios viajes que hizo para visitarnos. Pero tampoco entonces la abrí. La guardé cautelosamente en el cajoncito con llave que tenía mi ropero.

Y ahora la tenía en mis manos, cálida, palpitante, no sé si ella o yo, o ambas.

Un poco asustada la dejé sobre la mesita de luz, pensando, tal vez, en la de Pandora.

Al día siguiente fueron los padres de Mabel quienes se abrazaron a mí, diciéndome que no se sabía dónde ni cuándo podrían verla.

Apenas llegué del colegio abrí la caja. Volqué todo lo que contenía sobre mi cama y me dispuse a armar el rompecabezas de mi historia.

Empecé ordenando los papeles por fecha, cuando ello era posible.

Había cartas, tarjetas y algunos, muy pocos, documentos. De todos ellos salía Manuel, mi padre, joven, combatiente, locuaz, afectivo y real.

Al entrar Mabel en su celda había abierto la puerta de la celda de mi padre.

A medida que leía, acudían las ideas y algunas imágenes cobraban nuevo sentido. El emotivo poema de Miguel a Josefina se me hacía ahora un poco obra mía.

Tus cartas son un vino
para mi cuerpo y son
el único alimento
para mi corazón

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté
escríbeme paloma
que yo te escribiré.

Miguel había compartido algunas cárceles con mi padre y como él también había muerto en una de ellas, de muerte “natural”.

Esa noche, a mis 32 años, me dormí arrullada por la voz de mi padre que me canturreaba las “Nanas de la Cebolla”.

Yo soy y siempre fui noctámbula. Eso es una bendición para una mujer con familia. Cuando todos dormían –mi esposo es más madrugador que yo– abría la caja, papá salía de su inexpugnable berretín y nos poníamos a conversar.

Me contaba con intensa y pícara emoción cómo había recibido en el penal la noticia del embarazo de mamá, incluso dejaba entrever haberlo premeditado. Se excusaba, sin llegar a ser convincente, por la inoportunidad del suceso, pero no podía disimular su alegría.

Busqué y encontré una hermosa foto mía, cuando tenía seis meses, para mirarla juntos y recordar nuestro único encuentro.

Yo trataba de imaginar cómo me habían quedado los zapatitos que me hizo en Elche, según me contaba.

En las postales o pedazos de papel que les permitían utilizar o que lograban sacar, con letra pequeñísima pero firme y clara están vivos sus

gozos y esperanzas. Aunque a veces se cuelan algunos borrones oscuros y tristes entre líneas.

Es curioso cómo se entrelazan los acontecimientos y las personas. Entre las cosas que dejó uno de los compañeros que pasó a la clandestinidad, encontré un casete de Marcos Ana relatando su Ana Faucha. Esa madre que recorrió toda España siguiendo a su hijo penal tras penal.

A su lado yo percibía una muchedumbre de madres con pañuelo negro a la cabeza y entre ellas distinguí a mi abuela Valentina.

Papá me contó sobre su madre, compadeciendo su "vía-cárcel", recorrido para tratar de aliviar la situación del hijo, para mantenerlo en contacto con el exterior. Los últimos días iba a verlo sostenida entre dos paisanos. Solo la muerte, acontecida unos pocos meses antes de la de papá, interrumpió su marcha.

Años después la reencontré, en esa otra incansable madre que golpeando su bastón buscaba y buscaba a Elena, acompañada de una bandada de mujeres, ahora con pañuelos blancos.

Poco a poco iba tomando cuerpo mi historia.

La cárcel, mi primer hogar, pasó a ser el de muchos seres queridos aquí en Uruguay.

Los que quedamos afuera construíamos puentes y caminos hacia ellos. Yo sabía, por las cartas de papá, lo importante que es que los demás confíen en que resistirás mientras puedas y que siempre te esperan.

En el verano del 74 conocí a Eva y sus siete hijos. Varados en medio de la playa de la Coronilla, como los despojos de un naufragio, trataban de sobrevivir a la larga travesía desde Bella Unión a las costas de Rocha.

Cuando era posible, alguno de los hijos recalaba en Montevideo, para una corta y dolorosa visita al Viejo, que estaba en Libertad.

Con cada uno de los hijos que venían al penal, yo imaginaba visitar a mi padre, retrocediendo en el tiempo, mezclando amores.

Cuando muchos años después salió Almada y pudimos abrazarnos, él no supo que le abrazaba una hija más, renacida en ese tiempo.

Ese verano mamá vino a Uruguay, y decidí que era el momento de hablar.

Le conté de mis conversaciones con papá. Pero no todo. Era demasiado doloroso para ella. Conseguí que me hablara sobre mi nacimiento. Yo no entendía muy bien el cómo, aunque si el por qué.

Ella tampoco. Me dijo de su perplejidad al constatar el embarazo.

Para ella no tenía explicación. “Si no habían hecho nada.”

Ahora, a la distancia, mirándome y acariciando a mis hijos, se reía de las bromas que tuvo que aguantar de las otras presas. De las tomadas de pelo cuando la saludaban con un “Ave María” o se decían las unas a las otras: “Cuídense, chicas, que ahí viene una paloma...”.

Pero toda ellas, con gran emoción, compartieron mi gestación, esperaron mi nacimiento y nos cuidaron a las dos.

¡Supe cuánto me costó nacer!

Sin embargo. ¿Cómo hubiera podido rehusarme?

Casi perdimos la vida mamá y yo en el esfuerzo por salir del vientre y de la prisión.

Durante esos nueve meses, los intactos tejidos del himen se habían acorazado, sellando mi inviolable refugio. Pero ahora, quebrar esa barrera era una tarea demasiado dura para una mujer debilitada y una pequeña niña.

Casi tres días duró el trabajo de parto, agravado por las fiebres palúdicas que atacaban a menudo a mamá y le provocaban devastadoras convulsiones. Y yo, en mis torpes intentos por colaborar enredaba y enredaba mi cuello en el cordón umbilical.

El médico de la cárcel, convencido franquista, parecía disfrutar la situación diciendo con desprecio: “Estas rojillas sirven para joder pero no sirven para parir”. Y no hacía nada.

En la víspera de Nochebuena se fue a cenar con su familia y como buen cristiano a celebrar la misa de gallo.

¡Y eso nos salvó!

El joven médico que lo reemplazó se dio cuenta de lo que ocurría y con un certero corte de bisturí y la ternura de sus manos me sacó, cuando ya la asfixia me estaba venciendo.

Tres días después, antes de nuestro traslado hacia Madrid, papá pudo tenerme unos instantes en sus brazos, en una visita excepcional.

De la caja salen los emocionantes recuerdos que justifican todos los esfuerzos y sufrimientos vividos.

Cuando al fin salió Mabel, nosotras nos habíamos convertido en hermanas. Y prodigiosamente era Mabel quien había dado a luz al padre que yo compartiría con ella.

Hemos vivido juntas días de dolor y de alegría.

Fue la única que me llamó Pequeta, sin que supiera que aquel joven médico valenciano me entregó a mamá diciendo: “Toma muchacha, aquí tienes a tu pequeta vivita y coleando”.

Hace casi cinco años ya, la acompañé en su dolorosa y sofocante agonía. Cuando los momentos eran más duros nos mirábamos a los ojos y nos apretábamos las manos, sabiendo las dos que nada ocurre porque sí.

Selegna Airam

Una noche de Carnaval de 1979

Todo empezó con un timbrazo a eso de la una de la madrugada.

Todavía no escribía diarios, así que no tengo diario de aquella época. Sólo me quedan mi memoria de lo acontecido y la memoria de mis padres. Mis hermanas más chicas dormían. Al parecer no se enteraron de nada. Diana nada recuerda y Ceci ya nada me puede decir, porque ya no está con nosotros.

Leyendo en la cama, como era mi costumbre, con mi camisón de los 12 años y mi pelo en coletas. En las coletas me ponía muchas gomitas con la secreta fantasía de que el pelo se me alisara. Yo leía “La granja de los animales”, de Orwell, o “Un mundo feliz”, de Huxley –cosas por el estilo que me llevaba para leer de la biblioteca de mi colegio– cuando sonó el timbrazo fuerte, prepotente, que vino a interrumpir mi niñez.

Mi cuarto era uno de los lugares comunicantes de la casa, para mi desolación. Pero de noche mis puertas estaban cerradas. En mis recuerdos transcurre todo a través de sonidos provenientes del living y el corredor hacia el cuarto de mis padres, y de lo que yo pude percibir e imaginar a partir de esos sonidos.

En cuanto sonó el timbrazo, lo supe. Supe que era peligro.

Nunca había tenido conciencia de la dictadura militar. Del peligro que corríamos. Simplemente porque mis padres pertenecían a un partido democrático de izquierda que había sido prohibido por la dictadura.

Sentí que mi padre se levantaba y en calzoncillos directamente se iba hasta la puerta del living y preguntaba: “¿Quién es?”. Era el miedo. “Policía”, responde muy alto una voz ruda. A mi padre le llevó aproximadamente un segundo abrir la puerta, así como estaba. Después oí que se iba a poner los pantalones al cuarto y volvía al living, donde habían quedado los policías. Por las voces eran dos, y me los imagino de particular. En unos segundos más, ya mi padre en el living y de pantalones, sentí que uno de los policías le decía muy clarito: “Usted

está bajo arresto". También recuerdo sentir a mi madre protestando. Debió llegar en ese momento a hacerse la sorprendida. En pocos segundos más, supe que mi padre vendría a mi cuarto a despedirse. Supe también que se lo llevaban. Y supe que podría no verlo más. Se lo llevaban y no podíamos preguntar nada.

Cuando papá entró en mi cuarto –en ése momento sólo tenía unos 40 años— había envejecido 10 años en 10 minutos. Hasta pelo blanco le había salido… Entró en mi cuarto y sin una palabra me abrazó. Como un último abrazo, un abrazo de despedida. Supe entonces que tal vez no lo vería nunca más. Supe que no sabía a dónde lo llevaban, ni por qué. Supe que su suerte dependía de algo que nosotras no podíamos controlar.

Salió.

Y se lo llevaron.

Cuando los escuché irse, salí de mi cuarto –del que no había salido en todo ese rato—y me acerqué a la puerta del living.

Mi mamá estaba allí parada, mirando hacia el corredor, hacia el ascensor en donde mi papá acababa de desaparecer. Lloraba de rabia, de odio, de miedo.

No me mira ni me abraza, ni me reasegura que todo va a salir bien. Como perdida en una escena que aún no creía. En un momento me mira con ojos de rabia y me dice: "Y vos querías ir al desfile de la bandera".

* * *

Empecé a escribir para recordar cómo era todo. Para no olvidar. Para no olvidarme de cómo y quién era yo, yo a los 14 años. Empecé a escribir para no cambiar, para no cambiar nunca. Para no ser nunca "como ellos"…

* * *

Mamá y papá ya habían hablado de que en cualquier momento lo podían venir a buscar. El contacto de papá –supe mucho después—no apareció. Un día un conocido líder del partido lo llama. Él manda decir que no está. Si hubiera aceptado ese día, dicen, caen todos y no sé si vuelvo, dice. No sé si vuelvo. Él había prestado nombre y garantía para

un apartamento en donde se hacían reuniones clandestinas. Aunque en esos tiempos, según me cuentan mis mayores, todas las reuniones de más de tres personas eran clandestinas. Es decir, todas las reuniones. Mis papás eran militantes, pero no de primera línea. Profesionales de clase media solidarios. En casa habían pasado muchos clandestinos, me dice mi mamá, cuando ya estábamos muy, muy lejos de allí. Cuando yo ya había crecido, y ya hacía preguntas. Cuando estábamos por volver y quería saber. Habían pasado clandestinos que dormían en el escritorio de papá, y yo nunca los había visto. Eso me admiraba. ¿Cómo habían hecho para que yo no los viera, yo que siempre dormía en casa, y en el medio de la casa, en el cuarto de pasaje?

Era como las noches de Reyes, en las que por más esfuerzo que hacía por quedarme despierta y pescarlos cuando ponían los regalos –aun cuando ya había calado los regalos, después de revolver todo y ya sabía de sobra quiénes eran los Reyes– nunca lograba pescarlos. Nunca había percibido que en mi casa venían señores del partido a dormir, que yo no conocía.

* * *

Algunos de mis primeros recuerdos del Uruguay: una calle llena de gente, los árboles pintados con rayas blancas, azules y rojas. Sé que son las banderas del Frente, y sé que es un movimiento joven, un movimiento nuevo. Hay mucha gente en las calles, manifestaciones, protestas. Yo sé que mis papás son del Frente, ese movimiento joven, nuevo. También sé que es peligroso ser del Frente. Le pregunto a mi mamá si es peligroso ser del Frente. Me acaricia el pelo y me dice: “No, mi amor, no…”.

Pero yo me acuerdo de ser muy chiquita, porque apenas alcanzaba a los primeros barrotes de abajo de la ventana del cuarto de mis padres, y mirando para afuera pensaba que no, que no creía que a mis padres los fueran a agarrar. ¡Había mucha gente en ese Frente para agarrar! ¡No los podían agarrar a todos!

* * *

Algún año debió pasar. El otro recuerdo que tengo es de los comunicados. Unos comunicados en la tele muy serios, con una marcha cono-

cida, y en blanco y negro, con unos señores barbudos que estaban "requeridos". En las fotos de blanco y negro de las seccionales parecían unos señores peligrosos. Pero yo sabía que era todo mentira. Era para asustar.

También recuerdo las historias de cadáveres en el río. En las costas de Rocha. Me acuerdo de pensar, es el mismo río adonde yo voy a la playa –porque yo nací en Pocitos–. En ese mismo río hay cadáveres. Y recuerdo que los cadáveres eran de chinos, de coreanos. Los diarios decían que eran chinos o coreanos a bordo de buques que llegaban al puerto nuestro y que tenían motines. Y recuerdo bien, a mis seis o siete años, pensar que esa historia era bastante increíble. ¿Cómo van a llegar estos chinos o coreanos hasta acá para pelearse y matarse entre ellos, tan lejos de sus tierras? Sonaba todo a una historia muy loca.

Pasarían más de 10 años antes de enterarme de la verdadera historia de los "coreanos". Durante la transición recién me enteré.

* * *

Cuando se llevaron a papá, al día siguiente no podíamos hacer nada, no podía contarle a nadie. Nadie tenía que saber. Mamá me dijo que me fuera al club y a la playa como siempre, que actuara como si nada hubiera pasado.

Esa noche y ese día pregunté y pregunté, y se fue desarrollando un panorama alucinante delante de mí del país en el que estaba. De repente, era como estar en una novela policial. Excitante, sí, lleno de misterios y peligros, sí, pero el problema es que se habían llevado a mi papá y uno de los misterios era si volvería. Yo quería a mi papá de vuelta. Mamá me reaseguraba, diciendo que como papá no era militante de primera línea y además profesional joven, que lo que los tipos querían era plata. ¿Y nosotros tenemos la plata, mamá? Y la conseguiremos, hijita, la conseguiremos.

Ellos le habían pedido la libreta. La libreta de ahorros. Eran los primeros pesitos que mi mamá había ganado independientemente, con su profesión.

A los pocos meses mi mamá había vendido el auto, el apartamento que con tanto sacrificio se habían comprado, con los ahorros de mi abuelo de toda la vida de zapatero judío e inmigrante.

Recuerdo a mis hermanas chiquitas, dobladas con el peso de los bolsos de mano. Pero en los bolsos de mano y en las maletas de no más de 20 quilos cada uno no llevábamos lo más pesado: el miedo.

Mamá ya me lo había advertido: Si vuelve tu papá, mirá que nos vamos a tener que ir del país. Puede ser a Cuba o a España. Pero si nos vamos a Cuba, capaz que no podemos volver más a nuestro paisito. Entonces… capaz que será mejor irnos a España…

* * *

Mamá dice que fui yo la que les vine a avisar que tocaban el timbre. Era como la una de la mañana. Papá corrió a abrir y después se puso el pantalón. En lo que a ella le pareció una eternidad de minutos –en mi recuerdo fueron sólo unos segundos– ella se paró a escuchar tras la puerta del corredor que iba al living, pensando en qué ponerse, cómo salir.

Se puso ropa de la pila que había dejado al acostarse y llegó al living preguntando asombrada qué pasaba. Los milicos fueron "gentiles" con ella. Desde un inicio pusieron muy claro que su vida no corría peligro de momento, que lo único que querían era plata y que esto era un aviso. Mamá acababa de ganar su primera plata con su primer trabajo pago y estaba muy contenta. Con esos ahorros iba a mejorar el mobiliario de un consultorio que compartía con sus amigas. Y ahora estos tiras se los querían llevar… Y les dice: "Pero esos ahorros son míos…". Después papá la felicitó, dijo que había estado maravillosa su actuación...

A la segunda noche –a mí me parecieron tres días– lo largaron a papá. Estuvo retenido casi dos días. Y la plata se la llevaron. No sólo los ahorritos de mamá, que no era mucho. Al otro día volvieron a buscar la libreta, y con papá detenido se fueron hasta la consultora donde papá era socio a llevarse toda la plata.

Le dijeron: "La próxima que te agarremos, te comés ocho años, judío de mierda…".

Lo interrogaron pero papá dice que le salió "barata". No sabían mucho, y lo que querían era plata. El era recién operado y no hubiera resistido una larga sesión de tortura.

* * *

Cuando lo vinieron a buscar y él salió al living, papá recuerda que entré al living, con mi baby doll de los 12 años y mis coletitas rubias de vikinga. Papá dice que se puso muy nervioso porque los milicos me miroteaban –¡yo nunca salí de mi cuarto!–. Se quedó más tranquilo al otro día cuando fueron al estudio a buscar plata.

La noche que lo soltaron, encapuchado, lo pasearon por lo que después vio que era Punta Carretas. Lo pusieron frente a una palmera y le dijeron que contara hasta cinco mil. Que si se movía lo limpiaban. Papá tuvo fantasías de que le disparaban, de que le hacían un simulacro de ejecución. Pero los tipos se fueron. Y como en una mala pesadilla, cuando se animó a sacarse la capucha y mirar a su alrededor después de haber contado hasta el infinito, estaba solo en una palmera del Club de Golf, cerca de Ingeniería.

Y era noche cerrada.

La próxima vez, ocho años como mínimo.

En cuestión de días estaba en Buenos Aires, y de ahí a Londres y a Madrid, buscando trabajo.

A los seis meses estábamos todos en Madrid. Con cuatro valijas y cinco vidas rotas.

* * *

Posfacio:

Todos estos años pensamos que nos salió “barato” …hasta lo de Ceci.

Ahí mamá perdió la confianza en las palabras. Para qué sirven las palabras, me decía con la mirada perdida. Ese fue el día “cero”. El día donde se rompieron los significados, el día de la destrucción final de la familia.

María Callejas

QUERIDO HIJO:

Has estado en el centro de mi pensamiento en esta convocatoria para armar la memoria. Tú, los jóvenes, los que crecieron durante esos años y los niños de hoy. A todos les debemos explicaciones y el derecho a la verdad. Sin ella, no es posible construir una vida más justa.

Siempre te lo hemos dicho todo, por lo menos lo hemos intentado. Tus descubrimientos infantiles, nuestras vidas, todo. Sin embargo... hay tantas cosas que hemos pasado por alto, que hemos dado por sobreentendidas...

No es fácil encontrar las palabras que abarquen la profundidad de nuestras pérdidas y la dimensión de lo vivido, y que a su vez no nos dejen en ese abismo; porque, por suerte, también el dolor tiene su contraparte.

Aquel día, en jardinera, ¿te acuerdas? La maestra preguntó los oficios de los padres: carpintero, abogado… Dijiste: desaparecido.

¿Cómo entenderlo? Te robaron crecer junto al amor de tu padre, junto a su pasión por la justicia, junto a su carácter bromista, inteligente, reflexivo. No pudiste gozar de su bondad y su juventud.

Y sin embargo, también estos años y esas circunstancias te rodearon de gente que te amó. Y no te hablo solamente de la familia, sino de gente que no conocíamos y que te amó, más allá de ti, porque amaban la vida, porque eran solidarias, porque eran capaces de reír y compartir, no secar sus corazones por el dolor y apostar al futuro.

¡Me acompañaste tanto!

Nos detienen a los tres en casa, durmiendo (diciembre de 1974). Tú lo hacías confortablemente dentro mío, en mi panza.Ya eras un magnífico compañero. Llevábamos cuatro meses juntos, conociéndonos, en esa intimidad intransferible de los embarazos.

Al comienzo me provocabas un poco, lo reconozco. Tenía que bajar de apuro de algún ómnibus para vomitar, o quedaba dormida a cada

rato y me pasaba de parada. Cambiaste mi apetito por unas ganas permanentes de comer. Pero lo especial era que me tenías con la sonrisa pintada porque sí y me sentía mágicamente tocada y regalada por ésta, tu vida que comenzaba.

Tu padre se sentía igual. El tenía 22 años, hacía dos que éramos compañeros y ya un tiempo que habíamos decidido tener hijos. Tenerte.

Militábamos juntos en la Facultad de Medicina. Nos tocó vivir aquellos gloriosos años de fines de los 60. Éramos parte de esa juventud, inflamada de ideales, que creía poder cambiar el mundo.

Veníamos de hogares sin problemas económicos, pero no éramos ajenos al sufrimiento, a la injusticia social, a las desigualdades. Todo nos llegaba y lo manifestábamos.

El "hombre nuevo" palpitaba en los corazones de los jóvenes de esos años, ateos o cristianos, ultras o moderados. Los ideales del Che, la Revolución Cubana, la china, Vietnam. Discutíamos todo. Desde los planes de estudio hasta la situación del país. La efervescencia política y el compromiso personal lo respirábamos todos en el medio estudiantil.

Soñábamos con un mundo para ti, de trabajo, de solidaridad, de fraternidad, donde todos creciéramos iguales. Pensábamos que si nos amábamos, siempre era un buen momento para tenerte, pues los hijos también son hijos de los sueños, de los compromisos de vida que reafirmábamos contigo.

En realidad, también éramos muy jóvenes y nos sentíamos, sin pensarlo, omnipotentes para cuidarte y para vivir. El miedo al futuro se desdibujaba con la actividad inmediata de resistencia a la dictadura, y el compromiso político se acentuaba sin meditar mucho. Las arbitrariedades y la injusticia nos movían.

Volanteábamos, hacíamos pegatinas, repartíamos periódicos clandestinos, nos reuníamos. Denunciábamos lo que se estaba viviendo, difundíamos la prepotencia de la dictadura cívico militar. Las listas de requeridos aumentaban cada día. Tratábamos de apoyar a los compañeros perseguidos. Las torturas denunciadas desde antes del 70 en el Parlamento se generalizaron en todos los cuarteles y por todos los motivos.

Tú venías conmigo, y yo contigo. Dormíamos poco en esos meses. Todos nos multiplicábamos en la actividad.

También la vida seguía, el estudio, el trabajo, el rato para la intimidad

robado al sueño, una ida al cine... Tú eras un motor, acompañabas todo.

Pero para nosotros también llegó el día. 13 de diciembre de 1974, 3 AM. Me sobresaltan los golpes en la puerta, tu padre que no se despertaba. Yo abro y entran no sé cuántos, uniformados, armados, el capitán Cordero (luego lo supe) al mando. Me ponen contra la pared, piernas abiertas; se meten con él en el cuarto, golpes, ruidos, tiran todo, y de pronto, te descubren: "¡Tú estás embarazada!" –dicen– y allí me vendan los ojos y me sacan.

Ese segundo me congeló la sangre. Eramos dos a correr la misma suerte, tú y yo. ¿Podría?

Esos días, querido, fuiste mi sostén, mi fortaleza. La convicción que tenía de que tú ibas a nacer, contra viento y marea, que eras ya en mi vientre la victoria de la vida en ese lugar de muerte, de tortura salvaje, fue el absurdo pero eficaz razonamiento que me acompañó siempre.

Te prendiste a la vida a pesar de los golpes, los plantones, la picana. No se ensañaron con nosotros como lo hicieron con otras compañeras, es cierto. Sí lo hicieron con tu padre, que nunca perdió la paz, el sentido de su amor a nosotros y a los compañeros, que lo hizo invencible aunque lo desaparecieron. Nos dio la vida con su entereza.

No fue el único. Así como él, tantos y tantas otras lo hicieron. Esas mentes enfermas y cobardes no torturaban solamente buscando información; aunque la tuvieran no podían parar. Querían apropiarse de lo imposible, de nuestra integridad; querían robarnos los hijos, la vida, el futuro. Nos hicieron mucho daño, perdimos vidas maravillosas. Los niños, nuestros niños, muchos que aún no hemos recuperado, son un gran dolor (cuántos como tú pudieron estar en su lugar) pero resistimos.

Las compañeras te mimaron ya en mi panza.

En el 6º de Caballería, desde uno de los vagones de tortura, una hermosa voz nos arrulló a todos en algún plantón. Y no sólo ella.

Si en la noche no se sentía el frenazo de algún auto (señal que llegaba el equipo de interrogatorio de la OCOA) los soldados de la guardia también aflojaban. Muchas noches venían a mi colchón a dejarme su ración de queso y dulce, o un pedazo de carne (para que crezca el muchacho, decían); algo nos acercaba. Tal vez el destrato que sufrían, la arbitrariedad, no sé… pero cuando la cosa apretaba, participaban de la tortura otra vez (qué trampa de vida, ¿no?).

Fueron terribles esos días.

Nos pusieron varias veces juntos, con tu padre, sin nosotros saberlo, encapuchados. Le levantaban la capucha a uno para que viera torturar al otro. Nos proponían chantajes, le ofrecían nuestra libertad, “Que tu hijo nazca libre”, decían, ¡como si conocieran el significado de esa palabra! Buscaban un punto de flaqueza para presionar. ¿Era posible más? Con dolor, rabia y vergüenza humana, ahora todos sabemos que sí; que el destino de los desaparecidos fue precedido de largos tiempos atroces y que era posible más. La tortura despiadada no les alcanzaba, no les resultaba.

Pudimos tomarnos las manos la última vez. Su cuerpo maltratado, su cabeza clara y su generoso corazón, como siempre, desbordante.

Acepté su lógica, que conocía de antemano, que compartía desde siempre, desde que lo vi por primera vez; sólo que su significado, allí, en ese momento, no era tan incierto. “Esto que vivimos es terrible, no podemos desearle a nadie algo igual”, me dijo, con dificultad en la voz y gran serenidad. “No tengo otra opción, sólo hay que pensar en los amigos.” Esa, amigo, la palabra mayor, y todo parecía sencillo. Ellos se enloquecieron de rabia.

Hoy te veo. También para ti ésa es una gran palabra, cargada de los mejores significados.

No lo vimos más, nunca más. Cada cambio de cuartel, de oficialidad, de guardia, preguntaba por él. ¿Dónde estaba?, ¿qué le hicieron? Si yo flaqueaba, allí estabas tú; un movimiento, una patadita. Convencimos algún guardia, que nos trajo una lista de más de cien presos nuevos del 5º de Artillería, donde estábamos. Reconocí, con dolor, algunos nombres, pero el de él no.

Nuestra llegada al Penal de Punta de Rieles, en marzo de 1975, conmocionó a las compañeras que vichaban por las ventanas. Las presas embarazadas, que fuimos muchas, quedaban en los cuarteles hasta que las separaban de los hijos, ¿habían cambiado la modalidad? Los cambios, para los presos, nunca traían cosas buenas y “ellos” experimentaban permanentemente.

A mí también me impactó. La sensación de campo de concentración que me provocó la alambrada, las torres con gente armada, los perros, no me permitieron ver lo que luego sí descubrí… el campo verde o

amarillo según la estación, que rodeaba el edificio, más atrás... y los ojos, detrás de los vidrios pintados, con la atención y preocupación de las compañeras. Porque allí, en el que sería mi lugar por unos años, todas éramos vitales para todas. Por suerte, pronto lo aprendí. Esa sutil manera de comunicarnos, de romper barreras, de saber todo con el uso de ese otro sentido que a veces nos sorprendía a nosotras mismas, nunca lo pudieron silenciar.

El buen humor de Angelita, a quien trasladaron conmigo, su asombrosa manera de mirar y su forma positiva de ver, aliviaron ese momento. Esa noche, en el calabozo, desde los sectores nos cantaron: "Niño, mi niño…" y con Viglietti vino Guillén, Serrat… continuaron con todas las canciones de cuna y esperanza que conocían. Fue una hermosa noche y dormimos en paz.

Llegó el día de tu nacimiento. El comienzo de la separación (¿hasta cuándo?). Pero también, y especialmente, la alegría de tu existencia para todos. Tus abuelas, tus tíos, los amigos, las compañeras.

Me llevan desde el penal al Hospital Militar esa mañana del 27 en que rompí la bolsa de agua y quedo en la sala de presos (una construcción separada, enrejada y custodiada donde llevaban presos políticos, de todos lados, que debían internarse).

Allí, las compañeras internadas nos esperaban con un regalo. Las presas que fueron pasando esos meses anteriores, sabiendo que en algún momento llegaríamos, reescribieron, en hojillas de tabaco, "Reportajes al pie del patíbulo", de Julius Fucik (un libro que leíamos mucho en esos años). Cada una aportó lo que recordaba y adaptaron lo que no. El testimonia su vida, sus reflexiones en las horas difíciles y nos llegó como un homenaje a todos los compañeros que estaban cayendo. Todos, sobrevivientes como nosotros, o no.

Me lo quitaron en uno de los traslados, pero esa red tendida hacia ti, hacia mí, ese cuidado, ese afecto, me acompañaron a la sala de partos. Estaba vestida, esposada, con unos lentes con leuco pegado para no ver y no me di cuenta, estaba feliz. Me sacaron el pantalón y los lentes. Naciste a las 15.05 de ese maravilloso 28 de abril.

Te llegaron regalos del Penal de Libertad, de Punta de Rieles, de algún cuartel; de familiares de presos que supieron de tu nacimiento. La familia y los amigos sin distinción de edad ni de divisas te rodearon.

Los del puesto de abuela te mandaban caramelos todas las semanas (creo que aún hoy lo hacen).

Amanda, una tía abuela mía que no conociste y yo no veía nunca, con sus muchísimos años y su poca vista, te tejió un pelele, que se fue torneando y te quedaba bien a los cuatro años; lo acompañó de una frase que creo engloba a todos: “A los niños hay que tejerles a mano, pues se piensa en ellos mientras se hace”.

Como ves, hijo, en esos momentos oscuros, trágicos, te cubrió el amor y la solidaridad. A muchos no los conocíamos, y sentíamos que compartíamos en profundidad lo esencial. Eso nos daba fuerza y valor para resistir, no nos iban a cambiar el sentido de la vida, ni dejaríamos de compartir las alegrías. ¡Tus abuelas llegaron! Cómo lo hicieron, cómo lograron conmover y consiguieron que les abrieran las puertas de la sala de presos en ese hospital, será otro cuento.

Allí estaban; en el momento preciso, cuando no terminaba de salir del asombro de tu vida, cuando nos acababan de separar (tú quedaste en el pabellón central), cuando necesité a tu padre como nunca, allí llegaron. Sus sonrisas primero. Su ternura desbordante llegó a todas las que allí estábamos, en esos cinco minutos conquistados, inundando el aire de aquella sala oscura. Su felicidad por ti no dejó aparecer las angustias ni tristezas. Venían iluminadas y esa luz se quedó con nosotras.

Una semana estuvimos allí. No me llevaban (al edificio donde tú estabas) a las horas adecuadas para que mamaras, y el tiempo para estar juntos lo determinaba la impaciencia del miliquito de turno. Las enfermeras lo prolongaban todo lo posible conversando con los guardias, entreteniéndolos, mientras me enseñaban a lavarte o a ajustar tus pañales. Te tenían con los prematuros, para cuidarte mejor y solicitar mi presencia con frecuencia (aunque no lo lograran).

No fue igual con las doctoras, pediatras mujeres, increíble, que me presionaron con insistencia para separarnos. Me hablaban de los riesgos que correrías en un cuartel, o en lugares sucios, húmedos, las infecciones, los contagios… Pero yo no podía, hijo, dejarte.

Supe enseguida que hice bien. En el cuartel del quilómetro 14 de Camino Maldonado nos esperaban cuarenta compañeras. Cuarenta mujeres. Algunas, amigas entrañables, otras nuevas, con las que convivimos en susurros (para que no te sobresaltaras tanto) durante esos

hermosos, especiales cuatro meses, y con las que construimos allí y para siempre lazos indestructibles.

La decisión de cuál sería tu lugar no tuvo dos opciones. Las dos querían que fuera en lo de Chiche, mi madre.

Si bien tus abuelas no se conocían mucho entre sí, creo que les bastó una mirada para hermanarse. Sensibles, solidarias. No había rivalidad.

Cacha ya había comenzado la dolorosa búsqueda, que todavía continúa. Oficinas, cuarteles, juzgados, trámites, entrevistas. La angustia y la desesperación. Chiche la acompañaba algunas veces. Cada timbre un sobresalto, una ilusión. Su carácter dulce no cambió, su inmensa tristeza no la resintió. Años después encontró un lugar para sumar reclamos, compartir desesperanzas y no bajar los brazos, junto a otras madres… otros hijos, en el grupo de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos.

Mi madre me regalaría esos años la paz que necesitaba. Sus brazos te dormían, su voz te consolaba. Sólo ella te daba de comer y te bañaba. Asumió tu cuidado en modo casi exclusivo. Se asesoró para hacerlo (por tu estabilidad, dijo) aunque era innecesario, pues así lo hizo con sus cuatro hijos, nosotros, y lo repetía ahora contigo.

Cuando nos separan definitivamente, hijo, ¡qué desgarro! El último baño, la última mema, la última canción en mis brazos. Cada una se despidió de ti a su manera... Ana, Jerry... tenían sus hijos chiquitos esperándolas. Otras se preguntaban si serían madres alguna vez. La “Condesa” recibió en ti a su primera nieta que nació en esos días. Corté mechoncitos de tu pelo para regalarle a Teresita y a la “Eta”, que compartieron tus cuidados conmigo y me dieron tanto sostén. “Ellos” no nos alivian nada, por supuesto. Ese día no te fuiste, esperamos todo el día, se hizo la noche, nadie avisó nada. Fue el día siguiente. En vez de ser yo quien te entregara a Chiche, como estaba autorizado, te arrancan de mis brazos, después de un largo forcejeo y te llevan. Qué aluvión de sensaciones se unieron ese día. Todo lo postergado durante esos meses se vino de golpe con tu partida. Lloré, me desesperé, me abatí. Las fuerzas me abandonaban. ¿Cómo continuaría?… En el mismo momento que abuela te llevaba a su casa, a mí me trasladaban nuevamente al penal. ¡Dejaba tanto en ese cuartel!

Por suerte allá, las compañeras también me esperaban. Me rodean todas cuando vuelvo. Mi mismo sector. Tengo que contar todo de ti,

cómo son tus manos, tus ojos, tu piel. La sola pregunta distiende las caras, ilumina las sonrisas; y tu presencia vuelve, de otra forma, que será la de esos años. ¿Te reconoceré en la próxima visita?¿Tendrás aún recuerdo de mi olor?

La vida en el penal era muy dura con nuestras debilidades. No había por qué hablarlo, nos apoyábamos con calidez y nos íbamos acomodando. No era bueno dejarse ir por rumbos inciertos, dejarte ganar por las añoranzas.

De esas pérdidas te puedo hablar ahora, pues aún me duelen. Perdí ese hueco en mi cuerpo que era tuyo, ese ensamble físico que queda de dar la teta, del mimo, que se va transformando al crecer (como sucedió con tus hermanos, años después) en esa sensación segura que tienen ellos de que mi cuerpo les pertenece, y vuelven a buscar cobijo. No estuve esos 15 días que lloraste cuando nos separaron, ni te esperé ansiosa en tu primer día de jardín.

Yo reconozco nuestra forma, que es profunda pero cuidadosa, respetuosa al acercarnos y esa mirada madura tuya, que te acompaña desde el día que abriste los ojos por primera vez. Sé que nos encontramos y nos tenemos, hijo. No sólo el uno al otro y al maravilloso padre que luego te ayudó a crecer, sino todo esto que te cuento, todo es tuyo. Y si puedes, como sé que lo has hecho, separar el dolor, encontrarás el capital de vida, de fuerza, de compromiso con la integridad y los valores que te han rodeado. Las manos que te han tendido y las que hemos tendido nosotros también.

No siempre resulta fácil, lo sé. Cuando pienso en Chiqui, tu padre, se me confunde el mundo. Me inunda la rabia, la impotencia… se me oscurece el alma. La impunidad que se mantiene ahoga más que lo vivido. No elegimos el momento que nos toca vivir, pero una vez allí, la forma elegida de cómo vivirlo es la que te acompañará. El compromiso con lo que hacemos, con nosotros mismos, con los que queremos y con los que no conocemos pero necesitan una vida digna, un futuro que no los excluya, hacen que valga la pena no renunciar a los valores que nos dan sentido y continuidad.

Gracias por entenderlo y aceptar así nuestro inmenso amor.

Mamá

Para Armando Marcos Blanco, aunque podría también haber sido para Horacio Rovira que, de tan iguales que vivieron y que murieron, los milicos confundieron, o quisieron a propósito confundir, los cadáveres, que entregaron cambiados a las familias.
Hermanos en la vida y en la muerte.

II

no le dejaste nada, ni una foto
no le dejaste nada
le dejaste tu mirada
en el recuerdo
tus boletines del colegio
tus pasos, los mejores
y se quedó pegada a ti
pegada
y sola
pegada a tu sangre terrible
pegada a tu cadáver confundido
a tu cabeza que con odio dieron contra las paredes
después de muerto
muchachito
muchachito que de tan chiquito
ni un hijo pudiste dejarle

Clara

Marujita

"Yo sabía que del lado de allá estaban los malos y del lado en que yo estaba, estaban los demás", así de concreto era el pensamiento de Mamá en cuestiones de ética, de justicia, de política. No fue educada en cuestiones de aquéllas "porque la política es cosa de hombres", había dicho su madre y ella obedeció.

Parece ser que la excepción había sido la abuelita Prestes, –la que nació en una carreta viniendo de Brasil– y que cuentan que se ponía brava discutiendo acerca de las peleas de blancos y colorados... Pero así había sido la abuela Prestes; las demás mujeres de la casa, no.

Gente tan educada como pobre, la familia de Mamá se fundó en Montevideo a partir de la rama Henestrosa de un oriental de Soriano, –el de la madre nacida en una carreta– y una señorita porteña –con el mismo apellido por ser sobrina segunda de él–, huérfana, criada refinadamente por unos tíos que eran terratenientes en las feraces llanuras argentinas, señorita que no sabía hacer nada salvo patinar, hablar francés y sostener abanicos de nácar entre sus manos finas pobladas de cintillos con brillantes.

De aquella unión peculiar, distinguida y algo fracasada en los negocios, amadora muy sincera de la Ilustración, nació María Elfrides, y antes de ella dos varones que –como el padre– pudieron colocarse de policías en aquel Montevideo inocente de las primeras décadas del XX. El padre de Mamá llegó a ser comisario; murió joven siendo respetado. La madre de Mamá imprimió la prestancia adquirida entre la oligarquía porteña en aquella familia que vivía modestamente, por temporadas en Villa Muñoz y otras en el Cordón, a veces a la sombra de parientes de mejor fortuna.

A Mamá no le permitieron estudiar. Es más: ni siquiera hizo primero y segundo en una escuela, sino que los salvó con una señorita que iba a enseñarle a casa, "para que no estuviera en los peligros de la calle". Entró a

tercero y asistió hasta sexto de primaria y –pese a sus intensos deseos– no pudo hacer la secundaria "porque no había quien fuera a llevarla y a traerla de un liceo". Sus hermanos ya habían salido a trabajar y no podían acompañarla. Fue condenada, pues, a entender sobre tareas del hogar...

No conocí a nadie más tan ávido por conocer los secretos de las ciencias médicas; siempre la vi leer con fruición aquellos manuales populares del tipo de "El Médico en el Hogar"; recordaba a pie juntillas las opiniones de los doctores que trataban a familiares y allegados al punto que el pediatra, cuando nos visitaba para diagnosticar alguna enfermedad, luego de revisarnos levantaba la cabeza y le decía: "¿Y, Marujita, qué es? ¿Qué hay que hacerle a esta nena?".

Mamá, llena de un orgullo triunfal, ese orgullo que nunca la abandonaría, casi una discreta altanería, decía: "Escarlatina. Hay que aislarla. Lo primero será un enema para bajar la fiebre..." y así seguía recitando los remedios al uso de la época. Del mismo modo, leía con fruición los prospectos de los medicamentos hasta conocer su composición, sus efectos secundarios, las contraindicaciones y retenerlo todo en su cabeza de médica "frustrada-pero-no".

En realidad no sé si su memoria se había desarrollado con la lectura de aquella peculiar literatura o con el acopio y relectura de los recortes de poesía que guardaba en cuadernos. Hoy, a los 87 años y con un coágulo en medio del cerebro, es todavía capaz de recitar "Vosotros los que amáis los imposibles, los que vivís la vida de la idea…" y –si la provocamos– saltar rápidamente y seguir con "Preténdeme pura, preténdeme blanca, preténdeme casta....".

Casada, siguió siendo una voraz lectora autodidacta, organizando su vida entre plancha, lavarropas y buñuelos, reconfortando mi llegada de un examen –festejo o consuelo– con la preparación de mi postre favorito: su incomparable pastel de chocolate.

***

En 1971 fue convencida por Zelmar, casi seguramente. Sería demasiado omnipotente si dijese que fuimos mis compañeros y yo quienes la arrastramos en su opción política. Papá no la siguió, por entonces estaban separados, de modo que el hecho no generó siquiera una mirada de disgusto entre los dos, que seguían amándose y desamándose, sin resolver las cosas.

Su casa era el lugar preferido de nuestras reuniones de jóvenes, donde se alternaban las discusiones con las actividades lúdicas: jugar al diccionario, a las barajas, tanto como escuchar, con ansiedad curiosa, un casete mil veces regrabado con las declaraciones de Bardesio, única actividad "ilegal" que llegó mi madre a realizar a lo largo de su vida entera, (salvo que sea ilegal no sugerir –porque ni siquiera lo sabía– dónde estaba su hija, cuando las Fuerzas Conjuntas allanaron su casa).

Desde abril de 1972, yo la llamaba cada noche para ver cómo estaba. Aquella noche de setiembre pregunté en el teléfono: "¿Cómo estás?". Y ella me respondió: "No; acá no es el convento de las hermanitas del Huerto". "¿Están?", volví a preguntar. "Sí", dijo ella y colgó.

Se la llevaron presa.

Estuvo de plantón, privada de la vista con un chal que le ataron a la cabeza. Escuchó asquerosas informaciones acerca de su hija, que no venían al caso. Yo me imagino que se lo tragó todo con esa dignidad que siempre tuvo. Digo "me lo imagino" porque fui tan cobarde que nunca pregunté qué le habían hecho y ahora está tan vieja... que no me atrevo a hacerlo.

A todos mis amigos se los llevaron presos. Les preguntaban qué hacían en casa de Marujita y –casualmente todos– contestaban que... "jugaban al diccionario". ¡Cuántas tardes y noches de risas se nos habían pasado en 1971 y 72 jugando al juego de inventar definiciones de palabras raras...! Todos mis amigos se ligaron plantones y palizas por cultivar la amistad y la sana discusión en lo de Marujita.

Cuenta una amiga mía, a quien también llevaron, que reconoció a Mamá por el color de su tapado, que estaba de plantón y que tenía los pies hinchados. Era un ama de casa. Tenía 58 años. En 1972 no había –técnicamente– dictadura… ¿O sí? Cuando al día siguiente su hermano mayor la sacó de la comisaría de la calle Canelones, haciendo uso de sus contactos, en el viaje de vuelta contaba ella que el hermano le dijo: "Hacé de cuenta que tu hija se murió". Pero la historia demostraría que la sencilla señora del hogar no habría de hacerle caso a su hermano el jerarca policial, entonces retirado. Curiosas influencias las del tío: yo nunca aparecí en los diarios con el apellido de él, es decir el de mi madre. Fraternidad... él tuvo; pero también se salvó del enchastre de su nombre.

Por ese tiempo fue que aquella hija y hermana de policías acuñó su

frase más exacta: “Yo sabía que del lado de allá estaban los malos y del lado en que yo estaba, estaban los demás”. El mundo entero se le había dado vuelta a la Vieja aquella noche del 72. Vuelta a su casa de mujer sola, alguien, al ver las ventanas abiertas, tocó el timbre y le regaló a Mamá ¡una costilla!

Mamá no sabía quién había sido el de la ofrenda; en sus relatos no quedan registrados ni los rasgos del donante, ni si era hombre o mujer, dónde vivía, qué dijo al entregársela: fue una costilla que dejó Juana/Juan Pueblo en casa de Mamá después del cautiverio.

Con sus gestos mesurados de siempre, ella se guardó los recuerdos de aquel momento aciago y dedicó una buena parte de su vida a seguirme por el mundo, en un exilio de una docena de años. Una amiga que siguió visitándola en mi ausencia cuenta que llegaba, se sentaban y hablaban de... la vida, pero nunca se reabrieron los recuerdos de aquello. Muchos años después –y en tono de jarana– me contó que cuando se cansaba del plantón se deslizaba suavemente hasta el suelo y descansaba, antes de que volvieran a mandarla otra vez al plantón. No contó más nada; en realidad, ninguno preguntó a nadie cómo le fue y yo misma la traté a ella como a una militante... ¡A mi Vieja! Después de su salida la bauticé –por carta– “La Capitana”.

***

En 1975 sonó el teléfono en casa de Mamá. Llamaban desde Buenos Aires: yo no había vuelto a mi departamento. Marujita cruzó el Río de la Plata de inmediato, caminó toda la gran ciudad, habló, preguntó, averiguó en todas partes. Zelmar estaba allí, apoyándola, como a tantos. Dicen que salía temprano y volvía a la noche, buscando y rebuscando, alimentada por los cinco Valium que debía ingerir cada jornada. Finalmente me halló; siguió mis pasos hasta la cárcel y una vez que estuvo segura de que ya no desaparecería, me dijo que debía volver a su casa “porque tengo que a atender a tu padre”. Le salía de nuevo de adentro la geisha para la que había sido educada, la mansa Marujita de las comidas ricas que cuidaba al marido recién reconquistado. La entendí y le dije que se fuera tranquila.

Pero detrás de la mansa mujer que se alejaba vi que se iba la nieta de aquella brasileña nacida en la carreta, la que peleaba “como un hombre por cuestiones políticas”. Su parte altiva la había mantenido con el cogote

duro ante tanto comisario, tanto juez, tanto comisionado. Se había ganado con exceso el grado de capitana que yo le había otorgado años antes. Jefa gaucha de una Policía de la que había partido, porque en realidad mi madre –como decía Papá– para criarnos fue “muy milica”, pero quizás de unas milicias de otro tiempo, de un tiempo que vendrá.

***

Cuando aquel plebiscito por el cual intentamos derogar la Ley de Impunidad, Mamá quería francamente que llegara la paz. Había sufrido en su carne, mejor decir aun en medio de su útero, las consecuencias de todo lo pasado, quería que viviéramos en paz: la propaganda la había convencido. Escuchamos su opinión con el respeto que Papá, viejo batllista, había impuesto desde siempre en la familia. “No es necesario levantar la voz; que opinen todos y que después cada cual obre de acuerdo a su conciencia”, había enseñado el Viejo. Mamá había dicho lo suyo. Los hijos dijimos solamente: “Pensá en todo lo que te hicieron y que hicieron”.

En silencio, me quitó de las manos –con su gesto medido, bien de ella– el sobre que le llevaba con un voto verde. Lo guardó en su cartera junto a la credencial, con aire de patricia.

Toddy

MADRES

Desde mi desprotección de niña, te miro hoy. Tú, pequeña y tibia, regordita y frágil; te miro hoy y traspasando tu cuerpo llego a tu fuerza inmensa y necesito decirte todo lo que fui gestando paulatinamente a través de estos años. Desde mi adolescencia violenta y rígida, desde tu menopausia irritable y no comprendida, llego hoy a poder verte, mirarte y decirte todo lo que fuiste en mi vida de afectos perdidos. Sos mi afecto perseverante que permanece hasta ahora.

El país convulsionado, tú aparentemente apática frente a ello; no sé si sabías qué era la represión, si sabías los días que había manifestaciones, por qué estábamos luchando, los compañeros que mataban, dónde estaba yo cuando reprimían. Nunca me lo preguntaste, me sentías llegar de noche, cansada, a comer lo que pudiera haber y a ver televisión y no me decías nada. Creías que volvía al mimo del hogar, como una nena de mamá y papá. ¿O te lo negabas a vos misma? ¿Alguna vez fuiste consciente de lo que estaba pasando y de mi compromiso con eso?

Sí, aquel día –algunos antes del golpe– me pediste para hablar, sentadas ambas: “Alicia, sé que estás en algo y siento que podés correr algún peligro”. Me lo preguntaste. Fui objetiva, te expliqué que la situación era difícil, que estaba metida en la militancia, que podía caer presa como cualquiera de los compañeros que todos los días caían. No me dijiste nada. Absolutamente nada.

No hubo consejos, no hubo abrazos, no hubo lágrimas. Pero, ¿cómo te sentiste por dentro?

¿Te angustiaste? ¿Hubieras querido abrazarme y decirme: no te arriesgues, sos mi hija adorada?

Pero no me dijiste nada.

Pocos días después de esa conversación, caí presa.

Durante la tortura te trajeron ficticiamente en una grabación de una madre que lloraba. Me decían: tenemos aquí a tu madre, escuchá. Nun-

ca creí que fueras tú. Era un llanto desesperado, lejano; tú no llorabas así, tú no eras así, tú no estarías nunca allí. Tú estabas lejos de los cuarteles y las torturas, no pertenecías a ese mundo, no podías estar allí.

Después, tu largo caminar junto con Aurora, tras los cuarteles, buscándome. Cuando me lo contabas creía verlas, juntas las amigas, subir las escaleras, esperar en las puertas grandes e insondables de los cuartes, del Comando General. Tú, madre callada, no involucrada, y sin embargo llegaste a involucrarte totalmente en mi búsqueda.

Tan distinto a mi padre que, siendo fiel a su cobardía, se limitó a declararme desaparecida en la comisaría, lo cual me implicó quedar como requerida y ese episodio amargo al salir y buscar la categoría: la fiesta de los milicos diciéndome que estaba requerida. Y yo que acababa de salir de la cana.

Dos actitudes. Del hablador y su conducta; de la pequeña mujer, encubierta por el gran Zeus que la empalidecía y sin embargo sacó toda su grandeza en el peor momento. No tuviste miedo y me defendiste desde adentro de ti misma, sin pensar en tu riesgo, en tu dolor. No era inconsciencia de lo que te pudiese pasar, no fue desde ahí; fue desde la madres que busca a su hija.

Mi gran acercamiento a tu imagen de madre se fue enmarcando, pudo salir de la borrosidad del medio familiar y de mi adolescencia y tu menopausia de mujer despreciada frente a ti misma. Te fuiste volviendo grande de a poquito. Fuiste honesta conmigo y contigo misma.

Lograste saber dónde estaba. Mis recuerdos del vagón no son tristes. Habíamos salido de la paliza, parecía que volvíamos a la vida, empezaba uno a pensar en que iba a seguir viviendo.

Nada sabíamos de nuestras familias. Esperábamos el primer paquete ansiosamente como la señal de la presencia familiar, de que sabían que existíamos.

El primer paquete. Nunca voy a poder olvidarlo. Mi exaltación al recibirlo, no recuerdo el envoltorio. Recuerdo que rompiendo bolsas y papeles me abalancé sobre su contenido.

Un rulero finito –yo nunca había usado ruleros en mi vida; recuerdo que tú te ponías uno en el cerquillo; era tan tuyo, tan cómico– con la correspondiente pinza para sujetarlo en su lugar.

Un peine chico y roto, al que le faltaban dientes.

Un lápiz de labios (yo nunca me pintaba los labios).

Una pasadita de papel higiénico –como cuando uno va al cine–. ¡Cuántos rollos de papel iba yo a usar durante largos cuatro años!

Primer paquete delirante, totalmente alucinógeno. No pude más que reírme y compartirlo con las demás.

Después pensé cómo te habría conmovido prepararlo, cómo estarías de despistada, cómo yo te había mantenido alejada de la realidad, tanto, tanto, que te alcanzaba una pasadita de papel higiénico.

Tu hija seguramente volvería mañana o dentro de un ratito. Mamá, qué lejos estabas de todo lo mío en ese momento y, sin embargo, estuviste conmigo siempre. Estuviste tú, más que nadie.

Te fuiste convirtiendo en Madres con mayúscula de a poquito. Nunca muchas preguntas, ningún reproche, ningún comentario de más. Estuviste siempre desde tu mirada de madre, tan inmenso y tan sencillo como eso.

Tan lejos estabas de la realidad que yo vivía, que el día de mi cumpleaños, a tres días de mi desaparición, me esperaste con la mesa puesta con mi plato favorito, el guiso de gallina. Allí quedó, enfriándose y tú esperándome, seguramente creyendo que me habría entretenido en alguna actividad de militancia, pero que volvería.

Hoy que soy mamá, entiendo cómo puede uno llegar a negar el dolor que no quiere y no puede ver de sus hijas.

Te confieso que en ese momento todavía no te entendía.

Después te bancaste toda la arbitrariedad de los milicos, desde tu mirada apartada de la militancia, de lo ideológico, sin recriminaciones, sin culparme.

Yo empecé a sentirme culpable de verte venir, infaltable todas las quincenas a traerme tu cara en la reja. En ese momento, pensaba, es lo que deben hacer, venir y apoyarme, me lo deben como padres. Pero de a poco empecé a agradecer, veía el sacrificio, veía el cansancio a medida que pasaban los años y no salía.

Pero tú no te cansaste nunca. Siempre estuviste.

Los demás, más débiles –no sé si menos sensibles o menos solidarios conmigo, eso no lo sé aún hoy–, no aparecían o lo hacían cada tanto, intentando deslindarse del hecho.

Tú no, tú no faltabas.

Recuerdo cuando te enfermaste y me pedías perdón por no poder ir. Y prontamente volviste.

Vi tu cara seria, cargada de sufrimiento pero sin verbalizarlo. A veces me preguntabas bajito si me trataban mal. ¿Qué podía decirte yo? Nunca lo supiste.

Todavía me veías como la nena de papá. ¿Te acordás cuando estuve en el hospital y otra vez me habías perdido la pista? Fuiste a verme al Penal de Punta de Rieles y no estaba.

Otra vez me buscaste, hasta que recibí tu carta en el hospital. Me decías que te imaginabas cómo me sentiría, yo que lloraba porque me había lastimado un dedo.

Otra vez me desconcertabas. Mi dedo, mi dedo con gangrena de un año. El cuento de lo que sufrían quienes tuvieron que sostenerme en la falda mientras el médico sacaba pedazos de piel de mi dedo podrido e injertaba los nuevos.

Lloraba por mi dedo otra vez. A ti te dolía mi dolor.

Así, fuiste y viniste ese camino largo que iba desde el penal hasta el locutorio (así se llamaba ese enrejado de monos con milicas a los costados donde teníamos la visita).

A veces venía Jandy y recostaba la cabeza entera contra la reja, los ojos rojos, llorando muchísimo.

Me dolía verlo, ya no quería que volviese más. Tú sí, tú me mirabas y no llorabas. Tú me mirabas y no preguntabas.

Sé que te movías afuera por mi libertad, que hablaste con el juez. Mi hija no mata ni a una mosca.

Las hijas buenas también pensaban y molestaban, cada uno desde su lugar. Yo desde el mío, sin revólveres ni tiros, sólo con mis ideales de mundo justo, sólo desde mi lugar de estudiante.

La salida. Esperaste cuatro años llena de angustia, viviendo con Jandy la oscuridad de la situación familiar y también de lo colectivo.

Sé que no coincidías con mis ideas; tu solidaridad, tu acompañarme siempre, tu no olvidarme, tu resguardarme presente salían desde la maternidad más primitiva, más auténtica.

Eso lo aprendí plenamente y fue lo que me llevó hacia ti con inmensa gratitud pero, sobre todo, sintiendo que eras el sostén que yo tenía afuera.

Salí un día cualquiera, a cualquier hora, avisándote tres horas antes.

Me llevaron a casa vendada. Después de cuatro años sin haber pensado nunca en él, recordaba perfectamente mi teléfono. Te llamé, estabas tú sola en la casa. Me esperarías.

Me bajaron del carromato y me dejaron parada con mis vaqueros y mis medias amarillas frente a la puerta grande de madera vieja. Toqué el timbre. Había esperado tanto este momento, tenía tantos cuentos de las compañeras que habían salido antes.

¿Quién estaría en casa, esperándome? ¿Qué color tendría la frazada que cubría mi cama? ¿Habría flores en algún florero para recibirme? ¿Cómo estaría mi cuarto? ¿Estarían las cosas intocadas como cuando yo me había ido? ¿Habría pizza para comer? ¿Cuánta gente de la familia estaría allí, esperándome?

La larga escalera se me hizo larguísima esperando que tú la bajaras. Allí nos abrazamos. Había salido en libertad.

Subimos la escalera. Tu rostro había perdido la actitud de entrega que tenía en las visitas. Estaba triste, muy triste.

Subimos, no había nadie. ¿Por qué? Siempre me lo pregunté, ¿por qué no había nadie esperándome?

¿Por qué mi cuarto había desaparecido, por qué no había una cama para dormir en casa después de tantos años?

¿Dónde estaba mi ropero pintado a mano, dibujado por el Turco?

¿Dónde estaban mis hermanos?

¿Dónde estaban mis amigas?

¿Dónde estaba mi familia?

¿Dónde estaban las flores del mundo?

¿Dónde estaban la pizza y la cerveza?

¿Dónde estaba el encuentro y la alegría?

No estaban. Ustedes también estaban presos de vuestros propios dolores, peores porque no había juez externo que pudiese decretar la libertad de los sufrimientos de los adentros.

Triste, muy triste la casa, muy triste tú.

¿De qué hablamos? ¿Quisiste saber? Sí, un poquito. Rápidamente me dijiste: eso ya pasó, ahora estas aquí, libre otra vez.

Yo embuché mis cuentos, mis horrores, mis soledades, mis miedos y volví a ser hija.

Tú pudiste entonces reenganchar con tu angustia.

Todo volvía a ser como antes.

Otra vez te convertiste en madres cuando me fui a San Ramón. La única persona que venía a vernos eras tú. Llegó la abuela. Era todo una fiesta.

Ser abuela. Sé que te costó pero llegaste a querer a mis hijas con todo tu corazón. Te he visto sufrir con sus sufrimientos, deleitarte mirándolas con amor, verlas crecer y abrazarte a ellas desde tu pequeño físico de hoy; mis hijas creciendo y abrazándote desde su fuerza adolescente.

Vi tu amor hacia ellas, como lo tuviste durante todos los años largos que solita caminabas el camino eterno desde la entrada del penal hasta las rejas de la visita, siempre, cada 15 días.

Hoy, madres, sos más madres en la abuelez, en la complicidad con mis hijas.

Quiero que sepas todo esto.

Es para ti.

Quiero que sepas que gracias a ti pude sentir el afecto de la familia.

Tu afecto con respeto, entendiéndome de a poquito, a medida que los años fueron pasando para llegar al ahora en el que creo que realmente me entendés.

Te quiero mucho, mamá, y valoro enormemente las instancias en que en forma incondicional estuviste junto a mí en todo lo que emprendí.

Sé que te alegrás de mis éxitos y te entristecés con mis dolores. Sé que mis continuidades, mis hijas, son tan queridas para ti.

Por la coherencia de tu presencia en el amor de madres, éste intenta ser un homenaje para ti.

Violeta

Ella

El ómnibus se detuvo. Ella se incorporó como lo hizo durante tantos años –una vez por mes– pero cada día con mayor dificultad. El mal de Parkinson avanzaba, pero ella se esforzaba por restarle importancia. Sus miembros se ponían cada vez más rígidos. Primero le atacaba el temblor, luego ingería los comprimidos y al poco rato estaba calmada. Pero tantos años de tratamiento le produjeron una rigidez muscular y dolores intensos que ella ocultaba para que la dejaran viajar sola.

Levantó una vez más los pesados bolsos, que mes a mes –por años– cargó con energía. Con energía y con rabia. Seguramente esa rabia le daba la fuerza necesaria para seguir.

Las manos jóvenes y fuertes del guarda tomaron los bolsos y a la vez la sostuvieron para que no se cayera. Descendió sin ver nada y sintió que por detrás dos brazos fuertes la sostenían apretándola, a la vez que la hacían girar para enfrentarse. No; no podía ser. Todavía estaría dormida en el asiento y soñaba. ¿Era él? Sí, era él. No había duda. Porque ahora él hablaba y reía. Y podía tocarlo. Podía abrazarlo. Ya no tenían que rozar la punta de sus dedos a través de la malla.

Cuántas veces a lo largo de los años había soñado este momento. Pero nunca imaginó que sería así. Estaba tan feliz. No podía estar decepcionada. Pero ella lo había imaginado todo diferente. Ella imaginaba que un día el gobierno anunciaría: “Mañana se abrirán las puertas de las cárceles y saldrán todos los presos”. Sería algo grandioso. Porque ella quería que fuese así, que saliesen todos los presos el mismo día y a la misma hora, porque así la felicidad sería completa para todas las madres, para todos los hijos, para todas las esposas, para todos los hermanos y para todos los amigos. Que salieran de a uno no le gustaba porque parecía que la dictadura no se terminaba, en cambio si un día salían todos juntos ese día sí era el fin. Muy claro lo tenía. Y ella se pondría sus mejores galas y se iría a la puerta del penal a esperar con

toda la gente. Y estarían las radios, los diarios y la televisión. Y cómo disfrutaría ese día. Vivía imaginándolo.

¿Tuvo conciencia en ese momento que terminaba allí una etapa de su vida, que ya no tendría que luchar tanto contra su enfermedad? ¿Tuvo conciencia que a partir de ese día empezaría a derrumbarse, que paradójicamente sentiría que ya nadie la necesitaba, que estaba muy cansada y que en poco tiempo moriría?

El día que supo que su hijo estaba preso pensó que era un arresto a rigor que no duraría más que un par de semanas. Cuando los hechos la convencieron de que la motivación era política y que sería por mucho tiempo, ella, que había aprendido a vivir sola, sintió la falta de su compañero para que la sostuviera. Pero se levantó sola. Lloraba en silencio dentro de las paredes de su casa, pero siguió andando por la calle, con la misma serenidad que siempre, con el mismo orgullo por sus hijos que siempre.

Nunca había viajado sola a ninguna parte y menos a la capital, pero empezó a hacerlo. No quería que nadie la acompañara. La primera vez que lo hizo fue a un cuartel. Fue el Día de la Madre. Le dijeron que no podía entrar. También le dijeron que no podían entregarle nada y que tampoco podían decirle a él que ella había estado allí. Porque él estaba incomunicado.

—Pero es el Día de la Madre y él es mi hijo –dijo con la mayor serenidad pero con firmeza, como si nadie en el mundo, ni siquiera los dictadores pudieran contradecirla. El tenía que saber que ella estaba allí. Ella que había sido esposa de un comisario, que con sus manos le preparaba la comida a los presos, la misma comida que preparaba para su familia, ella que más de una vez lloró para que su marido sacara a un preso del calabozo y lo pusiera en la cuadra para que pudiera respirar mejor, ahora tenía que soportar que no le pudieran decir a su hijo que ella había venido a verlo. A su hijo, que ella sabía muy bien que no había cometido ningún delito.

El tenía que saber que ella estaba allí separada por unos pocos metros. El capitán se conmovió, le trajo una hoja y una lapicera. “Escríbale –le dijo– yo se lo haré llegar, pero nadie debe saber, es mucho lo que me juego.” Ella regresó orgullosa de su hazaña. Llegaría o no aquella nota, pero ella estaba convencida de que sí.

Viajó cien quilómetros de ida y cien de vuelta durante nueve años una vez por mes. A cada compañero de asiento que le tocó le contó –orgullosa– el motivo de su viaje. ¡Cuánta labor propagandística antidictatorial hizo en la semiclandestinidad de sus viajes! Porque nunca se calló. Cuando alguien le preguntaba en un susurro por su hijo ella contestaba en voz alta, porque no tenía nada que ocultar ni tenía miedo a nada. Cuando no tenía compañero de asiento para charlar se dejaba llevar por los recuerdos.

Recordaba cuando subió a un tren por primera vez para viajar al pequeño –y para ella lejano– pueblo adonde su marido había sido trasladado. Esa vez sí tuvo miedo. Por la noche –durante mucho tiempo– soñaba que alguno de sus hijos se le caía bajo las ruedas, cuando viajaban a ver a sus abuelos. Empezaron a viajar en ómnibus, pero también sentía miedo, porque siempre tuvo miedo de que a alguno de sus hijos le ocurriera algo. Como todas las madres –piensa. Y cómo hay hombres que no respetan la vida humana. Ellos no piensan en sus madres; no piensan en sus hijos.

Con los ojos cerrados piensa cómo soñaba con irse de ese pueblo donde no había futuro para sus hijos. Cuando oía pitar el tren se asomaba a la ventana y era lindo verlo pasar aunque le diera miedo, y soñaba con el día en que lo abordara por última vez para irse a vivir a la ciudad. Soñaba con el día en que se pusiera su traje de chaqueta negro, si era verano con la blusa blanca y si hacía frío con un pulóver de lana, se pondría sus zapatos negros de plataforma, se peinaría su moño y se iría para siempre. Ella tuvo por años ese traje de chaqueta y esos zapatos, pero llevaba su pobreza con tanta elegancia que nadie se daba cuenta de que ella era pobre. Ella no quería que nadie supiera que remendaba y zurcía, tenía una rara conciencia de clase, sabía que era pobre y no se avergonzaba de serlo pero a la vez no le gustaba parecerlo. Ella siempre decía que quiso ser maestra pero que su madre no la dejó estudiar porque en aquella época las madres no querían que sus hijas mujeres anduvieran solas por la calle.

Un día se alquiló una casa en la ciudad y se fue sola con sus hijos para que fueran al liceo; su marido estuvo de acuerdo porque ella siempre tenía razón. Eso es lo que ella piensa mientras el ómnibus continúa su monótona marcha, se detiene y arranca, atraviesa quintas con manzanos, atraviesa viñedos que le recuerdan a los de su padre y cuando

pisaban la uva para hacer el vino. La abuela advirtió que era peligroso para los chiquilines estar en la ciudad sin el padre pero ella dijo que no porque estaban bien educados, y nunca tuvo problemas.

Se ha detenido el ómnibus. Con tantas cosas en la cabeza el viaje parece corto. Como tantas veces, baja con sus bolsos. Toma un taxi y va ahora a San José y Yi. Allí puede ver a su hijo, conversar con él y abrazarlo. Y también darle los bolsos. ¿No se habrá olvidado de algo? Porque él no pide nada, aunque necesite, porque no quiere molestar, "si supiera que uno vive pensando en él todo el tiempo. Ya no disfrutamos ni de Navidad, ni de los cumpleaños, ni de nada porque siempre estamos pensando en él que está ahí encerrado". Si el padre viviera, él que odiaba tanto la injusticia quién sabe lo que haría. Y cuando desapareció del cuartel, se lo ocultaron, si no hubiera muerto de desesperación cuando sintió por la radio lo de los cadáveres que aparecieron en la costa. Se lo contaron cuando apareció. "Cómo pudieron disimular tanto dolor" y lo hicieron por ella, porque pensaron que no lo resistiría.

Un día le avisan que no vaya a San José y Yi. Ahora tiene que ir a Punta Carretas. El solo oír mencionar la cárcel le da mucho miedo, pero se sobrepone. Irá allí durante siete años. Traspasa guardias y portones, con su salud cada vez peor. Ahora no puede abrazar a su hijo, sólo se tocan con la punta de los dedos, pero lo ve, habla con él. Está bien, ahora tienen patio, hasta puede mojarse con la lluvia y ver el sol. Pinta, hace manualidades, escribe, hasta parece estar contento. Él le dice que pronto saldrán.

Ahora regresa dormida en el ómnibus. Sueña con el día de la graduación de su hijo. Para esa ocasión la familia tuvo que gastar tanto como cuando ingresó. Claro que cosas diferentes; hay que comprar trajes para los varones y vestidos para las mujeres; zapatos para todos y los pasajes. Pero se compra todo en cuotas. Fue una ocasión tan especial, irrepetible. También fue toda una aventura. Nunca la familia había viajado junta a la capital. Fue la primera y la última vez. La única vez. Su marido murió poco después. Ni una sola fotografía tiene de la fiesta, pero tiene todo tan vivo en su memoria.

Ahora va de nuevo. Es Navidad y podrán estar juntos, será como una fiesta, cree que hasta habrá una actuación de los comunes. Ellos también le dan mucha pena. A través de los vidrios ve cómo llueve.

Siente mucha tristeza; es verano, pasará pronto y saldrá el sol. Se adormece y recuerda las conversaciones con sus hijos cuando él venía de visita. Eran discusiones fraternas porque él siempre fue muy respetuoso de lo que pensaban sus hermanos. “Qué raro –piensa– él está preso ahora y los hermanos no.” “Bueno, por suerte, estar destituido es un mal menor.” Se vivían tiempos difíciles: pobreza, luchas obreras, represión, avance de las ideas marxistas, cosas que ella –que sólo había ido hasta cuarto de escuela– fue aprendiendo de a poco. Y comprendiendo. Y fue madurando y tomando posición. Y alguna vez se atrevió a preguntar a su hijo de qué lado estaba. Y se atrevió también a decirle que recordara cuál era su clase y que no lo olvidara. Porque las cosas se estaban poniendo cada día más feas y había que optar. Ella que no había terminado la escuela lo tenía todo claro. Como lo tuvo siempre muy claro, como cuando supo que su hijo estaba preso, ella pronto entendió por qué estaba preso y que lo estaría por mucho tiempo. Él había hecho su opción y había perdido. “Había tirado su carrera por la borda” –le dijo un militar conocido. Pero ella no le contestó, porque no valía la pena, pero ella sabía que su hijo no había perdido, que algún día los presos recobrarían su libertad, igual que todo el pueblo, y los otros serían juzgados.

Tantas y tantas cosas desfilan por su memoria en tantas y tantas horas de viaje a lo largo de nueve años. Y ahora él la recibe en sus brazos, así sin avisar. Está desconcertada. Ríe y llora. ¿Cuándo salió? Anoche. ¿Por qué no me avisaste? No tenía a dónde. Pero no dormí y temprano me vine para el centro a esperarte, yo sabía que hoy venías. Tengo que avisar a casa. No, ellos ya lo sabrán. La radio lo está dando. Bueno, hoy te recibo en mi casa. Abuela, hoy almorzamos juntos, papá, mamá, vos y yo, por primera vez. Cuando a papá lo llevaron yo todavía no comía en la mesa, ¿te acordás?

La hija

Venciendo miedos

La calle Lavallejo de Rivera, allá por el año 72, 73, era todavía transitada por el lechero, el vendedor de naranjas, el afilador y su silbato, el vendedor de helados con su corneta y también el pipoquero (vendedor de pop).

El plátano de nuestra cuadra, majestuoso, centinela en la esquina completaba esta orquesta con los más variados trinos. ¡Qué épocas! ¡Cuánta nostalgia!, siempre por las tardes nos sentábamos afuera, en la vereda; mate va, mate viene, saludos a los que pasaban y algún comentario o chisme de barrio eran nuestro mayor entretenimiento.

—Mirá, pasó el Pedro, todo en la "pinta".

—Va solo, quién sabe dónde irá.

—Che, mirá esas gurisas.

—¿Son nuevas aquí?

—Parecen tener piedras lajas como caravanas.

Todos los jóvenes del barrio, o al menos algunos de nosotros tenían planes de estudiar en Montevideo (el interior es así, para ser universitario te tenés que ir).

El Dany, mi mejor amigo, hijo de la tía Delia y el tío Dátero, tíos postizos pero mucho más tíos que los "tíos", ya se había ido, pero volvía en vacaciones, o si tenía libre.

Mi hermano Cacho y yo para ese entonces teníamos 12 años y 11 años. Éramos los más chicos del grupo de amigos.

Rivera, como dicen muchas canciones, fue en ese entonces y sigue siendo mezcla de candombe y batucada, saludos en portuñol. Ciudad que se duerme arrullada por cerros, cuchillas, que calma la sed del que la visita con su famosa "bica", que te hace volver o quedarte. Con alegría y mucha música en Carnaval. Con tierras coloradas que la pintan las mariamol; y con un monte que otro para perderse entre pitangas, molles, espinillos... y encontrarse con uno mismo.

Mi casa está frente a lo de la tía Delia.

Papá fue uno de los mejores sastres de nuestra querida ciudad. Hacía hermosos trajes, en especial para novios, pero era uno de los pocos que hacía pantalones de montar para la gente del Ejército.

Mamá, heroína del hogar, mujer con mayúscula, humilde, hermosa por su sencillez, se encargaba de todas las tareas de la casa; tenía que estar todo muy arreglado, pese a la modestia en la que vivíamos. Nosotros teníamos que estar impecables. Además, otra de las múltiples tareas de mamá era ayudar al "Viejo" (así le decíamos a papá) en las costuras que se hacían a mano.

Por las noches, cuando planchaba una "montaña de ropa", nos ayudaba en nuestras tareas escolares; su especialidad, mapas y reglas ortográficas. Para superar errores al escribir, cada dictado era de acuerdo a la cantidad de ropa para planchar, ¡hojas y hojas! No había psicología ni didáctica, mamá no leía manuales.

Mamá no terminó el liceo y muy joven se casó, enamoradísima de papá, sastre comunista.

Su padre, don Octaviano, y su madre Idalvina no querían el matrimonio. Mis abuelos eran como dice el refrán, "blancos como hueso de bagual". El abuelo Otaviano era blanco de usar pañuelo azul en el cuello y mi abuela era gran caudilla entres los caudillos blancos. Al abuelo Otaviano no lo conocí, murió muy joven.

Papá dividía su tiempo entre su trabjo, las reuniones en el comité del partido; las barriadas, si habían; los puerta a puerta; los actos, las hermosas pegatinas que parecían safaris y, por supuesto, nosotros.

Mamá y nosotros no participábamos en todo, pero íbamos con mucha frecuencia al comité (era parte de nuestra vida social); estábamos a veces esperando que se terminara alguna reunión, o en otros casos íbamos porque había fiesta.

Mi hermano y yo, sin que nos pidieran, queríamos ser útiles, además de escuchar algunas polémicas que allí se daban, sin entender casi nada. Muchas veces se nos daba el honor (para nosotros por supuesto) de pintar algún pizarrón, o rellenar con sumo cuidado letras de pasacalles.

Todavía hoy vuelven a mí aromas de esos momentos, ruidos, voces, están lejanas, pero cuando las evoco vuelven a vivir oprimiéndome el pecho por la emoción.

No me acuerdo bien cuándo fue pero un día, como en tantos otros actos en los cuales se recibía a gente de la capital, se recibió al líder Seregni. Los que programaron este acto programaron también una gran marcha, con antorchas. Se caminaron muchas cuadras por la cuidad, hasta el lugar donde se desarrolló la oratoria. ¡Qué honor! ¡Qué fiesta! Hasta nos compramos e hicimos ropas nuevas.

Papá y muchos otros contaban cuántos éramos, o calculaban; hacían pronósticos. Siempre fueron optimistas, hablaban de gente que se sumaba. Su felicidad, sin explicaciones a nosotros, llegaba on mucha fuerza. Todos estábamos felices, pero muy felices. Mi mayor deseo era poder verlo de cerca a Seregni.

En casa, cuando llegaba el sábado de tarde y el domingo de mañana y no teníamos que salir, el "Viejo" escuchaba música a todo volumen. Zitarrosa, Los Olimareños, Numa Moraes; por lo general siempre eran los mismo discos de pasta. La música llegaba a todo el barrio y la verdad por su contenido y la repetición no era muy bien recibida. Circulaban revistas, libros, llegaban compañeros, comíamos asado o lo que fuera, se compartía algún vino y se traían novedades de la capital.

La unión del barrio, la solidaridad entre vecinos, salvando temas políticos, era muy grande.

—El Coco (como le decían los vecinos) es muy trabajador, pero lástima que sea comunista.

La palabra por sí misma era considerada, por la mayoría, una ofensa. Si te querían ofender, te gritaban comunista. Con el tiempo insultaban gritando tupamaro.

Cuando el golpe de Estado del 73, papá escuchaba la radio; se pegaba a la radio, pasaba el dial de una emisora a otra, y gritaba: "Elsa, dieron golpe". Nosotros en un rincón. Sentimos desde ya miedo, no nos quedaba nada muy claro, pero igual sentíamos miedo.

Entre papá y mamá las conversaciones eran tan... cómo decirlo... cuchicheadas, con un tono que trasmitía una gravedad tal, que a nosotros, sin explicaciones por medio, nos inmovilizaban.

Bueno, hubo lágrimas que no se escondieron; rostros de mucha angustia que no se podían disimular; discos que se tuvieron que romper, libros que se tuvieron que quemar.

Después de este entierro ¡de tantas cosas!, mamá nos habló y nos

dijo solamente: “En la cómoda hay un cajón con cosas que no se tocan, son de papá, y si ustedes comentan algo nos puede pasar algo muy, pero muy feo”.

Nosotros no pedimos explicaciones; teníamos preguntas, pero como sucede cuando se palpa la angustia y el miedo, las palabras están de más.

Un día sitiaron la cuadra. La querida Vô Pepa, como le decíamos a nuestra vecina del fondo, llamó a mamá y le dijo: “Decile a Coco que no salga; está todo lleno de milicos con carabinas, ¡nosotros los llegamos a ver!”.

Allanaron la casa de otro vecino; “raro”, esta gente cada vez que encontraban a mamá en el almacén decían: “A estos comunistas hay que matarlos a todos”. Mamá seguía a papá, pero no estaba tan politizada, muchas veces le daba vergüenza. Desde ese momento el barrio se revistió de silencio.

Ya no nos sentamos afuera. Se empezaron a oír otros ruidos, sirenas, otros silbatos. El aire traía mucho más miedo del que ya se había instalado; las noticias, su música daba dolor de estómago.

Gente rara aparecía en el barrio. Hurgadores, no sé, otros no eran hurgadores, pero eran raros.

A papá lo vigilaron mucho, a nosotros también y no sólo un día, mucho tiempo, a veces siento como que todavía nos vigilan.

Pese a la vigilancia, a casa no entraron; pero sí entraron a la de nuestros parientes y muchos compañeros. El miedo se volvió terror, la vigilancia, atropello; buscaban, tiraban todo en cada casa que allanaban. Rompían cosas, gritaban, destrataban. Destituyeron a nuestros tíos maestros, a tíos trabajadores de la salud, se llevaron a muchos compañeros.

“Ciudad chica, infierno grande”, dice el refrán. Todos los vecinos sabían todo. Nadie nos comentó nada, o al menos yo no me enteré y eso que vivíamos pegados a mamá por el miedo.

Con la gente del barrio, los temas que hablábamos eran otros. En casa entró la oscuridad; allí no fingíamos.

Un día, quizás en el 74 o 75, no recuerdo bien, llegó una chanchita, pero no a casa. Llegó a lo de la tía Delia.

El Dany estaba.

Los que se bajaban de la chanchita estaban armados hasta los dientes. A la tía, frente a su desesperación le dijeron simplemente: “Daniel tiene que acompañarnos”.

No juntó ropa, salió con ojotas, short y camiseta.

¡Dany se fue con ellos!

Mamá corrió a lo de la tía, dejamos de ser solo “buenos vecinos”, estábamos unidos desde ese momento por algo más fuerte. Ellos sabían lo que estaba pasando aunque no comentaran; no lo comentaron verbalmente.

Llegó papá, las familias se reunieron.

La casa de la tía perdió su color. Todos estábamos ensombrecidos; la incertidumbre los hizo a ellos más viejos, a mi hermano y a mí nos hizo madurar.

La ausencia invadió cada rincón de la vivienda. El tiempo pasó a ser la eternidad. En ese momento muchas cosas no entendí.

Quizás, como dice Paulo Coelho, por tener ángeles que nos acompañan, el Dany tuvo la suerte que otros no tuvieron.

El Dany volvió.

Volvió distinto.

Programamos un almuerzo. Juntos, alrededor de la mesa, las dos familias reunidas, comimos feijoadas.

Brindamos. Hicimos chistes, algunos repetidos.

El Dany se rió. Rengueaba al caminar.

Se sostenía el abdomen al reír.

Todos estábamos felices.

No hubo preguntas.

De todo esto que les conté, faltan muchos detalles. Lo que sí estoy segura es que no me faltan explicaciones, no me faltan respuestas a mí misma. El Dany, los ángeles del Viejo y de otros se durmieron y ahora ya no están, así como los de otros compañeros.

Pero la historia se sigue haciendo, la memoria sigue viva, y somos muchos más los que caminamos tratando de vencer, de perder, de ir deshaciendo ese miedo que quedó casi definitivo...

Orvalho

PEQUEÑO TRIBUTO

Yo nunca estuve en la cárcel. Nunca fui torturada. Nunca “desaparecí”.

Sin embargo, durante mi adolescencia esas palabras me rondaron casi en susurros y aterrorizaron muchas de mis noches.

Especialmente recuerdo el año en que cumplí 14 años.

El nerviosismo permanente de mi madre. La tristeza en los ojos de mi padre.

Las charlas y las discusiones bien tarde en la noche. Malas noticias de amigos y gente conocida.

Las recomendaciones interminables de ser discreta y cuidarme mucho en el liceo.

Mi padre no era un político, no militaba en ningún movimiento clandestino, todos sabían cómo pensaba y que votaba al Partido Comunista, pero era un trabajador, un obrero y sobre todo era un hombre bueno.

Sé que casi todos los hijos pensarán eso de su padre, pero lo mío iba más allá de una sensación personal.

Desde muy chiquita lo escuché hablar de justicia, solidaridad, igualdad, y más que eso, me veo de su mano, visitando personas menos afortunadas que nosotros, tratando de dar una mano, acercando ropa, alimentos, algún medicamento, muchos de mis juguetes y aquella silla de ruedas cuya destinataria era una nena que tendría mi misma edad, unos siete años por ese entonces, las lágrimas de la madre mientras apretaba muy fuerte la mano de mi padre, al tiempo que la nena no dejaba ni por un segundo de mirarme.

Recuerdo las manos de la gente acariciando mi cabeza mientras decían: “Esta es la hija de Castillo”. Recuerdo los pergaminos de agradecimiento con nombres de muchas personas desconocidas que llegaban a casa, o algún mantelito bordado para mi madre, caramelos para mí... Ese era mi padre. Y también el que gustaba reunirse con los amigos, jugar a las bochas, irse de campamento, rasgar una guitarra y cantar un poquito, algún que

otro bolero, muchas zambas, y tirarse conmigo a dormir la siesta en la playa, cuando todavía se podía, cuando aún no nos habían robado el viejo y querido sol, del que tanto hay que cuidarse hoy.

Bueno, por eso quizá me resultaba tan difícil entender por qué alguna gente le decía a mi padre que estaba en peligro, que quedarse acá no era seguro, que se fuera mientras pudiera. Mientras tanto él seguía con su vida, solo que andaba más callado que de costumbre y mucho más solo, quién sabe por qué.

Tomó la decisión de irse del país el día que yo se lo pedí, lo hice después de haber visto a dos milicos haciéndole preguntas a mi madre en la puerta de mi casa.

No sé qué le preguntaban, pero nunca sentí tanto miedo en mi vida, por primera vez me rozó la idea de que podía perder a mi padre en cualquier momento, que era lo mismo que perder al ser más amado y el referente más importante en mi vida.

Desmantelamos la casa y el corazón y partimos hacia Buenos Aires, él primero, tres meses después nosotras. Y en el país que nos recibió de brazos abiertos (al decir país me refiero al pueblo argentino viviendo una realidad casi gemela a la nuestra), allí creí que comenzaría una vida nueva, volví a dormir sin sobresaltos.

Pero mi padre nunca volvió a ser el mismo y tres meses después su cabeza no resistió más y estalló una mañana matándolo en un par de días. Aneurisma, dijeron los médicos, lo mismo hubiera sido un balazo en la sien, digo yo. Fue una víctima más, una entre miles, no lo mataron los militares, lo mataron la injusticia, la desilusión, la rabia, la tristeza.

Al poco tiempo cumplí 15 años, y ese día al menos yo supe dónde estaba la tumba de mi padre para acercarle una flor. Hoy sus huesos siguen allí, yo con mis cuarenta años, en Montevideo, peleándola como tantas otras mujeres, y él más vivo que nunca, aquí en mi corazón...

A mi padre, y a todas las mujeres y hombres que soñaron con un mundo mejor e hicieron algo para convertirlo en realidad.

Mariela Castillo

VIVENCIAS

En realidad... ¡hay tanto sobre lo que hablar, o para contar! Si nos ponemos a recordar... 30 años atrás, un 3 de junio de 1972. Un invierno de los más crueles viene a mi memoria. Noches con lloviznas heladas, que para aguantar el plantón frente al muro ventoso, más de una vez, con nada más que un par de zapatos, venda y capucha, se hacía insoportable... Era en el 5º Regimiento de Caballería de Tacuarembó. También recuerdo cuando estábamos todas frente a aquel muro del frontón, nuestro modo de defendernos y de dejar a la guardia furiosa. Empezábamos silbando bajito algún tango e íbamos subiendo de tono hasta cantar algo que nos salía del alma como... "la patria compañeros, la vamos a encontrar...", o "...yo sé que en el pago me tienen idea...", o "...escucha, yo vengo a cantar por aquellos que cayeron...". Y así, a medida que subía el tono de sus gritos y amenazas, nosotras subíamos el tono de nuestras voces. Y se nos alegraba el alma y calentaba el corazón y ¡ya no sentíamos tanto aquel frío paralizante!

Después nos llevaban a los colchones que estaban en el suelo en la enfermería y, con suerte, hasta el otro día no nos volvían a sacar, salvo para los interrogatorios, de los que no voy a hablar pues eran como todos los interrogatorios en cada lugar de reclusión, en cada cuartel, en cada lugar o casa clandestina donde torturaban.

Allá, en el cuartel, estábamos las mujeres en lo que antes era enfermería y los compañeros en la "cuadra" (o caballerizas). Nos separaba la plaza de armas, pero para nosotros esa plaza desaparecía cuando, por ejemplo, cantábamos el himno tan, tan fuerte, que era como si estuviéramos todos juntos, compañeros y compañeras. Nuestras voces atravesaron esa plaza, llegaron a las caballerizas, acariciaron sus cuerpos maltratados, entibiaron sus corazones y siguieron sonando más allá de los muros.

En el 5º Regimiento de Caballería permanecimos hasta noviembre,

luego fuimos trasladadas a Paso de los Toros. Una noche, Nino Gavazzo (él y su equipo, con el que viajaba por todo el país, eran los encargados de la tortura, por supuesto con ayuda de oficiales del cuartel) nos comunicó que los hombres serían llevados al Penal de Libertad y nosotras a Paso de los Toros, donde... cucos y amenazas... inauguraríamos una cárcel hecha con anterioridad para albergar presos comunes y ahora la ocuparíamos nosotras.

Partimos en una primera tanda (se hicieron dos con diferencias de algunos días) en camiones al Establecimiento Militar de Reclusión Nº 1, de mujeres. El mas inhóspito habitacionalmente. Paredes grises, rejas grises, uniformes grises, altos muros rodeando dos patios. El más grande, al que daba el sector con más celdas, y otro chiquito, del sector con menos celdas, donde ubicaron las (para ellos) peligrosas irrecuperables… Patio con piso de piedras de canto rodado, que dificultaba nuestro corto caminar y donde en invierno, para que nos diera el sol, había que subir a un banco. Las celdas tenían por ventanas banderolas con los vidrios pintados que no permitían pasar la luz. En las celdas para una persona vivíamos amontonadas cuatro, en cuchetas, conviviendo la de la cucheta de abajo con la palanganita de portland, colocada a la mitad del colchón y con la cabeza bajo la mesita de portland, lo cual hacía que las primeras noches nos reventáramos a cada rato con la mesa o la pileta (por esto rotábamos esa cucheta). En las celdas más grandes, con capacidad para cuatro personas, éramos ocho y hasta llegamos a vivir 10 en ellas. En veranos con 38 o 42 grados de calor, nosotras con uniformes de grueso brin y por supuesto sin poder sacarnos la casaca en el patio y, según la guardia, tampoco adentro del celdario; días y noches sofocantes, irrespirables.

La comida la traían del cuartel, solamente nosotras la soportábamos (pues la guardia se cocinaba aparte, lo mismo que la oficialidad) pues no se podía comer la carne de puchero o ensopado, siempre en mal estado, que venía en un medio tanque de gasoil (y que tenía olor a gasoil), ni los asqueantes y grasosos fideos, que venían casi deshechos o casi crudos... Pero, dejemos de lado esos recuerdos y rescatemos los buenos momentos que supimos inventarnos para sobrevivir con optimismo, para sobrellevar la angustia de estar separada de los seres queridos, principalmente de los hijos. Esos niños que al visitarnos nos lle-

naban de alegría, compartíamos juegos, charlas, guitarreadas, pues en Paso de los Toros dejaban entrar a los más chicos.

Mi hijito de siete años tocaba su guitarra y cantaba con tantas ganas, forzando su vocecita para parecer un hombrecito, darnos ánimo y fuerzas mientras nosotras acompañábamos tamborileando en latas y maderas. Mi niña de 10 años era tranquila y triste, callada, sufriente. Siempre supo cómo trataban los militares a los presos políticos. Siempre se dio cuenta cómo era la cárcel y se iba temerosa de su visita creyendo que al dejarnos solas nos maltratarían. Ella, que a pesar de que le escondieran los diarios o las noticias, leía todo lo que caía en sus manos; los diarios con los rostros de "tíos", detenidos o muertos, que ella reconocía. Lloraba mucho al irse, al mirar hacia atrás, lo mismo le sucedía en las visitas al padre al Penal de Libertad. Después contaban las abuelas o la tía que por 10 o 15 días no lograban que hablara o contara algo. Del sufrimiento de los niños y demás familiares, héroes realmente, en esta historia que nos pasó a los uruguayos, todos conocen bien y saben por cuántos abusos, vergüenzas, temores, terror, pasaron durante años y años. Casi no quiero acordarme, pero a decir verdad casi siempre vuelven a mi mente esas imágenes de los familiares despidiéndose, aquellos ancianos con los que a través de las rejas no podíamos darnos ni un abrazo; y los niños... algunos que por motivos económicos venían muy esporádicamente. Los recuerdo al irse, algunos llorando, otros haciendo un esfuerzo inmenso para sus cortos años, sonriéndonos, devolviéndonos la sonrisa y el apretado abrazo, fuerte, fuerte contra el pecho... ¡y se me aprieta el corazón! Qué pensarían, en ese largo viaje de tantas horas, de regreso, esas cabecitas, recordando la despedida, viéndonos grises, tras rejas grises, entre grises paredes, siempre con una gran sonrisa en los labios, tirarles besos, saludarlos manos en alto como gaviotas en el aire, gritarles: "¡Los amooooo! besos a papá, que me escriba que yo siempre le escribo, que estoy bien, que lo quiero, los quiero".

A mi compañero no le entregaban mis cartas, ni las suyas a mí. Estuvimos un año sin que nos entregaran nuestras cartas. Una vez que fue la Cruz Roja a visitar nuestro penal en Paso de los Toros, entre otras cosas de las cuales me quejé estaba ese problema, lo dije frente al comandante encargado en Paso de los Toros. Y frente a mi impotencia, a mi bronca y al estupor de los de la Cruz Roja, él sonreía con sorna y

repetía: "Será que no le escribe, lo hará a otra...". Cuando nuevamente me entregaron sus cartas, venían tan tachadas por la censura que era prácticamente imposible descifrar qué decían. Después empezaron a cortarlas: un renglón casi hasta el medio de la hoja, uno por medio, o si no el corte empezaba del lado contrario y también llegaba hasta la mitad de la hoja y así sucesivamente... ¿Qué rescataba yo de esos flecos? Cuando llegaba mi carta, las compañeras corrían a ver cómo me llegaba y yo sacaba del sobre aquel picadillo... Pero a pesar de todo, mi compañero y yo nos escribíamos cada 15 días como autorizaba el reglamento. ¡Siempre nos escribíamos!

Ahí en Paso de los Toros, Establecimiento Militar de Reclusión Nº 1, estuve cinco años. En setiembre de 1977 fuimos trasladadas al Penal de Punta de Rieles. Allá juntaron a las prisioneras políticas desparramadas en diferentes puntos del país. Nos trasladaron esposadas, encapuchadas, vendadas y con tanta guardia en todo el trayecto que nos daban una peligrosidad ridícula. En Punta de Rieles era un régimen mucho más duro aun, pero, después de cinco años, pudimos ver a lo lejos, a más de tres metros que era la distancia entre los muros de Paso de los Toros. Ahora no solamente podíamos ver el cielo si mirábamos hacia arriba, lo veíamos a lo lejos, en el horizonte. Veíamos puestas de sol, amaneceres, campos, caminos a lo lejos... Pero lo que quiero rescatar es sobre todo la alegría (a pesar de los pesares) que demostrábamos con nuestras canciones (cantadas bajito) cuando representábamos alguna obra de teatro, un sketch, los disfraces con colchas, sábanas, ropa vieja que nos mandaban para hacer nuestras manualidades; las letras de las canciones, de tangos, en mi celda hacía yo algunas, para una pareja de tangos y dos guitarristas... que nos causaba nucha gracia; las partidas de truco o escrabel de noche, entre alarma y alarma (con luz de corredor). Las alarmas con sus "cuerpo a tierra", "arriba pichis", "abajo ratas", etcétera. Golpes de toletes en rejas y cuchetas, máscaras de gas, insultos... No me olvido una compañera que, apenas empezaba a sonar la alarma que rompía los oídos por todo el penal y los campos aledaños, debíamos tirarnos al piso en dos segundos, ella ya caía con su almohadoncito, hecho para tales ocasiones, bajo su vientre (por el frío del piso) y al que, por supuesto, debía mantener muy bien escondido, pues si la descubrían ¡calabozo! Los ataques de risa que nos daban cuan-

do una PMF se colocaba mal la máscara de gas y le causaba asfixia y se la tenía que sacar, todo eso en medio de un nerviosismo total, lo cual causaba posteriormente un arresto a rigor o, como en esas carreras se pechaban entre ellos, temeroso uno del otro o de caer arrestados. Jugaban a la guerra contra nosotras. "Jugaban" a que venían comandos sediciosos a rescatarnos y ellos tenían que defender su baluarte. Hasta trincheras tenían para parapetarse. Jugaban a que nos mataban... Algunas veces, al sonar la alarma, estábamos en los trabajos forzados, fuera de los celdarios, cocina, canaletas, caminos interiores o en la quinta. De donde fuera nos traían corriendo, a punta de bayoneta o con los perros, contra nuestros talones, escaleras arriba, a las celdas. Me viene a la memoria lo que pensaba en algunas de esas ocasiones: "Si tropiezo y caigo ¿me ensartaré en una bayoneta?, ¿sonará un tiro?, ¿ me morderá uno de los perros?"... Después, ya pasada la situación, a reírnos (con nuestro característico humor negro) de lo que pensábamos o sentíamos, de alguna que en la desenfrenada corrida había perdido una alpargata, de los gritos histéricos o comentarios de toda aquella guardia enloquecida... Habría que escribir un libro, aparte, sobre anécdotas de casos y cosas que nos sucedieron a cada una con "ellos" y el humor negro de los presos. Sería sin duda, un libro tragicómico, ¿verdad?

Recuerdo el "mate clandestino" (porque teníamos horario para tomar mate, cuando no sacaban la yerba o en una requisa la desparramaban toda, y fuera de ese horario si nos veían con nuestro "símbolo compañero" nos sancionaban). Yo había hecho un berretín en mi cucheta, para el termo y el mate (mi termo se llamaba "Prometeo encadenado" por haber sobrevivido desde Paso de los Toros a golpes, pelotazos, caídas desde la cucheta de arriba, etcétera y tenía por eso la carcasa rota y reatada con alambre), y este Prometeo, cuando me fui en libertad, se lo dejé a mis compañeras de celda del sector D y salió junto con las últimas compañeras del Penal de Punta de Rieles. El "berre" de mi cucheta, en cambio, sobrevivió un par de meses, pero un aciago día una PMF entró repentinamente (no habíamos oído ni el ruido de la reja del corredor al celdario, ni los pasos) y nos pescó truqueando y amargueando. ¿Mate?, ¿de dónde?, se vino una requisa y adiós berretín y sanción a las de la celda y también a las compañeras fajineras, pues era obvio que ellas nos habían conseguido el agua caliente. Después, cada vez que

entraban iban derechito a revisar mi cucheta, y entonces no notaban que había una compañera de otra celda colada en la nuestra ya que habíamos hecho un cambiazo al entrar de formación para bandera (de mañana al izar la bandera y de tardecita al bajarla, nos hacían formar en el patio, todos los sectores, donde estaba prohibido mirar a las compañeras de otros sectores, menos aun sonreír y peor dirigirles una sílaba). Sobre el tema del mate recuerdo, además, que a veces venían de recorrida y revolvían todo pero se les pasaba mirar las botas de goma de caño largo, de trabajar en el campo o la cocina, y justito ahí adentro habíamos zampado el mate y el termo. ¡Qué placer! Era un placer que se reflejaba en nuestros rostros, y aquella sonrisa que tratábamos de mantener siempre entre nosotros enfurecía a la guardia. Sobre esto hay un episodio que me ocurrió recién llegada al penal. Al principio estuve algunos meses en barraca y de allí (nunca nos enteramos el motivo) nos llevaron a cinco compañeras al calabozo, en el que estuve un largo tiempo antes de ser trasladada al sector D. Estando en el calabozo (donde uno aprende a sacar fuerzas de cualquier cosa) una PMF abre de golpe la mirilla de la puerta de mi celda. Yo no había oído el cerrojo de afuera de los calabozos ni los pasos... y zas, me vio riéndome a carcajadas y fue tal su asombro, como mi susto, que en vez de causarme seriedad, más me reía. Entonces ella me grita enfurecida: "¿está loca 450, de qué se ríe, se cree de vacaciones en Miami?". Yo no podía parar la risa, al grito siguiente, siempre entre risas, pude decirle que me reía de una escena de la película cómica que me estaba imaginando. Ella cerró la mirilla de un golpe. Jamás sabré si se fue a reír o realmente creyó que yo había enloquecido.

En un calabozo sin luz, en esas interminables, heladas y húmedas horas, sin colchón ni nada, donde para beber un sorbo de agua o ir al baño hay que pedir mil veces. Donde los palillos que caen de la paja podrida de la escoba que nos dan por cinco minutos para barrer la celda cada día, nos sirven luego para escribir frases o dibujar algo, un ranchito y siempre una estrella. Se piensa en todo: hijos, compañero, familia, amigos, hogar, pueblo, calles, esquinas, sueños, vivencias, vida, libertad... pero como esos recuerdos duelen, hay que dejar de pensar en ello... ¿Qué hacer entonces? Creaba canciones con letra y música o letra mía y música de otros. Me leía, en la imaginación, 10 o 20 carillas de un

libro, 10 de otro para que me durara más. Todo, lo aclaro, lo hacía imaginariamente pues jamás un libro entró a los calabozos, a ese aislamiento de terror.

Hacía poesía para los compañeros, para nuestra lucha, para mi niña, esa mujercita linda y dulce y sufriente, para mi hombrecito que hacía un esfuerzo sobrehumano, siempre, por llegar e irse sonriente con sus canciones que me alegraban, o sus anécdotas o cuentos...

Y así transcurrieron otros años, de los cuales guardo un recuerdo muy profundo y muy querido de todas las compañeras con las cuales compartí esas vivencias y supimos, entre todas, apuntalarnos, apoyarnos mutuamente. Creo que es algo, como dice mi compañero, que se hace casi intransferible hacia los que no vivieron esas situaciones, por más que tratemos de expresar con claridad cada instante de esos nuestros años de vida. ¿Que a pesar de todo no pueden entender? ¿Con qué palabras diremos nuestros sentimientos del ayer y del presente? ¿Cómo expresar lo que se siente al encontrarnos después de un montón grande de años con compañeros y compañeras que no habíamos visto desde la cárcel? Ese aluvión aturdidor de recuerdos lindos, y otros no, de esa ternura que aprieta el alma, todo eso que está marcado a fuego lento y para siempre en cada uno de nosotros.

En diciembre de 1978 salí con libertad vigilada, ¡y de qué manera vigilada! El año y medio que aguanté en Uruguay lo vivimos mis hijos y yo con allanamientos de día o de noche, a pesar de que tuve que presentar un escrito, a pedido de los militares, donde debía anotar el lugar al que iba, a qué hora, el horario de trabajo (de noche en una clínica de ancianos), cada uno de mis pasos. Por lo tanto, cuando nos allanaban de noche lo hacían sabiendo que mis hijos menores estaban solos y se aterrorizaban cada vez que oían sus botas subiendo en carrera las escaleras y los golpes, a culatazos, de sus armas en la puerta. Las citaciones al cuartel, en el que me presentaba cada semana, eran una vez o cuatro o cinco o como a ellos se les antojara; y no dejaban de seguirme cuando andaba por la calle. Cada vez que tenía visita con mi esposo en el Penal de Libertad debía escribir una carta solicitando permiso para la misma, llevarla al cuartel que correspondía presentarme (quilómetro 14 de Camino Maldonado) y allá me retenían toda la mañana, o la tarde, o el día entero de plantón para devolverme la cédula

entregada al llegar. La contestación de si me permitían ir o no ir a Libertad la tenía que levantar la próxima semana, el día anterior a la visita donde me esperaban iguales plantones, demoras, etcétera y, muchas veces, me negaban el permiso. Si me lo daban, era en sobre cerrado y yo lo tenía que entregar en el Penal de Libertad, al llegar; luego, al finalizar la visita esperar, a veces horas, hasta que perdía el último ómnibus que nos transportaba hasta el pueblito Libertad, por lo cual dos o tres compañeras y yo teníamos que caminar hasta allí para tomar un ómnibus de CITA, generalmente manejados por milicos, lo que lo hacía un viaje maldito, e ir, nuevamente pero ya de noche, al cuartel del quilómetro 14 a presentarme con una carta de Libertad. Sobre las visitas a Libertad no hablaré ahora, son además harto sabidos los abusos, manoseos en las revisaciones, entre gritos, atrevimientos, exigencias (esto se agravaba en caso de las ex presas, "libertades vigiladas") en la ropa, escotes, largo de polleras, etcétera, etcétera. Cuando luego de estar allá, tras largas horas de viaje, plantones, madrugadas, con niños, teníamos que regresar sin ver al familiar pues sin motivos, más bien por represalias, habían suspendido la visita. Luego de un año y medio, peligrando ir detenida nuevamente, decidí irme al exilio con mis hijos de 13 y 16 años.

Huimos al Brasil en junio de 1980, al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR).

Entre los dos o tres países a los cuales solicitamos asilo, nos aceptó Suecia. El exilio es otra historia, otro capítulo. ¿Qué es peor? ¿La cárcel, donde a pesar de todo estás cerca de lo tuyo, con visitas de madres, padres, hermanas, hijos? Estás con tus compañeras, apoyándote cuando te llueven los problemas del exterior, hijos enfermos, deprimidos. Muchos son los problemas por los cuales casi nada se puede hacer, pero tu familiar espera que lo apoyes, que le des tu parecer o decidas algo, o... el exilio, que a pesar de sentirte libre no tendrás más, quién sabe por cuánto tiempo, todo eso que dejaste, obligada por la presión, por el miedo a ser detenida otra vez o por el miedo a que cumplieran sus amenazas contra tu familia, tus hijos, vos misma... Lejos del verde mar, lejos del verde de nuestros campos, nuestros pájaros, tan diferentes a aquellos de allá, tu cielo azul, que como dice la canción de Los Olimareños "ese cielo no es el cielo de mi tierra", los olores del café o el pan, la esquina de tus charlas con una amiga, los vecinos solidarios, tus

cosas, tus libros, tu pobreza, la feria de tu barrio... Nada es igual. Tus hijos sufriendo el desarraigo... ¡eso era lo peor! Ellos sí dejaron en añicos sus jóvenes vidas por los caminos, cambiando de rumbo por mí, separándose de los amigos que tenían desde la jardinera, un noviecito, los abuelos, la tía-madre, los otros tíos, primos, escuela, liceo, escapadas, barras en el portal, pelotas en el parque, ruedas de amigos en el dormitorio escuchando música, mirando TV en español, estudiando y aprendiendo todo... Perdían todo. Duele, lacera, enloquece, enferma, traumatiza... ¡Cómo duele siempre, profundamente, el dolor de los hijos! Pero los tuve siempre apoyándome sin recriminaciones; nos animó siempre la lucha y ahí tuve esos dos compañeritos de siempre, los que compartieron todo sin quejarse jamás... Y allá, tan remotamente lejos, en Suecia, continuar la lucha por los que quedaban presos. Denunciando, exponiendo fotos, situaciones, sus manualidades, pidiendo libertad para los que estaban enfermos, ancianos. ¡Por todos! Recorriendo ciudades perdidas entre la nieve, en iglesias protestantes, católicas, centros comunales, allí donde nos extendían una mano, allí estábamos chapurreando un idioma desconocido, regresando entre tormentas de nieve con las carteleras y el cansancio a cuestas. Pero aquello nos daba fuerza, nos entibiaba el alma. Esos dos hijos que me dieron la alegría de escribirle siempre al padre, sin contestación muchas veces, monologábamos con él. Quisieron conocerlo más a través de la correspondencia, que él los siguiera conociendo a ellos a través de sus propias palabras y no sólo por lo que yo le contaba, qué hacíamos, cómo vivíamos, quiénes eran ellos, cómo sobrellevábamos todo ese cambio, ese exilio, cómo y cuánto lo querían. Y a ellos les costaba un gran esfuerzo, pero seguían insistiendo.

Hoy, mi compañero, mi hija y yo vivimos en el paisito, el hijo se nos quedó como tantos por allá lejos, y ahora sin poder disfrutar a tres nietos también. Por siete años no disfruté de mis hijos, el padre por 13 años, y ahora... tampoco del hijo y de los nietos.

Nos podemos ver cada dos o tres años, pero seguimos escribiéndonos con asiduidad, nos hablamos por teléfono, nos enviamos fotos y yo me escribo con mis dos nueras y nietos en sueco.

Viví en Suecia cinco años, estudié y trabajé, por lo cual a pesar de que me costó terriblemente aprender el idioma, aún hoy puedo hablar, entender y escribir. Yo pude regresar al país en 1985 por la amnistía. Lo

hice el 9 de marzo y mi esposo sorpresivamente salió el 10 de marzo, ¡al otro día! Jamás olvidaremos aquel reencuentro después de casi 12 años de separación, aquel pueblo esperando, los compañeros caminando hacia nosotros, el vernos, el abrazo interminable, ¡cinco años sin vernos! Pero faltaba el hijo querido que no pudo venir, nuestra hija había regresado unos meses antes.

A mi hijo y a los nietos los extrañamos minuto a minuto, cada día. No es cierto que el dolor de las ausencias se amortigua, o que pase o se olvide. Fuimos siempre muy amigos y compañeros y hay días en que tanto lo extraño y necesito que ando con un llanto apretado (y escondido) en el pecho y la garganta y siento que hasta el corazón me duele. Cuando cortamos la charla telefónica, queda la alegría de saberlo a él y a los hijos bien y la amarga certeza de que esos poquísimos minutos que pudimos hablar dieron para decirnos muy poco y no pudimos contarle todo lo que hubiéramos querido, discutir con él, preguntarle. Nos quedan siempre adentro, en el alma, muchas otras cosas y después de colgar nos abrazamos aquí y el uno o el otro "afloja" el nudo y llora, y el otro se hace el fuerte y consuela. En las cartas le envío siempre un poema y él responde de igual forma, pero sabemos que ya para siempre nuestras vidas han sido marcadas de esta manera y que no podemos, no debemos aflojar, que nuestra lucha sigue siempre en algún frente: en la militancia, en el trabajo dando ejemplo de capacidad y compañerismo, en el hogar, frente a los hijos, ayudándolos, tratando de resarcirlos con amor, comprendiendo sus problemas (en la gran mayoría de nuestros hijos han quedado grandes cicatrices), consecuencia de toda esa época de abandono, de terror, cárcel, huida, exilio. Muchos de ellos estuvieron hasta dos años presos junto a sus madres, allí entre nosotras aprendieron a decir sus primeras palabras, a dar sus primeros pasos, a vivir en aquellas sombras, a despertarse entre gritos, corridas, ruidos de armas, a sentir el terror, en el regazo de sus madres, cuando éstas temían que se escapara algún tiro en las noches en que sonaba la alarma. La gran mayoría sufre grandes depresiones ahora y un sinfín de manifestaciones que, sobre ello, también habría que investigar, escribir...

Entonces éste fue y es nuestro gran frente. El recuerdo del sufrimiento, el de nuestras compañeras a las que les retiraron sus bebés y alguno para siempre, otros que recientemente han ido reencontrando.

Siempre luchando... en tu barrio, sin perder la solidaridad, con tus amigos, con los compañeros, siempre alguno está muy mal, sufre depresión, pobreza, enfermedad.

Miro hacia atrás y siempre tengo algo bueno y lindo para rescatar de los recuerdos; aprendí mucho en esos largos años de cárcel y exilio, el retorno, el tener que dejar al hijo tan lejos, tan lejos... Pero... siempre se rescata algo: el haber tenido la oportunidad de conocer tanta gente buena, generosa en su entrega, compañeras fuertes, enormes, el compartir todos nuestros sueños, alegrías y penas, nuestros grandes defectos, la desilusión frente a la miseria humana de algunos pocos, aprender a perder nuestro "purismo" sobre los seres humanos y con nosotros mismos y entendernos y aceptarnos así como somos, con una parte de la derrota a cuestas, lejos de aquel "hombre nuevo" que queríamos y queremos y que sí reconocí en algunos. Por eso no me arrepiento de haberlos vivido. Siento que esos años fueron y son nuestra vida para siempre, por eso la palabra compañero me llena de emoción el alma y la siento en cada letra cuando la digo, la oigo o la canto.

Payasita

A mi edad entendía muy poco

A Guillermo

Este relato, si bien no es testimonial, fue escrito a partir de situaciones no ficticias, algunas próximas y otras que formaban parte de mi realidad cotidiana.

En la primavera que cumplí siete años mi familia decidió cambiar de casa y de pueblo. Mis padres me explicaron que la mudanza era imprescindible; mi hermano mayor deseaba estudiar medicina y, para que la familia no se separara, la solución era vivir en un pueblo más cercano a la capital. Julián me llevaba 11 años y era mucho más que un hermano protector: era quien me mimaba más que mi madre. El desarraigo me convirtió en una niña asustadiza y triste. Extrañaba mi antigua casa, a mis abuelos que se quedaron en el campo, a mis primeras maestras y a la higuera por la que me encaramaba para llegar a mi refugio de madera. Con el tiempo me adapté.

Ahora vivíamos en una calle asfaltada que desembocaba en la única plaza del pueblo. Era un lugar reposado y alegre. Al atardecer, la calle se llenaba de pájaros que sobrevolaban los árboles en busca de sus nidos y aturdían con sus alborotos a los pocos paseantes. Frente a la plaza se encontraba la iglesia y en la esquina opuesta se erguía un edifico antiguo, demasiado blanco, con el escudo y la bandera de la patria. Era la comisaría. Yo me sentaba en el umbral de la puerta y miraba hacia esos dos edificios, únicos lugares del pueblo donde todos los días del año había movimiento: mujeres que corrían a la misa con la última campanada de la iglesia, señoras mayores cargadas con flores de estación a la hora del rosario, policías que entraban y salían de la comisaría “afanándose en su deber’”, como decía mi madre con un gesto torcido en la boca. Algunos días, los policías se trepaban apurados a las camionetas y arrancaban a gran velocidad, el ruido de los motores y el polvo que levantaban desvanecía el paisaje fresco de la plaza. Me impresionaba verlos regresar. Llegaban silenciosos y con más prisa. Como si hubie-

ran atrapado a Jack el Destripador cercaban la puerta de la comisaría y cubrían con sus cuerpos a las personas que bajaban violentamente de las camionetas. En un segundo desaparecían de mi vista y la plaza volvía a la normalidad.

Esos incidentes me causaban temor porque nadie me los explicaba. Tampoco yo preguntaba, porque percibía que mis padres se violentaban al hablar de los policías y los nombraban usando "malas palabras". Eran las malas palabras que yo tenía prohibido repetir y cuyo significado aprendí gracias a mi primer diccionario. Los milicos eran hijos de mujeres que vendían sus cuerpos, hijos de muchas malas mujeres. Y todos eran mal nacidos. Me gustaba repetir hijo de mujer pública como lo había leído en el diccionario, lo hacía con los dientes apretados y sin mover los labios; pero a pesar del esfuerzo que hacía para que no me oyeran, siempre me descubrían. Los domingos, antes de la comunión tenía que pasar por el confesionario. Ahí el cura me exprimía el alma preguntándome por mis faltas semanales. Me sentía obligada a reconocer el juego como un pecado. "Sólo se peca por pensarlas", reiteraba el cura en la hora del catecismo castigándome con el rezo obligatorio, en voz alta, de varios padrenuestros y otras tantas avemarías.

"De los militares y de los policías hay que cuidarse" –decía también el cura los días que visitaba mi casa–. "Vivimos en una época de miedo pero no debemos tolerar que ellos se metan en nuestras vidas. Yo no voy a permitir que se adueñen de mi país"–afirmaba enojado. A mi edad entendía muy poco y tenía una idea muy vaga del país del cura, que suponía era el país de todos. Yo conocía el campo, algunos pueblos, una capital del interior, nunca había visto el mar, y los policías jamás se habían metido en mi casa. Pero si el cura decía que debíamos cuidarnos de ellos, era palabra santa.

Hacia finales de ese año los soldados se sumaron a los policías; se los veía a toda hora por las calles del pueblo. También el informativo de la televisión los mostraba en camiones, junto a estudiantes y a trabajadores, prontos para "disolver una manifestación" y "para preservar las instituciones". Hasta esa época yo los relacionaba con las fechas patrias y con los desfiles, los que me originaban una alegría similar a la que experimentaba cuando llegaba el circo al pueblo y yo corría detrás de los carros y las jaulas.

En el invierno la plaza cambiaba. En el mes de junio se realizaba un

gran desfile y el gentío invadía las veredas y los bancos. Las personas importantes se vestían de fiesta, desfilaban los niños de la escuela y los liceales, y hasta las monjas salían a la calle. También llegaban los militares, hombres de trajes blancos o azules con charreteras y botones dorados, jinetes uniformados montados en caballos que ensuciaban la plaza y vehículos que nunca había visto. Ese día, a diferencia de los de circo, me prohibían salir. No obstante, ante mi alboroto inocente y el pedido de Julián, mis padres cedían y me permitían ver el desfile desde la ventana, siempre detrás de la cortina transparente. Hincada sobre un sillón disfrutaba de las bandas de música que, ensordecedoramente, abrían la marcha. Cuando pasaban frente a la ventana me deslumbraba el sonido de los trombones, de los bombos y platillos. Me daban ganas de marchar con ellos. Luego, me extasiaba al observar el paso parejo y alineado de los militares, me recordaban las piernas de los soldaditos de plomo que Julián guardaba en una caja.

En esa etapa de mi niñez algunos amigos de mis padres ya no nos visitaban. No obstante, siempre se hablaba de ellos; en algunas oportunidades papá comentaba que tal amigo se había ido a otro país, que no se sabía nada del primo del vecino y tampoco de su hija, que al empleado del banco lo habían llevado a la capital, que mi médico no estaba más en el pueblo. Así, la lista de parientes y de conocidos se desvanecía en una nebulosa inexplicable, y en mi fantasía los imaginaba engullidos por un gran hongo venenoso, un hongo que seguía devorando a las personas mes a mes, año tras año.

Antes de la cena esperábamos el último ómnibus de la tarde en el que Julián solía regresar de clase. Yo era la más ansiosa, pues llegaba con chocolates, hojas de colores y libros infantiles. Las conversaciones entre ellos eran largas y tediosas. Mientras hablaban de las novedades que traía mi hermano, yo guardaba silencio. Me sentaba al lado de su silla y desplegaba sobre la mesa las hojas de papel garbanzo y los lápices Faber. Dibujaba lo que él siempre me pedía: un cuadro naïf. Sin tener claro el sentido de la palabra repetía una y otra vez el único dibujo que hacía fuera de la escuela. Poco a poco surgía sobre el papel rugoso una casa con amplias ventanas y cortinas recogidas a los costados, con techo de tejas redondas y una chimenea con sombrero triangular, del que ascendía un humo gris y rizado hacia el cielo azul. Atrás, entre dos

montañas, un medio sol cobijado por nubes blancas y doradas se asomaba con cara sonriente. Era una casa rodeada de árboles altos y flacos, y entre el follaje colgaban abundantes manzanas rojas, demasiado grandes para las ramas. Dibujar para Julián era lo que me hacía más feliz.

En esos momentos me olvidaba de la cara de aflicción de mamá y de las discusiones entre mi padre y mi hermano. Julián siempre terminaba enojado y daba largas explicaciones; gritaba al referirse a los soldados usando las palabras prohibidas que me tenían a mal traer y que trataba de no escuchar pues estaba aburrida de pecar y de repetir las penitencias. Los ojos ambarinos de mi hermano se le transformaban por la rabia; por momentos se le agrandaban, se le oscurecían y me recordaban el color del dulce de higo casero de mi abuela. Su rostro ovalado, de piel muy clara, adquiría un tono tan colorado como el de las manzanas de mis árboles. Muchas veces, entre disputa y disputa, se hacía tiempo para mirar mis dibujos y elogiarlos.

—Mi Chata, tus árboles son cada vez más lindos. ¿Te gustaría pintar cuando seas grande? Tú los pintas y entre los dos hacemos los marcos –me preguntaba mientras sus ojos se tornaban otra vez color miel.

Los días que no iba a la escuela me obligaban a dormir la siesta. Yo me levantaba sin hacer ruido para ir al cuarto de mi hermano, donde lo encontraba siempre rodeado de diarios y papeles. Ahí, en su escritorio, me explicaba con más paciencia que mi madre y sin rezongarme las lecciones de historia y las tablas de multiplicar. Una de esas tardes lo seguí a la cocina. Se subió a un banco y colocó en un armario, prolijamente envueltos, libros, recortes de diarios y unos pocos discos. Ese mueble se usaba como depósito de los enseres de limpieza y, al abrirlo, el olor fuerte a humedad, a creolina, a jabón en polvo, tapó por un rato el aroma de las frutas que siempre había sobre la mesa. No era un lugar muy limpio, por eso le pregunté por qué no los guardaba en su escritorio.

—Voy a esconderlos. No se lo digas a papá ni a mamá. Es un secreto entre los dos, un secreto de hermanos –me respondió con un abrazo. Yo me sentí orgullosa de la confianza de Julián y casi tan grande como él.

Una tardecita de otoño, en el momento en que terminaba los deberes, papá entró al comedor con cierta urgencia y preguntó por Julián. Mi madre, que cosía a mi lado, no le contestó. También se olvidó de mi cuaderno abierto. Dejó de coser, se levantó y se paró frente a la ventana.

Miró sucesivamente a la plaza y a su reloj pulsera. Como distraída, aunque me di cuenta de su preocupación, jugó con la malla metálica de su relojito, la separaba de la muñeca y la soltaba sin cesar, y yo sentí temor de que se le rompiera, como solía pasarle a los resortes de mis juguetes. De pronto, detuvo el movimiento. Corrió la cortina transparente y se quedó escudriñando hacia la oscuridad. Mi padre preguntó otra vez por Julián. Ella respondió:

—Ya tendría que estar acá, no avisó que se quedaba en lo de tu madre. Ahora nomás va a llegar –contestó segura.

Se agachó sobre mi cuaderno y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Nada... nada. Me parece que es un poco tarde. El ómnibus ya llegó... quizá venga en el tren –respondió pensativo.

Mi madre cerró el cuaderno con rapidez. Ellos se sentaron a esperarlo en silencio, “mientras la Chata repasa las tablas”. Para mí ese tiempo fue eterno, tan eterno como recitar seis veces la tabla del cinco. Cuando terminé, mamá se levantó y, como todos los días, encendió el televisor. A la misma hora, con el fuego de la estufa a leña o bajo el aire ruidoso del ventilador, mis padres se acomodaban frente al aparato para ver “la cadena”. Era la hora en que me encontraban diversas ocupaciones: debía bañarme o arreglar la ropa desparramada por el cuarto, cortar la lechuga como si fueran tallarines, o simplemente leer. Siempre había un pretexto para alejarme del comedor, y yo, niña dócil, obedecía sin chistar. Ese día se olvidaron de darme la orden usual. Me senté a los pies de mi madre sobre un almohadón relleno con plumas de gallinas que los abuelos, junto a los cacareos y a mis sobresaltos, inmovilizaban bajo el palo de la escoba.

La “cadena nacional de televisión” comenzó con una marcha militar parecida a la de los desfiles de junio. A continuación, la voz de un hombre explicó: “Este es el comunicado número...”. Reconocí de inmediato esa voz; era la misma voz que todos los días llegaba más difusa hasta las otras habitaciones de la casa, pues mis padres entrecerraban la puerta. Ahora, la voz era clara, bien nítida. Contenta, porque creí conocerla, pregunté si la persona que hablaba era el señor alto, morocho y de bigotes que conducía el programa que me permitían ver. Papá me chistó y se llevó el dedo índice a la boca ordenando silencio, sin darse cuenta de

que yo estaba ahí. En la pantalla se sucedían caras desconocidas mientras la voz del locutor informaba cómo se llamaban. En algunos casos agregaba la palabra "alias" seguida por apodos como los que usaban algunos compañeros de mi clase: "el Peludo", "el Calandria", "el Tarta".

Mi curiosidad pudo más que la atención de mis padres frente al televisor. Le pellizqué la pierna a mi madre e interrumpí:

—¿Por qué todos esos hombres tienen un "alias"?

Pero ella, al igual que mi padre, con un ademán de la mano me obligó a cerrar la boca. Sin mirarme. Las fotos pasaban una tras otra ante el blanco y negro lleno de granitos de la pantalla. Me parecían todas muy parecidas y eran caras feas, por lo que deduje que eran "delincuentes". Con insistencia hice la misma pregunta, pero recibí otro chistido más largo y más fuerte. Nunca había visto a mis padres tan ensimismados, y era la primera vez que me ignoraban de esa manera. Me acosté sobre el piso, apoyé la cabeza en el almohadón y me entretuve con los cabitos de las plumas que sobresalían de la tela gastada. Me pregunté por qué me prohibían mirar la televisión a esa hora cuando en el informativo de las ocho veía cosas que me sobresaltaban más.

Me incorporé y puse atención. Eran personas "requeridas" por la Policía. Ahora las fotos que mostraban eran de hombres que tenían el pelo muy corto, y a todos se les notaba que no se habían afeitado en varios días. Luego surgieron otras imágenes más deslucidas y viejas; fotos de hombres con barba y bigotes, con el pelo despeinado y, para mi sorpresa porque no sabía que había mujeres que la Policía buscaba, mostraron rostros de señoras jóvenes con caras muy cansadas. O a mí me lo parecían. Dejé de mirar pues no me gustaba la tristeza que esas personas tenían en los ojos. Se parecía a la tristeza que veía con frecuencia en mis padres.

De pronto, mi madre saltó del sillón. Me asusté. Con su pie me había pegado en la boca. Sentí la tibieza y el gusto dulce de la sangre, al mismo tiempo la lengua se me agrandó y estalló de dolor. Mi padre se levantó para abrazarla. Yo no le veía la cara, pero la sentía llorar como nunca me imaginé que lloraría mi madre.

—Me duele la lengua –dije llorando también, por el dolor y por el deseo de que se callara.

Ninguno de los dos se ocupó de mí ni de la mancha roja sobre el almohadón. Me levanté del suelo y me abracé a las rodillas de los dos.

Entre las piernas de mis padres y mis lágrimas creí ver la cara de Julián. Papá, sin soltar a mamá, apagó la televisión y tocándome la cabeza me dijo con voz afligida:

—No llores, Chatita.

Yo obedecí. Entendí que no debía hacerlo; aunque me dolía la boca era más importante el llanto de mi madre. No sé cuánto tiempo estuvimos así, ellos apretándose uno contra el otro, yo en el medio, con la sensación de que me asfixiaban.

De pronto, el timbre sonó con el sonido impertinente con que Julián se anunciaba. De inmediato sonaron tres timbrazos más. Me escabullí del comedor y llegué al pasillo, segura de que mi hermano me consolaría. Pero mi padre se había adelantado. Dos hombres vestidos con camperas de cuero y lentes oscuros estaban frente a él. Me escondí detrás de la puerta. Los hombres se presentaron como policías de un lugar que yo no conocía y preguntaron por mi hermano, preguntaron por Julián, con los dos nombres y los dos apellidos.

—No está en casa. Aún no ha llegado de clase. ¿Para qué lo necesitan? –contestó papá con un tono de voz irreconocible. Era una voz forzada y penosa que no quería salirle.

Sin responderle ni pedirle permiso, y con el típico ademán de los policías de las películas, uno de ellos empujó la puerta hacia atrás y a mi padre al zaguán. Yo sentí la madera contra mi boca lastimada pero no dije nada; me quedé derechita y aplastada hasta que los pasos se alejaron. Después salí del escondite, cerré la puerta y caminé hacia el comedor.

Al verme, mamá me tomó de la mano. Casi no la reconocí. Ahora no lloraba, pero su cara parecía tener muchos años más y me daba mucha lástima. Los labios le colgaban pálidos, abultados, y los ojos se le perdían debajo de las cejas. Se agachó y con la punta del vestido floreado me limpió la costra de sangre que se había formado a un costado de mi boca. Sentí que la tela humedecida por la saliva y por las lágrimas me raspaba, aunque me dolía mucho no se lo dije.

Uno de los hombres se quitó los lentes y explicó, como si estuviera dando una orden:

—Nos vamos a quedar hasta que llegue, si llega. Siéntense.

Mi madre me ocultó detrás de su cuerpo y me llevó hasta la mesa del comedor. Los cinco nos sentamos en las sillas de totora. Rodeando la

mesa, sin mantel y sin la cena de todas las noches, los hombres miraban a mis padres con insolencia. Nadie hablaba. Yo no entendía qué pasaba; lo único que sabía era que los policías estaban dentro de mi casa. Me acordé del cura. Con fervor recé interiormente y, al mismo tiempo, me prometí olvidar la mala palabra con que nombraba a estos hombres que hoy venían a preguntar por Julián. Venían por mi culpa y Dios me castigaba. Entre el silencio y el deseo de que Julián no llegara a casa, me dormí. Me dormí con la cabeza apoyada en la madera pegajosa de la mesa y con las caricias de mi madre sobre la espalda.

Nunca más vi a mi hermano. Esa noche lo perdí para siempre.

También perdí a mis padres, que a partir de la desaparición de Julián vivieron encerrados en un mundo al que yo no podía acceder, donde sólo había lugar para el dolor. A mi edad entendía muy poco. Me llevó mucho tiempo comprender por qué la ventana que daba a la plaza se cerró para siempre. Y pasaron años antes de comprender la extensión de la palabra dictadura y desaparecidos, y la injusticia del régimen militar que me privó de mi hermano.

Hoy, ya mujer, comprendo por qué mis padres dejaron de ser míos para vivir hasta el último día de sus vidas por y para el recuerdo de Julián. En algunos momentos, no puedo evitar los remordimientos al escuchar aún mis risas inocentes despedazándose en el silencio de aquella casa por cuya ventana entraba el miedo que dominaba al pueblo.

Sé que nunca más veré a Julián. No me basta su recuerdo, lo necesito. No tengo consuelo y nadie en este mundo puede dármelo. Ahora ya no soy una niña asustadiza, la impotencia y el sufrimiento me han convertido en una mujer melancólica que aún no sabe qué hacer con la vida. A veces sueño con Julián y lo llamo a gritos. Sobresaltada y desvalida entro en una especie de delirio donde me imagino que recupero, sólo por un instante, el cuerpo, la voz y los ojos color miel de mi hermano.

En otras oportunidades creo descubrirlo entre mis cuadros. Pinto para Julián como una ofrenda. Él se mueve entre las telas y juntos observamos los paisajes de nuestra niñez, donde las formas se han minimizado. Ahora, las pequeñas casas se entumecen entre las montañas, y la luz del sol, gastada, no alcanza para iluminar el día. Los árboles perdieron las hojas y las manzanas rojas caen como gotas de sangre. Yacen sobre la tierra.

Coppelia

De visita bajo las estrellas

A la dulce memoria de Beatriz,
que no se fue ni la mataron.
Vive con nosotros y en nosotros.

Era una familia como todas, papá, mamá y cuatro niños, cuando llegamos al barrio esperaban ese cuarto, que resultó nena. Familia afincada en la zona desde siempre, con negocio floreciente y una militancia declarada.

Con el gozo de aquella democracia de entonces todo se llevaba con la indiferencia que da ese ser como cada uno quiere. Pero todos sabíamos que en el proceso fundacional de aquel nuevo y esperanzado partido andaba papá al frente de los renovadores del barrio y todo era según cada uno quisiera, ellos militaban, otros no, y esa situación de militar o no, no nos separaba y alineaba de determinada forma. Y entonces pasaron cosas, el allanamiento, la crueldad premeditada, el alejamiento de papá entre gritos y llantos y golpes, los niños y mamá espantados, sólo porque manejaban otras ideas, porque los vínculos se irían esparciendo por ahí, despidiendo a una hija mayor casi a escondidas hacia la seguridad, hacia la soledad de una facultad lejana donde no ser víctima de vejaciones ni sentirse observada todo el tiempo.

Mamá tomó entonces todas las riendas del negocio, el único varón crecería entre "moldería" y pagarés y tomaría distancia de papá. Como era mayor no tendría derecho de acompañar a mamá al penal, no podría acercarse al vidrio separador, no llegaría a verlo sino al final de aquel negro período; entonces vimos crecer a las niñas, a las que quedaron en la casa familiar, escolares, empezando su secundaria y cada sábado, a la madrugada, bajo las estrellas casi siempre, dado las distancias que separaban la casa de la cárcel, marchaba mamá y la más pequeña, bolsos y enseres, apenas los que se permitían entrar entonces, acom-

pañadas por el varón hasta una terminal para pasar un rato apenas con papá, toda una caminata bajo las estrellas heladas de los inviernos o las aterciopeladas veraniegas. No faltaron un solo día y muchas veces, mientras se apagaba inexorablemente el negocio, mientras los otros niños tenían fiebre o pruebas, mamá y la pequeña subirían al micro que las acercara a papá un rato, no abrazos, no besitos babosos de nena chica, no caricias ni manos enlazadas, apenas un cristal y un teléfono hipócrita acercándolos.

Como ignorando todo esto, los chicos crecían, conocían cada momento que pasaba papá por esta mamá que cada sábado pasaba unos minutos con su marido, si ellos lo permitían, si no estaba al día la orden de no visita, si por faltar alguna orden él no estaba en el locutorio, y así pasaron los 12 exactos años de su prisión; hasta la pequeña dejó de asistir a las visitas porque estaba crecida. Y aun así, cada madrugada pasaba ante nuestras ventanas y veredas de la mano del hermano y mamá hasta la terminal. ¿Qué pensaría esta nena? Muchas veces me pregunto ¿qué pasaría por su recuerdo del año anterior, cuando podía ver a papá desde lejos?, porque ahora que tenía un año más, pero que era una nena para todos, no podía llegar hasta allá y verlo, se regresaba a casa bajo las estrellas, todavía, y esperaba a mamá cerca de la tardecita, en la vereda, subida a unos patines y una bici de otros niños. De los que nunca la discriminaron ni vieron en ella otra cosa que lo que era, una niña con un papá preso.

Cuando se abrieron las rejas físicas para el papá, ella era casi una mujer, los ojos le brillaban el día que supo que él llegaría. Y llegó, envejecido, enorme como es, y paseaba con ella de la mano, redimiendo esa separación forzada, no había desaparecido su esperanza de un país diferente, ni había arrastrado la adolescencia, la mano pequeña de su hija, que sostenía orgulloso, como hoy sostiene la manito pequeña de su nieta.

Mimí

Para vos

Te veo llegar con tu novia, viéndote tan alto, adolescente-hombre, escuchando tu carcajada contagiosa... Sonrío.

Estoy regando las plantas en este día caluroso, cuando una imagen viene a mi mente.

¡Qué extraño!... A pesar del tiempo, recuerdo su actitud.

Creo aún notar su titubeo. ¿Qué lo provocaría?

¿Mi panza orgullosa de vos, redonda como sandía madura?

¿O tal vez mi actuación como docente?

Nunca supe por qué vacilaba al decir:

—Maestra, debo comunicarle... –y me comunicó mi destitución del cargo que ejercía.

Pocos minutos bastaron a esa inspectora para leer la resolución.

Mientras lo hacía, sentí cómo se esfumaban mis derechos, los años de formación docente y posterior especialización en el IMS.*

Sentí que perdían vigencia los logros en la profesión de casi una década en el magisterio y el rol que jugaba en la comunidad. Me sentí alejada de los niños, de sus padres, de las compañeras de trabajo... y tanto más.

Pocos minutos bastaron para excluirme de la educación pública uruguaya. Para ingresar en una forzada desocupación.

Cuando pregunté por qué me destituían, aquella inspectora –actualmente de rostro desdibujado– me instó a concurrir a Montevideo para ser sumariada.

Vos naciste sin sumario, pocos días después.

Al darnos de alta, fui a la cita.

—Conteste sí o no a los cargos que se le formulen –dijo con voz sin inflexiones un anónimo sumariante.

---

* Instituto Magisterial Superior (Montevideo), Ministerio de Educación de Uruguay, 1968 y 1969.

—Primero, ¿integraba usted la comisión directiva del gremio de maestros de...?

—Sí, respondí (derecho de asociación).

—Segundo, ¿realizó el paro…?

—Sí (derecho a la huelga).

—Tercero, ¿está casada con el sedicioso de nombre...?

—Sí (derecho a elegir a quien yo quiera).

—Mi esposo, es él –aclaré, señalando a tu padre que estaba sentado junto a mí.

—¡Ah! –dijo el sumariante. Levantó los ojos de los papeles, lo miró y continuó:

—Cuarto, ¿manifestó desear la muerte de un oficial de las Fuerzas Armadas?

—¡No! –casi grité– es falso. Quiero un careo con quien lo inventó.

—Eso no es posible. Firme aquí, indicó el sumariante.

Así finalizó el sumario. Como papel a llenar, que intentaba justificar la expulsión dándole un barniz de legalidad.

Gasallesco. Sin opción a ningún recurso.

Como respuesta a aquello de "quién sabe lo que hizo", "por algo la echan...", "no los destituyen así nomás, les hacen hacer un sumario administrativo...".

Noto que le estoy echando demasiada agua a una planta inocente, como descargando, a pesar del tiempo, la impotencia, de "andá a cantarle a Gardel ", ante la expulsión sin causas técnico-docentes y al pisoteo de los derechos.

Tu llegada suavizó el enojo y la sensación de pérdida que entonces sentía.

Tu nacimiento fue luz en la oscuridad.

Cuando naciste tu padre trabajaba colocando productos en almacenes de barrio. Con eso vivíamos.

A pesar de que un título universitario de técnico en salud adornaba la pared de nuestra casa.

¿Sabías que él estuvo preso en un cuartel, a los 19 años? Cinco meses en 1972. Cuando salió de la cárcel, tu padre debía presentarse regularmente al cuartel, dando aviso si se alejaba de la ciudad. Junto a esto realizó actividades semejantes a las que vos has hecho, como terminar

la secundaria, hacer changas, jugar al básquetbol... Obtuvo después en Montevideo un diploma como técnico en salud.

Tu papá me contaba que se caminaba toda la capital, porque no había becas de estudio, como la tuya.

Cuidaba un club deportivo, que lo alojaba.

También me contaba cómo el sudor frío lo empapaba cada vez que una chanchita* circulaba lentamente a su lado.

Regresó a esta ciudad con el diploma bajo el brazo. Pero su antecedente de ex preso político le impidió utilizar el título en Salud Pública. Tampoco lo emplearon en el centro de salud privado. Fue su tía la que le ofreció trabajo, repartiendo mercadería en almacenes.

Tu abuelo materno también estuvo detenido durante la dictadura.

La primera vez que lo llevaron fue el 30 de noviembre de 1973.

Yo trabajaba de maestra y vivía en la casona paterna. Recuerdo los golpes del llamador aquella noche.

Vi caminar a mi padre vistiéndose hacia la puerta, rodeado de soldados armados.

Todo el barrio dormía. Todas las puertas estaban cerradas.

Sólo la nuestra tenía luz. Nosotras nos quedamos paradas en la puerta, viendo cómo el vehículo militar se alejaba.

Sentí el vacío total de garantías.

Tuve ganas de despertar a todo el barrio. Quise correr hasta el foco de luz y gritar:

—¡No es justo!

Pero me quedé estática y silenciosa en el único zaguán iluminado de la cuadra.

Esa larga noche la incertidumbre empezó a rondarnos.

¿Que le pasaría? ¿Qué le harían? ¿A dónde lo llevarían? ¿Por cuánto tiempo?...

Y el miedo pegajoso se me metió en la piel.

Pensé que esas Fuerzas Armadas tenían un poder absoluto e infinito.

Cuando aclaró ese 30 de noviembre, el boca a boca de esta ciudad del interior nos informó de otras detenciones de personas que, como tu abuelo, integraban listas de un partido político legal.

---

* Vehículo cerrado con que patrullaban la ciudad las Fuerzas Armadas.

También dijeron que los arrestos se habían ejecutado simultáneamente en todo el país.

Ese 30 de noviembre de 1973 se ilegalizaron agrupaciones políticas en Uruguay.

Fue larga ésa y otras noches. Tuve tiempo de pensar.

De darme cuenta a quién beneficiaba un golpe de Estado instrumentado por el Ejército.

Y cuáles eran los verdaderos intereses económicos y políticos que digitaban a sus peones.

Peones a los que yo les adjudicaba un poder infinito.

Ya dejo de regar. El calor aplastante de enero me trae otro enero. La tierra seca otra sequía.

Tenías tres meses cuando las Fuerzas Armadas comenzaron a arrestar a quienes habían estado con tu padre, siete años atrás.

Ese día vendimos la moto y creamos una cuna plegable para vos.

Con cada auto que paraba en nuestra puerta me quedaba expectante, esperando, casi sin respirar.

En la madrugada salimos de la ciudad.

A pesar de todo, una parte mía no quería irse, no quería dejar las raíces, la familia, los amigos, lo conocido.

Antes de subir al ómnibus, miré hacia atrás. Supe que nunca volveríamos a nuestra casa. Tanteé el bolsito con pañales, mamadera, agua… y el bolso de mano. Abarqué con mis manos todas nuestras pertenencias.

Te miré. Dormías plácidamente en tu improvisada cama que reposaba sobre nuestras piernas. Con tus tres meses, casi sin ropas, explayado, lo más fresco posible, evitamos que te deshidrataras en aquel ómnibus caluroso en pleno enero, tropical como hoy.

Besé tu rostro de angelito. Tu padre me abrazó, inclinó su cuerpo hacia tu frente y también te besó.

No hubo palabras. Pero no lo olvidé.

En la frontera con Brasil, el ómnibus se detuvo. Terminabas de mamar.

Subieron soldados pidiendo documentos, con listas de personas buscadas.

Cuando se acercaron, no sé si te apreté o si percibiste mi miedo, lo cierto es que vomitaste.

Mientras me limpiaba, tu padre te alzó.

Pasamos la frontera. Poco después noté que mi leche materna, tu leche, había huido como nosotros.

Mis pechos se secaron rumbo a Rio de Janeiro* y al exilio.

Mientras aspiro el olor a tierra mojada me pregunto si alguna vez te hablé de estas vivencias. Tal vez no.

Muchas veces los padres queremos evitar todo dolor a nuestros hijos. Viéndote hoy, adolescente-hombre, mayor que tu padre cuando estuvo en prisión, te trasmito ésta, nuestra historia, o la historia de tantos.

A 28 años del día que detuvieron a mi padre por primera vez, protagonistas de las últimas décadas del siglo veinte de Chile, Argentina, Uruguay… me demostraron la falsedad de lo que pensé aquella larga noche.

Hoy aprendí que el poder de aquellos peones no es infinito y que los Pinochet ya no son tan populares.

Veo a mi padre, con sus 80 años bien llevados. Ya no es agricultor. Jubilado, sigue siendo un humanista, un pacifista con una gran fe en nuestro pueblo.

"Poco a poco, la gente se va dando cuenta... El uruguayo no es tonto. Tal vez yo no lo vea, pero cambiarán las cosas, para que no haya tantos niños pobres", suele decir.

Para que no haya ese estadístico y crudo 40% de niños que viven en Uruguay en niveles de extrema pobreza.

Te sigo viendo a vos desde el patio regado o desde mi lugar como refugiada política** de aquel país con estrella polar.

Y me pregunto, hijo, si formarás parte de la savia joven que emigra de Uruguay.

Los motivos y el contexto de esta salida de jóvenes como vos a otros países son diferentes a los que yo viví.

Ya no es la inminencia de vida-muerte, prisión, tortura, destitución, exilio, desaparecidos... Son otros miedos, otras desesperanzas, otras expectativas...

Es otra expulsión, es otra emigración.

---

* En 1979 Rio de Janeiro era el lugar más próximo para refugiarse pues había un Comisionado de Naciones Unidas. En Argentina, Chile, Paraguay, así como en Uruguay, había dictaduras.

** Refugiada política, ONU (Organización de Naciones Unidas).

Pero creo que lo vivido me sirvió para decirte, querido mío, que confíes en ti mismo, que continúes el esfuerzo de formarte estudiando si así lo piensas; porque casi siempre sirve el diploma que adorna la pared.

Y que, decidas lo que decidas, siempre te apoyaré.

Sólo que si te vas lejos, debo confesarte que extrañaré tus “abrazos de oso “, tanto como nuestras familias dicen habernos extrañado durante aquellos años de exilio bajo aquel cielo plomizo.

Tal vez te quedes por aquí, tal vez busques más allá; tal vez otro día regando te regale otro recorte de nuestra historia familiar; enmarcada dentro del latir de nuestro Uruguay, al que debo ayudar para que no te expulse.

Garza

Cicatrices

Lo he estado pensando durante una semana, tantas dudas entran en mi cabeza, te hará daño, te lastimaré, lo podrás entender. Está tan presente para mí, es tan real todavía...
Pero es nuestro, de las dos y ahora creo que es de las tres.

Natalia:
Hoy Pili cumple cinco meses y nueve días, para mí es una edad muy especial,
hasta esa edad pude abrazarte, pero ese día comenzó distinto, el destino,
vestido de verde nos separó.
El enterito de osos naranja, el altillo colgado entre nubes, la placita
tranquila, los barrotes de la cama que con tanto afán pateabas, las tardes
en las que estudiábamos juntas, tus gorjeos, tus sonrisas, tu figura
alargada, tu paz, las memas, los pañales asoleándose, tus piernitas sólidas,
tu brillo quedó de un lado de las rejas y yo de otro.
No fuimos las mismas, no pudimos serlo nunca más.
No quiero recrear el dolor, quiero recrear el amor que nos permitió,
lentamente, rehacer la trama.
Quiero regalarte este día especial de Pili, este día único, que no se
repetirá jamás.
Un día especial, cinco meses y nueve días.
Quiero que lo sientas, quiero que lo vivas, lo disfrutes, lo paladees, lo
valores, lo descubras.
Es un día que no tuvimos y lo merecíamos como lo merecen tú y Pili.
Vivilo por mí, disfrutalo por ti.
Sentilo desde los dos lugares, mamá e hija.
Yo voy a estar con ustedes
Las amo,
siempre.
Mamá

Hubiera sido un martes cualquiera, como hubiera podido ser un viernes cualquiera, pero no, fue un martes cargado de angustia, de recuerdos, de ausencias, todavía actual, grabado a fuego, renovado sentimiento, dolor actualizado, garganta cerrada, ojos anegados, pecho apretado.

Yo también te amo, Mamá.
Y sin saber que este fue el día, hoy le comenté a Gabriel que más o menos a esta edad ya no pudimos estar juntos como una familia, y qué duro habría sido tener que separarnos.
Como papás tratamos de ponernos en ese lugar, y a pesar que yo lo viví como hija me resulta mas difícil imaginarme cómo se vive
desde ahí, desde bebito.
Hoy a pesar de que Pili a las cuatro de la mañana se despertó
no me molestó y compartimos una hora de juego en plena noche y tuvimos el privilegio que nadie debería tener el derecho de quitarnos: después de nuestro juego dormirnos juntitas y nos despertarnos juntitas
Yo también te amo y nuestra relación madre-hija es más especial
que cualquiera aunque sea diferente.

Memoria para armar, memoria colectiva, memoria genética, ¿qué es la memoria?, ¿quién puede ocultar la verdad?, ¿quién no sabe qué papel tuvo que jugar?, ¿quién no sabe? Estoy aquí maravillándome de mi necesidad de armar la memoria, de la magia de mi hija con su recuerdo marcado en sus cinco meses y de la comunicación de mi nieta permitiéndole compartir la magia de ese momento. Estoy aquí llorando en silencio con un escalofrío en el alma pensando que no importan las distancias, que no importa que por dos veces nuestras ganas de encontrar salidas nos hayan separado. Estoy aquí convencida de que vale la pena ser madre, sentir, arriesgar y llorar.

Gracias por el mensaje, Nati, me sirvió para levantarme el ánimo en ese día tan particular. Porque a pesar de todo el tiempo que pasó sigo sintiendo esa fecha con mucha intensidad.
Y la volví a vivir cuando los chiquis pasaron por esa edad y ahora también.
Creo que debería alguna vez hacer un pasaje por terapia, pero lo tengo planificado para después de los 70, cuando tenga más tiempo libre y una

buena jubilación.
Te cuento que recibí unas fotos hermosas de mi nieta, que los chiquis pusieron a su sobrina en la cartelera, en el caso de Lali ya es la segunda foto y en el de Rami, la primera.
Los vecinos me sugieren que me mandes a Pili por fax.
Está divina, es una muñeca, cada vez se parece más al padre.
Bueno, Nati, besotes grandes y feliz mudanza.
Mamá

Me maravilla la fuerza que puede tener una mami, que pudo tener mi beba, aquella que dejó de comer, que dejó de llorar, la que no pudo entender y que a pesar de todo guardó tantos mimos para regalarle a mi nieta. Tanta comprensión para regalarle a su madre y tanto amor para sus hermanos, los que me tuvieron, los que no vieron interrumpido el amor materno. Ay, si yo pudiera abandonar mi culpa, si yo pudiera no sentir que te abandoné, que no fui yo la que te dejó dormida, piernilarga, hermosa y abandonada.

Buenas, ¿cómo marcha todo?

La casa nueva es tan linda hoy llevamos las primeras cosas y como Gabriel trabaja estoy llevando de a poco y la mudanza grande mañana.

Y vos encontrás a Pili igual a Gabriel, no tiene nada mío, yo la veo algo parecida, pero está tan linda y ella también patea los barrotes de la cama con una fuerza que parece que los va a sacar.

Me encanta que a pesar de la distancia los chiquis puedan sentir y disfrutar a la sobrina como ella y nosotros desde aquí a ustedes.

Pensé en escribirle una carta a mi padre, ¿qué te parece? ¿será útil o será para más desilusión?, anoche pensé en el tema y sentí ganas de escribirle.

Bueno el teléfono va a ser el mismo y la dirección es:

Hubiera querido soñar con un papi perfecto, con el marido ideal, hubiera querido reencontrarme y encajar, pero, son tantos los peros.

Lamento que no pudiera pasarle lo que a mí, yo te encontré, te disfruté, te recuperé y él no pudo, no supo. En algún lugar se justifica y en algún lugar se culpa, como yo. Lamento que él no encontrara ningún camino, que sólo se permitiera la exclusión.

Qué suerte que la casa sea linda y grande, y espero que te sea leve la mudanza,
acá están de moda, se mudó Guillermo el papá de Cristian y Luana,
y ahora se muda Juan, el papá de María Fernanda,
estamos con la inmobiliaria a full en la cope.
En cuanto a escribirle a tu padre, creo que ya sabés, tenés que
hacer lo que sientas ganas,
lo que realmente sientas.
Pero no tengas expectativas, ninguna.
Creo que ya ha demostrado largamente sus enormes dificultades.
No va a poder mostrar nada diferente a lo que le han enseñado toda su vida,
resentimiento, reproches y dureza.
Yo lo lamento tanto, me cuesta encontrar a aquel Edgardo
que dibujaba una cigüeña cuando supo que ibas a nacer,
que te escribía poemas, que soñaba con tu futuro.
Supongo que a pesar de la amnistía ese Edgardo quedó preso.
El que salió es otro, no esperes ternuras, no esperes comprensión,
no esperes que pueda expresar, ni siquiera que pueda entender.
Pero si sentís la necesidad no dejes de intentarlo.
La única paz surge desde uno, y surge desde el perdón, desde la tolerancia.
Si vos lo hacés, no importa lo que él diga, importa lo que vos hacés.
Yo te digo todo lo que va a pasar, o que yo creo que va a pasar,
porque quiero protegerte, porque no quiero que sufras.

¿Queda claro lo que te digo?,
supongo que no, pero cualquier duda, estoy acá a vuelta de mail.
Besitos
¿Cómo fue todo?,
¿mucho trabajo?,
¿estás muy cansada?,

¿Pili ayudó en algo?,
espero que todo haya salido bien de bien.
Besitos

Tengo tantas ganas de abrazarlas, tengo tantas ganas de ser abuela, tengo ganas de que la historia cambie, de mantener el abrazo, de que las distancias no existan. Algún día voy a poder hacerlo, voy a poder abrazarlas, apretarlas, sentirlas junto a mí, ¿algún día voy a poder?

Hola, después de tanto tiempo.
Nos mudamos el domingo, fue mortal recién hoy estamos medio instalados, incluida la compu. Pili se portó más o menos, en la mudanza terminé cargando con ella en un brazo y en el otro cosas.
Mañana te cuento mejor todo, vi tus mails y con respecto a mi padre sé que tenés razón, le voy a mandar la carta sin esperar nada e incluso esperar una mala respuesta, pero la voy a mandar.
Tres besos grandes de los tres para los tres.
Chauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu

Abuela

III

Aurora te llamaron
y quién sabe por qué
en medio de la guerra civil
nunca te preguntaste
y quizás no sabías
niña
cuando llegaste a juntar
catorce tempestades
catorce terquedades como catorce fuerzas
te impusiste a tu padre
que no supo
o no pudo
retener tu fuego
contenido
y te embarcaste en aquel sueño loco
de hacerte la América a borbotones

Como no te dejaron
estuviste quince días
sin probar bocado
hasta que casi muerta
obtuviste de aquel gallego
terco también
la bendición
que iba a pagar tan cara
viéndote volver solo abuela
no como dijo aquel tío tuyo

a los dos años
vencida
cansada

Y te embarcaste a la luna
a la nada
al vacío
sin saber leer
ni escribir
te impulsaste tan lejos
como era posible
en esos días
cómo no parir entonces
una hija
que buscara el futuro
y lo encontrara
en una bala
cómo no heredar entonces
esta nieta
terca
tan terca como tú
que no cede
y no entrega
la historia
que te guarda en un verso
y que la guarda a ella
donde no llegue
nadie
        todavía

Clara

La vuelta a lo (des)conocido

Llegué a la vida en una sala de hospital, en un país donde nacía un niño cada ocho segundos. Era el 28 de noviembre de 1976 y mi mamá había llegado hacía apenas tres meses a Ciudad de México. Iba a encontrarse con mi padre luego de un largo viaje, dejando una familia llorando tras del vidrio de Embarques del Aeropuerto de Carrasco. Corajuda mujer: una panza de seis meses de embarazo, un niño de casi dos años, una maleta, un bolso con lo imprescindible, la angustia de las pérdidas, el miedo de las horas en tránsito, la incertidumbre del futuro... las ansias del reencuentro con mi viejo.

El había llegado allí hacía unos meses, junto a otros cien compañeros, luego de vivir un tiempo en el Departamento 6, y durante un mes en la casa del embajador de México en Uruguay.

Nací así, en un país solidario, sin conocer nada de lo que formaba parte del pasado de mis padres: una linda familia, los entrañables amigos (muchos presos), su casita de Blixen, sus veranos en las playas de Rocha, los malvones de la escuela Experimental de Malvín, donde fue mamá, la plaza Zabala donde iban a “hacer novio”, las calles por las que marcharon tantas veces, la salita de Mercedes y el enorme teatro que les quitaron y donde hipotecaron tantas horas de su vida, y la ilusión de hacer la vida de los demás más linda y justa...

Pero cuando nací me esperaba una familia nueva, creada de la necesidad de estar juntos, llena de “tíos” y “primos” adoptivos, de mucho amor, con quienes compartir la vida día a día. Esa vida, también nueva para ellos, con una chaparrita más que cuidar y cientos de razones más para seguir peleando, para que a “la Vuelta” encontráramos un Uruguay más lindo y tan justo como el que soñaban antes de irse.

Una vida difícil, de sacrificios de todo tipo. Pero que hoy recuerdo llena de felicidad y casi mágica.

Los cuentos, las cartas, los casetes, las visitas que llegaban cada tan-

to, las charlas en la Casa de la Cultura del Partido Comunista en México, los asados que hacíamos en el medio tanque que compartíamos todos, las permanentes reuniones y actos, festejos y noticias... todo hacía que Uruguay fuera también mi lugar. Sin conocerlo lo conocía, y yo también quería "volver".

Estábamos allí de paso, y eso era más que claro para mí, a pesar de mis pocos años y a pesar de mi gusto por el picante y los tacos, mi acento absolutamente mexicano, mi amor por esa bandera verde, blanca y roja y la responsabilidad con la que cantaba el himno todos los lunes en mi escuela.

Aunque se veía venir, todo fue muy rápido.

Viajamos a Buenos Aires en julio del 84. El Galpón actuaría con su "Artigas, General del Pueblo" en el Teatro San Martín. Con enorme sacrificio de todos resolvieron que los hijos debíamos viajar, ya que la cosa estaba más blanda, y había un acto en Montevideo en homenaje a los exiliados. Si no me equivoco, era el acto que se hacía por el reencuentro de las familias exiliadas. Y nosotros, los niños, estaríamos allí.

Guardo cientos de fotos en mi cabeza de aquel viaje. Los abrazos con (des)conocidos llorando emocionados, que "sos igualita a tu madre", que el ineludible pellizcón en el cachete, que regalos, que reuniones, que recorridas de casa en casa, "Canciones para no dormir la siesta" en el Circular, los alfajores de dulce de leche, el acto lleno de gente, la subida al escenario y mi inevitable caída que generó la risa de todos y la inmediata vergüenza que me invadió, el viaje de vuelta a Buenos Aires, con la mano bien apretada a la de mi abuela (mamá tuvo de quien heredar tanto coraje)...Todos mis conocimientos teóricos de hasta entonces tomaron valor empírico en esas casi tres semanas.

Y Argentina también tiene sus fotos: el reencuentro con mis primos y tíos (los de sangre), luego de haberlos conocido dos años atrás, que nos citamos en Brasil; el San Martín repleto de gente, Corrientes y sus quiosquitos llenos de dulces diferentes; la sensación de un frío al que no estaba acostumbrada; el calor del abrazo con María, mi amiga del alma, a la que esperé a la salida de su nueva escuela, para darle la sorpresa que ideó su padre (ellos también exiliados en México, ya habían podido volver a su país hacía como un año); el olorcito de las medialunas de grasa, la gente, más gente, y más gente...

Luego, fue cuestión de días.

Una vez en México, los preparativos: la Vuelta era un hecho. Desarmar la casa, despedirse del condominio, despedirse de los amigos, intercambiar regalos, guardar lo mínimo (éramos muchos, todo el teatro), vender el resto… Dejar el callejoncito que nos llevaba a la escuela, el olor a maíz, el color de las indias, el sabor de los tamales, y finalmente esperar...

—Ya falta poco, en unos minutos vamos a aterrizar –dijo mamá, y así fue.

Con Alvaro (mi amigo inseparable) llevábamos una banderita mexicana en la mano, él tenía un sombrero de mariachi también, y quedamos duros, mirando para todos lados en el patio de Desembarques. Cientos de personas, caras, banderas del FA, pancartas… lloraban, mientras reían y cantaban: "Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar...".

En mis pequeños ojos de niña, aquello se veía gigante. Era como una inmensa pantalla que mostraba aquel mar de personas apelotonadas contra el vidrio, lleno de colores, saltando, moviendo las manos para saludarnos. Yo recuerdo que lo único que hacía era mirar y mirar, tratando de abarcarlo todo, moviendo mi bandera, bien alzada, para responderles. Siempre pegada a Alvaro, mirándonos y riendo, un poco por nervios y mucho por la alegría contagiada. No sé cuánto duró esto. Pareció mucho.

Y en ese marco llegamos. Seguramente indescriptible en palabras. Se abrieron las puertas, nos enredamos entre brazos y cuerpos y gritos y alegría y llantos. Era el 12 de octubre de 1984. Y además del enorme sol que había salido ese día, nos esperaba un día hermoso de primavera que jamás podré borrar de mi cabeza.

Nos subieron a un ómnibus, el que sería seguido por una larga fila de autos por toda la rambla. El recuerdo es tan nítido... el calor... la emoción... La gente nos estaba esperando en las calles, saltando, agitando sus brazos... corrían hacia el ómnibus (que iría apenas avanzando) para darse la mano con los que íbamos dentro... "¡Mirá a fulano!" ...reían y lloraban ... "¡Mirá, está zutano!"... y miraron y tocaron y besaron. Y seguro fue un día determinante para todos los que allí estábamos.

Y así pasé de ser la uruguaya, en México, a ser la mexicana en Uruguay. Una más de los tantos "urumex".

Y de aquella chaparrita que soñaba con "volver" al lugar de la vida de mis papás quedó una mujer de 25 años, que sueña con ir a visitar México para renovar la reserva de recuerdos de nuestra vida allá. Que le tiembla el eje cuando escucha una cuerda de tambores, como cuando suena José Alfredo o la Vargas. Que dice "che, vo" y contesta "ahorita" cuando le piden algo.

Una mujer que en este Uruguay en crisis, y con tanta cosa deprimida, encontró en la escuela pública el canal para aportar el granito de arena. El lugar para canalizar la necesidad de hacer algo para y con los demás, con la ilusión de dar un tono diferente a la vida de la gente, a la que le han robado hasta la dignidad. Que se niega a aceptar que los costos que generaron a tanta gente la convicción y la lucha por la justicia social queden en esto: un país que tiene al 48% de sus niños naciendo en hogares pobres; que expulsa a sus jóvenes (y no tan jóvenes); que le quita la capacidad de soñar a su gente todos los días; que no encierra más en las cárceles porque los encierra tras de rejas en sus casas; que delega en su pueblo la responsabilidad de que los niños coman, vayan a la escuela y tengan un abrigo, pidiendo un pesito acá, otro allá, levantando un merendero, o sacando un buzo del placard (porque "igual, éste ya no lo uso tanto") para dárselo a la gurisa embarazada que toca insistentemente todos los timbres del barrio.

Alguien no hizo bien los deberes. Y fueron muchos.

Y aunque a veces parecen estar cerca, no me van a convencer de que la hora y media que viajo todos los días a mi escuela es al pedo. Porque los muchos maestros que levanta el 186 cada mediodía en su recorrido al oeste, estimulan. Porque los muchos maestros destituidos en dictadura demostraron que los docentes somos también una amenaza. Porque la deformación que hace hoy el sistema de nuestro rol lo confirma. Y porque los 12 años de horror de tantos, con sus saldos invaluables, lo merecen.

Y yo agradezco a mis viejos esta Vuelta, que me dio la posibilidad de ser parte de su lugar, hoy también mío. Agradezco esta vida, muy difícil por momentos, casi mágica, llena de esperanzas, de espíritu de lucha, de conciencia crítica, de intolerancia con lo injusto, de disfrute por las cosas simples, de amor a la vida.

Alguna vez me cuestioné ¿cómo se les había ocurrido traerme al mundo en esa coyuntura? ¿Inconscientes? ¿Irresponsables? Fue fácil

encontrar respuestas. Alcanzó con mirarlos, ahora, antes. Alcanzó con recordar el nombre que me regalaron en aquella sala de hospital, en un país donde nacía un niño cada ocho segundos.

Chaparrita

Como un tesoro

Como a las nueve de la noche acechó en el patio del hotel la voz del encargado: "A ver la 19, llaman a la 19". Se asomó por la baranda y le hizo un gesto al hombre. "Y a vos" –dijo– y le avisó a Mabel, su compañera de cuarto.

—Dejá, voy yo, este gallego no dijo para cuál de las dos es.

Bajó enseguida y sorprendida vio al muchacho sentado en el sillón del recibidor. No lo conocía. Supuso que venía a traer algo ya que en los últimos tiempos se hacía esa rutina. Siempre viajaba alguien de Montevideo a Buenos Aires y se aprovechaba esa instancia para mandar desde dulce casero, ropa, cartas o yerba. El muchacho la miró y apresurado sacó un paquete de abajo del montgomery, se lo extendió al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Tú sos Raquel?

Asintió alargando su mano para recoger el paquete.

—Bueno, soy Alberto, me dieron tu dirección allá y necesito que me lleves esto –continuó nervioso– yo me voy hoy mismo.

—¿Pero a quién… quién te manda? –preguntó la muchacha.

—Mirá, te explico, vengo de parte de Paco, dice que Eduardo y Mary viven en Morón, acá te dejo escrito dónde es, memorizalo y lo tirás. Te bajás en la estación, seguís paralelo a las vías hasta el 6500, ahí doblás a la izquierda, la segunda casa al lado de la panadería es la de ellos, cualquier cosa –agregó– se lo dejás en la puerta. ¿Te animás?, ¿tú los conocés bien, no?

Subió a su cuarto. En el camino el encargado, que salía de la cocina, le tiró una indirecta sobre el horario de las visitas que era hasta las 20 horas, bla, bla, bla.

Le contó todo a Mabel. Esta le recriminó:

—Pero sos, ¡che! ¡Quién sabe quién era! –dijo cautelosa– ¡no vayas!, ¡qué sabés! Además, viste cómo está de milicos en la calle –aseguró alarmándola.

Esa noche casi no durmió. Se levantó temprano, no desayunó nada y fue a tomar el colectivo. Ya en Once subió al tren apretando fuerte su bolsa de lona verde, eligió el asiento junto a la ventanilla. A medida que el tren corrí, su nerviosismo aumentaba; la noche anterior, cuando el muchacho le dio el paquete, dijo que sí sin pensarlo demasiado. Ahora iba pensando en una estrategia para llegar a lo de Mary y Eduardo; deseaba verlos.

Le quedó grabada la frase de Alberto, ¿tú los conocés bien, no?

¡Cómo no conocerlos! Si ellos fueron quienes la reclutaron para militar en el comité, pasándole volantes, libros y haciéndole ver de qué lado se paraba en esta historia que vivían juntos.

Después del golpe militar no se supo más de ellos.

Comentarios había de que viajaron al sur de Argentina con los gurisitos, pero que Paco, el hermano de Mary, había caído preso. A los pocos meses, cuando cumplió los 21, también emigró ella hacia Buenos Aires y ahora, a casi dos años, tenía noticias sobre los compañeros.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, ¿cómo estarían?, ¿y los gurisitos? Le parecía ver los ojos azules de Mary que sonreían sin ella reírse, tenía chispitas como de alegría y los nenes tan flacos como ella, pero con los mismos ojos. ¿Y Eduardo?, ¡el gordo era un pedazo de pan! Con esos lentes gruesos, su voz ronca, ¡qué tipo bárbaro!, no se cansaba nunca, a veces a ella le daba bronca porque el gordo los tenía siempre en ascuas: "Denle gurises –gritaba– vamo, vamo que hay que repartir esto a la salida de la fábrica". O: "¡hay pintada!, ¡vamo que hay pila de trabajo!", o...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Qué lejos se sentía todo. Suspiró y dirigió una mirada a su alrededor, una señora la estaba viendo, un hombre observaba el andén y de a ratos le dirigía la vista a sus piernas, ¡baboso!, pensó con indignación. Se acomodó en el asiento y arregló su pollera corta y tableada, en la próxima estación bajaba ella, el guarda le pidió el boleto.

Era una mañana soleada pero fría de julio. Se puso el "canguro" azul y con miedo y alegría empezó a caminar en la dirección aprendida. El bolso verde le pesaba, le quemaba, continuamente lo movía de un hombro a otro.

Llegó a la esquina, vio la panadería y siguió de largo mirando hacia todos lados.

Varias vecinas estaban reunidas en la mitad de la cuadra, un hombre limpiaba el jardín pegado a la casa que se le había indicado. Abrió el portón de madera, un perro lanudo y marrón la atropelló, el hombre dejó de ocuparse de las plantas y se irguió. Ella golpeaba las manos entre los ladridos del perro. Nadie le contestaba.

Ante la mirada inquisidora del vecino, lo interrogó.

—No, piba, no hay nadie desde ayer a la mañana –dijo moviendo la cabeza, casi escondiéndose.

—¿Pero no sabe si fueron muy lejos? –preguntó casi sin aliento.

—Mirá, no sé, lo raro es que dejaron al perro. ¡Pobre animal! Yo le tiré algo de comer. Anoche se pasó aullando –dijo conmovido el hombre y luego siguió con su ocupación.

De vuelta hacia la estación los pies le pesaban, el corazón le saltaba. ¿Qué habría pasado?, ¿por qué la mandaron allí? No entendía, ¡se hablaban tantas cosas!, que a los uruguayos los raptaban y los mandaban de vuelta, que habían razias en los hoteles, que trabajaban junto a las fuerzas represoras de los dos países...

El miedo la fue envolviendo, sujetaba muy fuerte el bolso, ya no lo llevaba colgado, sino muy cerca del pecho.

Llegó al hotel, transpiraba; abrió la puerta del cuartucho, sacó el paquete y lo introdujo en el roperito, debajo de la ropa; se desplomó sobre la cama, llorando.

Hoy estaba sentada frente a ese paquete que nunca quiso abrir y que guardó durante algunos años; si se mudaba, lo cual hacía seguido, lo acomodaba en una caja como un tesoro, lo resguardó hasta de sí misma, venciendo la tentación de abrirlo tantas veces.

Hasta ese día en que fue a la marcha de Madres de Plaza de Mayo y en los carteles que ellas portaban vio los rostros tan queridos de Mary y Eduardo. Corrió entre la gente para ver quién los llevaba y allí encontró a Aurora, la madre de Mary.

¡Estaba tan distinta! Le tocó el brazo sin hablarle, luego le contó:

—Pudimos salvar a los niños, están acá en Luján, no nos dejaron llevarlos a Montevideo, yo me vine a estar con los gurises.

—¿Pero no hay ninguna noticia de ellos? –preguntó, casi adivinando la respuesta, Raquel.

—¡No, m’hija! –contestó Aurora con pena–. Y además a Paco lo en-

tregaron en las últimas, ¿te acordás de Paquito? Se me murió, pobrecito, ahora sólo me quedan los nietos.

Dicho esto miró hacia delante y levantó bien el cartel; ella la acompañó en la ronda durante horas. Muchas veces se había reprochado no seguir con su militancia, pero la fue venciendo el temor; no era ingenua, no podía hacerlo, pasaban muchas cosas a su alrededor como para ignorarlas, también tenía que trabajar para mantenerse.

Sin embargo, hoy se sentía tan mal... Ahora estaba en su casa, temblando. Cortó el hilo, abrió el papel.

Debajo de éste había otro de diario viejo y descolorido, lo rompió. Apareció una bolsa de tela celeste, pintada con mariposas multicolores, adentro, un juego de maderitas rojas, unas con números, otras con letras, pero además dos cartitas escritas a lápiz. En uno de los párrafos decía: “Sobrinos, gurises, si no los vuelvo a ver, sepan que esto lo hice para ustedes, acá no tengo mucha luz, perdonen los defectos. Besos. Yo”.

En la otra carta con letra apretada y chiquita, decía: “Los quiero mucho, a vos, flaca y al gordo, ¡no aflojen!. Formen esa palabra tan querida con el juego que les mando. Besos. Yo”.

Dobló muy despacio y con cuidado los papeles, tomó entre sus manos las maderas acariciándolas, y sonriendo entre las lágrimas fue formando la palabra: Libertad.

Joaullú

Te invitamos a contar porque a vos también te pasó

Te invitamos a contar porque a vos también te pasó

La Convocatoria a las mujeres que vivieron la dictadura uruguaya sigue abierta.
Te invitamos a enviar tu testimonio.

Los testimonios deberán presentarse acompañados
de la siguiente información en un sobre cerrado:

Título de la obra
Seudónimo
Nombre completo
Documento de identidad
Dirección, teléfono, fax, correo electrónico
Síntesis biográfica

Se solicita el envio de un original, cuatro copias y, de ser posible, un disquete identificados solamente con un título y un seudónimo.

El original, las cuatro copias, el disquete y el sobre cerrado conteniendo la información requerida, se enviará en un sobre a nombre de Memoria para Armar a la Casilla de Correo 17485 CP 11700 Montevideo – Uruguay

Dirección electrónica: memoriapararmar@hotmail.com

INDICE

Se terminó de imprimir en diciembre de 2001
en Artes Gráficas S.A. - Porongos 3035, Tel. 208 8414
Montevideo, Uruguay
Dep. Legal Nº 326.804/2002
Edición amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel)